ARCADIA FELIZ

ARCADIA FELIZ

MANUEL MORENO BARRANCO

Editorial Torre de Viento
Jerez

This book was produced using PressBooks.com, and PDF rendering was done by PrinceXML.

CONTENTS

Los mil ruidos de la calle se filtran por entre las rendijas que dejan las desiguales maderas del balcón, muy hinchadas por las últimas lluvias. La habitación se llena poco a poco de la estela rasante de los coches que pasan, mezclada a otros diversos ruidos: taconazos sobre el asfalto, voces lejanas de niños, chirridos de garrucha procedentes de un andamio cercano, toda una vida multitudinaria que empieza a despertar en el cerebro de Juanjo. Con la cabeza sumergida aún entre las sábanas, lucha por despejar sus ojos cargados de sueño. El hueco entre las cortinas deja pasar unos delgados rayos de luz que difuminan los objetos del cuarto en una vaga penumbra.

Felisa, la doncella, vuelve a entrar dejando entornada la puerta. Es una mujer madura, de cara arrugada y seca y ademanes mecánicamente autoritarios. Sus nudosas piernas, enfundadas en medias de algodón color carne, se mueven ágiles a paso de marimacho. A Juanjo, en su duermevela, le recuerdan los saltos de las marionetas que vio en la última feria de septiembre. El uniforme negro de planchadas tablas y el delantal blanco de almidonado peto le encajan como un guante al cuerpo fibroso. Es como una segunda naturaleza que hubiera sustituido eficazmente su primitiva raíz de campesina.

– Vamos, señorito – Su voz restalla cascada entre los dientes irregulares, – que ya son las nueve y media y hay que bajar a la tienda. Ya sabe usted cómo se las gasta su abuelo –.

A la vez descorre la cortina haciendo que la luz, como una súbita marea de espuma, inunde totalmente la habitación. Con un gruñido y murmurando que siempre pasa lo mismo, recoge la chaqueta mezclilla tirada a los pies de la cama y el pantalón arrugado sobre el suelo, ajustando ambas prendas al sillón. Sale, dejando la puerta encajada.

Juanjo se despereza, mientras le baila aún en la retina la imagen de la criada. La recuerda siempre en su puesto, igual que los muebles pesados y oscuros de la casa, como el busto de bronce del abuelo fundador que preside la sala de recibo, como el juvenil retrato de su madre realizado por Ramos, el pintor decano de la ciudad que acaba de ser elegido miembro de la Academia, después de batallar por conseguirlo durante tantos años.

Con un amarguísimo gusto en la boca, se incorpora en la cama con un leve gemido. Las mañanas de resaca Juanjo se siente muy desgraciado. Además de tragar la saliva con asco, tiene que levantarse para ir a trabajar a la tienda, sintiéndose tan cansado y con la cabeza tan terriblemente embotada. Todo porque al viejo se le ha metido en la cabeza meterlo en la tradición tendera de la casa. Su mismo padre dijo una vez que el abuelo tenía un fatal sentido de las proporciones y Juanjo, sobre todo esta mañana, está completamente de acuerdo.

El tic – tac del despertador le obliga a lanzarle una soñolienta ojeada que tiene la virtud de galvanizarlo. Encajando con prisas las babuchas, se lanza al cuarto de baño. En el armario, bajo un montón de toallas, guarda el frasco de la magnesia. No quiere acordarse de cuando hace un mes el viejo entró en el lavabo y lo vio sobre la repisa entre los trastos de afeitar. Se puso furioso, lo trató desconsideradamente de borracho y asomándose a la ventana, estampó el frasco contra las losas del patio. Luego, la risita de los empleados de la tienda acompañó al muchacho durante unos días. Pero maldita la cosa que le importa a él eso.

Ya con el refrescante gusto alcalino en la boca, Juanjo se arregla y desciende al comedor, mientras tararea desafinadamente una canción que se le ha quedado grabada del guateque de la víspera, en casa de Antoñito. Sobre la gran mesa rectangular del comedor está preparado el desayuno, torrijas con chocolate. Felisa limpia con denuedo un frutero, acodada junto al aparador.

– Buenos días, Felisa.

Ella mantiene la boca cerrada, como si fueran a robarle la lengua. Sus malos días. ¡Vaya genio que se gasta¡

– Felices, señorito.

– ¿Ha bajado ya mi tío? – Pregunta, mientras se sienta a la mesa.

– Todavía no – Ella deja un momento de frotar y lo mira con intención – El señorito Eduardo no se levanta antes de las diez y pico.

– Pues ya son ¿no?

– Es que a veces el pico es un poco largo – La doncella sonríe con un lado de la boca, mientras sigue su tarea, ya sin prestarle atención.

– ¡Ah¡ – Juanjo insiste al cabo de un momento en sus averiguaciones – ¿Y la señora?

La doncella parece encontrar de pronto la oportunidad que buscaba. Se le pone delante en jarras con ademanes coléricos.

– ¿La señora cómo va a estar? – Grita, con el rostro encendiéndosele – Furiosa con usted. Anoche dio usted al entrar el escándalo padre, al venir con esos señoritos amigos suyos todos vociferando. Como que pusieron en pie a toda la casa. ¡Vaya elementos¡

Después de la chisporroteante descarga, su mirada se dulcifica algo. Añade en otro tono, mientras contempla el silencio al parecer contrito de Juanjo:

– La señora fue a San Miguel a escuchar la misa de nueve. Es la Cuaresma y hay después bendiciones. Fue con doña María Luisa.

Sigue frotando con fuerza, como queriendo despellejar el cubierto a fuerza de sobones. Se detiene de pronto, con la expresión totalmente cambiada.

– Si no lo digo por usted, señorito – Dice, arrepentida de su brusco arrebato al contemplar la cara baja de él – Si ya sabemos que son las malas compañías… Sobre todo ese Puma del diablo, que Dios confunda… Yo se lo digo sobre todo por sus abuelos y por su madre, que se llevan cada disgusto…

Juanjo sigue callado, como asintiendo con su silencio. Levanta la vista con afectada inocencia.

– Yo no me acuerdo de nada de lo que pasó anoche, la verdad…

– Ya, ya… Siempre le pasa lo mismo – Ella ha vuelto a coger el cubierto y lo sigue restregando con fuerza, pero ya hecha mieles – Ande, ande, tómese eso deprisa, que su abuelo estará abajo que trina… El pobre se lleva cada disgusto con los hijos…

Juanjo empieza a despachar el desayuno mientras la contempla – ya totalmente desentendida de él –, recordando sus viejas ternuras. Sin saber por qué, le vienen a la memoria retazos de su historia que le ha contado María, la cocinera que lleva cuarenta años en la casa. Su llegada del campo muy jovencilla, su perruna adhesión a los señores, su posterior desengaño amoroso con el célebre Paco, el chófer que no dejaba títere con cabeza entre el servicio femenino de la casa. Después de la muerte de Paco en un accidente, se puso luto una temporada, como si hubiera sido su mujer en lugar de una de las muchas novias desdeñadas.

Juanjo mastica con fuerza, trozos de historia y trozos de torrija. Se ríe él mismo de la comparación mientras sigue engullendo. De pronto, se queda mirando el trozo que tiene en la mano. Le ha invadido de súbito una invencible sensación de disgusto. Como si estuviera masticando un trozo de la vida de Felisa, como si su boca fuera la boca de Paco, el chófer que murió en accidente hace tantos años. El chófer que se comió el alma de la criada, convirtiéndola en una solterona. ¡Pero qué tonterías se le ocurren¡ Molesto, intenta seguir comiendo, pero algo se le atasca en la garganta. Una visión extraña se agita delante de sus ojos. Le parece que detrás de esa boca se perfilan muchas otras, infinitas bocas. Y que una de esas puede ser la suya. Se levanta con aire brusco, dejándolo todo a medias.

– Bueno, hasta luego.

La criada vuelve la cabeza, contestándole con suavidad:

– Hasta luego, señorito Juanjo.

El joven, todavía con esa desazonada sensación en el pecho, desciende por la escalera que conduce a la tienda. Ajusta maquinalmente un cigarro que extrae de la pitillera, pero vacilando un momento se lo vuelve a guardar. Atraviesa el patio, grandes losas blancas y negras con mampara de vidrio y llega a la puerta del fondo a la derecha. A la izquierda se extienden rectangulares cristaleras de vidrio esmerilado, tras las que se divisan algodonosas siluetas humanas. Los empleados de los Grandes Almacenes parecen caminar entre la lluvia de copos de nieve. Juanjo empuja el pomo niquelado de la puerta.

La tienda, una enorme sala con estantes del suelo al techo, tiene un mostrador irregular que sigue sumiso la configuración de la pared, dando un gran espacio al público. Las estanterías, abarrotadas de toda clase de telas, lanas, percales, sedas, son común inmenso abanico cromático desplegado caprichosamente en torno a las paredes. En el ambiente flota un ligero olor característico, residuo de viejas mezclas químicas.

La sala se encuentra con muy escaso público y los dependientes que no atienden se dedican a recolocar con parsimonia paquetes en los estantes o charlan con discreción del próximo Betis–Laverna. Los ojos del muchacho se dirigen mecánicamente a una mesa con tablero de cristal, situada a la derecha. El sillón giratorio muestra impasible

sus bíceps metálicos. A un lado se encuentra la Caja, jaula de cristales con filos de metal. Dentro de ella, Pastrana, el cajero, coloca meticulosamente fajos de billetes en el cajón del mostradorcillo. Uno de ellos le resbala de las manos y cae al suelo con un ruido sordo.

– Hola, Jorge.

–Buenos días, Juanjo – Contesta Pastrana, sonriendo apagado.

En la tienda le dicen el Supernúmero, a causa de su manía detallista. También le acusan de establecer cuidadosos y prolijos cálculos cada sorteo de lotería a fin de hallar el número cumbre que lo conduzca a su liberación de sufrido proletario. Está considerado no obstante como muy buena persona. Ahora añade con amabilidad – ¿Qué tal? – Su cabeza calva se dirige al paquete caído y sus manos se apoyan en la madera para inclinarse, pero él permanece muy quieto, esperando la respuesta de Juanjo. Sus ojos, de un azul cándido y sumiso, se apoyan cortésmente en la cara del joven.

– Voy para allí – Contesta éste con aire algo displicente – ¿Está mi abuelo?

Pastrana mueve la cabeza con pesar:

– No lo he visto salir. Estará seguramente en el despacho. Don Eduardo – ajusta cuidadoso la voz para despojarla de matices, señalando a la vez con la barbilla el sillón vacío – vendrá enseguida, creo.

El joven atraviesa la tienda entre los dependientes. Va saludando con movimientos de cabeza y alguna palmada en el hombro. Antes de empujar la puerta del fondo, se detiene un momento para hacer acopio de aire. Luego entra muy despacio.

La trastienda recibe luz por dos grandes ventanales situados a derecha e izquierda. El olor de la tienda triunfa en ella sobre el del papel rancio y húmedo, olor éste que tampoco parece importarle a don Pedro, tan largamente habituado. Su mesa está entre la del hijo José, a la derecha, y la de Rozas, el apoderado, a la izquierda. Es él quien primero levanta la cabeza al ruido de la puerta.

– ¿Qué tal? ¿Se ha dormido bien?

Juanjo da algunos pasos, vacilante. La recepción que espera no es ninguna novedad. Es lo de siempre. Su abuelo, metido en el mismo carril toda la vida, se pasa el tiempo haciendo números y lanzando unas broncas fenomenales. Ahora sus ojos brillan negrísimos detrás de las

gafas doradas. Se ha retrepado en el sillón y lo mira como si se lo fuera a comer. ¡Valiente pamema de viejo¡ Pero él, a pesar de todo, no se siente muy seguro de sí mismo. Se va acercando poco a poco, con precaución. Extiende las manos para apoyarse en la mesa, pero las retira sin dejarlas caer, mientras se pasa la lengua por los labios.

– E… e… sí… es que anoche, ya sabes, como Antoñito Rivera se despedía…

El viejo lo mira con mayor furia aún:

– ¿De quién? ¿De ti? ¿Es que se va al otro barrio?.

Juanjo mira obstinado la mesa sin contestar. Don Pedro alza más la cabeza y habla volviéndola tanto a derecha como a izquierda, como tomando a los otros por testigos.

– ¡Vaya, vaya¡ ¿Qué os parece el niño? Unas veces es Rivera, otras López, otras García y otras… ¡La Pompadour¡ – Ha ido alzando la voz hasta cortarla bruscamente con un puñetazo sobre la mesa, que hace estremecer tinteros y papeles. El apoderado mantiene un leve gesto de asentimiento. José, con los ojos entornados, chupa goloso de su cigarro, mojado casi in tercio – lo cierto es que no hay forma de que cada día se entre aquí a las nueve ¿estamos?.

De improviso se detiene al observar los ojos relucientes de José. Algo sólido parece cortarle el habla. Se inclina con brusquedad sobre los papeles de su mesa, con el rostro aún levemente congestionado.

– Bueno, pues, que no vuelva a ocurrir… – Dice ya bajo, con un aire vagamente humillado. Se ajusta las gafas y sin mirarlo, le alarga un papel – Vamos, pasa, que hay trabajo. Llévate esto y dáselo a Millares. Dile que en la suma del centro hay un error de cien. ¡Cómo empezamos la mañana, caray¡

Juanjo se encamina al otro despacho, mientras sus músculos tensos se relajan de pronto. Por un milagro el viejo no ha hablado del jaleo de anoche. Por lo visto fue algo de pánico según Felisa, aunque él no hace memoria de nada. Claro que cuando su padre está presente es como un pararrayos para las descargas del viejo. Eso de fallarle a uno la vocación tiene también sus ventajas… para los demás. El caso es sacar cada uno su provecho.

El cuarto interior, que ocupan el contable y dos mecanógrafos, es grande y bien acondicionado, recibiendo claridad por una mampara

de vidrio que hace de techo. Las máquinas de escribir tabletean como pequeñas ametralladoras escupiendo veloces letras contra el blanco horizonte de los impresos. La luz se refleja avara sobre el brillante cromado de los resortes.

Los grupos de correo escrito van aumentando a los costados de López y Guzmán, que no levantan cabeza. Millares, sentado a una mesa en rampa, incrusta contra su pecho un enorme Libro Mayor, mientras hace periódicas anotaciones en el Diario que mantiene a su izquierda. Cada vez se alza cómicamente en puntillas para alcanzarlo, izando la pluma como un banderín.

– Buenos días.

– ¿Qué hay, Juanjo? – Millares arquea las cejas ante el papel que el otro le alarga. Es un hombre de treinta y tantos años de cabellos negros y lustrosos que mal tapan su calva. Anda siempre con unos fondillos enormes, como un buey derrengado. En su cara regordeta se destacan unos labios gruesos y unos ojos húmedamente negros.

– Me ha dicho mi abuelo que hay aquí un error de cien.

– ¿Dónde? ¿En qué suma? Porque hay tres.

– No sé, eso me ha dicho – Contesta Juanjo, dirigiéndose ya a la mesa del fondo, que ocupa junto a López. Este lo saluda con una breve inclinación, sin dejar su tecleo.

El contable lo mira alejarse, menea la cabeza con su eterno gesto de vencido bajo el yugo y agachando la cabeza, se dispone cuidadoso a sumar.

– ¿Qué hago, López?

Juanjo se ha sentado y mira al otro de hito en hito. López tiene cincuenta años, pelo del color de la estopa y gafas amarillentas. La barbilla le sobresale blanda sobre la encorbatada camisa de finas listas verdosas, que se corta contra el usado babi gris. El muchacho sabe que cuando él no está presente, López reniega en voz alta de su falta de iniciativa y de formalidad, sin dirigirse en particular a nadie, aunque mostrándose muy indignado. Los otros se lo han contado entre risas y Juanjo, al que el incidente le ha hecho mucha gracia, lo ha coreado a carcajadas.

La expresión de López es ahora muy seria ante su pregunta, a pesar de su falta de decisión para mirarle de frente. Deja vagar su mirada por el cuarto antes de decidirse a abrir el cajón de la mesa.

– Pues mire, si quiere… si quiere… puede ir haciendo volantes de entrega – dice, alargándole un papel – aquí tiene una lista con nombres.

El joven no aparta sus ojos de él, mirándolo con expresión divertida, que aturrulla al otro, haciéndole bajar la vista. Juanjo se toca los bolsillos, rozándolos con las puntas de los dedos.

– ¿No tendría usted una pluma, por favor? – Pregunta con voz muy suave – La mía me la he dejado en casa.

– Tenga usted – López, sin mirarle, le alarga un lapicero de la ristra que le sobresale del bolsillo del guardapolvo.

Juanjo le da muy amablemente las gracias y empieza a escribir los volantes con un vago gesto de fastidio. Al cabo de cinco minutos, da cuerda a su reloj y lo mira fijamente, acercándolo al oído. Emplea otros cinco minutos en observarlo desde todos los ángulos y al fin lo comprueba con el reloj que cuelga de la pared frontera del cuarto. Se queda unos instantes pensativo. De pronto levanta la cabeza – oye, Paco – Habla dirigiéndose a Guzmán, su mejor amigo de la tienda. Guzmán es un mozo de cabello negro y rizado y rostro muy moreno, pinta de gitano. Lleva diez años en la casa y en su prima juventud cultivó unas vagas aspiraciones toreras – ¿Viste el domingo al Plus Ultra?

– Sí – Contesta éste, mostrando una dentadura casi perfecta – ¿Y tú?

– Yo también – sigue animadamente Juanjo – ¿Qué te pareció el partido?

– Muy bueno que estuvo. Hacía tiempo que no se veía tan buen juego.

– Sí, pero… – Duarte parece haber perdido de repente el hilo de la conversación. Mira al otro, proyectando su mirada sobre el cuello. Se siente de pronto como un plomo, como en el momento de levantarse bajo el imperio de la resaca. Su pupila no se diferencia del resto del iris, que parece incapaz de trasladarse a los costados del cristalino, lo que da la sensación de que mira con toda la cabeza, como un torno de carne – y… y el portero de ellos ¿qué te pareció?

El cuerpo envarado de Guzmán se remueve inquieto en la silla. Sus ojos negros están cargados de amabilidad, pero de vez en cuando echan una ojeada hacia la puerta. Ser sorprendido en flagrante charla, sobre todo por don José, equivale a bronca segura. Cualquier conversación extraoficial entre los empleados, por menuda que sea, tiene la virtud de ponerlo frenético.

– Metió la pelota en su propia meta – le contesta al fin – Él tuvo la culpa del primer gol. Pero luego estuvo bien. Se tiraba de los pelos.

Sigue su trabajo, aunque de vez en vez vuelve su sonriente cara para indicar que no desatiende al hijo de los jefes. Este, muy inclinado sobre la mesa, con la mano izquierda entre las piernas, traza caprichosas curvas sobre el papel. Al levantar de pronto la cabeza ve fijos en él los ojos de López. Este desvía rápido la vista y Juanjo sigue con los volantes.

Un ligero crujido de la puerta precede a la entrada de José. El tableteo de las máquinas de escribir parece aumentar de repente.

– Juanjo – Los otros tres lanzan un suspiro de alivio.

– ¿Qué hay, papá? – Contesta el muchacho, volviéndose.

Su padre lanza al cuarto una detenida ojeada. Los empleados se encuentran completamente absortos en su trabajo.

– Las facturas de Pepe Román. Hay algunas pendientes, creo.

– No sé… – El joven se alza de su sillón y tras una desconcertada mirada a su alrededor, va a pedírselas al contable. Tras unos instantes de forcejeo con un montón de facturas, éste se las alarga. Con ellas en la mano, José cierra la puerta tras sí, encaminándose a su despacho.

En la trastienda, la voz de don Pedro, acogiendo con cortesía al joyero, suena sin embargo a la defensiva, con un leve matiz desafiante:

– ¿Y qué? De paseo ¿no?.

Román, muy prensado en el sillón de brazos, se remueve intranquilo a su pesar.

– Pues nada, que daba una vuelta por aquí y he aprovechado para liquidar las "facturitas" pendientes.

El triple saludo del joyero ha sido caluroso. Pero la correspondencia le ha sido bien diferente. Empezando por José una cordial acogida, que pasando por la matizada corrección de Rozas, llega a frialdad ostensible en el dueño de la tienda.

– ¿Qué? – José pregunta desde la puerta, acercándose con las facturas en la mano

– ¿Mucho negocio con la Semana Santa?

Román aparenta desenvoltura, pero el aleteo de sus ojos oscuros traiciona aun su desconcierto ante una acogida que imaginaba más cordial.

– No me digas, hombre – contesta sonriendo – Todo está tan malo…

– ¿No se vende? – Don Pedro se deja caer sobre su sillón, aguzándolo con una mirada penetrante.

El joyero ofrece abierta su pitillera. Duarte deniega con un ademán algo seco, Rozas dice correctamente gracias y José toma un pitillo. Un leve tono rojizo se incrusta en las mejillas de Román. Hace muchos años que él no le hacen un desaire. No obstante, dominándose, enciende con parsimonia su cigarro, inclinándose hacia delante con una sonrisa. El breve intervalo le ha servido para entirse el maestro de siempre. Se siente luchador astuto por encima de todo.

– Poco, don Pedro, muy poco… – Dice con voz deliberadamente tranquila – ¿Qué quiere usted? La gente no tiene dinero. Si fuera usted, claro, sería distinto…

– ¿Por qué?

La pregunta cortante de don Pedro no le desconcierta esta vez. Sus dedos amorcillados sostienen con delicadez el cigarro llevándoselo a la boca. Su gruesa humanidad parece esponjarse con la pregunta, ya

encajada en el ambiente ligeramente hostil de la estancia. José mira con una silenciosa sonrisa el diálogo entablado. Rozas parece exclusivamente ocupado en sus papeles.

– ¿Por qué va a ser don Pedro? – dice con seguridad – Usted tiene muy acreditada la casa. ¿Quién podría negarlo? No hay nadie en Laverna que pueda desconocer la labor que usted realiza.

– ¿La labor que yo realizo? – pregunta extrañado don Pedro. La voz flexible del joyero habla despaciosamente, como para dar tiempo a que sus ojos escrutadores estudien cada detalle de los tres rostros que se alzan frente a él.

– Sí claro. Dentro del comercio de la ciudad, ya sabe usted lo que representa su tienda, don Pedro – se inclina sobre la mesa apoyando los antebrazos en el borde – La importancia de la casa ya la conocen todos…

El diálogo adrede vago y fútil irrita a don Pedro, pero con una irritación que no excluye un aire preocupado. Se cuadra bruscamente en su sillón, con el rostro tenso.

– ¿Adónde quiere usted ir a parar?

La agresiva pregunta parece rebotar en la grasosa carne de Román. Sonríe bajando los ojos hacia el cenicero, donde aplasta la colilla. Se siente de pronto dueño de la situación.

– No se le puede a usted hablar de la tienda, don Pedro, ni aun para alabarla. Enseguida se pone usted en guardia como si fueran a quitársela.

El dueño de la tienda acusa el golpe. Sus labios tiemblan un segundo, pero una repentina llamarada brilla en sus ojos.

– Nadie sería capaz de eso – dice con energía, muy inclinado hacia su interlocutor – la tienda es mía y después será de mis hijos, la tienda es Duarte hasta los huesos.

La cara de Román refleja un involuntario respeto, que lo hace envararse en su sillón. José mira a su padre con curiosidad. Rozas fija agudamente sus ojos en el joyero, que extiende su mano en un gesto conciliador.

– Nadie ha dicho nada, don Pedro. ¿Es que no la ha sudado usted? Lo que le pasa es que tiene usted los nervios de punta, eso es todo. Y es muy lógico que defienda su tienda, se lo merece. Pero no contra

enemigos imaginarios – Hace una pausa con un segundo de transición, dirigiéndose a José con tono digno – ¿Tienes ahí el importe total de las facturas, José?

Se echa mano al bolsillo interior de la chaqueta y extrae un talonario de cheques, extendiendo uno por el importe que el otro le indica y alargándoselo a continuación. El viejo lo observa preocupado.

– Bueno, don Pedro, hasta otro día – estrecha su mano y la de Rozas y añade con un leve roce de desafío – Y que no se dé usted quebraderos de cabeza gratis, permítame que se lo diga como buen amigo.

José lo ciñe amistosamente del brazo y lo acompaña a la puerta de la calle.

– ¡El farsante¡ – Exclama don Pedro – Y éste – señala con un pulgar desdeñoso la mesa vacía de su hijo – como si ya no hubiera clases, como si los granujas y las personas honradas fuéramos todos lo mismo. ¿Tú qué piensas de todo esto, Felipe?. Rozas se encuentra pensativo, moviendo la cabeza con aire de duda.

– No sé, don Pedro. Pero éste anda buscando algo. La excusa esta de las "facturitas", como él dice, no vale.

– Eso es lo que yo me pregunto. Tú ya conoces a este pájaro ¿no? La historia que tiene es como para dejarse la cartera en casa cuando hay que visitarlo.

Rozas lo mira con curiosidad.

– Sí, algo he oído decir…

Don Pedro se encoge de hombros con una sonrisa forzada.

– El hijo de tal que peor ha parido madre. Ya antes de la guerra, en la dictadura de Primo de rivera, se ensució lo suyo, dándole suministros al ejército. Y cuando la guerra empezó y después en el año del hambre, con el estraperlo de aceita. Pero camiones y camiones.

– ¡Vaya¡

– Tiene ya mucho, pero muchísimo dinero, millones. Se le han venido dadas. En el escaparate de la joyería tiene permanente una verdadera fortuna – Se queda pensando, sentencioso – En esto, todo es empezar. Tanto te da embarrarte por una perra gorda como por un millón. Y el granuja tuvo vista. Se amarró al carro del vencedor y ya lo ves, de Juan Lanas a amigote del Director General de Suministros, del

Gobernador Civil y qué sé yo de cuantos más… Y ahora, a la bartola… En fin… – Añade, con un expresivo gesto de desdén – Cada prójimo con sus pecados…

José vuelve de la calle, sentándose silenciosamente en su mesa. Su padre se vuelve a mirarlo.

– ¿Y que te ha contado el pájaro ese?

Su hijo se encoge de hombros.

– Nada ¿qué me iba a contar?

– Buena persona ¿eh?

– A mí me parece simpático ¿por qué no?

Eduardo, después de su diaria copa de coñac a media mañana, se siente con disposición benévola hacia todo el mundo. Hasta se digna gastar alguna que otra broma a los dependientes jóvenes, sobre todo a Andrés, el muchacho de la Caja que es tan gentil. Eduardo le sostuvo el otro día una conversación con algunos sobreentendidos que el chico no se molestó demasiado en querer captar. Aunque le resulte duro de creer, quizá eso indique que en esta ocasión tendrá que realizar serios esfuerzos para conquistar su interesante simpatía.

Hoy, sin embargo, Eduardo se encuentra sumamente molesto por otras cosas que le afectan de un modo muy directo. Ha ocurrido un incidente que viene a turbar su acostumbrada acogida amable hacia todos. La Hermanita Asunción, la parlanchina limosnera del Espíritu Santo, encontrándose enferma este fin de mes, ha enviado en su lugar una sustituta. Esta se ha mostrado correcta, pero sin preguntar siguiera por él, se ha limitado a informar a Pastrana de la enfermedad de la Sor, alargándole el recibo mensual de cobro. El ratito de charla con el que la Hermanita le informa periódicamente sobre las novedades del convento, se ha frustrado esta vez.

– ¿Tienes ahí el recibo?

Emboscado discretamente detrás del cajero, observa con cierto disimulado rencor a la monja que, adosada al mostrador, mantiene bajas sus tocas blanquísimas.

– Sí, señor – le contesta Pastrana, tendiéndole el recibo – Pero dice la Hermanita que como era trimestre, allí le han dejado en blanco la cantidad.

Esto encima, Eduardo mira el papel por todos lados, con las cejas muy fruncidas. Este comercio que se traen las monjas del Espíritu Santo le parece un tanto desleal. Se convino en que serían dos duros todos los meses y no más. Si él alguna vez ha entregado tres o cuatro a Sor Asunción, ha sido sólo y exclusivamente por su propia voluntad, no por imposiciones de nadie. Al menos ella sabe pedir las cosas con mucha gentileza. Es tan simpática que nada se le puede negar. Ahora esta otra le hace agitarse intranquilo, mismo en el sillón giratorio que él cuida tanto de no estropear. La última reparación le costó un sentido.

– Bueno, bueno… – Dice, dedicándose a contemplar con astucia al cajero, como esperando de él alguna solución. Vuelve a sentirse muy molesto. Es verdaderamente bochornoso lo que han hecho las monjas este mes. De repente toma una desesperada decisión, enrojeciendo muy nervioso ante la sosería de Pastrana – Venga, ¿qué esperas? – le ordena con ademanes bruscos – Ponle, ponle dos duros. Como todos los meses.

El cajero se le queda un momento mirando, con aire de extrañeza. Jamás ha reaccionado su jefe de esa manera con respecto a las monjitas. Pero ahora se le ve que no quiere saber nada del asunto. Eduardo sigue firmando correo con ademanes furiosamente rápidos. Sin embargo, no puede contenerse por más tiempo y sacando el pañuelo, se limpia el sudor de la frente, a pesar de que no hace calor. ¿Qué pensará de esto la Hermanita Asunción?

– Todavía hay muchos gastillos este año ¿no crees?

El comentario lo hace mientras vuelve a mirar discretamente a la Sor, que aguarda siempre impasible sin levantar siguiera la cabeza. Eduardo aprieta el lápiz entre sus manos con rencorosa fuerza. ¡Pero qué cara de bruta tiene¡

Los ojos de Pastrana brillan un momento inspirados. De súbito se inclina más sobre la mesa:

– Sí, señor, eso es… La cuesta de enero…

Su patrón levanta de pronto la cabeza, sin poder ocultar su admiración. Una sonrisa de alivio le dilata la cara. Este Pastrana, con lo tontajo que es, tiene a veces golpes geniales. Vale mucho, aunque es lástima que sea tan viejo y tan feo. Eduardo rubrica su salida con expresivos movimientos de cabeza, mientras vuelve a secarse la sudorosa calva, ya liberado.

– Sí, eso, eso es… Claro, era eso… La cuesta de enero…

Andrés, en la otra mesa de la Caja, a pocos metros de distancia, sonríe también, sin interrumpir sus números. Él tiene un oído muy fino y no ha perdido puntada de la breve, pero sustanciosa conversación. Ya conoce la pasta de don Eduardo y las cosas que se susurran por ahí, aunque ni valga la pena de pensar en tales chismes. Bastante tiene él con sus propios problemas.

Sus dedos largos, como si guardaran ojos en sus yemas, circulan ágiles extrayendo fichas, repasando facturas, cogiendo a ciegas la pluma,

el lápiz o la goma para hacer una rectificación. Cada día la misma tarea mecánica, esta llega a realizase con independencia absoluta del cerebro. La labor burocrática consiste en mucho aguante de culo, una columna vertebral flexible y una sólida capacidad para soportar impasible a los jefes moral y mentalmente inferiores que confunden la noble profesión numérica con el gobierno de un ínsula a lo Paco. Bastantes comentarios ha hecho él con Álvaro sobre la profesioncita en cuestión.

Su vista se detiene sobre su amigo que, adosado al mostrador, enseña unos retales de cretona a una dama vieja, señora la más cargante que ha entrado en la tienda desde hace muchos años. Le viene a la memoria la conversación que sostuvieron los dos ayer. Ya habían discutido a mediodía, sentando teóricamente las bases de la política a seguir con objeto de sacar a la sociedad lavernesa del marasmo en que se encuentra sumida. Álvaro, en realidad un indiferente desengañado, no se encontraba conforme con sus métodos, que estimaba crudamente radicales, pero sin llegar a establecer lo que pudiera llamarse un ligamento constructivo.

– Tú, Andrés – le decía – lo que eres es un anarquista. No quieres sino romper en pedazos Laverna y eso no se puede hacer así como así. Donde se tira un ladrillo, hay que poner enseguida otro. Vamos a ver, si tú derribas a Laverna hasta los cimientos como más o menos es tu idea, ¿quién va a recomponerla luego?.

Estaban sentados en la calle Lonja, en una mesa del bar "La España". Ante ellos burbujeaban dos cañas de cerveza. La arteria principal de la villa, en un jueves marceño de templada temperatura, se veía melancólicamente desierta, con sólo una docena de paseantes que trajinaban las aceras con sus andares aburridos. Algunos otros tomaban el aperitivo bajo la fila de naranjos que ya exhalaban su penetrante olor a azahar, anuncio de la vecina primavera.

Andrés, antes de contestar a su amigo, lo consideró con la mayor frialdad posible. Se encontraban compenetrados en muchas cosas, eso era fuerza reconocerlo pero en otras, la verdad, algo fundamental fallaba. Esta pregunta de ahora pertenecía al orden de cosas en que un compenetración era poco probable.

– ¿Y eres tú quien me pregunta eso, Álvaro? Yo la respuesta la veo muy sencilla. El quien lo sé, el cómo ya no es tan sencillo, aunque

yo tengo intuiciones. La construcción, porque aquí en realidad jamás se ha construido, nos corresponde a nosotros, a í, a mí, a la juventud que ahora está muerta y a la que hay que galvanizar hasta los huesos. Los jóvenes, que ahora estamos todos muertos, sólo resucitaremos al escuchar los primeros crujidos de esta cloaca que se derrumba, de este cementerio viviente que nuestros padres nos han dado como cuna. ¡Mira¡

– Sus ojos y sus manos abarcaron el conjunto, la pastosa calma de los paseantes aburridos, la inanidad de los solitarios de los casinos, la cara aterradoramente inexpresiva de un colegial que pasaba – ¿ves? Todo esto está tan tranquilo como una tumba inmensa, todo vive, si a eso se puede llamar vivir, como ayer, como anteayer, como el otro. Nada cambia en este pueblo santurrón e hipócrita, este pueblo que podría ser una maravilla si hubiera entre los que pueden un adarme de corazón y de cerebro. Tal como está ahora es una ciudad en ruinas. Todo está ruinoso, aunque no se vean escombros. La bancarrota la tiene muy adentro, supurándole en las propias entrañas. Tal como está ahora sigue siendo una ciudad mora, algo así como si la cacareada Reconquista se hubiera paralizado delante de sus muros. Un feroz Muza – agregó irónico – apegado a formas feroces y viejas, contiene a los auténticos caballeros cristianos que desean luchar por su rescate – Se quedó mirando la larga avenida, mientras apuraba la cerveza con los ojos entornados – Habría que derribarla hasta los cimientos y poner en su lugar una Laverna siglo XX.

Álvaro se echó a reír, después de una pausa de silencio. Estaba ya acostumbrado a las teorías de su amigo y le hacían muy escasa mella después de haber comprobado por sí mismo la futilidad de una presunta acción. Chupó de su cigarro y con los azulados anillos circulándole delante de los ojos, se dejó resbalar en su silla hasta sumergirse cómodamente dentro. Al hablar procuró vencer el tonillo de superioridad que a su pesar le salía con frecuencia, aunque nunca tuvo después la certeza de haberlo conseguido.

– Andrés, tú estás loco, la verdad – dijo con calma – Tú eres como tantos. Yo soy más viejo que tú, créeme, yo tengo ya veintiocho años, seis más, y he cosechado una miaja de experiencia por mi parte. Si no te digo que no, si a mí también me dieron esos arrechuchos de

prima mocedad, no creas que eres tú sólo el único. Pero acaba uno por acostumbrarse a todo ¿qué quieres? Se acostumbra uno al trabajo estúpido y pesado, a la incomprensión de la gente, a la mirada que te echan como si fueras una jirafa de feria, al paseo donde te encuentras siempre las cien mismas caras, a la película idiota, a los consejos idiotas, a la vida idiota – Se detuvo, incorporándose ligeramente sobre los codos con cierta animación en los ojos – Mira, la verdad, para luchar contra todo eso, hace falta por lo menos un punto de apoyo… y no lo tenemos… ni siquiera idea de donde encontrarlo… y no creas, hay algunos que piensan como nosotros y que están todavía más despistados. Como tú, exactamente como tú, me habó una vez Armandito Gómez, el de "La Mariposa Cantante", un tío que luchó fuerte en la guerra al lado de los nacionales y que me parecía bragado… Pues nada, después todo eran cuentos… Él me lo contaba en historia. Y pensó una vez como tú, hace quince años, al final de la guerra… El, un Vieja Guardia… Pero ya, como si hiciera siglos…

Se interrumpió, con la voz floja, como si comprendiera lo inútil de seguir hablando. Se frotaba concienzudamente un ojo con el meñique, hasta lograr extraer una pestaña que le molestaba dentro. La depositó con mimo sobre el plato y la contempló curioso, como un raro bicho de museo. De improviso, algo como un amago de violenta náusea le subió hasta la garganta. Tosió con fuerza hasta conseguir despejar el esófago, poniéndose morado con los esfuerzos.

Andrés lo miraba muy fijo, con un brillo enfebrecido en las pupilas. Escuchar en algunas ocasiones a Álvaro, contemplar la futileza de sus movimientos de viejo, lo ponía frenético hasta el paroxismo. Reconocía sin embargo en él ciertas cualidades, con las que a fuerza de buena voluntad llegaba a establecer una compensación que siempre se le antojaba débil. Pero esto de ahora pasaba francamente de la raya.

– ¡Mierda¡ – Las palabras le salían silbantes entre los dientes apretados – ¡Todo eso es mierda¡ Ese Armandito, con todos sus cuentos de idealismo y Vieja Guardia, es todo mierda. Sin conocerlo, ya lo tengo más que calado. Dime tú, porque eso está claro, si tenía tantos ideales y tanta bambolla, ¿cómo es que ha llegado a ser entonces el dueño de una casa de té, que en realidad es una casa de putas?.

Álvaro lo miraba ahora sorprendido. Su amigo se ponía a veces insufrible, ya le había prevenido que la violencia de sus reacciones le acarrearía un día un serio disgusto. Se sonó con parsimonia, procurando tomarlo con calma.

– Chico, qué sé yo, la vida… La vida, que pega palos y le hincha las narices al más bragado… ¡Como que no da fuerte ni distribuye bien… ¡ Al que va para querendón lo hace cura, al sin nariz le da pañuelos, al rico le da úlcera de estómago, al pobre clavos que roer… si todo fuera como debe, lo que tendría que ser, ¡caray¡, tú habrías estudiado Letras, que es lo que te corresponde y yo… yo, en lugar de medir telas en la tienda, estaría con lo de Matasanos, que es lo que me tira…

Andrés se encogió de hombros ante la exposición, que se le antojaba bastante superficial. Para él, Álvaro jamás llegaría a las raíces, se quedaría siempre en la corteza de los hechos. Él, por su parte, quería conocer los orígenes de todo, el oscuro abismo donde se generaban las cosas. Ahora procuraba hablar tranquilo, buscando evitar su excitación anterior.

– La verdad, Álvaro, la pobre vida se lleva cada carga – Torcía la boca en un gesto hastiado, tratando a la vez de aguzar si sus palabras correspondían a algo con lo que en realidad se sintiera profundamente compenetrado. ¡Fallaban tanto a veces sus conclusiones precipitadas¡ Pero ahora sentía que caminaba sobre terreno seguro – Tú dices la vida, pero tú sabes que no tiene nada que ver, que la realidad que se vive la originan los hombres tal y como son – Seguía hablando, mientras trataba de despojar a sus palabras de todo énfasis – La vida es sólo el gran pretexto que mienta la gente siempre para echarle la culpa de sus cochinos egoísmos y de sus cochinas flaquezas.

Álvaro lo escuchaba en silencio. Papiroteó la ceniza de su cigarro e incorporándose, le dio una amistosa palmada en la rodilla. Encendiendo de nuevo se aplicó a sacar una beatífica bocanada de humo, volviendo a hundirse en el asiento.

– Pero caramba, ¿qué te pasa hoy? – dijo, procurando sacar su acento más amigable. Le apenaban algo aquellos juicios de Andrés que reconocía exactos, pero que no llevaban a ninguna parte, si lo sabría él, que había pasado también su sarampión de revuelta juvenil.

Le encontraba disculpa, ya se le pasaría el malhumor. Ahora procuró infundirle ánimos a su manera, diciéndole: – Hay que tener paciencia hombre, que estás que no hay quien te aguante… Ya vendrán tiempos mejores ¡qué caramba¡.

El resultado fue peor. Andrés levantó la cabeza irritado. Sin su larga costumbre de convivencia, a veces lo habría golpeado hasta cansarse. Ahora, la rabia se le escapó en una oleada de sarcasmo.

– Tiempos mejores, je. ¡Estás loco, muchacho¡ ¿Qué esperas, a morirte? Cuando menos te lo esperas te has casado, tienes un piarón de hijos y los tiempos mejores… ¿Dónde estarán todavía los tiempos mejores? ¡Valientes esperanzas las tuyas¡

Álvaro se cuadró de pronto en el sillón, con una cara tan furiosamente fosca como Andrés nunca le había visto.

– ¿Qué quieres tú, porras? – hablaba con las manos muy abiertas, casi amenazantes – Es la realidad, la realidad, la re– a– li– dad, ¿te enteras? – Masticaba enérgicamente las palabras, chorreándolas de saliva. Golpeó la mesa con rudeza, haciendo retemblar los redondos cubos amarillos – ¿Es que le sirve a uno de algo el tener cuatro fantasías en la cabeza que no sirven para maldita la cosa? ¿De qué te sirve calentarte la cabeza con cuatro pamemas teóricas si cuando llega la hora de la verdad se echa atrás todo bicho viviente? ¡Yo¡ – Se golpeó el pecho con el puño – ¡Yo cogería un fusil si supiera que pegando cuatro tiros se iba a arreglar algo¡ Pero ¡qué cáscaras¡, en la guerra se pegaron millones y mira como estamos, aguantando mecha todo Cristo como unos cabrones. Lo que hace falta es cabeza, mucha cabeza… Bueno…

Se había calmado repentinamente, mientras mordía con rabia su cigarro y miraba a su alrededor para ver si alguien había escuchado. Pero todo el trecho que comprendía el toldo del café se encontraba desierto. Sólo Eugenio, el decano camarero que había presenciado ya muchas de sus discusiones, los miraba desde el umbral de la puerta, entornando sus beatíficos ojos de costumbre. Una blanda brisa recién levantada agitaba desmayadamente las olorosas hojas de los naranjos.

Andrés, con una involuntaria mezcla de respeto, permanecía aún clavado de estupor ante su reacción inesperada. Él seguía hablando con un tono ya más normal, dejando escapar por la nariz dos veloces hilillos

de humo. Cosa rara, se sentía mejor físicamente, como descargado de una carga eléctrica que mantuviera oculta en su interior.

– Ya veremos de qué te sirve a ti todo tu afán literario, tanto menear a Dickens ya Thomas Mann y a toda esa gente... Ya veremos, lo que es menester que tengas suerte – Se quedó callado un momento, mientras con los ojos obstinadamente fijos sobre los cuadrados de la acera, tiraba con rabia de una hilacha que lo sobresalía del pantalón. Su ola de violencia amarga parecía buscar un respiradero hacia el exterior – Yo también tenía mis ilusiones como cada quisque en eso de estudiar médico, pero en casa no había una lata, me tragué el bachillerato enterito, sin un suspenso, y cuando llega la hora, mi padre me dice que la carrera es un pico y que si consigo la beca para estudios, que bueno. Si no, a buscarme un empleíto de quinientas pesetas. Solicito la beca y se la dan a un niñito recomendado, con menos notas que yo, un verdadero zoquete. La vuelvo a solicitar al año siguiente y la breva que le cae a otro tarjetón... El tarjetón, el tarjetón, siempre Don Tarjetón... Me busco yo el tarjetón para pedir la beca de la Alcaldía y Don Tarjetón Gordo que se come mi Tarjetón Chico. A ver quien vive de esta manera... Me busco una colocación medio decente donde me puedan servir mis conocimientos y ¡nanay¡. Todo está copadito, tarjetón Don Tarjetón... Le podemos ofrecer para empezar trescientas pesetas, claro, de prueba... En otro sitio: lo que necesitamos no es una persona con tantos estudios como usted, claro, y el sueldo, natural, no es muy alto... Total, que harto de coles me entero de lo de los Almacenes y a aterrizar, qué remedio, si no te dejan alas... Así, que ya, no tengo ganas de amargarme la existencia – Chupó con fuerza del cigarro, hundiéndose en el sillón mientras una turbia melancolía le nadaba en los ojos – Venga lo que venga, me lo echo todo a la espalda, y a vivir. En la vida el que encuentra una buena teta a chupar, el que no, a joderse... Es la ley, y no hay quien la cambie... Ya puedes valer más que si fueras de oro...

Las últimas palabras murieron desmayadas en sus labios. Álvaro miraba el desierto panorama de la calle con los ojos vacíos. Andrés, derrumbado sobre la mesa, sentía en todos sus poros una fatiga inmensa, una angustia infinitamente estéril.

– ¡Qué vida esta, Álvaro, qué vida esta¡

– Sí – su amigo se miraba las uñas con un rudo gesto en la boca – Es la que nos ha tocado vivir. ¿Qué quieres tú que le hagamos?.

Luego se fueron cada uno por su lado. Ahora, Andrés deja por un momento el Cuaderno de Caja y contempla a su amigo, que con inagotable paciencia sigue enseñando telas a la señora cargante del mostrador.

¡Pero qué absurdo es todo¡ Andrés tiene formada en su casa una pequeña biblioteca a costa de sudores y sacrificios, pues el sueldo no da para gran cosa. Lee a todos los autores que le caen en las manos y quizá sea eso la causa de que esté siempre amargado e insatisfecho. Sí, lo ha pensado ya muchas veces, habrá que lanzarse un día de estos a Madrid a conocer una vida distinta, aunque también sea amarga y dura y cruel. No, lo peor de esta vida no es que sea mala o dura o cruel, es que simplemente no es vida ni cosa que se le parezca. Eso que deja a la gente vacía, con sólo unas difusas ganas de consumirse como un cirio gastado, es simplemente la ausencia de vida, de gérmenes vitales que consumir. A veces hay también ganas de matar a alguien, ya lo creo. Por ejemplo, a Don Eduardo, al desagradable Don Eduardo, que se obstina en gastarle bromas con frases de doble sentido y que lo mira siempre con una ambigua expresión en sus ojos de búho.

Las cortinas de paño gris con que doña María Luisa trata de paliar el aire severo del gran salón a la entrada de la primavera, atenúan difícilmente la impresión de pesadez que producen sus muebles oscuros. En invierno, sin embargo, los inmemoriales cortinones de paño grueso, conmovidos por el crujiente chisporroteo de los leños que se consumen en la chimenea, consiguen dar un ambiente acogedor a las largas noches de brisca y lotería. Para José, no obstante, aquello fue en tiempos una sala de juicios donde adustos cardenales por un quítame allá esas pajas condenaban inevitablemente a unos cuantos herejes a la hoguera. La anciana señora que, escudada en sus firmes principios, no se escandaliza fácilmente ante los blasfemos modernos, conviene en efecto que durante el buen tiempo es mejor reunirse en el salón francés para hacer vida de hogar. Sus cortinas beige y sus muebles de limoncillo contrarrestan eficazmente el tórrido espíritu que durante los días claros parece desprenderse del viejo salón.

Pero ahora, todavía en las postrimerías del invierno, doña María Luisa, bajo las tintas rosadas de un crepúsculo mate, prefiere esperar a los suyos bordando sus delicadas labores junto a la ventana grande que comunica con el patio. Sabe que el salón viejo, desde el que se divisa la puerta falsa de la tienda, es particularmente querido de Pedro. Hace ya muchos años que él, al alzar la vista, divisa tras los cristales la inconfundible silueta de su mujer.

Con un leve suspiro de impaciencia, fija sus ojos en el reloj de pared que con su monótono latido parece presidir el vetusto silencio de la habitación. Son ya las nueve corridas y él no acostumbra a retrasarse tanto sin dar aunque sólo sea un ligero aviso con Remigio el ordenanza. Para ir haciendo tiempo se dirige al comedor y del aparador grande va sacando los cubiertos y el ancho mantel rosa pálido, que extiende cansadamente sobre la mesa.

– Aún faltan más de tres cuartos, señora – Felisa, echándose atrás un mechón gris que se le ha soltado de la ceñida horquilla espía desde el umbral cada uno de sus pliegues preocupados. Ella le sonríe con vaguedad, agradecida de su constante cuido. Son ya más de cuarenta años atendiéndola, sirviéndola, adivinando sus menores deseos – Y la señorita Mariana tampoco ha llegado todavía – Concluye la criada.

Doña María Luisa sigue colocando distraídamente los cubiertos. Ella la ayuda, terminando de distribuir con hábil rapidez los finos cuchillos de postre. La mira muy preocupada por su aire de cansancio. De algún tiempo a esta parte, su señora no es la misma de antes.

– No importa, Felisa – dice al fin Doña María Luisa, dándose unos breves toques en el pelo frente al espejo y despojándose del delantal y las gafas – Pero ya debían estar aquí. Voy a ver si los aligero un poco. Tú dile a María que vaya preparando.

Con fatigados ademanes se encamina hacia la puerta, pasándose una mano por la frente, mientras lucha por despejar sus pensamientos. Esta obsesión tremenda no la abandona nunca, llegando a veces hasta producirle fatiga física. Sus ojos azules parpadean, invadidos de repente por una oleada de líquida emoción. Se apoya con fuerza en el quicio, mordiéndose los labios y cerrando los ojos.

– ¿Qué tiene usted, señora? – Felisa se ha acercado rápida, pues rara vez ha visto tan demudada a su señora. Trata de sostenerla, pasándole las manos debajo de las axilas, pero enseguida aploma los brazos con un gesto de impotencia. La cara apenada de su ama no tiene secretos para ella. Agacha la cabeza, frotándose maquinalmente las manos con el delantal.

– Los hijos, señora – murmura compasiva, sin mirarla – los hijos…

Doña María Luisa asiente muda con la cabeza, mientras clavándose las uñas en las palmas, lucha por sobreponerse.

– Sí… – Susurra al fin entre ahogos – Sí, Felisa, los hijos y el niño. Y él, sobre todo, él…

Recuerda en breves momentos cuánto ha luchado ella para que aquello no sucedieran, tan negro veía ya el panorama. Recuerda cómo se opuso siempre con todas sus fuerzas a que José entrara en la tienda. Su vocación, contrariada por el padre, ha hecho de él algo innombrable, un espíritu burlón y ateo, un hombre desgraciado sin el menor temor de Dios y con una muy endeble ética humana. Y ella teme que el día menos pensado se desencadene una tragedia. Y el otro, y el otro… Cada uno son dolores que hay que soportar sin dejar traslucir la lepra que por dentro la roe. El uno, con su vino y sus aficiones raras. El otro, con su vino y sus escándalos. El jueves pasado fue algo de locura, cuando los amigotes borrachos cantando en la escalera lo traían

sostenido por lo sobacos porque no se podía tener en pie. Y Felisa y ella, consumidas de vergüenza, fueron las que entre las dos, con mil trabajos, tuvieron que subirlo. Y su misma madre sin atreverse a rechistar. Ay, Dios, si ella lo hubiera tenido siempre bajo su mano… Otra educación habría recibido. Con una madre débil y un padre que parecía complacerse en la abyección del hijo, de Juanjo no podía salir nada bueno. El colegio religioso en que se había educado parecía haberlo hecho falso y egoísta. Y los otros, lo mejores, lejos, bien lejos. Miguel, en el campo entre peones. Y la niña, viéndola a escondidas a causa de la intransigencia del padre. ¡Dios, qué castigo con los hijos¡ Parece esto una maldición del Antiguo Testamento, el terrible castigo de las siete plagas de que habla la Biblia.

Luchando valerosamente por reponerse, Doña María Luisa baja con los puños cerrados la escalera que conduce a la tienda. Antes de entrar procura componer su rostro demudado, ensayando una sonrisa que le sale convertida en mueca. Un flexor que ha quedado encendido sobre una mesa origina la ranura de luz que la hizo creer que alguien quedaba en la tienda desierta. La luz turbia del farol del patio, entrando por las grandes cristaleras esmeriladas, deja en una vaga penumbra el mostrador marmóreo, los rectángulos de luz fluorescente, los estantes de roble donde reposan las telas, las mesas donde se extienden para cortar. El paisaje, tan entrañablemente familiar, tranquiliza sus nervios. Con paso vivo se dirige a la trastienda, empujando la puerta.

– ¿Quién anda por ahí?

La estancia mantiene grandes zonas en sombra que aparecen limitadas por el corto círculo brillante que sale de la lámpara de mesa. Don Pedro, casi acurrucado en su asiento, ha levantado la cabeza con sobresalto. Sus cabellos, completamente blancos, nimban de luz el bosque de arrugas de sus facciones marchitas.

– ¡Ah¡ ¿Eres tú?

Ella lo observa ansiosa, sintiendo que una mano férrea la estruja por dentro. Pedro nunca ha tenido ese aire desolado de vencido, ese lívido desmejoramiento que se le ha acusado en los últimos tiempos. Una naturaleza tan trabajada como la suya no puede soportar impune golpes tan duros sin quedar completamente abatida. El ya se lo dijo un día: María Luisa, me siento ya acabado, me han fallado todos los

salvavidas. Y es eso lo que ella lee ahora en sus ojos. La soledad trágica de los náufragos que han perdido toda esperanza.

– ¿Cómo es que te has quedado solo?

El se encoge de hombros, indiferente.

– Se fueron todos. Rozas ha estado aquí hasta hace un cuarto de hora. José se fue a media tarde, a eso de las cuatro. Por lo visto, ya había dado de sí lo suyo.

Ella se sienta en una silla cercana a la mesa, oprimiéndole el brazo con un gesto tierno. Comprende lo fútil de la pregunta que va a hacer, pero eso le permitirá a él desahogarse. Conoce las duras fibras de su carácter y su enorme necesidad de que se le tienda un clavo al que agarrarse. Ella es como el blando sillón que el hombre ocupa en invierno para reposarse junto al fuego.

– ¿Qué tienes Pedro?

El no contesta de pronto. Se deja caer de bruces sobre la mesa, apoyando la cabeza entre las manos y suspirando con fuerza.

– ¿Qué voy a tener, Maria Luisa?. Lo de siempre.

Ella recuerda la conversación que acaba de tener con Felisa, sintiéndose de nuevo llena de angustia. Es algo tan fuerte que se cuela adentro como una ola, penetrando por todos los rincones. Es como un animal con garras, como una banderilla que se clava, como un nervio que en las entrañas gimiera furiosamente dolorido.

– ¡Los hijos¡

El baja la cabeza, dejando escapar una voz sorda:

– Sí, los hijos… Los hijos, que son unos inútiles y unos canallas…

Se echa de pronto hacia atrás, con los ojos muy fijos sin ver.

– Escucha, aunque te parezca increíble – Dice con brusquedad, con la voz restallándole ahogos en la garganta – Esta tarde, durante media hora, José, ese canalla de José, que no tiene otro nombre, estuvo haciendo pajaritas de papel en mis mismas narices. ¡Se necesita mala uva¡ ¡En mis mismas narices¡ – Repite en un furioso arrebato – Y yo no lo miraba… Yo no lo miraba, esperando que terminara para darle unas facturas… Y Rozas tampoco miraba, él sabe lo que a mí esto me duele… Pero yo sé que veía, ¡que veía muy bien¡ ¡Y mira¡

Se levanta brusco derribando su sillón y acercándose a la otra mesa, abre el cajón con violencia. Entre tampones y sellos aparecen

muchas pajaritas de papel de diversos tamaños y colores, unas de papel de periódico, otras con membretes de la casa. Don Pedro, de súbito, se queda contemplándolas como fascinado.

– Y no las puedo tirar, porque es peor – Murmura muy bajo – Mañana las volvería a hacer. Ya me ha pasado una vez.

Ella aprieta con fuerza los puños, clavándose las uñas en las palmas para no estallar en gritos histéricos. Un recuerdo sin embargo la atenaza por la garganta, bajándole la cabeza y oprimiéndole los labios con inhumana fuerza. Ella no puede defender totalmente a ninguno de los dos. Sólo puede defender con la piedad, desgarrarse en ternuras, su vieja y cruel ley de mujer. El Señor señaló a la mujer en la tierra obediencia y amor. ¡Misericordiosa Madre que tuviste tu Hijo Crucificado¡

Se acerca a su marido, oprimiéndole el hombro arrebatada. Su perfil de viejo amado, tan dolorosamente amado…

– Deme, Pedro – Susurra cálida, temblándole los labios – ¿Qué podemos hacer?.

Él, más viejo que nunca, se acerca al sillón y lo alza para dejarse caer a plomo en su interior. El ha soportado tempestades que habrían derribado encinas, pero hay algo que no pueden soportar los hombres, los viejos hombres. El sentir que a su alrededor se derrumba poco a poco el edificio levantado durante toda una vida, el edificio amasado con granos titánicos durante sesenta años.

– Sí, es su venganza – Murmura – Su venganza, lo sé hace tiempo. El está amargado hasta los huesos. Yo era fuerte, muy fuerte y muy hábil entonces, hace ya tanto tiempo, y lo destrocé, lo destrocé sin piedad. Porque quedó roto como un guiñapo, aunque entonces no se le notara. Pero ahora sí, ahora le veo a veces una mirada de muerto, de hombre que vive a fuerza de los codazos que le dan los otros al pasar por su lado. Y cuando oigo sus voces en la tienda, armándole la broca a cualquier infeliz por una tontería, siento unas feroces ganas de intervenir par abofetearlo por su cobardía. Pero algo más fuerte que yo me deja clavado en mi sitio. Y cuando él entra, relamiéndose como n cerdo que ha comido bien, yo noto que me está buscando los ojos para reírseme en las barbas. Y me hago el desentendido porque yo también me siento con mala conciencia.

Ella se aprieta las manos, temblando hasta la entraña. Le parece ver con sus ojos la llaga física que corroe la carne vieja y maltratada de su marido. Su garganta se le estrangula con las palabras, pero ella no puede ocultar las cosas que sabe.

– Tú sabes, Pedro, Pedro mío, por qué es todo eso.

El se remueve intranquilo en la silla, con el sudor cuajándosele frío en torno de las sienes.

– Sí, lo sé – Dice muy despacio, con las palabras atirantadas – Lo sé de sobra.

Ella se levanta abrazándolo por detrás, deslizándole las palabras en el oído con infinitas precauciones, queriendo que las palabras acaricien su cerebro sólo para darles su significado, queriendo detener las palabras en el camino que emprenden inevitablemente hacia el fatigado corazón de este ser humano que ella tanto ama y que está siendo tan ferozmente golpeado.

– Pero hay algo que no sabes, Pedro, mi Pedro. Algo que he sabido por Mariana y que he luchado siempre por ocultarte. Al poco tiempo de renunciar, ya casado, nuestro hijo, nuestro hijo que tan querido nos era y nos es a pesar de todo, sufría con unas pesadillas horribles. Me lo contó llorando Mariana. Decía que se empapaba en sudor porque soñaba que estaba metido en un agujero de campaña y que no podía salir porque nadie oía siquiera sus voces. Al mismo tiempo alguien le echaba paletadas de tierra. Y él oía tocar a generala, sus compañeros de cuartel lo aclamaban buscándolo porque habían perdido a su capitán, su querido capitán – Se incorpora ligeramente acariciándole la cabeza – Parece infantil e idiota, pero los sueños tienen su influencia en la vida real. Sobre todo cuando hay una llaga abierta que no deja de sangrar. Y yo quiero, Pedro mío, que tú lo sepas para que lo comprendas, para que sepas cuán desgraciado es él también. Creíamos que aquello de ser militar se lo llevaría el viento, pero… Se le ha quedado dentro y lo envenena.

El continúa con la cabeza hundida, bajo el peso de estas palabras que le trastornan hasta el fondo.

– Yo no tenía que haberlo obligado – Dice en voz muy baja – Ese fue mi error, mi culpa. Y él no fue lo bastante fuerte para defender lo suyo. Yo en su lugar lo habría sido. Mi testarudez de entonces es

ahora nuestra desgracia. Yo soñaba con verlo hecho dueño absoluto y mandar a todos, sobre todo mandar a Rozas, que es aquí tanto como yo. Cuando yo muera, que no está lejano el día, él será el jefe, no hay otro…

– No tienes que decir eso, Pedro – Dice ella, acariciándole con infinita suavidad los cabellos. Tras una pausa nostálgica – De sueños no se puede vivir. Todo eso habría sido muy hermoso… si él hubiera sido como tú. Pero desde pequeño ¿lo recuerdas? Con su traje de marinero y sus botitas negras, nunca, nunca quería venir por la tienda. Y tú te empeñabas en traerlo y él se escapaba y tú ya sabes donde había luego que buscarlo. En el soberado ordenando maniobras a sus soldaditos de plomo. ¡El fue siempre tan distinto¡ ¡Tan distinto de todos¡.

Don Pedro, aún con la cabeza baja, ha cerrado con fuerza la boca al oír sus últimas palabras. No y no. Ella puede pensar lo que quiera. ¿Pero cómo podía él admitir que la tienda se quedara sin dueño, cómo va él a tolerar que el día de mañana los Duarte sean sólo un recuerdo en la historia de SU TIENDA? ¡Nunca¡.

– Y mi nieto ¿qué es? – Grita de repente colérico, levantando la cabeza con brusquedad – Un muñeco estúpido y vacío que se va de juerga a los dieciocho años y vuelve a las tantas borracho perdido, que hace el gamberro con otros señoritos como él y que en cuanto llega aquí se pone a hablar de toros y de fútbol con el primer mandria que encuentra a mano. La inutilidad andando. No sé ni para qué ha nacido. ¡Valiente mequetrefe¡.

Doña María Luisa se pone en pie, rígida ante la brutal avalancha de palabras. Se esfuerza por parecer serena, tratando de dominar el temblor de sus labios.

– Pero… Eduardo ¿no te ayuda?

El deniega enérgicamente con la cabeza, todavía irritado. Por lo visto, su mujer no conoce aún a sus hijos. Si los tuviera tratando como su padre.

– No seas cándida, mujer. ¿Eduardo? Otro elemento. No sé que aguarda para casarse, con cincuenta años a la cola. A lo mejor ni para eso sirve… De él, de él ha sacado ejemplo Juanjo. Si el tío no fuera borracho, no lo sería quizá el sobrino. ¿Crees que no sé lo que pasó con él la primera vez que se emborrachó a los doce años? ¿Qué lo

tuvieron ustedes que sacar a rastras del lavadero?. Por una vez que vino a merendar con los abuelos… – Su voz se crispa de pronto, restallando – ¡Así me ha salido la casta¡

Ella no puede soporta recuerdos que la laceran como un cilicio. Procura dominarse sin embargo:

– Pero Miguel es diferente.

– Y menos mal que lo es – dice él, algo más tranquilo – Pero se le empestilló lo del campo… Y ahí lo tienes… No se porta mal desde luego, va sacando buenos beneficios, casi un millón en la última cosecha. No es despilfarrador con los peones. Pero no sé por qué no quiere nada con la tienda.

– No le gusta.

– Bueno – Él se echa hacia atrás con un vago encogimiento de hombros, mirándola con enfadados ojos – Hora va a salir aquí cada uno con su gusto. Lo que hay que ver es que a la tienda le hace falta gente despabilada y que sea de la familia. Ese es el problema y hay que apechugarlo. ¿Más claro?.

Doña María Luisa se muerde los labios, pensativa. Va a hablar, vacila y finalmente, con voz muy baja:

– Ya sé que no quieres hablar de ella siquiera. Pero…

Su marido enrojece repentinamente, mientras traza un violento hachazo en el aire. Parece mentira que su mujer conociendo la firmeza de sus ideas no sepa que no le tiene que hablar jamás de ese asunto. ¡Estaría bueno¡

– De esa hija descastada, ni una palabra – Dice con energía – Para mí, como si se hubiera muerto. Bastantes quebraderos de cabeza me dio ya en su día. No quiero hablar más de ella. ¿Entendido?.

Con ademanes nerviosos empieza a recoger las facturas esparcidas sobre la mesa. Le ha invadido de repente la suplicante cara de su hija cuando fue a verlo al despacho, el anuncio del matrimonio en la prensa como un desafío, la irónica felicitación de Román cuando el nacimiento de la nieta a la que ni siquiera conoce.

Su mujer se ha quedado rígida. Siente que algo precioso que existía entre los dos se ha roto de una forma irremediable. Su rostro se ha vuelto de piedra, mineralizados sus viejos ojos por un sentimiento que su marido trata en vano de descifrar.

El anciano enciende las luces fluorescentes de la gran sala, haciendo huir la luz íntima en que los envolvía el flexor. Empujando con ligereza a su mujer hacia la salida, sale tras ella con paso inesperadamente firme.

La escalera tan oscura, con sus barandas como dos largos huesos animales, la hace detenerse bruscamente antes de pisar el primer escalón. La luz macilenta del farol, resbalando morosa sobre las columnas de viejos tonos amarillentos, agiganta en larguiruchos prismas las siluetas de los maceteros que vigilan las cuatro esquinas del patio desierto. Los gastados bordes de los primeros peldaños recogen con dificultad el resplandor difuso que se cuela bajo los arcos, dejando en la penumbra el primer descansillo que apoya la terrible subida que se avecina.

José duda antes de empezar, tratando de afirmarse bajo los pies y echando una turbia mirada hacia arriba. La endemoniada escalera es como un amenazador agujero negro que no tuviera límites para sus vacilantes piernas. ¿A quién se le ocurriría hacer las escaleras hacia arriba?. Algún arquitecto idiota que no tendría idea de lo difícil que resulta subirlas en una noche tan oscura. ¡Condenada escalera¡.

Decidiéndose de pronto, se agarra con ambas manos al barandal y empujando el cuerpo hacia delante, tantea con los pies hasta encontrar un primer punto de apoyo. Gracias a Dios, aquí hay uno. Poco a poco, resoplando furiosamente cada vez que le falla un pie y sentándose un par de veces durante la accidentada cuesta, consigue ganar la primera meta. Desde la cumbre, sentado en suelo, contempla orgulloso de sí mismo el camino recorrido, echando una ojeada hacia arriba con aire de reto.

Con la vista ya acostumbrada a la densa penumbra de la escalera, se siente ya dueño de la situación. No tiene ninguna prisa. Los grandes capitanes de la antigüedad, antes de tomar una difícil posición al enemigo, calculaban su lado más vulnerable con gran habilidad y paciencia. Escipión ganó Numancia porque se le metió en la cabeza rendirla por hambre, que era la única manera de ganarla. Alejandro se hizo el amo del mundo porque era un tío sencillote que no desdeñaba beber vino tinto con los soldados. ¡Cuánto le habría gustado ser Alejandro¡. Se entretendría en ganar batallas y pondría un asalto en regla a la tienda hasta rendirla sin condiciones. Y el viejo tendría que capitular y pedirle perdón por la forma cochina con que se ha portado con él. No, que a lo mejor era tan tozudo que lo incendiaba todo

y moría entre los escombros agarrado al libro de la familia. ¡El muy bruto¡. Capaz era de comerse los mostradores antes de dejar entrar al enemigo.

Resuelto a emular a su maestro, se apresta valerosamente a la lucha. Levantándose con miles de precauciones, fija sus fascinados ojos sobre el primer objetivo a alcanzar, la seductor perilla de la baranda. Es como una teta negra de mujer, de mujer negra. Él siempre ha sido un Don Juan. ¡A por ella¡. Con un brinco desesperado se echa de pronto hacia delante, consiguiendo abrazarla contra su pecho.

Conquistada ya esta posición clave, se dedica a contemplar beatíficamente la segunda meta a conseguir. Ya es todo coser y cantar, ¡Qué diablos¡. De cobardes nunca se ha escrito nada. Paco sí que ha sido un cobarde al dejarlo luchar hoy solo contra el enemigo. Si hubiera venido con él, entre los dos lo habrían despachado en un abrir y cerrar de ojos. ¡Qué buen tipo es Paco después de todo¡ ¡Pero qué mala uva tiene algunas veces¡. Cuando le pegó la bofetada a aquel conde inflado.. Pero el caso es que estuvo muy bien, se lo merecía por cabestro. ¿A quién se le ocurre comprarse un título como quien se compra una vaca? ¡Qué burros son los nuevos ricos¡ Porque la casta se tiene, sí señor. El que tenga dinero, por sudado que sea, que ofrezca buenos negocios a la gente con estilo y entonces se le podrá tolerar. Si no, ¡cáscaras¡, que se fastidie.

Este breve descanso le ha servido de mucho. Ya alcanzará la segunda meta, que nada imposible hay para un Duarte. Como que en todas partes hemos puesto el mingo. Ya en la guerra dimos nuestros quebraderos de cabeza a los rojos. Se pasaron una semana buscándonos sin dar pie con bola. Como que toda la familia se había largado a Sevilla, donde habían triunfado los nuestros desde el primer momento. ¡Valientes cretinos¡ Capaces de sentarse en taparrabos sobre sillones de terciopelo, con la leche esa de la justicia social.

Dejando de lado estos pensamientos que no vienen a qué, se asegura sólidamente sobre las piernas, recomenzando la subida por el flanco derecho del enemigo. Ya falta un único escalón, que queda triunfalmente coronado. Sólo queda ahora la puerta de entrada, pero no tiene más que dejarse colgar del tirador de hierro y la puerta queda atrás vergonzosamente vencida.

La victoria sin embargo ha sido de pronóstico y no quiere estropearla ahora echando abajo los muebles. Cerrando los ojos con fuerza y abriéndolos enseguida muy despacio, se orienta por medio del rayo de luna que entra por la ventana del recibidor. A tientas busca la llave de la luz, pero no le da tiempo a girarla. Una acechante sombra se le ha adelantado y una crudelísima luz viene a herir con violencia sus pupilas irritadas. Echándose hacia atrás con un desmañado gesto, huye de aquellas llamaradas vivas que le escuecen tan profundamente en los ojos. Desde el fresco refugio donde ahora se encuentra, deja pasar unos instantes antes de aventurarse a lanzar una ojeada hacia el temible salón tan odiosamente iluminado. ¡Caramba, qué sorpresa¡ Su madre nunca está levantada a estas horas, siempre se acuesta con las gallinas. ¿Qué habrá pasado, se habrá muerto el viejo?

Ella, muda y casi sin mirarlo, trasladada de la consola a la mesa la lámpara pequeña, encendiéndola y apagando la malvada araña que cuelga del techo como un gran insecto dañino. Enseguida se dirige a la húmeda delicia donde él se encuentra refugiado.

– Buenas noches, José – Cogiéndolo del brazo, lo conduce hasta el sofá, haciéndolo sentarse en él – Te esperaba.

Él se deja llevar con docilidad, sintiéndose de pronto bruscamente despejado. Aunque lo intentó montones de veces, nunca ha conseguido zafarse de la influencia que sobre él ejerce su madre. La turbamulta que reina en su cerebro le hace enlazar aún torpemente las ideas, pero algo como una mano fuerte y delicada a la par, parece empeñada ya en restablecer un poco de concierto. Es que la juerga en casa de Paco ha sido de pronóstico, ¡Caray¡ Con dos como esa se vuelve tarumba a cualquiera.

Dejándose caer pesadamente sobre el sofá, se pasa un pañuelo por el rostro sudoroso, mientras mira a su madre con preocupación. Doña María Luisa arrastra un sillón hasta colocarlo a su lado, sentándose sin apenas tocar el respaldo.

– ¿Me esperabas? – dice él al cabo de un momento, con voz casi normal – ¿Qué hay?

Ella mantiene su aire tranquilo y seguro.

– Tengo que hablarte con urgencia.

– Pero… ¿qué hora tenemos? – Pregunta José, intentando inútilmente descifrar las manillas del viejo reloj – ¿Y qué pasa?.

Ella le contesta muy pacífica, mientras cambia de sitio la lámpara para que le moleste lo menos posible.

– Pues no sé de qué – Él, ya despejado, se encoge de hombros sin mirarla, hundiéndose más en el sofá – En fin… – Concluye con un gesto vagamente hostil – tú dirás…

Ella, intrigada, lo escruta hasta el fondo de los ojos como si lo viera por primera vez. Nunca ha podido comprenderlo del todo. Este hijo se le antoja el más complicado y a la vez el más querido, después de la niña. Su María Luisa, después de todo, ha encontrado un hombre religioso y trabajador que la quiere, pero José ha tropezado con una mujer de una aterradora pasividad, que aunque no tonta, se encuentra infinitamente alejada de los problemas de la vida. Doña María Luisa sospecha que incluso lee libros de los señalados en el índice. Haciendo un gesto de resignación, se decide al fin a abordar el tema del momento.

– ¿Puedes escucharme ya, José?.

Él la mira con gravedad, pasándose por los labios una lengua saburrosa.

– Sí, mamá, dime lo que sea.

Ella se reconcentra antes de hablar, estudiando con atención el efecto de sus palabras. Sus cabellos, blancos con algunos mechones negros, recogen los suaves reflejos que despide la lámpara. Sus manos, pálidas sobre el regazo negro, se cruzan entre sí con fuerza.

– José, conozco muchas cosas que pasan en la tienda y también en tu lecho. Sé de tus riñas injustas a los empleados, de tus pajaritas de papel y de tus pesadillas… Ya ves que soy precisa.

José tarda en contestar. Parece no haberla escuchado. Sin mirarla se desabrocha el cuello de la camisa, dejando vagar sus ojos por la habitación. Se ahoga dentro de esta sala que siempre ha odiado, tan desolada de espíritu humano, pero que sirve tan bien de marco a sus padres viejos. Pero su madre, a pesar de sus devociones beatas, es bastante comprensiva, mientras que su padre, cerrado a todo lo que no sea su violenta soberbia, parece el reflejo exacto de las amarillentas fotografías de los antepasados que de pequeño se obstinaba en mostrarle como ejemplo. Caras solemnes y estiradas, ojos donde resplandecía un

orgullo mezclado de tristeza, hombres y mujeres que todos miraban al pasado, venerándolo como motivo de existencia. Pero hombres que jamás habrían descendido a estas embajadas.

– ¿Te ha mandado… "él?" – Dice al fin con voz muy suave.

Ella crispa los labios, sublevada ante el tono de la pregunta. Habla con voz muy baja, pero enérgica:

– Tu padre duerme ahora y no sabe absolutamente nada de esto. Ni yo querría que lo supera por nada del mundo. Todo esto es cuenta mía.

Él se golpea las rodillas en un cansado gesto, con las ojeras más pronunciadas que nunca.

– Bien, mamá ¿qué quieres? Que me comporte como un hijo perfecto ¿no es eso?.

Ella no le responde enseguida. Parpadeando ligeramente antes de replegarse sobre sí misma, empieza a hablar muy despacio, con una voz inesperadamente tímida:

– Mira, hijo, sabemos de tu constante malhumor, de tus cóleras, de tus pesadillas…

La rabia que se extiende fulminante por la cara de su hijo, la hace detenerse. José se ha precipitado de pronto hacia delante, desahogándose en una violenta explosión de cólera que le amorata súbitamente las mejillas.

– ¿Y cómo al saber tú todo eso me pides que me calle, que me trague la bilis que me derramó él hace tantos años, cuando yo sabía tan poco de las cosas que casi ni podía defenderme?.

La voz le ha salido ronca y exasperada, ahogándose entre os chapoteos de la garganta. Sus ojos, sin embargo, tienen ahora una turbia luz de angustia. De repente se levanta, dando unos frenéticos pasos por la habitación.

– ¡Se trata de aquello, siempre de aquello… ¡ – Grita, dejándose caer de nuevo con violencia sobre el sofá. Doblado en dos contra la esquina, cierra los párpados con fuerza, apoyándose las sienes en los puños – Quisiera arrancármelo del cabeza…

Ella le escucha con el corazón acongojado, sin atreverse a hablarle. Él continúa con voz más serena, con las manos prensando inquietamente los desordenados cabellos de sus sienes:

– Yo, mamá, yo hubiera podido ser feliz, feliz como un hombre cualquiera… si yo no hubiera sido un gran cobarde. Un gran cobarde que se dejó convencer como una muchacha a la que ofrecen un novio rico. Me puso delante de los ojos la tienda, la cochina tienda que aborrezco desde entonces, y yo me dejé convencer como un idiota. Y lo que tenía dentro, mi ilusión de ser militar se fue entonces al cuerno… Yo sería apoderado, jefe, mandaría a todos, la tienda tendría en el futuro un gran papel en el plano nacional… ¡Pamemas, todo pamemas que yo me tragué como un tonto de pueblo¡ Porque caro, bien caro lo he pagado luego, ¡maldita sea¡. Como si el hacer uno en la vida lo que le gusta no fuera lo que más vale en el mundo.

Con la boca caída entre los brazos, se deja caer con laxitud contra la esquina del sofá, acurrucado como un niño. Aquella sensación de desamparo le estremece a ella hasta lo más profundo. Jamás se ha sentido tan impotente ante el dolor de un hijo. Prensada entre estos dos dolores como entre dos hierros que la estrujan sin piedad, quisiera que el bálsamo con que quiere aliviar al uno no sea una llaga para el otro. Dolor de mujer y de madre que la consume como una antorcha purificadora de pecados. ¡Pero Señor, Señor, en esta ocasión dame fuerzas¡. Sin Ti soy sólo una pobre pavesa empujada por el viento.

Con un apurado temblor en la garganta, trata de ordenar como puede sus confusos pensamientos. Tiene que hablar con claridad, sentirse como la enfermera que cura heridas sin dejar de mirarlas con ojos amargamente lúcidos.

– Ya se que es por eso por lo que no quieres a tu padre. No te voy a decir que él lo hizo por tu bien, porque no sería cierto. Lo hizo por el egoísmo de su tienda, por esa tienda que él ama y cuida hace tantos años… Y yo sé cómo la quiere, más que a mí, más que a vosotros, más que a su propia vida… ¿Qué quieres? – añade con cansado gesto – Son más de cincuenta años enterrados en ella, día a día, sudándola y poseyéndola… casi… como una mujer. Y todo se hubiera truncado si él no hubiera conseguido entonces aquello de ti…

– José se incorpora lentamente, con los labios fruncidos mirando fijo al suelo.

– Llegó hasta la amenaza de desheredarme, de no dejarme un céntimo. Habría sido terrible. ¿A quién hubiera podido recurrir yo?.

Ella se aprieta las manos, estremecida ante estas palabras reveladoras. ¡Qué terrible es a veces el dinero¡ Deja a los hijos desnudos ante la vida. Y viene una corriente, por pequeña que sea, y los hijos se van, arrastrados como náufragos.

– Ahora ya es tarde – Suspira– Y hace ya tanto tiempo…

– No me explico como no ha pasado esto hasta ahora.

Los ojos de José brillan de pronto.

– Es que hasta ahora – dice, con un relámpago burlón en ellos – yo había guardado las formas. Quizá por mi hijo.

– ¿Por Juanjo?

– Sí – asiente él con la boca torcida – por Juanjo. Pero no valía la pena. Es peor aún que yo. El ambiente lo ha podrido de una manera espantosa. Es él quien dará lustre a la casta, mamá.

Ella frunce las cejas, asaltada de súbito por un recuerdo.

– ¿Por qué has hecho eso de las pajaritas?.

Él hace un gesto de fatiga, poniéndose de pie.

– Es un pasatiempo como otro cualquiera. Gente famosa lo ha hecho en sus horas libres. ¿Por qué no voy a hacerlo yo?.

Ella se alza también, estudiando sus ojos irónicos desde muy cerca y oprimiéndole nerviosamente un brazo. Lucha por conducir sus palabras, pero éstas vibran contenidas, como secos golpes contra su propia carne.

– Hijo, no quiero que seas ruin. Quiero que seas un hombre noble, a pesar de que no hayas podido ser lo que hubieras querido. Tú sabes que la mediad de los hombres es simplemente su nobleza. Y yo no quiero tener un hijo que no sepa ser un hombre entero. ¡Compréndeme hijo¡. En aquella ocasión él tuvo la culpa, pero tú también la tuviste. Olvidemos aquello en lo posible. No amargues los últimos años de tu padre.

José se desprende de la mano que lo oprime y de unos pasos por la habitación, agitado. Los pasos resuenan sordos sobre el pavimento enlosado. ¡Cuánto odia esta habitación sombría¡ Se detiene delante de una ventana e interroga la oscuridad, apenas amortiguada por un débil halo de luna. Sin volverse, habla con cierta rabia colérica: – ¡No sé, mamá¡. Ahora te lo prometo, pero mañana no sé – Se limpia el sudor de la frente, empapada – la tienda no la puedo resistir, ni el casino, ni

la ciudad entera, que me parece una ciudad llena de muertos que andan por la calle y que se dan los buenos días creyendo que están vivos – Se vuelve con brusquedad – Es como si yo estuviera muerto ¿comprendes? Sobre todo cuando veo a la gente que se ríe. Tengo la impresión de que estoy vivo en la medida en que soy malo.

Su madre lo escucha aterrada. Se le acerca y cogiéndolo de nuevo por el brazo contempla su cara, una cara helada e inexpresiva.

– ¡Pero eso no puede ser¡ – Exclama en una arrebato – Tienes que desechar esas ideas absurdas, hacer algo, qué se yo, algo que llene tu vida, o ver a un especialista, viajar, qué sé yo, algo, en fin, hijo mío…

Se interrumpe, mordiéndose los labios con ansiedad. José la mira con una expresión de infinito cansancio.

– Lo he intentado todo, mamá. Ningún médico puede curarme, ninguna Academia puede admitirme ya, soy demasiado viejo. Y los viajes tampoco me sirven de nada. Ya he hecho un montón, lo sabes. Los primeros días bien, después todo igual. Me peleo con la gente que encuentro, no sé qué me pasa. Una vez me llevé dos días en la cárcel de un pueblo. Me sacó un coronel, viejo amigo mío que estaba allí de guarnición. Ningún militar, figúrate… ¡Qué sarcasmo¡ ¡Deber la libertad a un militar¡ ¿Es que no es para reírse?.

Ella lo contempla con las cejas muy fruncidas, parpadeando.

– Pero, hijo, no te entiendo. Yo veo a mucha gente que no llega a conseguir en la vida lo que quiere. Que está en las mismas condiciones que tú. Y sin embargo, no se desesperan, lo llevan con resignación.

José deniega con la cabeza, amargo.

– No en mis mismas condiciones, mamá, sino mucho peores, yo lo sé, sin solución posible. Y no tienen más narices que aguantarse. Y los que se aguantan estando con oportunidades como yo lo estuve, son gente cobarde como yo. ¿Qué quieres? – Concluye encogiéndose de hombros – Eso no me consuela lo más mínimo.

– Tienes que buscarte un equilibrio como sea – Dice ella con firmeza.

Él se esfuerza en reprimir un ademán de fastidio.

– Ya tengo una querida, mamá. Eso es lo que más me sobra. Yo soy un desequilibrado, eso es todo. No hay cosa que a estas alturas pueda poner en el otro platillo de la balanza.

Ella, en un impulso, le coge una mano entre las suyas.

– Pero prométeme que harás todo lo que puedas para no amargarlo a él. ¡Prométemelo, hijo¡ – Implora, en un gesto de vehemencia incontenible.

José desprende su mano con suavidad. Cuando le ve a su madre esos ojos suplicantes, quisiera meterse bajo tierra.

– Anda a acostarte, mamá, es ya muy tarde. Haré lo que pueda, pero créeme, he perdido bastante el dominio sobre mí.

Ella insiste de nuevo, agarrándolo del brazo con un ademán posesivo. Se siente súbitamente llena del manantial oscuro de donde diariamente saca renovadas fuerzas para la lucha. José, tan distanciado siempre, podría volver ahora al Refugio Sagrado donde no existen las diarias tempestades de la Carne, el Demonio y el Orgullo, las tres pasiones terribles que tanto entristecen a los separados de Dios. Ella luchará por su hijo.

– José ¿has pensado alguna vez en rezar?

Él la mira con asombro, faltándole poco para reír.

– No, mamá, por favor, nunca. De pequeño ya hice bastante el muñeco. Hace más de veinte años que no rezo un Padrenuestro.

Ella se muerde los labios, contrariada. ¡No importa¡ ¡Cuántos que se habían alejado totalmente vuelven a encontrar consuelo en el Refugio Divino¡ Son palabras de don Anselmo, las recuerda de su última confesión. Una luz ardiente brilla en sus pupilas, coloreando de matices su voz apasionada:

– Hazlo, hijo, reza con fe, con toda la fe que puedas…

– Se interrumpe, prosiguiendo con seguridad profética que la sorprende a sí misma – Tendrás tu recompensa, la tendrás, lo sé…

Parece ver de pronto la cara de su hijo, que la mira con fastidio. Inclina la cabeza desalentada, llevando ya en los ojos una apagada luz.

– Hazlo, hijo – Murmura – Ríete si quieres, pero hazlo.

Le aprieta las manos en un último gesto de súplica. Luego se marcha ligera por el pasillo, en dirección a su cuarto. José enciende una cigarro y se deja caer a plomo sobre un sillón. Sabe que ya no podrá dormir esta noche. La borrachera que ha cogido no le ha servido para maldita la cosa.

Los árboles del Parque de Bellavista sienten un cálido sol sobre su membranosa carne morena, de la que empiezan a brotar hojas diminutas, índice de la sabia que corre ya por el interior de los troncos. Los largos paseos alquitranados se ven invadidos por los grandes manchones de sombra que las lanzas de sol proyectan a través de las cobrizas copas, haciendo corporizar personas y objetos en luminosas penumbras.

En la plazoleta de María Cristina, bajo las viejas encinas que, prisioneras en la rectangular valla de desteñidos listones, ofrecen a la chiquillería su mágico balanceo aéreo. El juego de entrada y salida con alboroto de los pequeños se repite cada vez que las barcas se detienen, rasando cada vez con más fuerza la gastada plataforma de madera.

Sentada en uno de los deslucidos bancos de hierro, María Luisa Duarte ve a su hija Rafaela salirse del inefable rectángulo y ponerse a perseguir a otra niña grandullona hasta darle fácilmente alcance. La plazoleta es como un refugio íntimo, lejos de las ruidosas avenidas centrales, donde a ella le gusta perpetuar el goce inimitable de estas mañanas de sol. El griterío de los chiquillos, aumentado con el parloteo de las niñeras que los vigilan, no consigue turbar su sosiego interno. Rozando las tapias del parque se divisa desde allí la enorme mole del Cuartel de Infantería, desde donde viene Carlos a recogerlas durante todas estas mañanas de vacaciones de la niña.

Siguiendo la menuda figura de Lita, que dibuja en el suelo un cuadrado de tiza para su juego de tocaté, la muchacha deja que sus dedos sigan maquinalmente el monótono ejercicio de las aceradas agujas. La niña, en el centro de la reunión, va dirigiendo a las otras con una vivacidad saltarina de pájaro: – Tú primera, tú después, ahora te toca a ti, enseguida a mí – El juego queda organizado en breves momentos bajo la fértil disciplina de la pequeña. ¡Si la viera su abuelo¡ ¡El, que no ha llegado siguiera a conocerla, después de seis años¡.

Pasándose una mano por la frente, arrugada de súbito, se abisma en preocupaciones que a veces la turban sin un verdadero motivo. Hace mucho tiempo que no ve a su padre, ni siquiera de lejos. Es que él sale tan poco. Su madre le ha contado que discute ahora mucho con los hijos, con Eduardo sobre todo y también con José. Y como

siempre, todo por causa de la tienda. La tienda es como un ser vivo entre ellos. Desde que nació, la tienda forma parte de su vida. No recuerda acontecimiento importante en la casa que no aparezca ligado a ella. El bautizo de todos los críos se ha celebrado siempre entre aquellas paredes. Su padre, con lo raro que es con el personal, juntaba ese día a todos los empleados alrededor de una mesa bien provista. María Luisa recuerda a Mariana con Juanjo en los brazos, presidiendo el banquete ante el festejo tan ansiado del primer nieto. El abuelo parecía un chiquillo, estrechando la mano a todo el mundo y distribuyendo puros con una generosidad desconocida. Ella tenían entonces doce años y se le quedó aquello profundamente grabado. Y todo era por la tienda, porque aquel niño era al fin el soñado heredero. Es en verdad algo terrible y apasionante a la vez el no poder desprenderse de un organismo que no es siquiera una persona, pero a la que se siente respirar como si lo fuese. Quizá si la tienda no hubiera existido, otra hubiera sido la reacción de su padre al matrimonio suyo con Carlos. Pero…

– ¿Hace mucho que estáis aquí?

Se sobresalta ligeramente, aunque se recobra enseguida con una sonrisa. Absorta en sus pensamientos, ni siquiera ha sentido los pasos de Carlos sobre la senda enarenada. El la besa en la mejilla, curvándose en arrugas su bello uniforme al hacerlo. Ella lo besa también.

– Sí – Le responde, mientras guarda apresuradamente el crochet en la bolsa de hule – Desde hace una hora. No hemos llegado muy pronto porque estuve lavándole la cabeza a la nena. Aprovecho el que empezó ayer sus vacaciones.

– ¿Vacaciones?

– Sí, las de Semana Santa.

– ¡Ah, ya¡

Carlos no entiende muy bien eso de las vacaciones en los colegios. Cada dos por tres los buenos maestros despachan a los chavales para su casa, dándoles el consiguiente alborozo. Ya quisiera él esos asuetos en el cuartel, sobre todo los días en que al comandante le duele el estómago. ¡Bah¡ – Exclama para sí, encogiéndose de hombros – ¡qué importancia tiene todo eso¡ Con la cantidad de cosas que habría que arreglar…

Se vuelve de repente, al sentir una presión sobre su brazo. Es María Luisa, su mujer, que se le ha quedado de pronto mirando de la manera exacta que a él le gusta.

– Cuando quieras, Carlos.

El sonríe, ya liberado de sus pensamientos. Se siente repentinamente otro. Sí, es algo así como sentirse el corazón de nuevo bien ajustado, con unas ganas inmensas de reír y de llamar a gritos a su pequeña…

– ¡Lita¡

La niña, que no lo ha visto llegar, se despide presurosa de sus compañeras, volando hacia el banco donde ellos la aguardan. El capitán la levanta en brazos y la mantiene suspendida por la cintura, mientras Rafaela ríe, enseñando las grandes mellas de la boca.

– ¿Es que no quieres dale un beso a papá? – Le pregunta, fingiendo un gesto de enfado al tiempo que le mantiene la cara alejada de la suya.

– Tú no quieres – Ríe la niña, balanceando alegremente las pernas.

– Ahora sí quiero – La acerca a sí y ella lo besa en una soplo – Vamos a comer, guapa. ¿Con quién quieres comer mejor, con papá o con mamá? Que como no me guste lo que digas – La amenaza con un fruncir de cejas – te dejo colgada toda la vida.

Ella abre unos ojos tamaños, haciendo un mohín de graciosa incredulidad.

– ¿Y me llevarás al cuartel? – Pregunta fingiendo miedo.

– Ya lo creo – Contesta él muy serio – Y te pasarás todo el día pelando patatas – Enseguida agrega, ensayando un gesto terrible – Vamos a ver, contesta, ¿con quién de los dos quieres comer mejor?.

La niña, reflexiva, sopesa el pro y el contra. Vacila un segundo, mirando con el rabillo del ojo a su madre, que a la expectativa la amenaza con el dedo.

– Con los dos – Suelta de pronto con expresión triunfal – Me gustan los matrimonios.

Ellos ríen a carcajadas ante la inesperada salida.

– ¡Pícara¡ – Exclama su padre, dejándola en el suelo.

Con la niña entre los dos agarrada de la mano, se encaminan lentamente hacia la calle. La pequeña de vez en cuando se suelta y corre

hacia delante atraída por un pájaro, un amigo o una fuente en que beber. Sus padres siguen embobados cada uno de sus movimientos.

Tras la verja herrumbrosa del Parque, ya en los comienzos de la ciudad, la encalada blancura de las casas produce unas calles hirvientes de luz. En la acera derecha, sin embargo, el inmenso monolito del Cuartel, con sus ladrillos rojos recortados contra el cielo, esgrime una vaga alusión guerrera en la achaparrada quietud de la calle de la Sangre. El tiempo, magnífico, convida a primavera, y las gentes se emboban con la estación, prodigando unos saludos más animados que otras veces, o dejando que por su despiste se pierdan en el vacío.

La casa de los Fernández no queda lejos. Al cabo de un cuarto de hora María Luisa y Carlos avistan la calle Trinitarias. Una calle tranquila, pues sólo turba por lo regular su silencio las campanadas de la iglesia de San Félix, que hace esquina con la Correderia. Las frecuentes novenas que organiza don Tomás el párroco atraen sin embargo no pocas feligresas que dejan la calle atestada de automóviles ruidosos.

Al cruzar ante la verja de la Parroquia, sale de ella la condesa de Cerro–cristo. Carlos no puede contener un mohín de desagrado, que se esfuerza en disimular. Doña Herminia tiene un sorprendido gesto al que sigue otro instintivo de volverse atrás. Pero sin un posible retroceso, se rehace instantáneamente, dirigiéndose hacia ellos con una ancha sonrisa en sus labios sensuales.

– ¡Maria Luisa, hija¡ – Exclama en un arrebato cariñoso, plantándole de buenas a primeras dos sonoros besos en las mejillas – ¡Que no se te ve por ningún lado¡ Ni a ti, Carlos – añade, estrechándole la mano con la punta de los dedos

– ¿Qué tal va?

– Muy bien, Herminia – contesta María Luisa con tranquilidad, mientras sigue con la vista a la niña, que ya va entrado en el portal de la casa – Es Lita – explica, viendo que la condesa sigue extrañada su ojeo.

– ¡Ah, la niña¡ ¡Qué rica¡ – exclama la de Cerro– cristo, volviéndose entera con un ampuloso meneo de faldas, sin lograr ver a Lita, ya desaparecida en el interior del portal.

– ¿Y tu hija? – le pregunta la muchacha.

– Tan guapa como siempre – replica la otra con entusiasmo – Casi tanto como tú. Lástima que está ahora en Inglaterra – agrega,

con repentina expresión dolida – ¡Me encuentro tan sola¡ ¡Tan terriblemente sola¡

– Pero te quedan tus estudios ¿no? – pregunta Carlos, mirándola con fijeza y consciente de los estragos que realiza.

Ella le devuelve la mirada, luciente de súbito en un agrio destello. Poniéndose de pronto a la defensiva, se pasa dos dedos nerviosos por las comisuras de los labios. ¿Pero quién les mandará meterse en camisa de once varas a esto militarotes groseros, a esta gentuza salida de la nada? Si a ella después de la guerra no ha podido ocuparse de sus estudios heráldicos, es porque sus obligaciones sociales no le dejan el menor tiempo libre. Apretando los labios, lucha por reponerse.

– Sí, pero como una hija – murmura entre dientes, concluyendo enseguida con decisión – Una hija es algo insustituible. A propósito, María Luisa – exclama de pronto, en una de esas relampagueantes transiciones que la han hecho famosa – ¿Irás el domingo al festival?

– ¿Qué festival?

– ¡Hija, cuál va a ser¡ – replica algo escandalizada – Que estás en la luna – cambiando con rapidez de tono – ¡Ah, perdona¡ Que el jueves último, cuando se atornillaron las cosas, no estabas tú…

Ella lo mira muy fija, dejando caer las palabras con lentitud calculada:

– Ya sabes que no suelo ir mucho a "vuestras" Juntas.

La condesa acusa el golpe, frunciendo de pronto las cejas y comprimiendo mucho los labios. Se esfuerza en recobrarse de su justificada sorpresa, porque caramba, nunca hubiera esperado esto de una Duarte. Tan educada y con los principios que le ha inculcado su madre… "Vuestras Juntas", vaya… Aunque ya se ve, si está claro… Contagiada de la grosería del marido, si estos tíos son una plaga…

El corto silencio le ha servido para reponerse, aunque estima mejor pasar las alusiones por alto. Después de todo, no conviene ponerse demasiado a mal con ciertas personas, porque quien sabe… Más vale replegarse y ser diplomática…

– Bueno, hija… – concede al fin con un ligero tonillo que la hace sentirse muy por encima de la cría – Pues como quieras… Vamos, yo lo decía por si te interesaba…

– ¿Pero qué festival es ese? – pregunta de pronto María Luisa, con la cara muy atenta.

La otra cambia repentinamente de expresión, como ansiosa de exponer una idea fija:

– Verás, María Luisa – explica con un ardor inesperado – Se trata de conmemorar el dolor de las viudas y madres que perdieron a los suyos en la Cruzada. Hemos pensado ponerle M.O.G., esto es, Mujeres Oprimidas por la Guerra… Pero el término Mujeres, así Mujeres a secas, nos parece un poco, ¿cómo diría yo? Un poco vulgar, es algo que raspa el oído, ¿no crees tú?…

– ¡Vaya¡ – agrega con un gesto de impaciencia ante la pasividad de la muchacha – La cosa no sé como explicártela, es cuestión de sensibilidad, ya me entiendes… Teniendo en cuenta además que pensamos resaltar el homenaje en la viuda del general Romero, que acaba de llegar de Madrid… – Reaccionando con brusquedad al ver la cara de extrañeza de María Luisa – ¡Pero hija¡ ¿Es que no conoces a doña Cecilia, la que viene a Laverna todos los años a tomar las aguas medicinales de San Roque? Es una dama distinguidísima que lleva siempre un aire de tristeza… Sí hija, es la viuda del general Romero, ése que murió tan heroico en el Ebro, ya sabes… En fin – continúa ya en tono normal – Que dadas las circunstancias personales de doña Cecilia, eso de M.O.G. habrá que pensarlo… De todas formas, el domingo nos reuniremos a sesión cerrada… – se interrumpo, prosiguiendo enseguida con acento más distante – en fin, si tú quieres venir… nadie te obliga… Como tú quieras…

Oprime el bolso contra su pecho, quedando a la expectativa. María Luisa trata de sacar su voz más modosa, la de colegiala modelo.

– Pues si tengo un ratito de lugar, Herminia, descuida que iré, tenlo por seguro.

La Cerro– cristo recobra su aire animado, apretándole familiarmente el brazo:

– Allí estaremos, a las cuatro en punto. Ya sabes, avenida del Generalísimo 104, el local de costumbre. Se pide puntualidad militar. Como comprenderás – añade, celebrando su propio rasgo con una amplia sonrisa – tratándose de un general, hay que dejar bien sentado el prestigio de nuestra Junta… Además, yo soy la encargada de todo…

Con que – concluye, estrechando sus manos con rapidez – Hasta el domingo.

Carlos y María Luisa la miran alejarse con su ligero paso, donde ya creen ver un cierto aire marcial.

– ¡Vaya elemento¡ – comenta él – y además, como una cabra.

– No la puedo aguantar – le contesta ella, moviendo la cabeza mientras la ve desaparecer detrás de la esquina – ¿Sabes la última trastada que se cuenta de su Excelencia?

– No, ¿qué pasa?

Él la mira con curiosidad, mientras siguen caminando hacia la casa.

– Convenció a Amparito para que le firmara el derecho de administrar la herencia del padre y enseguida la despachó a su antiguo colegio de Vitoria. Se pasó allí tres meses y cuando volvió, la mamá, que tiene un agujero en cada mano, en viajes de estudio y festeo por lo grande, se había ventilado la legítima.

Su marido se encoge de hombros.

– Pero esa niña es tonta. ¿Es que no conoce a su madre? Vamos, que ya es grandecita…

– Veintitrés justos, pero ni por esas. Tú no conoces las zorrerías de Su Excelencia – entran en el portal y ella se adelanta por la estrecha escalera – Ya te contaré más cosas. Tú no sabes de la misa la media.

En el último escalón, fumando filosóficamente un cigarro, los aguarda Juanjo. Al verlos llegar se pone en pie, sacudiéndose los fondillos.

– Hola, tita ¿qué tal? – la besa, estrechando la mano de él – ¿Qué hay, Carlos?

– Poca cosa – contesta éste con tranquila indiferencia – Y a ti ¿qué tal te va?

– María Luisa rebusca la llave en su bolso, preguntando:

– Y la nena ¿no la has visto subir?

– No – replica Juanjo, entrando tras ellos – ¿Venía también con vosotros?

– Sí – dice Carlos – Pero la vimos entrar, ésa no se pierde. Estará en el entresuelo con los niños del practicante – enseguida agrega con una sonrisa – Nosotros, como verás, somos demócratas.

– ¡Ah, claro – Juanjo, muy sorprendido, ha contestado al azar.

La dueña de la casa recoge las cortinas del cierro y entorna las maderas. Está muy orgullosa de sus tres habitaciones y su cocinita, que con muy poco trabajo se pueden mantener relucientes como patenas. ¡Qué diferencia del enorme caserón de la calle Riveros¡ Allí siempre trajinando y siempre con los rincones oscuros, a pesar de las trabajadoras criadas. Esto es mucho mejor. Por todos estilos.

Los hombres se han sentado alrededor de la estufa. Ella, antes de entrar en la cocina, pregunta.

– ¿Cómo están por casa¿ ¿Y la abuela?

– Como siempre – le contesta Juanjo – Todos bien.

– ¿Has almorzado ya? Es apenas la una, voy a prepararte también.

Él la detiene con un gesto.

– No, no te molestes, voy a comer con los primos de la bodega. A las dos tengo que estar allí… Sólo que pasaba por aquí y como todavía es temprano…

– ¿Pero no has trabajado hoy en la tienda?

– Sí, claro – contesta Juanjo, aturrullándose algo – Pero como es sábado, he salido un poco antes. Los sábados – explica – no se trabaja por la tarde.

María Luisa deja sobre la mesa una botella de vino y varias copas que extrae del aparador de la cocina.

– Bueno, no almorzarás – le dice, sonriendo con malicia – Pero de una copita no hay quien te salve.

El tono de su tía le hace alzar la cabeza. Siempre que ella habla con doble sentido, él está al quite. ¿Pero es que no sabe ella todavía que la juventud es precisamente el tiempo de las borracheras?

– Eso nunca se desprecia, vaya.

Ella reprime una sonrisa, mientras se mete en la cocina para ir preparando. Su sobrino, a pesar de lo soso que parece, tiene a veces buenos golpes, aunque a lo sordo. Las coge en el aire, si lo conocerá ella.

Carlos llena las copas hasta el circulito rojo que marca el cristal.

– Como los veteranos – comenta Juanjo, señalándolas con el dedo.

– ¿Tú no?

– Yo también – sonríe el muchacho – Pero echo después la otra mitad.

– Ya, ya – Carlos lo mira con una mueca – Y después la otra y la otra, y la otra… Ya lo sabemos…

– Es natural, hombre – dice el otro, algo displicente – Es la edad ¿no crees¿

Carlos no contesta, bebiéndose la copa. Juanjo lo imita con un vago suspiro.

– Buen vino

– No está mal . el dueño de la casa vuelve a llenar las copas, llevándole una a María Luisa – De las bodegas de tus primos viene.

– Ajá – Juanjo chasquea de nuevo la lengua, después de embaularse la segunda – lo diré allí.

Carlos, con un desprendido gesto irónico, se la vuelve a llenar, sacando unas aceitunas del aparador. Se sienta de nuevo, haciendo crujir el sillón. Hay una pausa de silencio. Juanjo mira el suelo con aire preocupado.

– Buen día – comenta Carlos por decir algo.

– Estupendo, es verdad – contesta Juanjo, mirando por la ventana.

Hay otra pausa, que ninguno de ellos sabe como llenar. El militar tabalea despaciosamente sobre la mesa. Se ha sacado la guerrera, quedando en mangas de camisa. Sus facciones, morenas y muy pronunciadas, se hallan en completo acuerdo con su cuerpo musculoso y duro. Juanjo, por el contrario, tiene unos rasgos blandos que armonizan fofamente con su cuerpo de líneas arredondeadas.

Beben otra vez en silencio y toman aceitunas. Llega María Luisa, rompiendo por fortuna el deslavazado ambiente, que amenazaba ahogarlos con su tensión. Ella ya sabe que su marido y su sobrino nunca han tenido gran cosa que decirse y por eso se ha apresurado en la cocina.

– ¿Y qué tal te va en la tienda? – pregunta Carlos – ¿Contento?

– Muy bien, claro.

Juanjo aprieta la boca, procurando reprimir un bostezo de fastidio. ¡Pero qué lata le dan siempre con la dichosa tienda¡ Tienes unas ganas de salir de ella, aunque sea vendiéndola por cuatro perras gordas…

– Te vas imponiendo en la dirección, claro…

Y venga ahora con el cachondeo. El muchacho lanza un suspiro y prefiere cambiar de táctica.

– Natural – replica con un leve acento de desafío – Algún día habrá que dirigirla ¿no te parece?

Carlos esconde una sonrisa burlona y Juanjo sonríe también. Su tía sigue colocando los cubiertos, mientras va y viene del comedor a la cocina. El sol mete su polvareda de oro por entre los visillos del cierro, dando un brillo cálido a todos los objetos del comedor.

– ¿Qué hora es? – pregunta Juanjo, levantándose de pronto.

– Las dos menos veinte.

– Me tengo que ir – esta vez no reprime el bostezo – Está cerca, pero siempre tomamos el aperitivo antes. Y la niña ¿n viene todavía?

– Estará en el piso de abajo – le aclara Carlos – Ahora bajaré yo por ella.

El joven vacila un momento, pero sin decir nada le estrecha la mano, besando a su tía.

– Hasta pronto. Ahora le diré adiós al bajar. Sé donde es.

– Dale de mi parte recuerdos a la abuela – le encarga ella – Hace lo menos tres días que no quiere venir por aquí.

– Descuida.

Juanjo cierra la puerta con cuidado, al tiempo que se encoge de hombros. Para embajaditas está él. Bastante tiene con sus propios problemas.

– ¿Para qué habrá venido? – se pregunta Carlos.

Ella hace un ademán de ignorancia. ¡Cualquiera sabe para qué¡ Ella ve siempre como un doble sentido a todas las acciones de su sobrino. No se sabe nunca cuando está contento o disgustado.

– Quizá para hablarme a mí sola – dice al fin – Algo le debe ocurrir. El no viene por aquí así como así.

– Pero está tan tranquilo – replica él, mirándola con cierto asombro – Y no ha dicho ni pío.

Ella le contempla con aire de simpática suficiencia, colocando la sopera en el centro de la mesa. Enseguida extiende el índice como una maestra:

– Tú, amiguito, no conoces a la gente. Mi sobrino para que lo sepas, es de los que ponen a mal tiempo buena cara. Cuando le conviene, claro.

Carlos la sigue mirando, intrigado todavía.

– El socarrón – dice al fin, poco convencido – Bueno, pues, ya me contarás si vuelve.

Ella, sonriéndole, le pasa una mano por el cuello.

– ¡Claro, tonto¡

La niña asoma de pronto la cabeza entre el quicio y la hoja de la puerta.

– ¿Has visto al primo Juanjo?

– Sí – replica Lita, con una leve sonrisa de picardía – Cuando entré, pero él no me vió a mí.

Sus padres la miran con asombro. A María Luisa le aslta de súbito una idea.

– ¿Y a la señora de Cerro– cristo, la viste?

La niña se dirige muy despacio hacia la mesa, con una graciosa seguridad:

– También. Es una señora muy antipática.

Ellos la miran con sorpresa antes de soltar la carcajada.

– ¡Caray con la niña¡

Su padre la mira con atención durante un largo momento:

– ¿Tú quieres al primo Juanjo?

Lita lo mira reflexiva, mientras su madre, sosteniéndola por los brazos, la acomoda a la mesa. Su padre empieza a servir la sopa, sin quitarle los ojos de encima.

– El no me quiere a mí – dice al fin la nene con gesto grave, empezando a comer – Ni a nadie.

Juanjo, en el portal de la casa, chupa con fuerza del cigarro que acaba de encender en la escalera, encontrándolo apagado y con un gusto que le sabe de ponto amargo. Aplastándolo entre sus dedos en un brusco arrebato, lo arroja con rabia al centro de la calle, donde cae soltando aún una leve humareda. ¡Maldita sea¡ El día en que empiezan a salir mal las cosas, hasta el dichoso tabaco le sabe a mierda. Con el rostro contraído aun pega un salivazo en la acera, mientras sigue dándole vueltas en la cabeza a su problema. Lleva ya cinco días más preocupado que la leche y no hay Dios que le saque las castañas del fuego. ¡Valiente atolladero le ha creado el tal Puma, el carajote¡ Y para colmo, hoy que pensaba abordar a su tía sobre eso, se encuentra con la puerta cerrada y que cuando llega viene acompañada del otro cataplasma.

Encogiéndose a la postre de hombros avanza pensativo por Trinitarias, enfilando enseguida la Correderia y el Santo Amor en dirección a la bodega. Ante su memoria van desfilando cada uno de los detalles de la escena.

Aquel día, había que reconocerlo desde luego, cuando recalaron los cuatro en la Venta de Maurito, venían ya bastante cargados del cortijo de Miguel. Antes de tomar el coche del Puma para ir a la Venta se habían bebido entre los cinco casi una docena de botellas en menos de dos horas. Así que después del primer choteo con las niñas, cuando el Puma propuso la partida de cartas, él, la verdad, tenía ya una tajada como un mulo. Pierde hasta la camisa y ni se entera, seguro. Jugó con los corazones y los diamantes bailándole como locos delante de los ojos y con una soñarrera que sólo se le despejó un tanto al verle la cara al otro, una vez terminada la partida.

– Bueno, Juanjo, – le decía el Puma, con el pelo caído sobre la cara congestionada y abombando las mejillas como si fuera a vomitarle encima – Que aquí hay que apoquinar. Me debes dos mil pesetas.

El muchacho se pasaba una mano por los ojos, luchando por despejarlos de telarañas. Bajo el bigote rojizo de pelos duros como cerdas, veía sus labios abultados, contrayéndose en una mueca que se le antojó de pronto bestial. Se sentía mojado en sudor hasta las corvas, mientras la torpeza en que nadaba su cerebro se iba licuando bajo la influencia de los ojos verdosos del otro, entornados en una mirada que

veía de súbito acechante. Sabía que el Puma, era voz pública, aguantaba mucho más de lo que le había visto beber, y se sentía intranquilo, como tomando conciencia de algún cercano peligro. El gesto torpe de sus manos manejando los naipes le fascinaba, como si presintiera que en un momento preciso aquellos dedos nudosos iban a recobrar su agilidad esgrimiendo el cuchillo que – junto a los desechos de comida – destellaba en la sumida atmósfera su acerado reflejo. Sobre todo, sentía penetrar en su cuerpo el dardo de aquellos ojos relucientes, que traicionaban con su vivacidad el juego inhábil de las manos.

Luchando por liberarse de la ola de pánico que amenazaba invadirle haciéndole emprender delante de los otros una huída vergonzosa, se echó bruscamente hacia atrás, cerrando los ojos con fuerza y moviendo la cabeza de izquierda a derecha en un desesperado intento por hacer frente a la situación.

– ¡Está bien, hombre – le contestó de pronto, respirando con fuerza y ensayando un ademán despreocupado – Te hago un cheque y tan tranquilo.

El Puma se le quedó mirando durante un largo momento, reflejando en su cara una mueca de desencanto que trató enseguida de reprimir. Sus párpados se bajaron súbitamente y un breve gruñido de asentimiento se escapó de sus labios. Al echarse hacia atrás, su rostro congestionado pareció distenderse y la nube que invadía sus ojos se aclaró de súbito, mientras se repantigaba en la silla, esperando. El mazo de cartas quedó abandonado sobre la mesa. Juanjo, intuyendo que se había encontrado al borde de algo temible, sintió que se aplomaba de pronto sin fuerzas contra la silla, quebrado ya aquel asfixiante minuto de angustia. Se tanteó en los bolsillos buscando el talonario de cheques de Eduardo y desenfundó la estilográfica con mano que procuraba hacer firme.

Estaban en la trastienda de la venta, en una reducida habitación iluminada sólo por la lámpara que difundía un alza rojiza sobre los reunidos. Carteles de toros, fotografías dedicadas de artistas, inscripciones talladas en la madera cubrían las paredes del suelo al techo. Una mesa de mediano tamaño, rodeada de sillas plegables, ocupaba casi totalmente el cuarto. La cargada nube escarlata, proyectándose en una espesa atmósfera de humo y sudor, resbalaba sangrienta sobre el

reluciente vidrio de las botellas y copas que cubrían un extremo de la mesa.

A su derecha y enfrente a la izquierda del Puma, contemplando la escena con ojos soñolientos y sin darse cuenta de nada, se sentaban Paco Urrutia y Juanito Torres, dos buenos amigos pero que en la vida, Juanjo estaba seguro, habrían dado la cara por él. Mas atrás, la Irene, la Corales y la Niña del Espejo miraban atontadas el juego, bostezando de vez en vez. Valientes brutas, como para defenderlo en un caso de apuro. Y no es que el sintiera jindama, pero ¡caray¡, había oído cada cosa del otro, cada historia que se contaba por ahí. Fresco, el más campechano del mundo, pero borracho, con el mal vino que tenía, capaza de sacarle los hígados a su padre. Menos mal que detrás de él estaba la Mary, que no era como las otras. Esa sí que era una infeliz.

Por milagro había conseguido llenar el cheque, no sin dejar adrede un borrón sobre la firma. Así les costaría más. Después de todo, para lo que iba a servir. Lo esencial era salvar aquel peligroso momento.

– Bueno, ahí tienes – dijo, empujándolo hacia el otro, con un ademán que le salió repentinamente desafiador. Se sentía ya más seguro, habiendo conseguido parar el primer golpe.

El Puma se echó hacia delante, mirando el cheque por todos lados, mientras se servía una copa y la bebía lentamente sin apartar los ojos del menudo rectángulo. Juanjo sintió de pronto ganas de reír. Por mucho que mirara no iba a sacar nada en limpio. El cheque, ya lo había estudiado de antemano, no llevaba más que el número de la cuenta y el nombre del cuentacorrentista no aparecía más que en la firma. Que mirara hasta quedarse ciego, ojalá.

– Gracias, muchacho – el Puma guardaba cuidadosamente el talón en la cartera, mientras esbozaba un gesto casi amistoso – Las cosas entre hombres, formales. Así me gusta.

– Claro, hombre – le contestó Juanjo sin mirarlo, al tiempo que se levantaba. Detrás de él, tumbada grotescamente sobre una silla, estaba la Mary, la única que a lo mejor se habría interpuesto entre el Puma y él si hubiera habido bronca. Levantándole la cabeza, la contempló durante unos momentos. Era una muchacha de ojos pequeños y mejillas redondas que apenas tendría veinte años y que había empezado hacía poco en casa de Alejandro. Era de todas con la que mejor se llevaba,

a pesar de ser bastante corta de entendederas. Pero ahora dormía aun la mona feroz que entre todos la habían hecho coger, jaleándola cada vez que la empujaban a tomar una copa. Sus ojos cerrados enseñaban el rimel corrido y su boca era un manchón churretoso de carmín.

– ¿Es que no sigues jugando? – preguntó Torres, abriendo los brazos en un bostezo descomunal – Déjala, esa está ya cao. Como no ha *embaulao ná.*

– Y tanto – dijo la Corales, acercándose – Como que está pidiendo a gritos la cama.

– Y para dormir – rió el Puma, mirando a Juanjo con intención – Ya tienes la noche jodida.

Juanjo frunció los labios, mirándolo con insolencia:

– ¡Qué te crees tú eso¡ Como no voy a arreglar yo pronto esto.

Cogió un florero que había sobre la repisa del fondo y sacando las aburridas rosas, las arrojó a un rincón. Luego mantuvo suspendido el jarro de vidrio sobre la nuca de la Mary, dejando caer un chorrito, que resbaló escurridizo sobre la espalda. La muchacha pegó repentinamente un salto, con los ojos espantados – ¿Quéee…? ¡Malaje¡ – gritó enseguida con brusca ira, agitando los brazos ante la cara de Juanjo y amenazándolo con los puños – ¿Quieres dejarme tranquilo, mamarracho?

– ¡Caray, chica¡ – Urrutia, doblado sobre la silla, pegó una risotada que los otros corearon – ¡Qué mal despertar tienes¡

La Mary todavía parpadeaba, mirando desafiante a su alrededor, ya pasado el arrebato. Se echó a reír de pronto, alisándose el cabello a dos manos.

– Perdona, buen mozo. Es que tengo los nervios hecho polvo – dijo, haciendo una caricia a Juanjo, que la miraba con ojos entornados a través de la cortina de gas de su cigarro – Enseguida estoy contigo.

Los otros rieron, celebrando la inesperada reacción.

– Te la tienes matada, Juanjo – volcado sobre la silla Torres reía a carcajadas, abriendo mucho la boca – ¡Vaya flecha que tienes¡

El Puma, extendiendo en silencio los naipes sobre la mesa para formar un solitario, echaba de vez en cuando una ojeada al grupo. Las otras miraban indiferentes, arreglándose el pelo o prensándose las faldas arrugadas.

– ¡Eh, vosotras¡ – les gritó de ponto Urrutia, levantándose don esfuerzo de la silla – ¡Que parecéis muertas¡ ¿Qué carajo os pasa?

La Niña del Espejo soltó una brusca risa, acercándole mimosa.

– El que no nos pasa, negro.

Juanjo se había dejado caer en un sillón, con los ojos semicerrados. La Mary, sentada a su lado, lo contemplaba pensando que el sueño es contagioso. Se estaba tan a gusto durmiendo muchas horas seguidas, como cuando era pequeña en casa de sus padres, todo ya tan brumosamente lejano…

Juanjo no quería segur sentado. Echando la silla hacia atrás se esforzó en levantarse, pero tropezando, hubo de agarrarse con fuerza a la mesa. Las pernas le fallaban. De repente le había entrado conciencia del bochorno que hacía dentro de la habitación, oprimida contra él como si sus paredes fueran de pronto a resquebrajarse de calor. Los otros le miraban, riéndose al ver las caballadas que daba al ir hacia la puerta. La embriaguez, comprimida hasta entonces por el miedo, se desbordaba ahora estallando en toda su potencia y removiéndole furiosamente las entrañas. Ninguno se molestó en ayudarle. Como un sonámbulo atravesó el bar de la venta, con los ojos muy abiertos por la angustia. Un obrero que tomaba una copa junto al mostrador le siguió con los ojos. Y Maurito no aparecía por ningún lado… ¿Dónde, dónde estaba? Estaría en el sótano atiborrándose de vino, ¡qué asco¡.

Trató de hablar sin saber siquiera lo que iba a decir, pero enseguida sintió que era peor. El flujo de hieles que le recocía el estómago subió de pronto hasta su garganta en una marea incontenible. Ya estaba muy cerca de la puerta, pero ni siquiera le dio tiempo a salir a la carretera. De su boca salió una ola nauseabunda que regó bruscamente todo el umbral. Tosiendo hasta la asfixia, con el rostro congestionado hasta la sangre, se apoyó en el quicio, aguantando otra brutal sacudida que provocó un nuevo cuajarón de inmundicias. El obrero que estaba al mostrador se le acercó por detrás sin saber que hacer, moviendo torpemente las manos.

– Señor – Decía, viendo que Juanjo había detenido un momento sus vómitos – ¿Se encuentra algo mejor?.

El muchacho lo miró entre las lágrimas saltadas por los violentos esfuerzos. Asintió con la cabeza y trató de sacarse un pañuelo para

limpiarse la boca manchada de residuos, de pequeñas motas de un amarillento verdoso que aparentaban la blandura de la gelatina. El obrero entretanto le daba tímidos golpecitos en la espalda, diciéndole:
– Vaya, señor ¿ya pasa?

Al volverse, vio que Maurito subía ya por la escalera de la bodega. Mientras cerraba la compuerta contempló las huellas del acceso con las cejas muy fruncidas, mirándolo a él con fijeza. Juanjo, apoyando contra la pared, se había quedado muy pálido.

– Vaya, señorito – comentó el tabernero con ligera sorna, alargándole el paño que llevaba colgado de la cintura – Que le ha sentado a usted mal la juerguecita, vaya. Límpiese usted los zapatos que los tiene buenos.

El muchacho le obedeció, dirigiéndose luego con cansado paso a una silla de tijera que había en el rincón. Maurito le sirvió enseguida un café bien cargado que lo hizo sentirse repentinamente mejor. El obrero se había retirado con discreción al otro extremo de la barra, desde donde lo observaba con disimulada curiosidad.

– ¿Se encuentra mejor, don Juanjo? – le preguntó el tabernero, regando el umbral a bruscos manotazos de un aserrín rasposo que sacaba del saquillo que llevaba entre los brazos.

– Sí – le contestó Juanjo. Su cabeza se había despejado, la sentía hueca como un balón lleno de aire. Sus ojos miraban obstinadamente los grumos amarillentos de aserrín, que parecían empapados de una indeleble sustancia grasosa.

Se levantó de ponto y murmurando un gracias apenas audible al pasar con los ojos bajos por delante del obrero, volvió a meterse en la trastienda. Maurito lo siguió con la vista, moviendo la cabeza con gesto vagamente compasivo.

Al entrar en el cuarto, una bofetada de aire caliente mezclada a los sudores agrios allí acumulados, estuvo a punto de hacerle vomitar de nuevo. Respirando con fuerza y tratando de habituarse a la espesa humareda que le escocía en los ojos, se repuso sentándose a la mesa dispuesto a continuar la partida. No bebió más en toda la noche procurando conservar la máxima lucidez, pero las alternativas del juego no le permitieron recobrar el cheque. A pesar de sus desesperados

esfuerzos y de una loca suerte que estropeaba con su torpeza, quedó debiendo las dos mil pesetas al Puma.

Esta mañana, cuando a fuerza de querer olvidar el incidente casi lo había logrado, Juanjo ha recibido en la tienda una llamada por teléfono. El Puma tuvo pocas palabras, pero tan secas que no daban lugar a dudas sobre las ganas que tenía de fastidiarlo. Se había enterado de que a Juanjo no le quedaba una lata en el Banco, aunque no había llegado a saber que el talón era de la cuenta de Eduardo. En la ventanilla se lo habrían rechazado desde el primer momento al ver su firma, seguramente sin molestarse en ver la numeración y el número de la cuenta. Le ha dado tres días de plazo para rescatar el cheque a cambio de las dos mil del ala. El pensaba hablarle a María Luisa, paro la presencia del otro lo ha estorbado. Después de todo, no tiene la cosa demasiada importancia. El Puma tendrá sus prontos, pero la cosa ya ha pasado y a lo mejor le perdona la deuda cuando vaya a llevarle el dinero. Y por otra parte, cuando él plantee a alguien de verdad el asunto, ¿quién no le va prestar dos mil pesetas al nieto de don Pedro Duarte, el dueño de los Grandes Almacenes? El viejo estará como una chiva, pero lo que es el cartel no hay quien se lo quite.

Juanjo hincha el pecho y sigue para la bodega de los primos con el ánimo más confiado. También puede decírselo a Luis, el mayor de ellos. De seguro le deja las pesetas.

Pero aquel día resultó imposible. Era sábado y el tío Francisco se pasó toda la tarde enseñándole minuciosamente toda la bodega, desde el embotellado al cuarto de muestras pasando por el taller de tonelería. Otra chaladura como la del abuelo con la tienda, valientes lilas están hechos todos los viejos. Lo cierto es que cuando Juanjo por la noche se despidió, guardaba aún dentro las palabras que había de decir a su primo.

La joyería de Román está casi en el centro exacto de la calle Lonja, encajada entre los calzados *LA IDEAL* y el almacén de tejidos *EL BUEN VESTIR*. Su escaparate goza fama de albergar normalmente una verdadera fortuna, a pesar de que Juanjo sabe que las gentes de la localidad critican el pésimo gusto con que están dispuestas las mercancías en el interior de las vitrinas.

Deteniéndose a contemplarlas en su caviloso deambular, se mete perezosamente las manos en los bolsillos, dejando desfilar ante sus distraídos ojos el fulgurante destello de los promontorios expuestos. Estos días en que le atosiga esa machacona preocupación, su retina sólo capta un contorno difuso de las cosas. De todas formas, él pone cuanto puede de su parte por solucionar el problema, aunque ahora se encuentre tontamente falto de atrevimiento para aprovechar esta oportunidad que tiene ante las narices. Echando por fin a derecha e izquierda una furtiva ojeada que sólo lo tranquiliza a medias, se decide bruscamente a entrar en la tienda.

– ¿El señor Román?

El dependiente, absorto en la contemplación de un panel que acaba de ordenar, levanta sobresaltado la cabeza al oír aquella voz tirante. Sus ojos parpadean un segundo antes de que sus oídos hayan asimilado completamente la pregunta.

– Enseguida le aviso, señor.

– De parte de Juanjo Duarte – indica el joven con apresurada voz, masticando con fuerza el cigarro que acaba de sacar del bolsillo.

– Sí, señor – el dependiente esboza a medias una sonrisa, corroborando enseguida antes de entrarse con paso ágil en la trastienda – Sí ya sé…

El muchacho se encoge de hombros, fastidiado. Laverna es como para que él cometa de día un crimen, como no lo conoce nadie. Con más de cien mil habitantes y es como un pañuelo… En fin, si ahora le sirve de algo, menos mal.

Procura distraerse echando una ojeada al local, que se le revela floreciente. Las vitrinas de las paredes están llenas de fruteros, bandejas, copas de premios y otros objetos que su vaga mirada no se preocupa de identificar. Bajo el encristalado mostrador se agrupan en mezcolanza

toda clase de objetos grandes y menudos, desde relojitos de señora hasta gruesas pulseras de pedida, dispuesto todo con cierta ostentación que se le antoja de mal gusto. Juanjo comprueba satisfecho el aire de nuevo rico que respira todo el ambiente de la joyería. Es difícil que no le atienda Román. Los nuevos ricos se pirran por servir a la gente de clase, sobre todo si tienen dinero. Centenares de veces lo ha oído y esta confortante seguridad le sirve ahora para aplacarle los nervios.

La cortina de la trastienda se aparta de pronto para dejar paso al sonriente Román, que llega seguido de su acólito. Con la mano muy extendida avanza dando la vuelta al mostrador, estrechándole muy calurosamente la suya.

– Perdona, Juanjo, si te he hecho esperar – dice, apretándole el abrazo – Pero me has cogido en la mesa con el último bocado. ¿Tú has almorzado ya?

Juanjo, a pesar de sus buenas esperanzas, no esperaba tan cordial recibimiento. Algo sorprendido, procura sin embargo reponerse.

– Sí, sí, acabo de almorzar. Pero tú continúa tranquilo.

– No, no, pero si ya había terminado… – le contesta el otro, invitándole a pasar a la trastienda. El dependiente se desliza tras ellos en dirección al local, dejándolos solos.

La trastienda es una pieza mediana con una gran mesa al fondo, donde a la luz de la lámpara del techo resplandece un confuso aglomerado de joyas. Cuatro butacones de terciopelo rojo se encuadran en torno a otra mesa de despacho más pequeña, que aparece atestada de papeles. Al lado del pequeño estante que alberga unos tomos de literatura policíaca, se encuentra la puerta de comunicación con la vivienda.

El joyero invita a Juanjo a sentarse en uno de los butacones, instalándose en el borde del otro.

– Pues tú dirás, mocito – dice sonriéndole, mientras le ofrece de la tabaquera que acerca de la mesa – ¿Qué me cuentas?.

Juanjo traga saliva antes de contestar, considerando ahora la difícil embajada. Coge un purito de la caja con la derecha, pero al querer soltar con la otra su colilla en el cenicero, tropieza con el borde de la mesa, regando de ceniza la alfombra. Se inclina rápidamente en un

vano intento por impedirlo, pero el joyero lo frena poniéndole una mano en el hombro.

– Nada, hombre, no te preocupes – de un amigable papirotazo le hace caer la colilla al suelo, ofreciéndole en encendido mechero y alumbrando él a su vez – Sí está para eso…

Enseguida se deja caer sobre su butacón, mientras lo contempla con una mirada de amistosa confianza, donde hay sin embargo un sentido escrutador de alerta.

– Vaya, vaya con Juanjo, que nunca se quiere dar una vueltecita por aquí… Pero qué sorpresa, hombre…

Se queda mirándolo con la media sonrisa invitadora. Juanjo chupa fuerte del cigarro, buscando frenéticamente en su interior las difíciles palabras que tiene que pronunciar. El joyero parece darse cuenta de pronto.

– ¿Alguna joyita? – dice despacio, con los ojos amablemente entornados, acariciándose enseguida el mentón con gran parsimonia – ¿Algún apurillo?

El joven se siente descargado de pronto de un peso enorme, respirando aliviado. Se esfuerza por hablar en tono normal, mientras traga apresuradamente saliva:

– Sí, eso es, Pepe. Tú lo has dicho, lo has adivinado.

Román no contesta enseguida. Levantándose con una agilidad que no parece suponerse en su grueso cuerpo, hace girar el mueble de la biblioteca, extrayendo de su interior una botella de coñac y dos copas. Se acomoda de nuevo en su butaca, entreteniéndose en llenarlas despaciosamente hasta los bordes. Tiende una a Juan y cogiendo la otra entre dos dedos se repantiga con cuidado en la butaca, dedicándose a mirar el líquido a través. Sus ojos escrutan las burbujitas que chisporrotean débilmente en la superficie del líquido, mientras se entretiene en crear otras al imprimir al cristal cortos movimientos rotativos.

– ¿Cuánto? – inquiere con suavidad sin mirarlo.

Juanjo se encoge un poco en el asiento, fija su mirada sobre la fascinante copa del joyero, que gira sin cesar en su pequeño bamboleo convulsivo.

– Tres mil y pico. Tres mil… quinientas.

Se echa bruscamente hacia atrás, conteniendo la respiración con los ojos aún prendidos en la copa. La pequeña tempestad dentro de las paredes de vidrio prosigue interminable. Sube, baja, sube, baja… Juanjo siente apretada la garganta, mientras trata inútilmente de tragar saliva. Aquel sube y baja, aquel gira y gira que deja las fauces secas como esparto… Aquello que gira como un interminable tío– vivo, como una montaña rusa eterna, como una ruleta que puede hacerlo definitivamente ganador…

– ¿Mujeres? ¿Juego?

La voz del joyero ha cortado algo al dejar con lentitud la copa sobre la mesa. Juanjo, aliviado de pronto, sonríe como ante un viejo camarada:

– Una de cal y otra de arena.

– Ya – Román paladea con un placer inesperado, bebiéndose de un trago la montaña rusa – Me firmarás un pagaré. Sin fecha.

Juanjo respira ya profundamente, mirando su reloj. Son las dos y media y a las tres tiene que ver al Puma. ¿Cómo no se le ocurrió antes?

– Lo que quieras, Pepe.

El joyero le indica la mesa con un gesto protector, de complacido Mecenas.

– Ahí tienes papel y pluma. Sabes hacer un pagaré, claro…

Juanjo vacila un momento, mientras se acomoda a la mesa con miles de preocupaciones. No acaba de creerse su inesperada suerte. Este Román es un tío muy listo, seguramente será mentira lo que se dice de él por ahí, que ha ganado todo su dinero robando.

– Claro – le repite. Pero su voz suena poco convencida, lo que no escapa al oído ejercitado del joyero.

– Yo te lo dictaré – le responde, levantándose de la butaca con campechano gesto – para que te salga bien a la primera ¿De acuerdo? – se sienta en el brazo del mueble frente a él y lo mira entre sus ojos entornados – Es importante saber hacer un pagaré ¿sabes? A los trece años yo ya sabía hacerlos – se incorpora con una vaga sonrisa, asaltado de súbito por el recuerdo – De seguro mi principal se acordó toda su vida de aquel mi primer pagaré… je… Bueno – corta de pronto, recobrando su aire serio – A lo que íbamos…

Juanjo, pasada ya la ráfaga de admiración, escribe el documento a su dictado. Un pagaré de tres mil quinientas pesetas sin vencimiento ni fecha.

El joyero saca enseguida de su cartera cuatro billetes verdosos, entregándoselos en un gesto de amigo que emociona fuertemente a Juanjo. Mientras se despide estrechándole la mano con efusión, ahoga en su interior un suspiro de alivio. Además de cancelar la deuda con el Puma cuenta ahora con mil quinientas pesetas con las que darse un buen garbeito.

Cuando se queda solo, Román saca un gran sobre de uno de los cajones de la mesa de despacho y escribe algo en la cubierta, metiendo dentro el pagaré. Abre la caja de caudales empotrada en una de las esquinas del cuarto y la guarda entre otros papeles, haciendo girar la combinación y asegurándose de que queda bien cerrada.

Sobre el exterior del sobre hay sólo tres palabras:

GRANDES ALMACENES DUARTE.

Andrés y Álvaro salen juntos de la tienda, concluida ya la jornada. A las siete de la tarde hay todavía bastante claridad, aunque ya todas las luces de los establecimientos y escaparates están encendidas. El naciente crepúsculo, insinuándose lentamente entre las cuadrangulares vértebras de los edificios, da al color azul pálido del cielo una delicadeza de joya.

Los dos muchachos van agotando con parsimonia la calle Riveros, entrándose a seguido en la avenida Lonja. A su mitad, ampliamente rebasada la rotonda del Palomo Rojo y el reloj público que como un guardián del tráfico domina las cuatro encrucijadas, se encuentra la librería Gener, una de las mejor surtidas en literatura, pues es casi la única de Laverna en su género. Andrés pasa raramente por delante de su vitrina sin detenerse a esculcar las últimas novedades.

– Mira, Álvaro – exclama de pronto, agarrándole con fuerza por el brazo – "*El manantial*", de Ayn Rand.

Ambos se pegan a la cristalera, observando el libro con curiosidad.

– ¿Vas a comprarlo?

– En cuanto pueda, ya lo creo – le contesta Andrés, completamente absorto en la contemplación– ¡He oído hablar tanto de él¡ Voy a preguntar cuánto vale – añade, entrando en el establecimiento para volver a salir al cabo de un momento – Cien pesetas, no está mal. Lo menos setecientas páginas. Pero son cien pesetas, vaya… ¡Cualquiera las tiene¡ Tendré que escurrirme de verdad. Menos mal que estamos a veinticuatro.

Sus ojos valoran con delectación la sobria arquitectura del volumen expuesto. Tras el grueso cristal Gary Cooper y Patricia Neal sonríen en la portada. Álvaro enciende un cigarro al cabo de unos momentos, aguardando a su amigo con filosófica paciencia. Andrés no le hace el menor caso.

– ¿Dónde vamos? – pregunta por fin Álvaro, viendo que su amigo, como de costumbre, no acaba de arrancar. Decidiéndose, lo agarra por un brazo, llevándoselo hacia delante. Andrés le sigue con la cara todavía vuelta hacia el escaparate, parpadeando con aire súbitamente despierto.

– Vamos a dar una vuelta – le responde al cabo del tiempo, recobrándose con pesar – Lo de siempre.

– ¿Qué echarán hoy?

– No sé – dice, encogiéndose de hombros – Cualquier película que sea buena está aquí de más. ¿Es que no lo sabes?

– Bueno, pero vamos a ver la cartelera del “Maravilloso”.

– Vamos.

Siguen caminando lentamente hacia el cinema que alza su mole grisácea en la última bifurcación de la calle, pasada ya la de Bagocheros. Es un miércoles y a pesar de que el tiempo es bueno, poca gente transita la calzada. Empleados que como ellos acaban su trabajo, algunas chicas medio bien que dan una sola vuelta temiendo ser muy vistas, algunos pollos arrastrapiés que desdoblan su aburrimiento entre las dos aceras y cuatro tratantes que jalonan los cafés esperando un negocio. En el Casino Lavernés ya se atreven los socios a sacar butacas a la calle, porque el tiempo ha mejorado y se huele ya el azahar de la Semana Santa. La larga hilera de sillas cobrizas va de un extremo a otro de la fachada. Delante de los sentados, pequeñas mesas redondas de un solo pie se guarnecen en su superficie de oblongas copas de vino y tapas variadas.

Andrés y Álvaro avanzan paralelamente a la fachada del Casino, marchando en dirección a la rotonda. El primero contempla muy fijo la apretada fila de socios, recorriendo cabezas con la vista a medida que avanza. Sus ojos están empequeñecidos y el labio inferior le sobresale con un gesto levemente brutal.

– Los cretinos de siempre – murmura muy despacio, acentuando cada palabra que le silabea entre los dientes.

– ¿Qué te pasa? – le pregunta Álvaro, con el tono de quien conoce de antemano la respuesta.

El otro lo mira con las cejas muy levantadas.

– ¿Qué me va a pasar? – le contesta con un despectivo ademán – Los cretinos estos, que no tienen arreglo.

– ¡Je¡ – La risa de Álvaro restalla aserrada – Tú no los puedes tragar.

Andrés lo mira con irritación, deteniéndose a contemplar la hilera de cabezas desde el extremo de la rotonda.

– ¿Y quién los puede tragar, sino ellos mismos? Son los cerdos más grandes de la tierra. No dan golpe, con millones – se pasa la lengua por los labios, escupiendo con fuerza y mirando muy fijo a su amigo – Alguno hay que tiene ciento de millones, ciento de millones ¿te

enteras?, y que no ha asomado la jeta fuera de aquí, como quien dice… Con tantas cosas como hay que ver por el mundo, los muy cretinos… Se pasan la vida aquí, como carcamales asquerosos.

– Caray, pero no todos – replica Álvaro con viveza, reculando ante la arremetida – A ti te da por generalizar, ahí está tu falta. Yo te conozco bien, pero cualquiera que te escuchara diría que estás rebosando odio contra todo el mundo. Te pasas el día despotricando a diestro y siniestro. Y de esto, yo te digo que conozco a algunos que son buenas, pero muy buenas personas… Y que trabajan, y que viajan… Y que no tienen los millones muertos, como tú dices. Caso de que los tengan, que no todo el monte es orégano…

– Esos, los menos – le replica Andrés cortante, echando de nuevo a andar – Tanto que podían hacer por Laverna… y nada. A criar barriga los muy… Y se mueren de aburrimiento, no creas… Pero nada, ellos erre que erre…

Álvaro se acompasa al andar de su amigo.

– Eso de que se mueren de aburrimiento habría que verlo… Ellos tienen sus distracciones…

Andrés levanta la cabeza con brusquedad.

– ¿Qué dices tú de distracciones? – barbota, escupiendo las palabras entre sus dientes apretados – ¿Tú estás bueno de la cabeza, muchacho? – se le vuelve, plantándose en el centro de la rotonda y apretando los puños con fuerza, mientras habla como siguiendo una idea fija – Mira, Álvaro, en dos palabras te describo al tipo ese. Como verás, le he dado vueltas a la cosa… Es un tipo que nace con dinero, que es mal estudiante, flojo por los cuatro costados, que cuando acaba una carrera a fuerza de don Tarjetón, como tú dices, es todo lo de Dios. Obtiene el titulito, aunque a veces se queda sin él a pesar de todos los chanchullos, y ya se cree con derecho a sentarse en el casino para toda la vida, a emborracharse de vino y de murmuraciones. Como ves, tengo pensado lo mío sobre ello. El tipo le tengo definido: Ignorante, egoísta y necio. ¿Qué quieres tú que se haga con un elemento como ése?

Álvaro menea dudoso la cabeza, mientras se rasca el cuello con cuidado.

– No te negaré que en parte tienes razón, pero es tu defecto de siempre, Andrés. Y te llevarás muchos disgustos, te lo tengo dicho.

Generalizas y generalizas y metes a todos en el mismo saco. Y mira que yo estoy escarmentado por muchas cosas, tú lo sabes.

Andrés, con el rostro contraído, lo mira con dureza.

– Pues mal se conoce, muchacho.

– Lo que yo te digo es que lo uno no quita lo otro – Álvaro desvía la vista, mordiéndose los labios – Yo conozco a algunos que son buenas personas, ya te lo he dicho, y que valen, vaya. Las cosas no hay que sacarlas de quicio, hay que mirarlas tal y como son.

Avanzando la mandíbula, Andrés le clava de cerca unos ojos duros e irritados.

– Mira, muchacho, no me vengas con cuentos. Si son buenos, que les hagan un cerco a los otros. Lo que yo te digo es que tiene que llegar un día, no sé cómo ni cuándo – señala hacia atrás con el pulgar curvado – en que esta vergüenza de gente desaparezca ¿estamos?.

Su amigo mira cansadamente hacia otro lado, mientras se carga de infinita paciencia:

– Si estoy de acuerdo contigo, Andrés… – le contesta con monótona voz – Si estamos de acuerdo…

– ¿Entonces…?

Álvaro lo coge del brazo, haciéndole marchar.

– Mira, Andrés no tengo ganas de berrenchines. Ya el otro día lo tuve y no quiero discutir más, porra, que así nos pasamos las veinticuatro horas del día. ¿Es que ganas algo con ello? Yo ya te he dicho, repitiéndotelo mil veces, que estoy harto de coles, que ya e he tragado mis berrinches y que el jugo que le podamos sacar a la vida, eso es lo que nos vamos a encontrar. ¿Estás de acuerdo conmigo?.

Andrés se deja conducir unos pasos con el ceño fruncido, deteniéndose de golpe. Respira profundamente y apretando los párpados, deniega enérgico con la cabeza.

– No, Álvaro, no – le replica, ya con voz más tranquila – Por favor, no me hables así… que me parece estar escuchando a uno de esos – lo mira con los ojos muy abiertos, consideradamente – Yo sé lo harto que estás de muchas cosas, de muchas carbonadas. ¿Pero tú crees que ése es el camino para mejorar? Hay muchos como tú, eso es lo triste, coño.

Álvaro inclina la cabeza sin responder, dejándose llevar por el brazo.

– Anda, vamos.

Atraviesan la calle en silencio, hasta llegar a la entrada del "Maravilloso", que forma chaflán con la de Bagocheros. El letrero luminoso, llameando rojo en el crepúsculo azulino, es como una manada de luciérnagas suspendida de la fac hada del cine. En los costados del interior, las fotografías en colores anuncian como película de turno "La Sierra de la Esmeralda Maldita". El cartel central reproduce el título en grandes caracteres verdes, formando un círculo que cobija una sonriente muchacha que juega con un lazo, vestida de vaquero.

– Lo que dije – comenta Andrés, echando una superficial ojeada – Una porquería.

Álvaro enciende un cigarro, con el rostro aun ligeramente demudado. Contempla pensativo como se consume la cerilla entre sus dedos, hasta convertirse en una astilla negruzca.

– ¡Psht¡ ¿Entramos?

– Yo no. Tú, si quieres… Yo me voy a ver a Carmen.

– ¿A qué hora sale¿ – Álvaro habla todavía algo forzado.

– A las ocho. Tomaré un café entretanto.

– Bueno… Pues… Yo voy a entrar.

Andrés lo mira con las cejas muy levantadas.

– ¿Vas a ver esa birria? Pero si tenían que colgar al empresario…

Álvaro lo contempla con ojos resignados.

– ¿Qué voy a hacer si no? Los otros me aburres.

Su amigo lo mira fijamente.

– Haz lo que quieras. Yo me he prometido no venir al cine mientras no echen buenas películas. O pongan un cine–club. ¿Qué menos?. En una ciudad con más de cien mil…

– Pues estás apañado. ¡Buen aburrimiento te espera¡

Andrés se encoge de hombros.

– Ché, lo de siempre. Dentro me aburro también, después de gastarme los cuartos como un primo…

Su amigo lo mira extrañado, con un vago ademán de protesta.

– ¿Pues qué quieres tú? Por lo menos son dos horas que se echan fuera.

Andrés lo mira con sorpresa, conteniendo difícilmente su irritación. Le clava en el pecho su índice extendido:

– Ese es el mal de todos nosotros, muchacho. Querer echar el tiempo fuera. Si hasta parece que tenemos prisa por morirnos…

– ¿Vamos a seguir discutiendo? – Álvaro lo mira con el cigarro colgándole desmayadamente de los labios – Si tienes ganas de desahogarte, vamos a una casa de tratos.

– Están todas cerradas.

– Yo conozco una. ¿Vale?

– No quiero – Andrés mueve la cabeza con fuerza – Me aburren y me asquean, además de sacarme los cuartos como un imbécil. Como una película mala, igual. He estado otras veces y he salido peor.

– Pues chico, no sé…

Álvaro entorna los ojos, mirándolo apaciblemente a través de la cortina de humo del pitillo, que sigue colgado de su boca. Echa una ojeada al reloj.

– Bueno, Andrés – dice, poniéndole una mano en el hombro – Voy a entrar. Va a empezar la película. Son menos cuarto.

Andrés, delante de él, da un talonazo, cuadrándose:

– Suerte, muchacho, y c… para aguantarla.

Su amigo, desconcertado, lo mira irse. Luego, encogiéndose de hombros, se va hacia la taquilla.

El salón francés, tan muellemente propicio en esta calma hora de las seis, proyecta las sombras azuladas de sus butacas sobre el encerado parquet. Las alanceadas ráfagas de tibio sol, colándose a través de las entronadas vidrieras del balconcillo, diluyen todos los objetos del cuarto en una luz tierna, sin rebordes, como de tejido gelatinoso.

El sol moribundo de la tarde, destellando sobre los tejados de las casas de enfrente, recorta contra el ventanal los cuerpos de Carmela Uriarte y Charo Cisniega que, apoyadas en la barandilla, beben con delicadeza sus tazas de café. El grato bordoneo de las conversaciones, interrumpido a veces por un tintineo de cucharillas, no turba sin embargo el sueño de Paco Cifuentes que, con un "Fotos" entre las manos, se ha quedado beatíficamente amodorrado en la butaca del rincón.

Su mujer, sentada en el brazo del sofá junto a la dueña de la casa, se inclina sobre ella con los ojos muy atentos.

– Mariana, hija – dice, dejando caer finamente las palabras – Cuéntame lo de tu suegro ¿quieres?, que a lo mejor es grave… Hay que ver, con lo simpático que se me hace…

Se queda contemplando con los ojos muy abiertos a la mujer de José que, sin dedicarle una sola ojeada, sigue echando tranquilamente café en su taza. Las piernas de Juana, muy enfundadas en seda, se balancean con brusca impaciencia, descubriendo con generosidad sus macizas rodillas.

– ¿Qué quieres que te cuente, mujer? – le replica Mariana con tono ausente, al tiempo que mantiene la cafetera en alto – ¿Te sirvo a ti más café? A mí me apetecía… – La mira interrogativa, soltando el recipiente al ver que la otra rehúsa con un ademán – Como quieras – Coge su taza y se recuesta con desembarazo en el sofá – ¿Qué decías? ¡Ah, mi suegro¡ Pues él se encuentra bien, cosa pasajera… Como comprenderás, son los años, no hay que darle vueltas.

Sus ojos se quedan abstraídos mientras bebe, evocando la cara del viejo cuando subió la otra noche de la tienda. Traía una cara tan pálida como la pared en que se recostó al entrar. Su suegra se asustó tanto que mandó enseguida recado a don Alejo a pesar de lo tarde que era. Desde luego hay mucha gente que se interesa por su salud, pero Juana hasta

hace poco había hecho tanto caso de su suegro como de la luna. Es curioso que pregunte ahora con tanta frecuencia, como si le fuera en ello algo importante. Por eso ha preferido despistarla, aunque no la ve muy convencida después de su respuesta.

La otra se ha dejado resbalar al interior del sofá, con una mueca despechada ante la evasiva. Dominándose sin embargo, procura adoptar el tono que oyó una vez a la Superiora del convento de las Dulces Hermanas mientras hablaba de una enfermedad… ¿Tú no crees…?.

Mariana disimula un gesto de impaciencia, pero el seco golpe con que deja la taza sobre la mesa la traiciona, haciendo encogerse a la otra sobre sí misma.

– ¿Qué va a tener, mujer? – exclama con ligera displicencia – Lo que todo el mundo cuando tiene su edad. Nada, nada, nada… Todas las enfermedades ninguna. ¿Has visto tú a alguien que con setenta y ocho años no se resienta de nada? Pues ahí lo tienes – continúa con impaciencia, como mostrando algo cegadamente evidente – Tú misma lo has dicho, lo trabajado que está…

Juana se la queda mirando con deseos de hacer aún otra pregunta, pero el pliegue contraído de los labios de Mariana la hace temer una respuesta demasiado cortante. ¡Caramba con Mariana, la mosquita muerta¡ Con la familia es una babaza, se derrite con todos como si fuera miel, pero cuando se trata de complacer a una verdadera amiga le da por sacar las uñitas. Claro, de esa manera es imposible una amistad firme, ya que una buena amistad requiere compenetración y confidencias o por lo menos un informe breve sobre las cosas que puedan interesar a la persona amiga.

Con un mohín decepcionado se vuelve hacia donde su marido, que se despierta siempre como gallo de pelea, sostiene una verdadera batalla verbal con la Cisniega y la Iriarte. Se queda mirándolas con disgusto, entreteniéndose en enumerar con fruición sus numerosos defectos. Las dos están hechas unas pájaras, la una bebiendo los vientos por los primeros pantalones que se presentan y la otra, más vieja que el pópulo, presumiendo en todas las reuniones como si fuera una pollita. Dios, las cosas que tiene una que aguantar. Pero qué remedio, cuando no se ha nacido con dinero… Alzándose muy derecha sobre el sofá, levanta ligeramente la voz.

– Pero dejadme tranquilo a Paco – interviene con su mejor sonrisa – Que ya está hasta la coronilla de contar que si "Barceloneta" ganó por un cuerpo, que si ganó por dos o si por medio pelo. Qué tabarra, Dios, el cielo que me tengo merecido. ¿Pero se puede saber – pregunta, acentuando hasta un límite imposible su amabilidad – qué es lo que queréis sacarle?.

Él, exhibiendo esa sonrisa que tiene la virtud de sacarla de quicio, se repantiga más en la butaca, abanicándose parsimoniosamente con la revista. Como siempre que se duerme un rato en las visitas, tiene ahora el aire más despabilado que nunca. No parece sino que el condenado se prepara a salir poniendo banderillas, si lo tendrá ella calado.

– Déjalas, mujercita mía – le contesta, con los pequeños ojos traviesamente entornados – Que les conviene. A lo mejor el día de mañana tiene que ganarse las pesetas como nosotros. ¿Es que la caridad no es la principal virtud que debemos practicar dada nuestra alcurnia?.

Juana parpadea con las cejas muy juntas, soltando de pronto una carcajada que regocija infinitamente a las otras. El duelo sempiterno del matrimonio no constituye un secreto para nadie, ella lo sabe y trata de disimular el efecto que le causan sus estúpidas frasecitas de segunda intención. La sonrisa no abandona sus labios, mientras exclama con compasivo acento:

– Este Paco, hijas, ya le conocéis – se lleva el índice a la sien con expresivo gesto – Así está. Ni caso, hijas, ni caso.

Él abre mucho los ojos, abanicándose más despacio y hablando con voz llena de dulzura:

– Pero mi vida, si no digo más que la verdad…

La dueña de la casa, procurando salir de su abstracción, empuja hacia ellos la mesita rodante de los cafés.

– Bueno, amigos – anima con una sonrisa – Tomemos otra taza, que hay que calentar el ambiente, que esto está muy aburrido.

– La tripa es la que está aburrida – le replica Paco, dándose una palmada en el vientre – Y además, hace muchos años que no he bebido un café como éste, palabra…

Las patas de gallo de la Uriarte se multiplican repentinamente en una amplísima sonrisa, pero sus ojos alertas espían las reacciones de Juana.

– Pues aprovecha ahora, Paquito – dice, deshaciéndose en gestos animadores que hacen brillar su enjoyado meñique – Que la ocasión la pintan clava, que cuando llegan las vacas gordas ya se sabe…

Los ojos de Paco relucen de súbito, dejando caer enseguida los párpados con una sonrisa bondadosa.

– Carmela, no te puedes figurar cuanto te agradezco lo que dices. Tienes más razón que un santo, si siempre lo he dicho – se recuesta en la silla con vago pesar, mirándola con atento aire de alumno – No te puedes figurar siguiera la cantidad enorme de veces que echo de menos tus consejos, hay que ver, ya lo creo… Con lo que dan unos añitos de experiencia, ya quisiera yo tener tu edad, porque hay que ver lo que tú has vivido… carmelita.

La otra se queda sin respiración, mientras un súbito arrebol le sube hasta la raíz del cabello. Mueve los labios, pero ningún sonido sale de ellos, optando por callarse al no encontrar de momento la respuesta adecuada. Juana la mira con ostensible compasión ante la sonrisa regocijada de las otras.

– Hay que dejarlo como siempre, hoy está imposible – dice, tomando con delicadeza una golosina de la fuente que hay sobre la mesilla – Tú no le hagas caso, Carmela – la aconseja, mientras sus labios se curvan anchos sobre el dulce, llenándole la boca – Ya sabes, él tiene sus manías… sobre todo – se vuelve preocupadamente a las otras – Ya sabéis, le da por gastarse el humor de la pobreza, como si en casa no tuviéramos…

– Pues hija – tercia la Cisniega, cruzando con lentitud las pernas ante los ojos divertidos de Paco – Si tiene ese gusto, con su pan se lo coma… Aunque – mirando a Juana con intención – Yo no sé qué decirte, pero cuando el río suena…

Paco se incorpora con vivacidad, cortando la respuesta de su mujer, que ya ha lanzado a la otra una mirada de mírame y no me toques. Esto de estar al quite es más fastidioso que cantarle las cuarenta a un sordo.

– Pues lo que os decía – reanuda el hilo de lo que contaba – Mi “Barceloneta” es una yegua magnífica. Me ha hecho ganar en mi vida más dinero del que tenía cuando nací…

La Cisniega alza vivamente la cabeza, extendiendo el brazo.

– Para el carro, muchacho, que no estamos para bolas – dice con el acento de quien se tiene muchas cosas sabidas – Un poquito menos, guapo… – enseguida, retrayéndose y fijando sus entornados ojos en Juana – Aunque ya, ya…

La mirada de la Ibarragómez la replica con un rápido destello, que se transforma en una expresiva ojeada que recorre con lentitud el cuerpo de la otra.

– Sí, mujer, ¿por qué no? – dice con su voz más untuosa – Cuando se tiene algo.. se explota…

La Cisniega acusa el golpe, buscando frenéticamente en su cerebro una respuesta. Se muerde los labios y echa a su alrededor una rápida mirada, encontrando sólo ojos curiosos y divertidos… ah, pero el recuerdo que la acaba de asaltar puede ser definitivo para aplastar a esta sabandija, sólo tiene que procurar que no le falle la voz, parque está tan nerviosa…

– Ahora que me acuerdo – dice, respirando con fuerza mientras deja caer su mano un segundo sobre la rodilla de Juana, que no puede evitar un leve respingo – Hija, ya sé que no tenéis muchos muebles y que los que os quedan no están muy allá que digamos – hace un ademán de excusa, disculpándose con una risita ahogada – Si hasta me acuerdo todavía del roto que me hicieron en mi falda rosa cuando estuve allí… con las puntillas, hay que ver… – se detiene para observar el efecto de sus palabras, lanzando a continuación la pregunta – ¿Pero es que no podríais mandarme los silloncitos que te presté cuando el santo de Paco…? Porque es que siento más vacío el saloncito… – Se les queda mirando, con los ojos interrogantes – Porque ya os habrán hecho el avío ¿no?.

Cifuentes, cómodamente arrellanado en su butaca, observa a las dos mujeres con su aire crítico de costumbre. El papel de mediador no lo considera muy lucido, pero tiene que aceptarlo a veces para evitar que el mejor día estas damas con sus tonterías se agarren un día del moño y armen la de Dios es Cristo.

– Pero, Amparo, mi alma – salta rápido, frenando en seco la contestación de su mujer, que adivina tempestuosa – Si los silloncitos los tenías en el soberado, llenos de polvo… Más falta me hacen en mi casa. ¿Es que no sabes que soy pobre como una rata?.

La Cisniega, ante la inesperada salida, mira hacia otro lado, desconcertada. Le teme infinitamente más a él que a ella, porque cuando menos se piensa se va por peteneras. Con Juana, a pesar de las diferencias, se siente en un plano de igualdad en el terreno de las indirectas. Claro, el toro es un frescales al que no le importaría ponerse en calzoncillos en mitad de la calle.

– No, es que había pensado – le responde al fin, sin saber donde mirar – Me harían tan buen juego en el comedor, ahora con la entrada del verano… – Encogiéndose de hombros resignada, mientras mira de soslayo a la otra – Aunque vaya, si tanta falta os hacen, si sois tan pobres como dices…

Mariana interviene para cortar definitivamente la cuestión dirigiendo a Cifuentes una pregunta directa:

– Pero vamos a ver, paco – dice, inclinándose hacia delante muy interesada para desviar hacia este punto la atención de las otras – Lo que yo me pregunto, ese orgullo que tienes de tu pobreza, porque es orgullo, no cabe duda… ¿quieres decirme de donde lo has sacado… si se puede saber?.

Él alza la cabeza sorprendido, frunciendo mucho las cejas. Sacando la pitillera, se entretiene en elegir cuidadosamente un cigarro mientras le da vueltas en la cabeza a la pregunta de campeonato de Mariana. Las otras le observan esperando curiosas, pero él, ocupado encender, no parece dispuesto a contestar enseguida. Su habitual expresión burlona parece no haber existido nunca en su cara, lo que no le gusta nada a su mujer, que trata de atravesar rápidamente aquel momento difícil.

– Pues hijo – le espolea con una media sonrisa – Si no vas a decir nada…

Paco la mira con un destello en sus ojos endurecidos, replicándole con aspereza:

– Tú, cállate, haz el favor, que a ti nadie te ha preguntado – Enseguida se calma, fijando su mirada en la mujer de José, que lo contempla con una vaga ansiedad – ¿Qué de dónde lo he sacado, preguntas? – su voz se hace de pronto grave, al tiempo que entorna los ojos a través del delgado velo del cigarro – Es una cosa que sólo te puedo decir a ti, Mariana.

El largo momento de sorprendido silencio queda cortado de súbito por un corro de pequeños chillidos y gritos.

– ¡Que lo diga, que lo diga¡

– Y que no le echa teatro…

– Venga, al grano, al grano…

– Eso no vale, que aquí somos todos uno.

Todas le acosan, haciéndole zalemas y suplicándole que hable, porque él tiene siempre muy buenos golpes. La dueña de la casa sigue sentada, con sus ojos escrutando nerviosos el rostro de piedra de Paco, que no parece dispuesto a hacer concesiones. Finalmente, las otras, desalentadas, van disminuyendo sus súplicas hasta dejarlo del todo tranquilo.

Ella se levanta de pronto con resolución y seguida por la mirada inquieta de Juana, se entra en el balconcillo, recostándose en el barandal y procurando hablar con tono ligero que no consigue ocultar su preocupación soterrada.

– Bueno, hombre – dice, animándole con una sonrisa – Dime, que estoy muerta de curiosidad…

Las demás siguen sentadas haciendo corro a Paco. Mariana se apresura a añadir:

– Ya veréis, ya veréis… En fin, ya le conocéis – agrega, encogiéndose de hombros – Se ha encaprichado y hay que seguirle la corriente…

Él se levanta con cansancio del sofá y fijándose con cierto regusto irónico en los rostros que le rodean, pega un bostezo descomunal. El cigarro le cuelga de los labios y el humo que sube le hace entronar los ojos en un parpadeo que Juana reconoce como el de las grandes ocasiones. Inclinándose en un saludo reverencioso, se acerca a ellas dándoles unas palmadas en los hombros.

– Hasta ahora, nenas, y portaros bien. Creedme, éste es un momento importante, porque las cosas de Paco Cifuentes, ya sabéis, no son nunca cosas vulgares ¿estamos, nenas?.

– Vaya, hombre – le reconviene su mujer, cruzándose de brazos y procurando quedar bien ya que no puede hacer otra cosa – Que te están esperando como al Santo Advenimiento…

– Ya voy, mujercita– le replica él, pellizcándole la barbilla y riéndosele en la cara – Que eres un sol, cielo, formalita como ella sola… – chupa con fuerza del pitillo, haciendo un saludo con la mano – Hasta ahora, niñas.

Ellas se acomodan aburridamente en las butacas, al tiempo que él, entreabriendo las vidrieras lo justo para pasar, se entra en el balconcillo. Su rostro, transformado de repente, preocupa a Mariana, que nunca le ha conocido esta expresión. Vuelto de espaldas al saloncito, contempla en silencio las sombras que proyectan las chimeneas sobre os canales de tejas de las casas vecinas. Sus ojos duros y pensativos entre las arrugas de las ojeras, indican sin embargo a Mariana que los pensamientos de Paco viajan muy lejos. Hace años que lo conoce, pero sólo de algún tiempo a esta parte su máscara de tarambana ha comenzado a abrirse par ella por medio de algunas confidencias. Es curiosos que el mundo en que viven les permita conocerse tan poco a través de los años, a pesar de encontrarse tantas veces juntos en la casa de cualquiera de ellos. Desde luego las pandillas que se forman no facilitan precisamente un conocimiento profundo del interior de cada uno. Son como conciencias dispersas que marchan a la deriva en un enorme mar que de pronto se traga una de ellas sin que las demás se den cuenta. Ella, ahora mismo, a pesar de que el carácter de Paco ha comenzado a revelársele, no podría decir a ciencia cierta si él es bueno o es malo, si el juicio agrio que tiene su marido de él posee algún fundamento. Aunque ahora ha procurado disimular ante las otras la impresión que le ha causado su preferencia, no puede evitar que un vago temor le haga latir el corazón más aprisa que de costumbre. Sin atreverse a interrumpir su mutismo, clava unos ojos interrogadores en su cara tensa.

– Me has hecho una pregunta – empieza Paco mirándola con mucha fijeza y dejando que su voz se deslice con lentitud, como apresando cada palabra – y créeme, he sentido un repentino interés contestártela. Pero en contestártela a ti sola. Las otras no podrían entenderme ni yo tengo el menor interés en darle a conocer lo que pienso. Pero tú, Mariana, por desgracia lo ha descubierto hace muy poco tiempo, eres distinta y te lo puedo decir… no quiero regalarte los oídos porque no viene ahora a cuento, pero tú eres bastante inteligente y sabrás comprenderme mejor que todas esas – La pausa que hace le

sirve para elegir un nuevo pitillo, que enciende recogiendo la brusca llama en torno a sus labios crispados – Tú me preguntas que de donde he sacado este orgullo, este orgullo de mi pobreza… Pues mira – sus ojos chispean con súbito interés – ¿quieres que te diga? No existe una fuente concreta, porque lo he sacado de todos y de nadie… Concretando, de esas que están ahí y de otros y otras que son como ellas. Verás, hay tanta gente que vive bien y se pavonea de su riqueza, tanta gente que vive mal y se pavonea de su riqueza también. He aquí yo – añade sonriendo con una mueca de cansancio – Lo pensé un día, hay que hacer algo extraordinario, sensacional, macanudo… aunque luego resulte todo una birria… Es que se aburre uno tanto, tan espantosamente, créeme, que yo daría a veces un brazo por encontrar un sentido a todo esto que me rodea. Es tan absurdamente idiota, tan estúpidamente imbécil…– Hace una pausa larga, contemplando con ojos vagos la larga ceniza de su cigarro y tirándola con el índice, al tiempo que levanta la cabeza y la mira fijo – Mira, Mariana, yo he tomado el partido de vivir muy bien, pavonearme de mi auténtica pobreza y soltar de vez en cuando un tufo de sinceridad – se echa areir de ponto, animándose su cara irónica ante las sabrosas perspectivas que recuerda – Como lo hago borracho o haciéndome el borracho, nadie me toma gran cosa en cuenta. No te tengo que decir porque ya lo habrás visto tú a pesar de que sales poco o te habrán ido con el cuento, que a pesar de que yo me camuflo con el bebercio, me tienen en todas partes por un frescales de marca mayor, incapaz de tomarme nada en serio. Pero me invitan porque se divierten conmigo… ¡Ah, otra cosa muy curiosita que pasa, de tan increíble resulta verdad. Algunos me pagan por decir verdades que ellos no se atreven a decir… No de una manera directa, claro… Bueno, tú sabes que nada se hace aquí de una manera directa. Pues verás – sigue con tono regocijado – se trata de un jueguecito muy curiosos. Es como el cazador que manda su bala en busca de la perdiz. O como el verdugo que deja caer su hacha sobre la nuca del reo. Este no se entera hasta que le han hecho el regalito – se encoge de hombros, mientras sigue explicando con ojos burlones – Yo también, como comprenderás, tengo mi parte. La primera vez lo vi tan claro como el agua y planteé enseguida la otra cara del asunto a mi solicitante. Cuando me ha insinuado lo que tengo que decir, claro,

todo esto con las palabras más dulces, las copas de vino más llenas, los Paco por aquí, los Paco por allá, – esa es la primera parte del programa – , yo creador de una genialidad que ya se espera el prójimo que tengo al lado, me llevo las manos a la cabeza y me doy una palmada den la frente, recordando de pronto que tengo un apuro enorme que sólo se puede solucionar con un cheque del talonario que el tal o la tal guarda en aquel preciso momento en su bolsillo. El tal, la mayoría de las veces se saca el librito del bolsillo y catapún, segunda parte del programa, Paco Cifuentes cobra ipso facto sus servicios. ¿Qué el tipo o la tipa renquea y promete el oro y el moro? Entonces… – hace un gesto expresivo – naranjas de la China… Yo me acuerdo de repente de que no puedo asistir a la tal reunión – donde había que pegar el mordisco – por lo que sea, por hache o por be… Y a otra cosa. El amiguito o la amiguita tuerce el hociquito y yo me dejo acariciar por la segunda víctima. Como verás, ellos mismos me hacen el reclamo.

Se ríe de ponto, pero enseguida un velo cubre sus ojos, empañándolos de fatiga. Mariana, con los suyos muy abiertos, le escruta con ansiedad mientras le pone una mano en el brazo.

– ¿Por qué haces eso, Paco¿ ¿Es que acaso te gusta hacerlo?.

Él no la mira, tocado en su interior por la voz suplicante. Frunce mucho las cejas y con calculados movimientos aplasta con sumo cuidado la colilla contra el hierro del barandal, convirtiéndola en una masa informe, que arroja con fuerza a la calle. Enseguida alumbra un nuevo pitillo, mirándola con los ojos entronados a través de la débil cortinuela de gasa.

– ¿Yo qué quieres que te diga, Mariana? – le replica, encogiéndose de hombros, mientras enarca las cejas en un frustrado gesto de vivacidad – A mí me parece cumplir una función de salud pública, querida. Nada menos que de salud pública, para que te enteres. Hasta creo a veces que el Ayuntamiento mismo debería meterme en nómina, pero qué caray, son unos agarrados… Yo – su tono campanudo se acompasa al ritmo de sus ojos irónicos – Yo soy el niño siempre en primera comunión de la sociedad lavernesa, su espíritu puro e inmaculado, querida Mariana, siendo a la vez el cajón de sus basuras y la válvula de escape de sus complejos. Sí, la verdad, yo me considero una zaranda que lo admite casi todo. Nada se queda en mí – agrega,

recobrando su aire serio – Yo clarifico el ambiente que está a veces demasiado cargado. Sin mí ¿qué iba a hacer la mayoría de esos pobres diablos que se reconcomen de envidia o se pudren de soberbia?. Yo soy el médico que les revienta la pus y les cura los abscesos al escuchar sus pequeñas manías, sus estúpidas reacciones, sus solapadas malquerencias… Y nada, absolutamente nada de eso se queda en mí, todo lo vierto allí donde me dicen. Yo cobro y ellos pagan y después todos respiramos y vivimos más felices que en Jauja. Dime tú si no es verdad – concluye con cierta dureza.

Ella le ha escuchado con los ojos muy fijos, con esa expresión que ella toma siempre cuando su marido empieza a decir cosas que ella nunca hubiera querido escuchar, tan terriblemente la lastiman. Bajando la cabeza, aprieta con fuerza los labios:

– Paco, tú nos desprecias a todos. ¡Cómo te gozas en tu desprecio¡.

Él observa durante unos segundos su frente baja, echándose de ponto a reír con fatiga:

– Pero tú estás loca, mujer – dice, procurando reprimirse – Yo no desprecio a nadie, líbreme Dios. Tendría que despreciarme a mí mismo. ¿Es que acaso no pertenezco a vosotros tanto como vosotros a mí?.

– ¿Y estás seguro…?

Él tiene en los suyos un relámpago:

– ¿De qué no me desprecio a mí mismo?.

Ella asiente con la cabeza, desviando su mirada. El mastica con fuerza la punta de su cigarro, con los ojos perdidos en la gran mancha gris que va taponando el cielo. Sus dedos tablean sobre la madera durante unos segundos y su mirada indefinible, profundamente indefinible, parece carecer de uno fondo conocido.

– Mira, Mariana – su voz le suena a él mismo extrañamente normal – A pesar de todo lo que te diga, yo tengo mi ética. Si alguien murmura, si alguien me alquila para que sea su altoparlante, la mayoría de las veces tiene un poco de razón y cuando yo lo hago siento una satisfacción secreta, porque siento en lo más profundo de mí que hago un poco de justicia – se encoge de hombros, con una vaga sonrisa que la daña a ella con fuerza – De un costado a otro, desengáñate, todo está tan podrido, que pus con pus poco se ve. Todo viene de muy atrás, de tan atrás que casi se pierde… – Sus ojos pensativos parecen escrutar

las lejanías de que habla, con una expresión que la hace estremecerse, como si de repente viera surgir bajo sus pies un desconocido abismo – Son culpas – sigue diciendo con voz muy lenta, con la mirada vagando en la tarde ensombrecida – Culpas tan viejas como siglos… Culpas que un día traerán hombres que vendrán implacables a cobrarse esa inmensa deuda de justicia con todos sus intereses acumulados. Ahora parece que no, que no existe nada, pero yo a veces, sobre todo cuando estoy muy borracho, tengo presentimientos terribles… Siento que a veces tiembla el suelo, como si debajo de él rugiera el volcán que ha de tragarnos a todos…

Se calla, cerrando la boca con brusquedad, como temiendo haber dicho demasiado. Mariana ha cerrado los ojos, huyendo de la visión evocada por paco. Un leve temblor le sacude inconteniblemente los labios, mientras lucha por hablar.

– Paco – exclama entre ahogos, tratando de reponerse – ¡Qué terrible presentimiento el tuyo¡ Es algo de angustia…

Los ojos de él relucen unos segundos con intensidad, después inclina la cabeza tratando de sonreír, pero la mueca contraída que le sale está llena de cansancio.

– No tienes por qué preocuparte – le dice, tratando de dar un tono ligero a sus palabras – Sabe Dios… – de improviso, se alza muy derecho sobre sus talones, abriendo bruscamente las vidrieras y precipitándose en el interior de la sala. De dos zancadas se acerca a la mesa, cogiendo la botella de coñac y levantándola en alto con gesto de triunfo – Vamos, niñas, animaos vosotras, que ya veis que a Mariana no se le puede gastar una broma. Enseguida pone cara de crío llorón – Viendo que ellas lo miran estupefactas – Pero, amigas, queridas amigas y carísima esposa – sigue animándolas con grandes gestos, mientras alza aún más la botella – Bebamos, bebamos, que la vida se acaba y hay que gozar… ¿Qué gozaaaarr…¡.

Extendiendo mucho el brazo izquierdo alza el derecho con la botella, bebiendo un gran trago. Las demás, entusiasmadas, le corean con pequeños chillidos y gritos.

– ¡Viva Paco I¡ – le grita la Cisniega.

– ¡Viva el rey de los guapos¡ – le corea la Uriarte.

– ¡Viva mi niño¡ – le corea la Ibarragómez, dándole un abrazo, al que él corresponde con entusiasmo.

Mariana, aún fuera del cuarto, los contempla con asombro.

Estas escenas son frecuentes en la casa, sobre todo cuando no está su suegra, pero ahora lo encuentra de pronto todo absurdo. Paco, rodeado de mujeres y exultante de dinamismo, anta el aria de "Tosca".

La puerta del salón se entreabre asomando la cabeza de Juanjo, que se vuelve enseguida hacia Patrocinio del Aire, dejándola pasa. Cifuentes da el do de pecho y empinando la botella, aguanta corajudamente el aliento mientras bebe un segundo trago más largo que el anterior.

– Hola, Juanjito y Compañía – saluda a continuación, limpiándose la chorreante boca con la manga.

– Hola a todos – gritan éstos, siendo coreados al punto.

Paco recobra repentinamente la seriedad, pero el brillo de sus ojos se le antoja sospechoso a Juanjo. No en balde han corrido más de una juerga juntos, y esto ayuda a conocerse. Serán patochadas lo que suelta, pero que tiene más gracia que la puñeta. Hay una diferencia de medio a medio con el Puma. Hasta se le puede dejar a deber dinero tranquilamente.

– ¿Habéis visto por ahí a Antoñito Rivera? – pregunta Paco – ¿Se ha casado por fin con la hija de… su padre?.

Juanjo se sonríe, completando mentalmente la frase sugerida, mientras llena un par de copas.

– Falta todavía una semana – le contesta, dándole una palmada en el hombro – ¿Y tu "Barceloneta"? ¿Qué tal se porta?.

– Como nadie. Todos estamos encantados con ella – replica Paco, indicando a seguido con un gesto cortesano a la del Aire – Menos la señora.

– A mí – contesta esta, acomodándose en un sillón y bebiéndose de un trago su coñac – no hay quien me empuje a ese terreno.

Es una mujer cincuentona, que usa siempre unos grandes escotes y conduce un Rolls–Royce con mucha habilidad. Ha viajado bastante y adopta siempre un aire de superioridad que da dos patadas en el estómago a Paco. Para él es el prototipo de la funcional secretaria norteamericana… sin trabajo… Dejándose caer hacia atrás, comenta con un ligero sonsonete:

– Pues, hija, tú no pareces de tu tierra. A mí me das la impresión de una norteamericana que ha participado en muchos "*rounds*".

Ella, sin inmutarse lo más mínimo, se ha sacado de su bolso un espejito, entreteniéndose en reflejar en él un mohín de desafío, que no se molesta en acentuar demasiado.

– ¿Y qué? – replica sin mirarle, mientras se pasa un pincelito por los labios – Hay que vivir la vida.

– Oye, Juanjo – la Cisniega, moviendo lentamente las caderas, se le acerca hasta casi rozarlo, con una sonrisa temblándole en las comisuras – Tú que vienes de la calle ¿me encuentras de buena facha? ¿No estoy muy pálida?.

Al mismo tiempo da una vuelta en redondo para que él pueda contemplarla a su sabor. Juanjo se pasa una lengua por los labios, enrojeciendo ligeramente. Caramba con la gachí, se le pone de una manera que tendría que ser tonto para no darse cuenta de que está pidiendo guerra. Tranquilizado por una ojeada que le revela que su madre habla en este momento con Paco, redondea el cuerpo de la Cisniega con un despacioso ojeo de chalán.

– Por mí, chica – le replica con lentitud, exhibiendo una mirada húmeda – Estás estupendísima. De rechupete, ya digo – añade, mojándose con la lengua unos labios repentinamente secos.

– Gracias, Juanjito, que sol eres – le sonríe ella, acercándose al grupo de las otras y moviéndose con delectación ante el espejo – ¿Es que no jugamos hoy?.

El leve crujido de la puerta al abrirse la hace volverse con rapidez. José apenas tiene tiempo de lanzar una ojeada a los reunidos antes de encontrarse con ella de manos a la boca.

– ¡Don Pepe de mi alma¡ – le grita con repentina alegría, agitándole delante las manos – Que no pude venir a celebrarte los santos. Hijo, – agrega con pesar – que me cogió en Madrid, ¿sabes?. Era la apertura de Monteviolento, el modisto… Figúrate, no podía perdérmelo por nada del mundo. ¡Fue tan maravilloso¡ – dice con nostalgia, haciendo de pronto una sonriente transición – Pero tú que eres tan comprensivo me perdonas, ¿eh, Pepito?.

– Claro, mujer, claro – le replica José, estrechándole rápidamente la mano y dejándola plantada, al huirse de costado – ¿Quién no te perdona a ti?.

Con un resoplido de alivio, se detiene bruscamente mientras observa a Paco, que no le aparta los ojos de encima. Las pupilas de José centellean un segundo, enseguida los párpados se dejan caer, velándolas.

– ¿Qué tal, Cifuentes?.

El rostro de éste permanece inmutable, pero sus dedos, contraídos sobre el fondo oscuro del pantalón, denuncian la tensión repentina de su cuerpo.

– Muy bien, Duarte – responde sin embargo con voz tranquila – ¿Y tú, que me cuentas?.

Mariana, que a pesar de integrar el grupo, no ha perdido puntada del encuentro, sabe que su presencia es necesaria en este tirante momento. ¡Cuánto daría ella porque se comprendieran¡ No parece sino que cada uno, sin haber llegado siquiera a cruzar una palabra violenta, adivinara en el otro un enemigo. Su sonrisa trata de echar a broma la situación, en la que intuye un oscuro subsuelo que la asusta.

– Pero, amigos míos – exclama, acercándose con rapidez – ¿Qué bromas son esas? ¿Es que ya no sois Paco y Pepe?.

Su marido no responde enseguida, apretando ligeramente los puños con el cerebro tenso. Paco lo mira con una placidez que preocupa aún más a Mariana.

– Se trata de una apuesta – dice al fin José.

Paco trata de contener una media sonrisa que le aflora de pronto en los labios, asintiendo lentamente con la cabeza.

– Sí, claro, es una apuesta.

Juana, en el extremo más próximo del grupo, ha sorprendido su contestación. Abandonando repentinamente su puesto, se acerca a saltos palmoteando:

– ¡Que la cuente, que la cuente¡

José se apresura a salirle al encuentro.

– Es un secreto entre Paco y yo.

El otro asiente casi con pesar, encendiendo con tranquilidad un cigarro.

– Sí, es un secreto – le contesta, levantándose con un bostezo y dirigiéndose con lentitud al rincón. Adosado cautamente contra el fondo, ve acercarse muy despacio a José, diciéndole en voz baja cuando ve que ya puede oírle – Creía que estabas en Sevilla.

El otro lo mira con un frunce burlón entre las cejas.

– Acabo de llegar, querido. Estamos en el siglo XX.

– ¿Pero qué secretos se traen estos hombres? – pregunta la Ibarragómez acercándose con leve paso, mientras una sonrisa confidencial le tiembla en las comisuras – Que no puede una enterarse de nada. ¿Qué forma es ésa de hablar? Ni que estuviéramos en un velatorio.

José la mira con fijeza, con una mueca que le hace sobresalir el labio inferior.

– Cosas de hombres – le replica, ligeramente hostil – Cosas de hombres, señora.

Ella finge un gran susto, retrocediendo un paso.

– ¡Huy, qué barbaridad, qué forma de tomar las cosas¡ – exclama con aire de reto, dirigiéndose luego con ostentación a su marido – Bueno, tú ya me contarás luego ¿no, guapo?.

Ninguno de los dos le hace caso y ella se retira al fin, sin abandonar su despechada sonrisa. José mira fijamente a Paco, mientras susurra:

– El domingo a las siete en el hipódromo.

El otro lo mira con sorpresa, pero enseguida sus ojos se bajan, asintiendo.

– De acuerdo, allí estaré.

José le estudia durante un largo momento antes de dirigirse a la puerta. Cifuentes ve desaparecer su silueta en la oscura penumbra del salón viejo.

La atmósfera de la habitación, ardiente a pesar de la templada noche de primavera, le hace revolverse inquieto entre las sábanas, agravando el insomnio que se le ha hecho habitual a fuerza de costumbre. La alta ventana, entreabierta para que el paso de aire facilite la ventilación del cuarto, difunde sobre los objetos del dormitorio una luz que molesta vivamente los ojos fatigados de don Pedro. Dando otra vuelta procura adormecerse de nuevo, pero el obsesionado cortejo de sus pensamientos sigue desfilando en su interior como una monótona procesión de espectros.

Son los hijos, siempre los hijos. Los hijos son las dos palabras que murmuran constantemente sus labios, mecánicamente y sin cesar. Los hijos, que se le deshacen entre las manos como pompas de jabón que estallaran de súbito en el aire. Hoy ha estado trabajando con Rozas hasta las tantas, liado con el asunto de los suministros de Bilbao. Por fin han llegado a establecer una fórmula que convenza a estos vascos del diablo, que ponen cada vez precios más altos con el cuento de que la economía nacional está hecha polvo y que hay que tomar drásticas medidas para salvarse del caos. Como si la economía nacional no llevara lo menos quince años hecha unos verdaderos zorros. Y por otra parte está el personal, que es un problemita que también se las trae. Millares, el modesto Millares, que se ha atrevido a pedir aumento de sueldo con el cuento ese de la subida de precios y diciendo con su cara boba que si la cuenta de beneficios ha sido bastante saneada el año pasado. ¿Y los gastos?, le ha replicado él. Y al otro le ha dado por barajar cifras, valiente majadero. Desde luego cualquiera lo convence, estando en el mismo cogollo de la contabilidad. Con los empleados, ya lo tiene él dicho muchas veces, hay que mantener la disciplina. Una buena voz a tiempo puede evitar muchos males en lo sucesivo.

Y por otra parte José, sin reaccionar en absoluto. El, que debiera ser uno de los que trinaran más por el plan ese de los suministros. Viéndoles días y días discutir sobre el mismo asunto y buscando soluciones a problemas urgentes. Sólo una vez levantó la cabeza y escuchó con atención. Era cuando se trataba de las cifras finales a ofrecer. Sí, el dinero, como todos los Duarte, lo lleva metido en la masa de la sangre. Pero tener dinero sin tener otra cosa, es bien poco

en la vida. Aunque el dinero sea la palanca del mundo, hay que tener además coraje, cerebro y amor por las cosas. Amor por la profesión, como justamente dice Rozas.

Se siente sofocado con el calor asfixiante que despide la cama. Incorporándose con trabajo, empuja el embozo hacia su mujer, que duerme sin bullir lo más mínimo. Él debe tener algo de fiebre, seguro. De otra forma no se explica este baño de sudor en que se sumerge todas las noches. Ya don Alejo le ha recomendado que se cuide el corazón, porque empieza a fallarle de una manera alarmante. Bah, se encoge de hombros mientras se calza las zapatillas, le ha fallado ya tantas cosas en la vida…

Observando el despertador de la mesilla, que marca las dos de la madrugada, menea dubitativo la cabeza. Se pone despacio en pie, decidiendo finalmente echarse encima el batón, mientras rebusca llaves y gafas en el traje colgado de la silla. Entreabre la puerta con cuidado, dirigiéndose a la salida a través del salón viejo, cuyos retratos antiguos, colgando a ambos lados de la pared, parecen querer acompañarle con unos ojos curiosamente amistosos. Contemplándolos a medida que avanza hacia el recibidor, se siente algo más confortado, como si en el descenso que emprende hacia la escalera, sintiera tras de sí estos seres amigos que le acompañan siempre en sus soledades y en sus tristezas.

El patio, vagamente iluminado con sus torneadas columnas y su sonoro silencio campesino, le hace detenerse de súbito junto al barandal. Es algo extraño que lo ha asaltado de repente, casi haciéndolo retroceder, algo que sin embargo hace latir más acompasadamente sus nervios desquiciados. Sí, es algo como esa paz que se lleva dentro cuando se va a misa limpio de conciencia, como esa religiosa invitación a la escucha que hace comulgar oscuramente con todas las cosas.

Apoyándose en la pared se inclina con ansiedad hacia delante, bebiendo el hechizo del momento con sus ojos deslumbrados. El aire tiene la suavidad del terciopelo y el silencio se precipita de repente sobre él, fecundado por innumerables voces viejas que le susurran sus misteriosos secretos al oído. Sí, es verdad, qué terrible nostalgia, todo está lleno de recuerdos, cada centímetro de terreno tienen una punzadita para su corazón, cada losa cuadrada tiene una historia para él, cada columna querida parece susurrar el nombre de Pedro. Pedro,

Pedro, Pedro… Y desde el fondo, las cristaleras de la tienda se le acercan bellamente entrelazadas, como las muchachas que avanzaban gentiles en el Eslava en el tiempo maravilloso de las más bella época de su juventud, recién casado con María Luisa… y la puerta de la tienda se le abre invitadora, como se abrían entonces los ojos de ella, al despertar durante las inolvidables noches de amor, cuando él sentía que en el mundo sólo existían dos seres cálidamente entrelazados en la noche amándose, amándose… Los estantes del interior, llenos de telas perfumadas, con ese olor tan profundo que es una invitación a la vida, le dedican misteriosas sonrisas iluminadas, como la primera sonrisa del primer hijo, el que haría que la tienda fuera gloriosa, grande y querida en todas partes, el que haría que cuando se hablara de Laverna, junto a los monumentos públicos, a las glorias de la ciudad, a las instituciones célebres, se citara siempre la tienda de los Duarte y se hablara de don Pedro como el que la había engrandecido, iluminándola como una antorcha, influyendo sobre la economía nacional como una pieza insustituible. Por la tienda se hallan repartidos trozos de su propia vida, todo está extendido en una sonriente maravilla que no se acaba nunca. Todo gira en una amorosa danza, las sillas, las mesas, las telas, es su juventud fecunda y armoniosa que se despliega ante sus ojos como un coloreado ballet que gira y gira, acariciando con sus manos suavísimas su corazón fatigado de viejo luchador. Las mesas de los despachos salen a recibirle con miradas de sonrisas, como temblorosas anunciaciones que trajeran la noticia del nacimiento del primer nieto, el que cogería con manos firmes las riendas del negocio, viendo la inutilidad de los padres.

Es todo un sueño, son sueños que ha girado locamente, vertiginosamente, desangrándose poco a poco con los años terribles, recibiendo amputaciones que por todas partes los han dejado mutilados, como esos niños contrahechos que ya no pueden danzar, necesitados de muletas. Sueños sin posibilidad humana de renacer, sueños ahogados como flores náufragas de un mar de cieno, sueños heridos mortalmente en el corazón y que luchas todavía por subsistir en medio de una frenética agonía…

Derrumbado en el sillón frente a su mesa de despacho, don Pedro oculta la cara entre las manos durante un largo rato. Luego las deja

resbalar sobre su viejo rostro cansado, buscando a ciegas entre el manojo de llaves que sus empañados ojos no distinguen con claridad. Levantándose torpemente se dirige a la caja de acero empotrada en la pared, hurgando con mano temblorosa en la combinación y abriendo la pesada puerta. Escoge del manojo una llave diminuta y dejando a un lado los paquetes de facturas y los fajos de dinero, abre el pequeño departamento del fondo, extrayendo de su interior un libro que no lleva etiquetas sobre los lomos, como los otros alineados en los estantes.

Enciende la luz del flexor de su mesa y apaga la des despacho, prestando así cierta intimidad a la pieza. En el centro reina la brillante circunferencia que proyecta el brazo metálico, quedando el resto sumido en una neblinosa penumbra. Don pedro se deja caer pesadamente en la silla, calándose las gafas y empezando a hojear el libro con lentitud.

El volumen es de factura antigua y medianamente grueso. Las hojas tienen color de pergamino y la tinta va desde un tono amarronado claro hasta un negro muy intenso, con algunos pasajes escritos en azul. Los tipos de letra también difieren, productos de épocas diversas.

El libro contiene pocas cifras: fechas de nacimientos, de muertes, de inauguraciones… El resto es escritura compacta y firme, donde han colaborado hace ochenta años todos los Duarte. Es la historia de la familia desde que nació la tienda. 1870 es la primera fecha que aparece con caracteres góticos en la cabecera. La letra fina, algo descuidada, pero con ciertos trazos enérgicos, es la de don Arturo, su padre, el Duarte aristócrata que fundó la casa. Fue el primer hombre que en los últimos tiempos tuvo fuerza creadora en la familia, a pesar de que se había pasado una cómoda juventud en el carril de señorito. Pero supo reaccionar a tiempo, supo crear y supo transmitirle a él la fiebre de su creación, el amor y la ley puesta en una cosa concreta y auténtica. Se ve allí la fecha en que se ordenaron los primeros derribos, cuando se levantaron las nuevas paredes, cuando se tendieron los mostradores de roble sustituidos después por los de mármol, cuando se iniciaron las primeras conexiones con Sevilla y Sabadell, cuando fueron a la estación a retirar la primera remesa don Arturo, Sánchez y Pablo, hombres que habían muerto hacía mucho tiempo, pero que dando

sangre a cosas inanimadas, habían creado cosas vivas. Se anotaban las primeras dificultades en la marcha, la competencia exacerbada ante cada nuevo enemigo, la cruda oposición de la vieja aristocracia lavernesa, la boda de su padre, su propio nacimiento… Venía después un largo paréntesis de quince años, desde la muerte de su padre hasta que él mismo hizo su primera anotación en el libro a los diecinueve años. Luego todo mantenido con perfecta regularidad, anotado todo por él, que había visto crecer a la tienda, la había dotado de fuertes fibras y nervios, le había metido sangre nueva en sus desfallecimiento, la había defendido de los malos suministros, de las huelgas, de la guerra europea con su artificial hinchazón, de la civil que la había paralizado, de la feroz carestía de los primeros tiempos de paz, de la voracidad del estraperlo, de las drásticas medidas tributarias que la habían amenazado en los peores momentos económicos de la nación. Venía también su propia boda, el nacimiento de sus hijos y más tarde nuevos nacimientos, nuevas muertes y nuevas dificultades y también nuevos éxitos. La vida entera de la tienda se mostraba allí como un gigantesco músculo desarrollado fibra a fibra desde su nacimiento, un músculo que enroscándose a los duarte con la feroz seguridad de la liana virgen, hacía vibrar la sangre y la savia en un mismo y único latido.

Don Pedro ha terminado de hojear el viejo libro. Sus ojos quedan pensativos sobre la última página durante un largo rato.

Con un vago suspiro, se pasa la mano por una frente preñada de tenaces arrugas. Luego, ajustándose las gafas, empieza a escribir…

En Motril,
una mano que no sabe escribir
ha escrito:
"aquí no ay más que ambre".

Antonio Pérez, POETA.

Miguel cuelga el teléfono, después de haber sostenido la corta conversación. Se repantiga sobre la butaca y cruza las piernas.

– Está loco el viejo – murmura – ¿Para qué querrá verme con tanta urgencia? Será algo de la tienda, seguro. Siempre está a vueltas con el dichoso establecimiento.

Entra Rodríguez, el capataz. Rodríguez es alto, grueso, con manos grandes y ojillos que relucen como negras cuentas de vidrio.

– ¿Qué hay?

– Son unos flojos, don Miguel – dice, señalando con la mano al exterior – Los he mandado arrancar la maleza de "El Pantanillo" y no quieren. Dicen que hay mucho agua. Como si no la hubiera por todas partes.

Duarte se levanta brusco, haciendo caer al suelo una de las carpetas que hay sobre la mesa. El capataz se apresura a recogerla.

– ¡Pero qué idiotas¡ – exclama en un arrebato, con los ojos brillantes de cólera – ni que fueran hijos de condes – se le acerca, con el mentón levantado – ¿Y qué ha llovido para eso?.

Lo planta, paseándose por la estancia con las manos en los bolsillos.

– Pues nada – se irrita, mostrando ante el otro la cosa evidente – Unos días, insignificante... – se detiene un momento ante él – Bueno ¿y no quieren echar la peonada hoy?

– Eso dicen, don Miguel – Rodríguez maneja la boina entre las manos. Sus ojos cazurros siguen sumisos los pasos del amo.

El hacendado se para y mira por la ventana. Es un comienzo de abril, pero el día está nublado. Persiste aún la dura semana de lluvia, que ha impedido toda clase de labores en el campo. El grupo de campesinos, emboinado y silencioso, forma una masa compacta, como buscando en su promiscuidad el calor que el cielo cubierto y la tierra encharcada les

niega. Hay caras tranquilas, ojos inquietos, manos que se cierran y se abren, como esperando asir algo concreto que se escurre como anguila.

– ¿Y quién ha sido el que ha empezado? – Miguel se detiene delante de Rodríguez. Este se pasa la mano por la boca.

– ¿Quién va a ser, don Miguel?. El de siempre, el Bravillo. Si no fuera por él, los otros habrían ido. Ya ha visto como mira para acá.

Los gruesos labios de Duarte se cierran con dureza.

– Ya le arreglaré yo las cuentas a ése… Nos estamos tropezando demasiado… Es el gallito ¿no?.

– Sí, señor – asiente Rodríguez rápido – Yo creo que sin él los otros habrían ido. Pero él les habla, les convence. Yo creo que es comunista.

– Con que comunista ¿eh?. Ya me encargaré yo…

Pero la voz de Miguel es ahora baja y floja. Parece haberse desinflado de pronto. Vacila, mientras se sienta a la mesa.

– Ejem… Bueno, acabo de recibir un telefonazo de mi padre para que vaya enseguida…

– Sí, señor – le contesta apresuradamente el capataz.

Miguel lo mira. Sigue hablando.

– Me tengo que ir a Laverna ahora mismo. ¿Está preparado el coche?.

– Voy a ver, don Miguel – hace ademán de salir.

– No, deja, ya lo veré yo. En lo que te diga del trabajo, ahora no hay por qué continuar. Diles que trabajen en “El Pantanillo” o no hay peonada hoy.

– Sí, señor – Rodríguez se inclina mucho, con la boina entre los dedos – Es lo que había pensado.

–Tú y yo estamos siempre de acuerdo ¿no? – la voz del amo es blanda, pero sus ojos rebuscan el alma del capataz.

– Sí, señor – el tono del otro es cauteloso, como si adentrara en arena movediza.

El hacendado se levanta y toma el pellizón que descansa sobre la silla.

– Yo voy a la ciudad. Volveré mañana, creo.

– Sí, señor.

El capataz se hace a un lado y Duarte sale. Pasa por delante del grupo y da unos buenos días secos. Los hombres se le quedan mirando mientras le saludan cachazudos, pero Miguel se mete en el coche y pone el motor en marcha.

– ¡Rodríguez¡ – llama de pronto – este acude a toda prisa.

– Si llaman otra vez por teléfono, diles que yo ya voy para allí, pero que tardaré un poco porque voy a desviarme para pasar por el cortijo de los Lobato. ¿Estamos?.

– Sí, don Miguel, ya sabe usted que soy bien mandado. No se me olvidará.

– Está bien. Hasta mañana.

– Buenos días , don Miguel.

El Austin se pierde en dirección a la carretera. La gente lo ve marchar impasible, mientras aguarda a Rodríguez. Unas gotas empiezan a caer.

– Ya os habréis dado cuenta – comunica el capataz con mal disimulada satisfacción – Don Miguel dice que, o se trabaja hoy en "El Pantanillo" o no hay peonada. No estamos aquí para aguantar flojos.

Uno de los campesinos se adelanta. Tiene ojos pequeños y decididos, cara regordeta y es bajo y grueso.

Tú sabes que en "El Pantanillo" hay casi medio metro de agua – dice muy tranquilo, marcando mucho las palabras – ¿Se lo has dicho a don Miguel?.

– Claro, ¿no se lo voy a decir? – pero la voz del capataz es floja, deshilachada, con los ojos desviados.

– Eres un embustero, Rodríguez – increpa el otro, manteniéndose sin embargo muy sereno.

El capataz se engalla:

– Aquí no hay ningún hijo de puta me que llame embustero.

Se ha alzado en toda su estatura, pero un ligerísimo temblor de sus labios lo denuncia. Los demás se han acercado despacio y contemplan la escena, impasibles. Hay algunas caras burlonas, pero la mayoría son inexpresivas.

La cara del campesino es de piedra. Sus ojos relucen:

– Es verdad, muchacho, tienes toda la razón. Ningún hijo de puta te lo ha llamado. He sido yo.

El capataz queda desconcertado. Los otros sonríen, divertidos. Pero el gesto del Bravillo es duro. La boca le sale aquijarada.

– Bueno – Rodríguez da dos pasos atrás – Haced lo que queráis. Don Miguel ha dicho ya la última palabra.

– La última palabra nunca se dice, muchacho – el Bravillo habla muy reposado – Sólo cuando se tiene la caja clavada. ¿Y tan mal quieres a tu amo que dices que ha dicho la última palabra?. Se conoce que no tienes hoy la cabeza muy allá.

Le vuelve la espalda con desprecio, mientras los demás corean sus palabras con una franca carcajada. Rodríguez cierra los puños y va a dar un paso, pero se detiene.

– Vosotros podéis hacer lo que queráis – dice el Bravillo, rodeado de todos sus compañeros – Yo por mi parte no trabajo hoy. Y tengo además mucha prisa, algo urgente que hacer. Y contigo – se vuelve el capataz, mirándolo con fijeza – Ya se hablará más despacio.

Rodríguez frunce el ceño, con una lucecita de temor en los ojos.

– Yo estoy contigo – dice uno al Bravillo.

– Y yo.

– Y yo.

– Y todos.

– Así me gusta, muchachos – dice grave el campesino – Es la forma de conseguir un poco de justicia. La justicia es el pan para todos. Pero ahora tengo que irme. Hasta luego.

Rodríguez contrae los puños, viéndolo marchar. El jornalero corre a campo traviesa a buena velocidad. Los demás también le mira ir.

– Bueno, entonces…¿no queréis trabajar? ¿Es que no queréis comer? ¿No pensáis en la familia, en los chiquillos…?.

– El capataz se les acerca con las manos extendidas, levantando mucho la voz – Mirad que es ya muy tarde, pero que todavía podéis empezar la peonada…

– ¿En “El Pantanillo”? – pregunta el Mojino, un tipo escuálido y muy moreno.

– En “El Pantanillo”, sí señor.

El mentón levantado del capataz no admite réplica. Su voz corta el aire con fuerza.

– Por mí, no – contesta el Seras, un viejuco de abundante pelo entrecano – Ya se han muerto este invierno cinco de pulmonía, entre ellos mi hijo. Y yo no quiero morirme. Todavía tengo que acordarme mucho de él y hacer que se acuerden otros.

– Su boca, sin dientes, es una línea metálica.

– Hay trabajo en otros sitios – asegura alguien.

– Hoy se trabaja en “El Pantanillo” o no se trabaja – termina, lapidario, Rodríguez.

Los campesinos le miran. Ante los ojos de todos, fijos sobre él, Rodríguez aprieta la boca, ceñudo. Los hombres van desfilando. Se ha elegido.

Los goterones son cada vez más fuertes.

El Bravillo corre a campo traviesa. Sabe que ha perdido mucho tiempo, pero confía en la agilidad de sus piernas. El atajo le servirá de mucho para acortar el coche do don Miguel. Además, si éste ha ido al cortijo Lobato, tendrá tiempo sobrado de alcanzarlo.

Al cabo de veinte minutos de marcha, tras saltar un par de cercas, llega a la casilla del peón caminero. Jadea como un fuelle.

– ¿Has visto pasar el coche de don Miguel?

Decir don Miguel es bastante. Juan lleva treinta años en la casilla y conoce a todo el mundo en varias leguas a la redonda. No se le escapa ninguna novedad del contorno.

– No, me parece que no ha pasado.

– Yo lo he atravesado todo. No puede haber pasado. Tenía que ir a ver a don Daniel.

– Ah, entonces de seguro tardará todavía algo – Juan mira extrañado la mojada figura del jornalero – ¿Es cosa importante lo tuyo?

El Bravillo se seca la cara con la manga. La llovizna es persistente y cala como una agua mansa.

– Pues sí, cuando vengo hasta aquí… Una miaja importante. Cuestión de barriga.

– ¿De barriga? – Juan le mira, levantando mucho las cejas. Reacciona de pronto – Pero metete dentro, hombre. Espérale aquí. Don Miguel no tardará, creo…

El campesino menea la cabeza.

– No, prefiero ir a su encuentro.

– Pero vas a pillar una buena.

– Mejor.

– Y después la familia ¿qué?.

El Bravillo mira a Juan a los ojos. Hace muchos años que se conocen, pero el peón caminero nunca le ha visto mirar como hoy.

– Yo miro por mi mujer y mis hijos ahora, en este momento – dice, con ojos duros como cristales – Cuando la estire, habrá sido por ellos. Y entonces – se encoge de hombros – Que luchen ellos. Yo no habré podido hacer más.

Echa a andar por la carretera, completamente enfangada bajo la lluvia tenaz. A trescientos metros, tras una curva, ve aparecer el Austin.

Se para en medio de la carretera y el coche se detiene. Los cien dedos lluviosos baten con fuerza sobre la charolada carrocería. El campesino se acerca a la ventanilla, quitándose la boina. Miguel baja el cristal.

– Buenos días, don Miguel.

– Hola – el hacendado lo mira de arriba abajo – ¿qué hay?.

– Usted perdone. He venido por el atajo para alcanzarlo.

– Bueno ¿qué hay?, tengo prisa.

Sí, señor – el Bravillo habla apresurado, mientras retuerce la boina entre las manos y los pelos se le caen sobre la frente empapada – Hoy Rodríguez nos ha dicho que había que trabajar en "El Pantanillo". Y allí hay casi medio metro de agua. Como es terreno bajo…

Duarte se remueve con impaciencia.

– Sí, ya sé. Es me ha dicho que no queréis trabajar.

Queremos trabajar, sí señor – dice el otro con rapidez suplicante – Pero metidos en agua hasta la rodilla, la verdad, don Miguel…

Este se recuesta sobre el asiento volviendo el cuerpo y colocando su brazo derecho sobre el volante, mientras levanta mucho la cabeza.

– Rodríguez ha dicho que había trabajo allí ¿no?, pues hay que hacerlo.

– Don Miguel, hay otros trabajos que se pueden hacer hoy y que no son en "El Pantanillo"… Además, este invierno, ya sabe usted, el Mochales y el Rufino estuvieron una semana metidos en agua y la pulmonía se los llevó.

Miguel tuerce la boca, dando una palmada sobre el volante.

Yo siento esas cosas… Pero ¿qué queréis?. El primer principio es obedecer, que luego vendrá el mandar. Si hay un trabajo que hacer, se hace y se acabó. Me duele la boca de decirlo.

El Bravillo calla un momento, desconcertado. Las gotas de agua le resbalan por la cara y él vuelve a secárselas con la manga. Sus manos retuercen la boina con torpeza.

– Señor, tengo mujer y dos hijos pequeños. Tengo que trabajar todos los días para dales de comer.

El amo hace un gesto de impaciencia.

– Muy bien, trabaja. Tienes trabajo.

– Pero, don Miguel, no se puede trabajar con medio metro de agua…

– Yo de eso no entiendo – contesta el hacendado, poniendo el motor en marcha.

– Don Miguel, por favor…

– El capataz es el que manda. Que resuelva él.

– Usted ya le conoce, don Miguel. Rodríguez es testarudo. Cuando se le mete algo en la cabeza…

Miguel se encoge de hombros.

– Eso es cosa suya.

El ruido del motor, unido al de la lluvia, casi ahoga las palabras. Miguel aprieta los labios impacientes y mira al Bravillo. A éste se le descomponen las facciones y una llamarada brilla en sus ojos. Sus manos no son ya torpes y aprietan la boina con fuerza.

– Don Miguel… – empieza a decir. Le tiemblan los labios y Duarte sabe que no es el miedo. Siente que algo frío le entra por el costado, paralizándolo. De improviso, cortando la palabra del otro, pone el coche en marcha, alejándose con rapidez.

El Bravillo se queda en mitad de la carretera, bajo la lluvia, que le resbala mansa por el rostro. Se encasqueta la boina hasta las orejas y se dirige a casa del peón caminero.

Este lo recibe con un buen fuego y le da de comer, pero lo mira con extrañeza. Juan hace muchos años que conoce al Bravillo, pero nunca ha visto sangre en sus ojos.

En el pequeño escritorio anexo a la sala de matrimonio, don Pedro se frota las manos mirando a su hijo. La ventana que da al patio, lagrimeando bajo la constante lluvia, convierte el silencio del cuarto en una gran sábana blanca cortada en tiras por el menudo repiqueteo en los cristales. El anciano se inclina hacia delante, rompiendo la larga pausa:

Y es la única solución que veo. Yo quiero que la tienda quede en nuestras manos, bajo nuestras riendas. Tú puedes hacerte cargo de ella, hijo, porque ya sabes de lo que es capaza cualquiera de los otros. Tú has hecho prosperar el cortijo. Puedes hacerte ahora cargo de la tienda. ¿Por qué no¿ Contesta.

Miguel se pasa la lengua por los labios, desviando los ojos hacia los líquidos dedos que se deshojan sobre el balconcillo. Llegó hace una media hora a la tienda y su padre lo acogió como si no lo hubiera visto en muchos años. Lo ha hecho subir con él a la casa y le ha hablado durante largo rato. El le ha escuchado con atención, a pesar de saber desde el principio adonde quería ir a parar el viejo. Cruza inquieto las piernas, sin decidirse a empezar. Al fin, con la cabeza baja, saca su voz pausada de los momentos difíciles:

– Papá, la tienda, la verdad, no es para mí… – lo mira a los ojos, tragando saliva con esfuerzo – Ya hablamos de eso una vez y me parece que quedamos completamente de acuerdo… ¿Yo qué quieres que te diga? – se pasa la mano por el cuello en un gesto expresivo – Yo me ahogo ahí dentro… Por otra parte, falta, lo que se dice mucha falta, no te hago, vamos, me parece… Tienes ahí un buen elemento que te ayuda mucho. Ese Rozas se desenvuelve muy bien, por lo que me has dicho…

Su padre lo mira con fijeza, recostándose con la cabeza baja mientras ahoga un vago suspiro. Sus manos se crispan con fuerza, luchando por encontrar el ritmo normal de su corazón que ya empieza a fastidiarle. Miguel no comprende que ahora las cosas son diferentes, aunque ya se lo ha explicado. Levantándose con rapidez rodea la mesa, sentándose a su lado y apoyándole la mano en la rodilla.

– Mira, Miguel – le explica con paciencia, mirándole con ojos donde aún brilla una lucecita de esperanza – Hace más de ochenta años que tenemos la tienda. Yo llevo bregando con ella toda mi vida. Es para

mí… ¿cómo te diría yo?. Algo precioso, estupendo… Como una mujer cuando se está enamorado, eso es… Es la mejor comparación que te puedo hacer… Pero yo, es mi desgracia, – dice moviendo la cabeza con pesar – Soy ya demasiado viejo para seguir llevándola y el único de mi sangre que me puede sustituir eres tú… de los demás ninguno sirve. Ya te lo he explicado en otras ocasiones y tú lo sabes mejor que nadie… ¿Es que se puede conseguir algo de un resentido y de dos borrachos inútiles?.

Miguel no responde enseguida. Manteniendo la cabeza gacha, aprieta la boca mientras enciende un cigarro, dándole una ancha chupada entre sus labios gordos. Recruza las piernas para evitar la mano del viejo en la rodilla. Este se echa bruscamente hacia atrás, aguantando la respiración sin apartarle los ojos.

.papá, yo no sé como explicarte… – empieza con lentitud, mientras busca sobre la mesa un cenicero que no encuentra en su turbación. Deja caer la ceniza al suelo de un brusco papirotazo, añadiendo con repentina cólera, apenas contenida – ¿Yo, qué quieres que te diga?, ya me has oído otras veces. Si ninguno sabe dirigir el negocio, llevadlo entre tú y rozas. ¿Por qué no¿.

Se queda mirándolo, con las facciones contraídas. El tono suyo es el único que puede hacer recular al testarudo viejo, que se muere por encontrar un heredero par la dichosa tienda. Se remueve inquieto en la silla, huyendo de la expresión de su cara y mirando a otro lado. Uf, valiente fastidio., ya está hasta la coronilla de los pildorazos que le tira cada vez que lo ve. El viejo es un duro, lo ha demostrado toda la vida, pero en esta ocasión, qué diablos, se está comportando con la cabezonería de un chiquillo.

Don Pedro se queda silencioso durante un largo momento, en el que sólo se escucha el ruido monótono de la lluvia sobre las losas del patio. Levantándose con cansado gesto, da unos pasos por la estancia, con las manos en los bolsillos. Con los hombros caídos se detiene delante del retrato de su padre, colgado en el testero principal de la habitación.

El me habría comprendido, seguro – dice, levantando la cabeza hacia donde le contemplan los ojos fríos y la boca mordaz de don

Arturo – Es algo que se siente, pero que no se puede explicar. ¡Oh, Miguel, yo quisiera…¡

Este deniega con la cabeza, levantándose y yéndose a apoyar en la consola del fondo.

– Papá ¿qué quieres? – le pregunta, tratando de dominar el tono crispado de sus palabras – ¿Qué yo sea un amargado como José?… Nooo… De ninguna manera – se acerca a su padre, pasándose trabajosamente la lengua por los labios – Seamos realistas y veamos las cosas tal y como son, no como queremos que sean. Yo quiero hacer en “La Guindalilla” las cosas que me gusta hacer a mí, no hacer aquí las cosas que te gustan a ti. Aquí las paredes se me antojan las de una cárcel. Para mí, te lo aseguro, no hay nada como aquello.

De pronto, al decir estas palabras, recuerda los ojos del Bravillo. Se siente un poco molesto por el recuerdo. ¡Bah¡ Siempre pasa lo mismo y nunca ocurre nada. Pero esta vez… procurando desechar esos pensamientos, se aproxima a su padre hasta casi rozarlo.

– ¿Has pensado en tu hija?

– ¡¡No¡¡ – la respuesta de don Pedro es brusca como un disparo – Ella, no – continúa , poseído aún de su arrebato – Esa hija desobediente no puede, no debe poner sus pies aquí. Y no quiero hablar de ella.

Miguel hace un ademán de impotencia.

– Como quieras, papá. Pero María Luisa no es tonta y podría hacer muchas cosas si quisiera.

Su padre lo mira con ojos furiosamente asombrados, cortando de pronto el aire con la mano, como un hachazo.

– ¿Estás loco? ¿Unas mujer interviniendo en nuestro negocio?.

Miguel procura dominar su tono premiosos y duro.

– ¿Por qué no?. Los tiempos han cambiado mucho, papá. En todas partes y sobre todo en Norteamérica, las mujeres intervienen en todo. ¿Por qué no aquí?. Tenemos que modificar muchos procedimientos viejos…

– Sí, cuando a ti te conviene – sigue don Pedro, despectivo – Ella se casó con un militarote contra mi voluntad. Podría haber hecho un matrimonio muy ventajoso. Que pague ahora las consecuencias.

Su hijo se le queda mirando, suspira cansadamente y da unos pasos hacia la puerta.

– Bueno, papá…

Don Pedro lo mira con las cejas fruncidas.

– ¿Qué pasa?

– Me vuelvo al cortijo.

– Luego – la cara de su padre se distiende, implorante de súbito – ¿Es imposible?.

Miguel, desde el umbral de la puerta, de unos pasos hacia el interior de la habitación. Sus manos, gruesos dedos de nudillos perdidos, avanzan como queriendo asir algo intangible. Enseguida se abaten a lo largo de su corpulenta figura.

– Sí, papá – le responde con acritud – Completamente imposible. No más José en la familia. ¿Qué ganaríamos ninguno con ello? Rozas, lo sabes , es suficiente.

– ¡Cállate¡ – le contesta airado su padre, bajando enseguida su tono en una brusca transición hasta hacerlo digno – Así no llegaremos a ninguna parte. Puedes marcharte.

Miguel tuerce la boca, quedándose contemplando la hosca figura que le ordena salir. Es cierto, cuando a los viejos les da por chochear, no hay quien los aguante. La tabarra durará hasta el día menos pensado, en que vuelva a empezar. Ahora lo que él va a hacer es tomar las de Villadiego, allá se las componga él a su manera, el cabezón.

Don Pedro, dejándose caer en la butaca, observa como muy despacio su última esperanza abre la puerta con un último encogimiento de hombros, perdiéndose en dirección a la escalera.

La mano de dedos finos y uñas afiladas teje y desteje la negra cabellera con un movimiento maquinal. El peine se incrusta y sale mientras su dueña se mira en el espejo central del tocador, guarnecido en celeste como las cortinas del cuarto y la colcha de la cama.

Carmen Gómez, pensativa, estudia sus rasgos en el cristal, recostándose a continuación en la silla, con una vaga ojeada hacia la plaza de las Damas, que se divisa a través del cierro. Los viejos árboles que la circundan empiezan a carnear en su corteza bruna, empujando hacia arriba una fresca vaharada de primavera, que se cuela por entre los barrotes del balconcillo. Sobre el cielo, como la cara gordinflona de un niño, flota una sola nube redonda.

Dejando caer sus manos con laxitud, se recuesta mejor en el sillón, cerrando los ojos. La puerta del cuarto se abre de improviso con un breve crujido. Su madre, recostada contra la jamba de la puerta, la contempla mientras se limpia las manos en el delantal de la cocina.

– ¿A qué hora viene hoy tu novio, niña?

Ella se vuelve apenas, saliendo de su abstracción.

– Hoy no viene, mamá.

– ¡Ah¡ – Doña Laura, una señora muy trabajada y los cuatro embarazos que ha tenido, va a hablar de nuevo, pero meneando la cabeza, se limita a cerrar la puerta y marcharse a la cocina.

Carmen se queda mirando a través del cierro. Se levanta y apoyando la cara contra las rejas, otea curiosamente la plaza. El vasto recinto, alargado como un pan, se hunde entre los edificios hasta desembocar en el respiradero del arco, que comunica ya con las afueras. Son las dos de la tarde y el aire abrileño, lleno de codicia, guarda para ella un sabor conocido. Sí, es el recuerdo de un día de campo con Andrés. Se vuelve al tocador y poniéndose una horquilla en la boca, sigue domando sus cabellos. En la habitación contigua se oye de nuevo el rastrear de los pies de su madre.

– Niña – doña Laura entreabre la puerta – Aquí está Andrés. ¿No decías que no venía hoy?

– ¿Entro? – la voz de él es inconfundible.

Ella se arregla presurosa la falda y se mira al espejo. Se da unos toques en el pelo y concede:

– Pasa.

Andrés, golpeando amistosamente el hombro de doña Laura, la deja pasar a la cocina, entrándose a seguido en el cuarto.

– Vine por si te encontraba. No estaba seguro…

Ella lo mira con cierto asombro.

– Pero…¿no te lo dije anoche? ¿Es que no sabes que los Seguros los cierran los sábados por la tarde?

Él se la queda mirando ensimismado, reaccionando de pronto con una palmada en la frente.

– Sí, es verdad, caramba. ¿Dónde tengo yo la cabeza?

A las tres de la tarde – le replica ella con una sonrisa – Pero ¡qué despistado, Dios mío¡

Andrés se sienta y la coge de la mano, atrayéndola hacia sí. Ella se resiste un poco, pero acaba sentándose sobre sus rodillas.

– Dame un beso.

Carmen lo abraza y junta su cara con la de él, besándolo en la boca con un soplo. El la ciñe por el talle, mientras ella le acaricia el pelo, mirándolo preocupada.

– ¿Qué te pasa?

– Nada – le contesta él, entornando los ojos con vaguedad. Ella lo contempla unos instantes, levantándose enseguida a arreglar el desorden del tocador.

– Te encuentro raro – dice, volviéndosele – Hace unos días que estás triste.

– ¿Sí, tú crees? – Andrés se le acerca, abrazándola por detrás. Ella se vuelve un poco y él la besa en la mejilla. Se miran en el espejo, las dos aras juntas.

– ¿Por qué me gustas?

Ella se suelta, echándose a reír.

– Eso tú lo sabrás. Otras veces me lo has dicho tú.

– Ahora quiero que tú me lo digas.

– ¿Te acuerdas del poema que me dedicaste una vez?

– Sí, muy malo.

Ella se queda mirándolo, con una sonrisa brillante entre sus labios húmedos.

– Malo y todo, ahí lo decías.

– No me acuerdo.

– Cuando no quieres – le da un ligero cachete en la mejilla. El la agarra por el codo y la abraza, buscándole la boca.

Ella se resise, huyendo débilmente la cara.

– Suave… – dice, cediendo al fin. Pero él aplasta su boca contra la de ella, apasionado.

Déjame… – se deshace sofocada, acercándose al espejo y arreglándose el pelo – Que viene mi madre.

– Ya – Andrés se encoge de hombros, eligiendo un cigarro de su pitillera. Doña se apoya en el quicio de la puerta según costumbre, preguntándole con amabilidad:

– ¿Quiere usted almorzar hoy aquí, Andrés?

Él deniega con la cabeza.

– No, gracias, me marcho enseguida.

La dueña de la casa se retira tras lanzar una ojeada de sospecha a la pareja, con una vaga sonrisa para sus adentros. Su bondadosa popa, balanceándose dentro de la ancha bata oscura, se aleja hacia el pasillo. El muchacho se sienta, conservando su aire distraído.

– Bueno, me voy – dice, levantándose de pronto y aplastando su cigarro contra el cenicero de la cómoda – Me queda poco tiempo – añade, echando una mirada al reloj.

Ella se le acerca, mirándolo con cariño.

– ¿A qué hora vendrás?

– No sé… a las ocho.

– ¿Adonde iremos?

– No sé… depende…

Se acerca a ella y la abraza. Carmen esconde la cara en su pecho.

– Ay, siempre con los prejuicios…

Ella levanta la cabeza, temblándole en las comisuras un mohín travieso.

– ¿Qué quieres, pillo? ¿No sabes que soy así?.

Él aprovecha la ocasión y la besa con fuerza. Ella, dejándose ganar, le echa los brazos al cuello.

– Andrés.

– ¿Qué?

– Tengo muchas ganas de poder hacerlo con entera libertad.

– Pues de ti depende.

– Ya sabes que no – sonríe ella.

Andrés se desprende, bajando cansadamente la cabeza.

– Siempre lo mismo. ¿Qué te dice el cura?

A ella se le nubla la cara, en un gesto de pronto serio.

– Soy yo, Andrés.

– Vamos – él arruga la frente – ¿Qué importancia tiene besar?. Tenéis las niñas que vais a misa, unas ideas más absurdas en la cabeza…

– Absurdas o no – dice ella con suavidad – Con ellas vivimos.

– ¿Es que es pecado mortal?

– Sí – ella lo mira muy seria.

– ¡Bah¡ – replica él, fastidiado. Da unos pasos hacia la puerta – Bueno, hasta luego.

Ella lo sigue por el corredor con cara preocupada.

– ¿Estás enfadado?.

– Nooo… – dice Andrés con trabajo – Pero es todo tan estúpido, tan absurdo…

Ella lo agarra del brazo, deteniéndolo frente a la puerta de salida.

– Hasta luego, doña Laura – dice él alzando ligeramente la voz, mientras se esfuerza por extraer una sonrisa.

La madre se asoma a la puerta de la cocina y estudia un momento la cara de ambos.

– Hasta luego, Andrés – le contesta, entrándose a seguido en la cocina a seguir la vigilancia de sus ollas. La costumbre de hablar sola no hay quien se la quite.

Carmen lo coge del brazo de nuevo, apretándoselo en un cálido gesto. Él la mira y ante su expresión, se le nublan ligeramente los ojos.

– Hasta luego.

– Sí.

El muchacho salva la escalera en cuatro trancos, mientras hace un ademán de fastidio. Lo de siempre, reconocer cada día que la actitud inquebrantable de ella no ha variado ni un ápice. Pero qué caramba, la cosa de fondo subsiste y eso no hay quien lo arranque. Se quieren, sobre eso no hay cáscaras, pero lo que a él le irrita es que hasta las expansiones más normales entre ellos parecen vigiladas por esas sotanas negras. Los curas estos se encuentran hasta en la sopa, advirtiendo siempre que el

infierno existe y que cuidado con salirse del camino cerril trazado por sus bienaventuradas manos. Sabe Dios cómo tendrán ellos el alma.

Se dirige a su casa, que está poco distante. Sube la cuesta de San Luis, pasa por delante del Cabildo y atraviesa la Correduría. A seguido está su calle, pequeña pero de las más transitadas de la periferia del centro, pues sirve de enlace con el barrio obrero del Porvernir, uno de los más populosos de Laverna. Encuentra a poca gente conocida, a la que saluda con rapidez, continuando su paso vivo.

Sube la escalera de su casa, que arranca del alegre y diminuto patio adornado con macetas de pilistras. Los vecinos de abajo están ya almorzando y él los saluda al pasar. Arriba, su padre, ya sentado a la mesa, lee en un papel que mantiene muy cerca de sus ojos a causa de la pronunciada miopía. Andrés lo mira con atención desde el umbral de la puerta, con un levísimo fruncimiento entre las cejas. Reconoce que es buena persona, pero no muy inteligente. En cambio, su madre… Va a buscarla a la cocina, donde la encuentra dándole los últimos toques al puchero.

– Hola, mamá – la besa.

Doña Adela se desenvuelve bien en la casa, a pesar de que sólo tiene una chicuela de catorce años para los mandados y una lavandera que viene cada dos semanas a ayudarle a hacer la colada. Su marido en el escritorio de la fábrica no tiene un sueldo muy grande y hay que apañarse como sea para sacar la casa adelante. Menos mal que el sueldo del niño ya va ayudando algo.

– ¿Qué hay de comer?.

– Calamares, de los que a ti te gustan.

Andrés, sonríe a la sonrisa de su madre.

– Bien, mamá, eres formidable.

El muchacho se queda mirándola, mientras ella trastea en la cocina, vigilando el último hervor de la olla. Se entienden bien, aunque él sea reacio a dedicarle las confidencias que suelta a Álvaro. ¿Para qué amargarla si ella no puede hacer nada?. Andrés, sin embargo, ha observado que cuando él está distraído, su madre le deja caer encima una mirada larga, preocupada, volviendo luego la cabeza con un vago suspiro de presentimientos. Por otra parte, ella tiene cierta culturita y le ha infiltrado su amor a los libros en las largas conversaciones que

mantienen por la noche de sobremesa. Le corrige y discute sobre los pinitos literarios que el joven empieza a hilvanar. Doña Adela dice que le falta experiencia, pero cree ciegamente en su talento. Ella conoce también algo de solfeo y en sus tiempos de soltera dio un par de conciertos de violín en ocasiones muy solemnes en que se reunían en la casa toda la patulea de tíos, sobrinos y primos.

Andrés entra en el comedor.

– Hola, papá – le saluda despreocupadamente, mientras echa una distraída ojeada a los libros del estante.

– Hola, Andrés – Don Antonio deja a un lado el programa de Semana Santa y le mira interesado – ¿Qué hay?.

El muchacho se sienta a la mesa, jugueteando con el cuchillo sin dedicar mucha atención a la pregunta.

– Poca cosa – responde al fin.

– ¿Sales en alguna cofradía? – su padre le señala el programa que hay sobre la mesa y Andrés le echa una rápida ojeada. La máscara del penitente, con la redonda pirámide del capirote, ocupa todo el rectángulo, dejando sólo un filo blanco en los bordes.

– ¡Ah, sí¡ En el Cristo de la Vega – le contesta, con un leve gesto indiferente – Costumbre, me metió Álvaro. Pero lo voy a dejar, no me interesa.

Su padre se queda contemplándolo sin decir nada. Doña Adela trae la sopa y empiezan a comer.

– ¿Qué hora es? – pregunta su hijo – Porque tengo que darme prisa, me parece.

– No, es pronto para ti – dice su padre, sacando su viejo reloj del chaleco – Las tres menos cuarto.

Andrés lo mira con un disgusto que trata vanamente de disimular.

– ¿Pero cuando lo vas a cambiar, papá? – su tono es de quien ha hecho muchas veces la misma pregunta.

– ¿Por qué razón? – su padre lo mira de hito en hito, parpadeando con sus ojos miopes – Me sirve.

– Oh, papá, está anticuado.

Don Antonio frunce mucho las cejas, hablando con voz firme.

– Me he prometido conservar este reloj hasta que pase algo importante aquí. Quiero decir, en Laverna.

Andrés lo mira intrigado, sin perder de vista la sonrisa enterada de su madre.

– Y… ¿se puede saber?

Su padre lo mira unos momentos, después inclina la cabeza con brusquedad, mientras sigue comiendo.

– Más adelante.

– ¿Cuándo haya pasado?

Don Antonio lo mira molesto. Pocas veces le han visto en su casa esa expresión.

– Cuando vaya a pasar – dice, recalcando cada palabra – Lo compré un 14 de abril y lo dejaré otro 14 de abril.

Andrés lo mira con extrañeza, terminando por hacer un gesto de indiferencia ante aquellas palabras cuyo significado se le escapa. Su padre no parece tener más ganas de hablar y él se levanta, acabada ya la comida.

– Bueno, voy a leer un poco… Aunque sólo sea un cuarto de hora.+ Su padre levanta la cabeza, ya variado el semblante.

– Te he comprado una biografía de Stendhal. Pasaba por la librería y… Es de Zweig.

Su hijo lo mira con sorpresa.

– Gracias, papá – dice pesaroso – Pero ya la tenía…

Don Antonio se inmuta.

– Ah, bueno – exclama, espiando la reacción de Andrés – será cuestión de cambiarla ¿no?.

– Pero la otra que tienes – tercia vivamente su madre – Está muy vieja.

– Es verdad – dice el chico. Su padre lo mira esperanzado – Pero lo que me interesan son libros nuevos. De todos modos, gracias, papá.

– Iré a cambiarlo.

A Andrés se le descompone de pronto la cara en un gesto extraño, súbitamente duro.

– Será mejor que mamá te acompañe. O yo. Tú no sabes los libros que tengo. Ni mis preferencias.

Su padre agacha la cabeza. Doña Adela reconviene a su hijo con la mirada, pero Andrés se la sostiene sin parpadear.

Más tarde se arrepintió de la escena. Le pareció que aún sin quererlo, había resultado una pequeña venganza ruin por la discusión del reloj. Pero una oscura razón interna, flotando desde lo más profundo de su conciencia, le hizo no arrepentirse demasiado.

Rozas abre el anaranjado talonario de cheques y hojea con lentitud las últimas cifras inscritas en la matriz. Hay un talón de treinta mil pesetas, dos de veinte mil y uno de cincuenta mil. Veinte mil duros en total sin la menor referencia de facturas ni nombre de los beneficiarios. Sólo una palabra diminuta en cada esquina: "Personal". Pero buscando con más detenimiento, los ojos expertos del apoderado encuentran un nombre en el ángulo oculto por la encuadernación: José.

Se queda con la mirada fija en el libro, apoltronándose pensativo en el centro del solitario despacho. Son las dos y media de la tarde y a las dos se han marchado todos de la tienda. El se ha entretenido algo para extender el talón para los transportes Bernal.

– Vaya – susurra – No creí que don Pedro fuera a ceder. Está visto, la gente más lista se vuelve infantil cuando quiere conseguir algo de verdad. Veinte mil duros, no hay que darle vueltas a la cosa, más claro que el agua.

Desde luego, el fracaso de José no ha traído más que disgustos a la familia, sin la menor compensación. El se opuso desde el primer momento a que entrara a formar parte del personal directivo de la tienda, pero su delicada posición entre dos aguas no le permitía abordar de frente el problema. Si el muchacho, con lo ilusionado que estaba con las charreteras, hubiera seguido el camino que le tiraba, muchos sinsabores se habría ahorrado el viejo. Ahora es ya demasiado tarde para intentar nada. De todas formas, él no puede consentir esta piratería que el mozo se trae ahora, derrochando alegremente en las carreras el sudor de los que trabajan en la tienda. Tendrá que hablarle luego a don Pedro para detener como sea estos desmanes.

Levantándose después de ordenar someramente la mesa, se dirige a la salida. Al atravesar la tienda echa una ojeada al patio a través del cristal esmerilado. Los grandes cuadrados de vidrio filtran la luz diurna de un claro mediodía. Tras vacilar un momento, deja el abrigo colgado del perchero.

Sale de la tienda y camina despacio por Riveros, aprovechando la acera del sol. Cuando va a desembocar en la Plaza Sarmiento, un citröen da la vuelta a la esquina con una audacia que él se tiene muy conocida.

Hace una seña levantando el brazo y el coche se detiene a su lado con un seco frenazo.

– ¿Adonde vas? – pregunta, inclinado sobre la ventanilla.

– Venía a buscarte – le contesta ella – Como tardabas más de la cuenta…

Abre la portezuela y su marido sube.

– ¿A casa? – ella se le vuelve, flotando todavía en el aire el tono poco convencido de su pregunta. El la estudia un momento con una sonrisa. A su mujer le vuelve loca realizar las sorpresas que ella misma se prepara. Sobre todo esto de improvisarse un almuerzo en pleno coche, le encanta.

– No, si ya te conozco – le replica, apretándole concienzudamente un muslo – Vamos a “Bombín”. No está la niña en casa ¿eh?.

Ella hace un mohín de desagrado antes de contestar. Pone el vehículo en movimiento dándole marcha atrás y enfilando la calle Lonja.

– No, a media mañana vino por ella Charo Cisniega. Come hoy en su casa.

– Que no te gusta, vamos.

Ella tuerce la boca con disgusto.

– Ni pizca.

Él se recuesta en el asiento, moviendo filosóficamente la cabeza.

– ¡Bah¡ Pobre mujer.

Mercedes se vuelve vivamente a mirarlo, hablando sin perder de vista la película multicolor que desarrolla el coche en su marcha.

– No tan pobre, caray. Para mí es una pájara. No quiere dejar títere con cabeza entre el elemento masculino. Donde haya unos pantalones, allá va ella. Como para darle la Rosa de Oro.

Él se echa a reír. Su mujer toma siempre las cosas por la tremenda, con los sofocones que le ha costado ya las salidas que tiene ante la estupidez de cierta gente que se ven obligados a tratar. Bueno, es que hay cada elemento en Laverna de los que harían levantarse a un muerto. Por lo pronto tiene que reconocer que a ella rara vez le han engañado sus intuiciones.

– Bueno, mujer – le responde al fin – No hay que tomarse las cosas tan a pecho. Charito ya sabe donde le aprieta el zapato. Ella se divierte con las comedias de la otra.

– ¡Hum¡ – Doña Mercedes frunce los labios. Pero no le da tiempo a más. Frena de pronto el coche, cuando ya iba a entrar en la carretera de Sevilla – Oye ¿sabes? – añade, excusándose con una sonrisa – Me he olvidado por completo…

Él la contempla con sosegados ojos, mostrándole que sus despistes no le cogen en manera alguna desprevenido. Treinta años de casado acorazan a cualquiera contra las intemperancias de todas las mujeres habidas y por haber.

– ¿Qué pasa? – le pregunta al cabo de un momento.

Ella hábilmente el citröen, mientras esboza un gesto de cómica resignación.

– Lo de siempre – dice – Que me he olvidado de que teníamos invitado a alguien. Es que no me ha pasado ni por la tela del pensamiento.

– ¿Quién es… ¿No será un imbécil de los que tenemos que aguantar a veces ¿no?.

– No, por Dios – exclama ella, expresiva – que yo también estoy hasta la coronilla. Capaz era de dejar plantado a quien fuera. ¡Que tengamos que soportar a tanto cretino¡. Es algo que me pone a veces hasta mala. Pero esta vez es distinto Paco Cifuentes.

– ¡Ah, vamos¡ – él se tranquiliza de pronto – Con ése hay confianza y se puede hablar. Se pasa bien con él… Ya me temía que fuera alguno de los otros.

El vehículo circula ya la calle Honda, bajo el alto arco de entrada. En la casa del 92 les espera el invitado, sentado en un cojín del comedor. Puchi, la perrita blanca de la señora, juega a lanzarse sobre él, agazapada como una gran pelota rizosa.

– Vamos, hombre ¿qué pasa? – De rodillas sobre el almohadoncillo, Cifuentes abre los brazos con quejoso ademán declamatorio – Que hace un año que espero. ¡Y qué forma de aguantar al bichito¡ Es un diablo.

– Lo siento, Paco – Mercedes se le adelanta con una sonrisa, estrechándole calurosamente la mano – Te habíamos olvidado por

completo. Con decirte que he dado marcha atrás desde la carretera de Sevilla.

– Vaya, ni que empezarais una nueva luna de miel.

Todos ríen.

– Perdona, Paco – dice ella, cogiendo la perrita en brazos y dirigiéndose a la puerta – Voy a quitar el diablo de en medio, que contigo ya tenemos bastante. Y voy también a dar instrucciones.

– Sería mejor… – sugiere Rozas, mientras su mujer se acerca desde el umbral, después de empujar fuera a Puchi – No habrá nada preparado ¿verdad? ¿Por qué no seguimos el proyecto que teníamos?. En lugar de dos seremos tres en el "Bombín. ¿Hace o no hace?.

– Por mí… – comenta ella ilusionada, consultando con los ojos a Cifuentes.

– Yo estoy de acuerdo – contesta éste, saludando como un actor ante el público – Allí se come de rechupete, sobre todo cuando se va de válvula. Además, que hace tiempo que no comía caliente y allí sirven como para chuparse los dedos.

– Entonces, te convidamos a desquitarte del hambre atrasada. Te pediremos dos litros de consomé.

– Y un litrillo de coñac.

– ¡No, por Dios¡.

El viaje en coche transcurre entre una anécdota de Rozas y unos comentarios picantes de Paco sobre las solteronas de la localidad, que Mercedes celebra con espontáneas risas. En casa de "Bombín" no hay nadie a esta hora, a pesar de su fama de celebrado restaurante. El buen tiempo y el hecho de ser sábado inglés no animan sin embargo a los laverneses, pues poca gente transita la avenida del parque. El tiempo abrileño se muestra magnífico y los naranjos que jalonan la carretera se revisten de verde, dejando asomar su promesa de azahar.

La pareja elige el menú consultando a Paco, que se ha arrellanado beatíficamente en su sillón, gozando del voluptuoso sol que atraviesa con sus lanzas el naciente emparrado del merendero.

– ¡Caray, qué tiempo tan formidable¡ – exclama con un suspiro, ojos entornados – dan ganas de cantarlo…

– ¿Cantarlo¿ – pregunta ella curiosa, alargando la petición al camarero – ¿Qué es eso¿.

– Sí mujer, qué va a ser – le responde Paco, mostrando algo que considera de una cegadora evidencia – Cantarlo, cantarlo, como hacen esos locos que se llaman poetas…

A Mercedes le da un amago de risa, reprendiéndole con el índice.

– Que hay centenares, Paco. Ten cuidado con ellos.

Él se encoge despectivamente de hombros.

– Yo, por mí, con su pan se lo coman. Si ya estoy curado de espanto… A estas alturas para mí los poetas ni chicha ni limoná. Hubo un tiempo en que me gustaba hojear algo, pero desde que empecé a leer un día versitos a la luna, a la amadita y a qué sé yo más de cursi, se acabó para mí el folklorillo ese. ¡Valiente pamema¡.

– Antes de la guerra – interviene Rozas – privaba mucho eso, ya lo habrás oído. La teoría del arte por el arte…

– Sí, ya sé… – le interrumpe Paco con viveza, alzando el brazo – La monserga esa. A mí me dejaba frío, vaya castaña. Como que se lo saltaba todo a la torera.

– Pues la moda hacía furor, sobre todo en Madrid. Decían que el arte es un juego ocioso para personas muy desocupadas. Algo así como cazar mariposas o coleccionar sellos.

– A mí me parece absurdo – Tercia Mercedes – Es algo que queda tan lejano, tna sin sentimiento…

Cifuentes se incorpora en la silla, interesado por el tema.

– Desde luego aquí había también movimientos poéticos de esos. Pero maldito si me acuerdo. Tú estabas ya en Laverna, ¿no, Felipe?.

Sí, nosotros vinimos aquí poco antes de la guerra – explica Rozas – En Madrid, en el cogollo de los entendidos, yo me acuerdo de que hacía furor eso del arte por el arte, aunque ya se estaba levantando otra corriente más sana que apenas llegó a madurar, me parece… Desde luego fue una pena, con lo que vino después… – se queda unos instantes pensativo, prosiguiendo con voz tensa – Había hombres inteligentes y sensibles, pero muy alejados de lo que pasaba en la calle, que se extraviaron deshumanizando su arte hasta matarlo. La teoría esa, lanzada por un dirigente intelectual de primer orden, desde luego en perfecta contradicción consigo mismo, causó verdaderos estragos. El error de esa magnífica cabeza y creo que ni aún ahora se pueden medir sus funestas consecuencias. Metió por la vía de Tarifa a muchos de los

hombres que podían haber echado los cimientos del nuevo mundo que se pedía a gritos. El motor que lo habría puesto todo en marcha quedó ahogado en el primer resuello.

– La mayoría eran escritores acomodados – añade Mercedes – Nosotros vivimos esa realidad porque teníamos muy buenos amigos entre ellos. Pero muy pocos veían venir los acontecimientos.

– La guerra, claro – arguye Paco – El acontecimiento gordo que se lo llevó todo por delante. Entonces todos se quedarían con la boca abierta ¿no?.

– Y tanto – replica apasionadamente Rozas – Si los llamados a controlar la marea social que subía se hubieran encontrado en su puesto, otro gallo nos cantaría ahora. Los extremistas irresponsables de ambos bandos habrían sido metidos en cintura en un régimen a la vez de disciplina y de libertad. Se vivía sobre un volcán y ellos, los dirigentes teóricos, en la higuera, sin enterarse hasta que el volcán hizo explosión, inundándolo todo. Hubo muy pocos que dieran el grito de alerta. Fue una verdadera lástima, la verdad. Lo del arte al servicio del pueblo no tuvo materialmente tiempo de arraigar. Quizá cinco años antes lo habría salvado todo.

Hay una larga pausa de silencio, poblada de recuerdos. El peso de los viejos sucesos parece gravitar como una losa sobre todos.

– En fin – Paco hace un ademán concluyente – Que la trampa y el cartón continúa todavía… ¿no?.

– No – Rozas habla con ojos graves, pesando cada palabra. Ya hay voces que gritan con fuerza. Hombres de carne y hueso que vibran al dolor de los otros.

Cifuentes frunce mucho las cejas.

– No será aquí, vamos… Porque lo que aquí tenemos… El academiquito ese de al lado, el cruzadito de los etcétera…

– Sí, vaya elemento. Primero, halagando la beatería lasciva de una sociedad vieja, después, dando consejos a los jóvenes… Para que lo vieran bien, se subió a La Tabla Redonda.

– Bueno, pero… – arguye maliciosamente Mercedes – ¿Es que nos podemos quejar aquí?. Tenemos los Juegos Florales ¿es que no os basta?.

– ¡Vaya bromazo que le han gastado a la Poesía con los dichosos Juegos¡ – exclama Paco, abriendo mucho los brazos – Mercedes, por favor… – agrega, reconviniéndola con los ojos – Los choteítos en casa.

– Hombre, pues tú sabes – interviene Rozas con un brillo particular en los ojos – Hay cosas que no se pueden negar. Una de ellas es que Andalucía es enormemente prolífica en poetas y que no hay quien se escape sin hacer sus decimitas del diablo, aunque sean unas aleluyas al vino… Es lo más socorridos. Ya sabrás que aquí tenemos hasta especialistas…

– ¡Caramba¡ – replica Cifuentes – Si aquí los versos salen del aire. Llega Semana Santa, versos al canto. Llega la Feria, más versos… Versos hasta en la sopa.

– Pues como en todas partes, paco – dice rozas, recobrando la seriedad – Yo desde luego estoy harto de escuchar que en Andalucía hay más poetas que en todo el resto de España. Es un poco exagerado, la verdad. Yo creo que se hacen versos como en otros sitios, ni más ni menos, ni mejores ni peores. ¿Tú no crees que en eso hay un rato de tópico?.

– Puede ser – concede Cifuentes – Es más, casi estoy contigo. Lástima que no sea mi especialidad, hombre. Saldríamos de dudas.

Los otros se echan a reír.

– Ni la mía tampoco – le refuta el apoderado – Pero ya se lo preguntaremos a alguno. A Perico de la Plata.

– No digas eso, Felipe, de que no es tu especialidad – tercia de pronto su mujer, sonriendo con picardía – Por lo menos lo ha sido. Que muy guardados tengo unos sonetos de hace treinta años.

– Vaya, vaya – su marido sonríe ligeramente, mirando a otro lado – A buena hora has venido tú a sacar…

Cifuentes se le queda mirando con sorpresa. Con los ojos muy abiertos, le escruta con fruición.

– ¡Ajá¡ ¿Con que esas tenemos?. Don Felipe Rozas, el segundo de a bordo de los Grandes Almacenes, nos viene a resultar todo un señor poeta de tomo y lomo. Vaya con el señor, y qué calladito se lo tenía.

– Bueno, mujer… – el apoderado le dirige una mirada de reproche – Buena cosa has venido tú a sacar… Decirle a este tarambana mis secretillos de juventud… Ea – concluye, extendiendo el brazo y

destapando la fuente humeante que acerca el camarero – Dejaos de poetas y catemos este pollo, que vale un soneto.

– Pero que va a durar menos – le replica Cifuentes, alargando el plato, mientras lo escruta todavía con una curiosidad nueva – Pero vamos a ver, Felipe, – le aborda de nuevo – ¿es verdad que tú…? – Hace un ademán de escribir. Mercedes suelta una carcajada.

– Claro, hombre – le contesta, orgullosa – Pues qué te creías, ¿qué esto ha sido siempre así?. Felipe escribía en “El Heraldo” y en “El Guadalete” unos artículos preciosos… Y una vez le publicaron un himno, un himno magnífico, ocupaba media página del periódico. Me acuerdo como si lo estuviera viendo – entorna los ojos – Pero luego hubo que quemarlo, como casi toda la biblioteca de casa. Iba dedicado a “La Niña Bonita”.

– Ajá, “La Niña Bonita” – Paco abre mucho los ojos – No te conocía político, hombre.

– Ya lo creo – continúa Mercedes explicándole con vivacidad – Y de los que pegaban fuerte en los periódicos. Lo pasó luego más mal… Pero todos los partidos se lo rifaban y…

Doña Mercedes se interrumpe de súbito al ver la cara de su marido. Los ojos de Rozas vuelan sobre la carretera, el paisaje, un coche azul que pasa… Su expresión es indefinible, como un lago insondable en el que sin embargo flotara algo muerto y olvidado. Sus manos permanecen muy quietas sobre el mantel.

– Perdona, Felipe, no debí… Pero…

– Déjalo, mujer – él se pasa la mano por la frente, cuajada de diminutas arrugas – No tiene importancia.

Su gesto, no obstante, parece haber cambiado el día. Unas nubes parecen amontonarse sobre el corazón de los tres comensales.

– Pasa, Juanita, mujer – invita amablemente el joyero, saliendo de detrás del mostrador con las manos extendidas – No te quedes ahí.

La Ibarragómez mira con curiosidad el trabajo que ejecuta el empleado a un costado del mostrador, mientras taconea levemente en el umbral con aire indeciso.

– Hola, Pepe – le saluda sonriente, avanzando al fin hacia él y estrechándole la mano. Deja caer su mirada sobre el conjunto del local con un vago interés – Pues nada, que pasaba por aquí y aprovecho para echar un vistazo. ¿No tendrías tú unos zarcillos…?.

Se interrumpe, acercándose a las cristaleras del local y mirándolo todo detenidamente. El joyero, apoyada su espalda en el mostrador, la observa con su indescifrable sonrisa de Buda.

– Pues tú dirás, Juanita – dice, abarcando con sus manos el conjunto – La tienda entera está para ti. Aquí tienes bicharracos de oro, de plata, de perlas… Puedes escoger lo que dé la gana…

– Ya, ya… – ella pasea por el local con expresión insatisfecha, balanceando su bolso al extremo de la mano. Se detiene de pronto, señalando la trastienda con un movimiento de barbilla – Quizá allí dentro…

Él, cómodamente apoyado en el bastimento de madera que soporta las vitrinas del interior, deniega amable con la cabeza.

– No, ahí no hay nada, Juanita – saca un puro, prestándole un largo momento de atención – De lo que tú quieres, todo se encuentra a la vista.

Ella lucha por dominar sus nervios tensos, tragando saliva con esfuerzo. Respira profundamente, mientras sus ojos parpadean en un súbito relajo.

Es que el otro día – dice con voz suave – Me pareció ver algo… Algo que me gustaba y que ahora no veo aquí… No sé.

Román enciende muy despacio el puro, extrayendo de él una deleitosa bocanada.

– Si quieres – dice al fin, sin apartarle los ojos entornados – Podemos verlos.

Ella mira con el rabillo al dependiente, que desde su entrada no ha levantado siquiera la cabeza, enfrascado en su trabajo.

– Gracias, Pepe – le agradece, decidiéndose a pasar a la trastienda con aire de quien ya conoce el camino.

El interior está sumido en una vaga penumbra. Román da luz a la lámpara del centro, que se refleja irisada sobre las joyas que relucen en la mesa del fondo. Juana atraviesa lentamente el cuarto, atraída por el resplandor que despiden, mientras Román la observa desde el umbral. Se vuelve hacia él al cabo de un momento, despojándose de sus guantes de cabritilla con calculados ademanes.

– Pues no hay nada de lo que yo vi aquí el otro día – comenta con indiferencia, acercándose a una de las butacas y dejándose caer a plomo sobre ella – ¡Pero qué cansada estoy¡ – exclama, cruzando las piernas con estudiada lentitud. Román observa su línea con frialdad, sentándose a continuación frente a ella.

– Y eso que no vengo de lejos – agrega, arreglándose el pelo con la punta de los dedos – De la tienda de los… – levanta de súbito la cabeza, acechantes los ojos – Duarte…

– ¡Ah¡ – la exclamación queda detenida en el aire, como aguardando el complemento de una respuesta, pero los ojos relucientes de Juana no consiguen descifrar el fondo de los ojos claros de Román. Apretando su puño detrás del baluarte del bolso, procura contener el galope desenfrenado de sus nervios, que la empujarían a arañarle. Replegándose sobre sí misma, disimula en una brusca transición.

– ¡Pobre don Pedro¡ – exclama con acento conmiserativo – lo encuentro cada día más incapaz. Bajaba de casa de ponerse una inyección y… – se detiene de pronto, humedeciendo sus labios, con los ojos fijos en él. Su voz se hace de repente normal al cambiar con brusquedad de tema – Ferrer me ha traído hasta aquí ¿sabes?, en su coche. Ha estado muy simpático… En su juventud tiene que haber valido mucho… ¿no crees?.

Sus palabras quedan colgadas en el ambiente tenso del cuarto, extrañamente rígidas ante la expresión felina de Román.

– Y… – la voz del joyero ha lanzado la conjunción con suavidad. Ella lo contempla unos momentos, ahogando entre sus labios una mueca satisfecha. Abre de pronto su bolso, diciendo:

– A propósito, Pepe… – dice, sintiéndose ya más centrada en la situación – traigo aquí unos anillos… Quizá pudieran convenirte…

Deslía con habilidad el paquetito, dejándolo abierto sobre la mesilla del centro. Se echa de nuevo hacia atrás con el busto muy alto, contemplándolo entre sus pestañas. El joyero, dejando flotar una cortina de humo alrededor de sus cabellos grisáceos, echa una furtiva ojeada a las joyas.

– Eso… – dice con lentitud – depende…

Ella lo observa durante un largo momento. Sacando del bolso un paquete de Chester prende un cigarrillo, tragando el humo con rapidez. Sus ojos se entrecierran mientras sus labios redondean con avaricia la boca del pitillo.

– Pues sí – añade con la voz levemente enronquecida – Ferrer es magnífico. ¡Y qué talento¡. De joven tiene que haber sido un guapo mozo… – Sus ojos se dilatan de pronto, con el cuerpo basculando hacia delante en una tensión repentina. De su garganta seca brotan corpúsculos de humo, envueltos con su aliento. Las ventanillas de su nariz respiran con un aire vagamente animal – ¡Don Pedro tiene una angina de pecho y no le quedan dos meses de vida¡.

Se deja caer con violencia contra el respaldo. El joyero, sin perder su pacífica expresión, saca de su cartera un billete de quinientas pesetas, poniéndolo con sobrio gesto sobre la mesa. Ella aplasta el Chester contra el cenicero y hace crujir el verdoso papel entre dos brillantes uñas rojas.

– Por los anillos – dice mientras se levanta, arreglándose la falda y poniéndose los guantes. Le estrecha la mano con rapidez.

– Hasta pronto, Pepe.

Este tarda unos segundos en contestar, mirándola irse con una mirada indefinible.

– Adiós, preciosa.

Un domingo azul en el hipódromo. Banderines oro y sangre jalonan el circuito, agitándose al viento como aves prisioneras. Las cabezas apiladas de los espectadores empiezan a desintegrarse como un río de carne cuyos miles de brazos buscaran su salido.

– ¿Qué ha pasado? – Paco Cifuentes sale al encuentro de Riquelme, el jockey rojo que monta a "Barceloneta" – ¿qué ha pasado?, dime.

El hombrecillo mantiene la cabeza baja, retorciendo la fusta entre sus manos crispadas.

– Que no lo entiendo, don Paco. Que en mi vía me ha pasao esto. No me respondía. Como si se hubiera pasao toa la noche corriendo. Y mírela usted cómo está ahora.

La yegua resopla a su lado, con os belfos y el cuello envueltos en una sábana de sudor. Paco, rodeado de un espeso círculo de gente, escruta su piel, recorriéndola con sus dedos centímetro a centímetro. Se agacha y le mira el sexo con detención. Luego le tienta las patas y sube las manos hasta las junturas. La yegua recula de pronto, soltando un relincho de dolor. Paco retira la mano llena de sangre mezclada con arena.

– ¡Canallas¡ – exclama, silbándole las palabras entre los dientes apretados – ¡que le hagan esto a un animal¡.

Sus ojos indignados recorren el círculo que le rodea, provocando un súbito paso de retroceso entre los más próximos a él. Pero sólo ve miradas de asombro y cejas levantadas de extrañeza. El jockey se le acerca indeciso. Él se vuelve, increpándole con dureza:

– Tú, Riquelme, tú no has mirado la yegua antes de salir.

El hombre pequeñajo baja la cabeza, tardando en contestar.

– Don Paco, siempre tengo la costumbre de hacerlo… Pero hoy se me pasó, la verdad… "Barceloneta" estaba tan tranquila… ¿quién iba a suponer…?.

Cifuentes se le acerca y con la misma mano llena de sangre lo agarra con fuerza por el cuello de la chaquetilla. Los del corro se arremolinan, pero nadie se atreve a intervenir.

– ¿Quién ha sido? – le grita en la cara, sacudiéndole como un pelele – ¡Habla¡.

El jockey amenaza ahogarse bajo la brutal presión. Sus ojos se abren desmesurados y la gorrilla rueda por el suelo.

– ¡Don Paco, por Dios¡ ¡Que tengo mujer e hijos, que yo no he sido¡ ¿Cómo voy yo.. a… querer… dañar… a “Barceloneta”?, si es la niña de mis ojos…

El otro lo mira muy fijo, cuadrada la mandíbula tensa. Lo suelta de pronto, dándole un empujón. Riquelme respira con fuerza, buscando enseguida la gorra y encasquetándosela.

– ¡Vamos adentro¡ – ordena Paco, levantando el mentón con brusquedad – esto hay que averiguarlo. ¡Como sea¡.

Se meten en las caballerizas. Ya los mozos han empezado a limpiar, tras arropar a los caballos que han hecho la carrera.

– Oye, tú – Cifuentes se acerca a uno de los palafreneros – ¿Eres tú el encargado de limpiar la cuadra de “Barceloneta”?.

El mozo lo mira muy asombrado.

– Sí, señor.

– ¿Tú no has visto acercarse a nadie antes de la carrera?.

– No señor. Había mucha gente, pero entrar en la cuadra, sólo a ése – señala el jockey.

– ¿Y no recuerdas haber visto a nadie rondando por aquí?.

– rondar, lo que se dice rondar, a todo el mundo, don Paco. Antes de las carreras está esto lleno de gente. Y periodistas, fotógrafos, el No–Do. A mí mismo me han hecho una foto…

– Eso no me interesa, muchacho. Me refiero a si has visto a alguien alrededor de “Barceloneta”. ¿No te ha escamado nada?.

El mozo se rasca la cabeza, arrugando la frente.

– Nada, señor.

– Toma cinco duros. Hay veinte más si te acuerdas de algo que dé una pista.

– Pero… ¿Qué ha pasado, don Paco? Si no lo explica…

– Han cortado en la pierna a “Barceloneta” y le han metido después arena.

– ¡Caray, qué cochinos¡ Descuide, don Paco, que si veo algo, ya se lo diré. Y no por el dinero.

– El dinero hace falta siempre, muchacho. Tú sabes donde vivo ¿no?. Pues refréscate la memoria a ver si cazamos al canalla.

– Sí, señor, haré lo que pueda.

Todas las pesquisas resultaron inútiles. Hasta más de las nueve estuvieron Cifuentes y Riquelme investigando por el aeródromo y las caballerizas y preguntando a mozos y guardas. Nadie había visto nada ni podía dar razón.

A las diez, a dos horas de terminada la carrera y después de dejar muy expresamente encargada la yegua al jefe de las caballerizas, partieron los dos para Laverna. Tuvieron suerte, porque encontraron acomodo en el coche de Eduardo duarte, que se había retrasado en el hipódromo a concertar una partida de caza con unos amigos.

Al día siguiente fue Paco a la agencia de detectives “La Brigada Discreta”, a buscar al director. Era un policía retirado, Ramón Custodia de nombre, al que hizo iniciar unas investigaciones a fondo.

Pero Román Custodia le entretuvo dos semanas sin encontrar nada de provecho y pasándole unas facturas que a Paco se le antojaban insufribles en su importe y en su cuidada caligrafía. Al cabo de ese tiempo fue a visitarle par cambiar puntos de vista sobre futuras averiguaciones.

Pero Cifuentes se caló el timo, tuvo una fuerte pelotera con él y lo expulsó de su casa.

El Puma forcejea con sus botas mientras los demás, escopeta al hombro, aguardan frente a la casa del guarda.

– Pero ¿qué pasa, hombre? – Torres se le acerca impaciente, poniéndose en cuclillas a observarlo – ¿Es que no son tuyas, quizá?.

El Puma está sentado sobre una piedra grande, con el rostro morado por los esfuerzos. Sus manos tiran con fuerza del calzado hacia arriba, tratando de ajustarlo. Resopla y se le queda mirando.

– No, las mías estaban llenas de barro seco. ¡Hacía tanto que no cazaba¡. Estas son de Eduardo.

– La vedette del grupo – comenta Torres en voz baja.

– ¿La vedette? – el Puma lo mira con asombro.

– No, hombre, no seas mal pensado. Me refiero al mejor del grupo. Y no levantes la voz, que nos escucha.

– Bueno, nosotros vamos para allá – grita Eduardo desde un extremo del calvero, metiéndose decididamente entre los árboles seguido de Urrutia – luego nos vemos aquí al mediodía.

– ¿No le entra, don Gacho? – el guarda se le acerca. Es un hombre cincuentón, cutis cetrino, ojos francos y duros – ¿Quiere usted que le eche una mano?.

– No, déjalo – El Puma se pone de pie, apretando contra el suelo – es que está demasiado justo. Ya esta mañana me ha dado la lata. Entrar, entra. El andar, es ya harina de otro costal.

– Pues, chico – dice Torres, alzándose a su vez – ¿Qué quieres que hagamos?. Tú dirás si te quedas o vienes con nosotros – mueve la cabeza, mirándolo dubitativo – pues la verdad, no sé… Lo que es esta mañana, bien has corrido.

El otro tiene una sonrisa forzada.

– Ha sido ahora, al enfriarme.

– Sí, eso pasa siempre – el guarda se rasca la cabeza – si quiere usted… Hay otros señores que si les pasa algo… Vamos, algo de esto, cazan con alpargatas.

El Puma se echa a reír, apartando la cabeza.

– No yo. No estoy tan loco como para meterme así en esa maleza.

– Eso depende de la afición – arguye Torres – Bueno, entonces… ¿Le echas valor al toro?.

El otro se encoge de hombros.

– ¡Qué remedio¡ – dice, avanzando unos metros – voy a ver si con el ejercicio se me pasa.

– Si fuera el ancho – comenta el guarda – pero lo que es el largo…

– Ya, ya… Ahí está la madre del borrego – El Puma se mira las botas y sigue andando con dificultad. Torres avanza a su lado.

– ¿Quieren ustedes que los acompañe, señores? – les grita Antonio, cuando llevan andada una veintena de pasos.

– No, gracias – Torres se vuelve, agradeciendo con un gesto – conocemos el camino. Y además enseguida vamos con Eduardo. Él chanela bien esto.

– Sí, viene casi todas las semanas. Yo voy a preparar la comida.

Los ve perderse tras unos roquedales. Se entra en la casa.

– ¡Paquita¡ – llama, rebuscando por todas partes – ¿Pero dónde te metes, niña?.

Una zagala de diecisiete o dieciocho años viene por el caminillo.

– ¡Aquí, papá¡ ¡Donde voy a estar¡.

– Anda, prepara la comida para los señores. No me gusta que barzonees por ahí.

– Fui a ayudarle a Rafael.

– ¿Qué le pasa al zagalón? ¿Es que le hace falta un ama de cría?.

Paquita se echa a reír entrando en la casa y empezando a hacer la comida.

– No, papá – dice con paciencia – Estos hombres… – murmura para sí – Es que son muchas las cabras que le toca ordeñar hoy.

– Y todos los días – contesta su padre, mientras alumbra un cigarro con la mecha. Ella sale de la casa , mirándole a la cara, muy seria.

– ¿Qué es lo que piensas, papá?.

Él entorna los ojos, mientras escupe tabaco.

– Nada, mujer, pero donde mejor están las niñas es en su casa. No he querido decir otra cosa – cogiéndole la barba y mirándola en los ojos – Si lo digo por tu bien, niña…

Ella se deshace con suavidad, entrando en la casa.

– Rafael es bueno, papá.

– Yo no digo lo contrario – responde éste, yéndose a levantar la tapa de la gran cacerola – pero los hombres son muy buenos hasta que

tropiezan con algo. Cada uno tenemos el flaco. ¡Qué bien huele esto, caramba¡ ¡Qué manos tienes, niña¡.

– Como que está hirviendo desde esta mañana.

– A las doce vendrán. ¿Qué te parecen estos señores?.

Paquita hace un mohín poco convencido. Su padre la mira con preocupación.

– Hay que respetarlos. Como si fueran los amos. Don Luis lo ha mandado así.

– Él vale más que todos estos – dice la niña, arrugando la frente, pensativa.

A mediodía regresan los cazadores. El Puma viene fastidiado, según dice. El coto es muy grande y pesa lo suyo. Es el que menos ha cazado. Rafael, el cabrero, viene con ellos cargado de piezas. Eduardo ha tomado unas cuantas para descargarlo.

El día está en todo su apogeo. Una brisa suave templa los nervios. Paquita saca una mesa y sillas y las coloca en el claro que hay delante de la casa. Va trayendo cubiertos y botellas. Rafael la ayuda a transportar la gran cacerola humeante. Ella empieza a servir.

– A mí no – dice el Puma, conteniéndola con la mano – estoy tan molido que ni ganas de comer tengo.

– Vamos, hombre – le animan los otros – que estás desconocido…

– Dejarme, no tengo ganas – se recuesta en la silla, pensativo. Sus ojos al desaire miran a Paquita entrar en la casa. Antonio pregunta las incidencias.

– Don Eduardo, por lo visto, ha encontrado un filón – dice Urrutia – pero lo que es éste y yo – señala a Torres nos persigue la negra. Por más vueltas que hemos dado…

Antonio sonríe con cauta cortesía.

– Si a los señores les apetece – sugiere – después de comer los puedo llevar a un escondite formidable. No está lejos de aquí y es caza segura.

– Pues no es mala idea – dice Torres – ¿A ti qué te parece, Paco?.

Este asiente. Empiezan todos a comer. El Puma apenas prueba bocado, pero bebe más que ninguno, aunque Eduardo no le va a la zaga. Los brindis se suceden.

– ¡Por este hermoso día¡.

– ¡Porque se cace luego más que ahora¡.

– ¡Porque cada uno consiga lo que desee – ha sido el Puma quien ha lanzado estas palabras, con ojos vagos que se detienen un momento en la cara de Eduardo. Este se ha puesto pálido, pero alza la copa y se la bebe de un trago.

– Échate una copa, Antonio.

– Y tú, niña.

– Y tú, Rafael.

– Terminado el yantar, fuma un cigarro. Paquita saca de nuevo la cacerola y en un poyo comen los tres.

Eduardo es el primero en levantarse. Se le destacan unas manchas más oscuras en el rostro amoratado, como coaguladas bolsas de sangre.

– Bueno ¿qué pasa? ¿y esos ánimos? – coge la escopeta y se arregla la cartuchera.

Torres y Urrutia se levantan también. Rafael y Antonio se acercan. Sólo el Puma se queda sentado.

– A mí no hay quien me mueva – dice, moviendo la cabeza – yo no vuelvo a pasear el coto con estos borceguíes del diablo.

– Son unas botas magníficas – arguye Eduardo.

– Lo que sea. No tengo ganas de destrozarme los pies. ¿Qué papelito voy a hacer si no esta Semana Santa? – agrega, riéndose.

Paquita retira los platos de la mesa. Los otros forman grupo.

– Bueno, hombre – Urrutia se le acerca – pues nosotros no estamos dispuestos a perder la tarde. No vamos con Eduardo porque le espantamos la caza, pero Antonio nos acompaña. A ver si hay más suerte.

Mira a los otros.

– Pero hay que distribuirse. Vamos a ver. Tú, Eduardo, vas solo.

– Pero yo necesito a alguien para las piezas.

– Rafael puede acompañarle, señor – sugiere Antonio.

Los ojos de Eduardo relucen un segundo. Enseguida baja los párpados.

– Bueno. Y tú puedes acompañar a los dos señores.

– Eso es, don Eduardo.

– Y tú, zángano – dice Torres, zarandeando al Puma por el hombro – ¿Qué vas a hacer?.

El otro hace un gesto de indiferencia.

– Yo, ¿qué quieres que haga?. Me aburriré como una ostra.

– Así poca caza vas a tener.

Don Gacho repite su ademán, pero sus manos se agarrotan levemente:

– Poca, sí.

Se pierden todos entre la espesura, con un debilitamiento paulatino de voces. Paquita recoge los restos del almuerzo y empieza a fregar en la cocina.

La brisa ha caído de pronto, dando lugar a un mediodía abrumador. El tiempo transcurre con una lentitud exasperante. De vez en cuando turba la calma los secos taponazos de las escopetas de los cazadores. Otras veces es el agudo chirriar de una cigarra que se tuesta al sol. El cielo añil, de una dureza inquebrantable, no soporta una sola nube sobre su superficie.

El Puma se remueve inquieto sobre la silla, aflojándose el cuello de la camisa. Su rostro, rojo, aparece lleno de verdugones.

– ¡Paquita¡ – la voz le ha salido ronca.

– Mande usted, don Gacho –le contesta la muchacha desde el umbral.

– Tráeme un poco de agua ¿quieres?.

– Sí, señor.

Ella entra y vuelve a salir al cabo de unos momentos. Sobre una bandejita de madera trae el vaso. Se acerca y se lo ofrece.

– Ponlo ahí encima – El Puma señala la mesa con el mentón. Paquita lo hace. Él alarga la mano con suavidad y la coge por la muñeca. Ella se pone de pronto muy encarnada y trata de soltarse con ademán tranquilo. Don Gacho la mira con los párpados entornados. Un gesto lobuno le tuerce la boca al sonreir.

– Pero qué prisa tienes, mujer. Siéntate aquí un momento.

La muchacha se ha soltado, manteniéndose respetuosa delante de él.

– Tengo que hacer, don Gacho.

– Ya lo harás luego. ¿No te da lo mismo?.

– Hay que hacerlo ahora. Luego será tarde.

Los ojos del Puma relucen. Su boca se crispa mientras respira con fuerza. Enciende un cigarro y la observa a través del humo.

– tú lo has dicho, niña. Luego será tarde.

– Con su permiso, señor. Voy a segur.

Ella se mete en la casa, pero al cabo de unos segundos un leve ruido le hace volver la cabeza. Él está en el umbral, mirándola con ojos acechantes. Ella retrocede y se aplasta contra la pared, con los ojos muy abiertos. Él avanza muy despacio, parándose en medio de la habitación con las manos en los bolsillos. Con los párpados velados, fuerza una sonrisa entre sus labios secos.

– Pero ¿qué te pasa, mujer? – levanta la cabeza, detallando someramente el interior – ¿Es que no se puede curiosear aquí dentro?.

Ella traga saliva con ansia, apartándose de la pared.

– Esto es muy pequeño – dice.

– Claro… claro… – de pronto, él cambia el gesto y avanza dos pasos, con el cigarro colgado de los labios – Escúchame, pequeña… Tienes miedo de mí ¿no¿ No tienes por qué. ¿Es que no te gustaría tener algo así como…?.

De improviso, pega un salto y se encuentra junto a ella, abrazándola y buscándole la boca. Paquita, dominada por su estatura, trata de soltarse, luchando con todas su fuerzas. Grita, pero él, aplastándose de constado contra ella, le tapa la boca con la mano izquierda, mientras la derecha la agarra por el escote y tira fuertemente hacia abajo, desgarrando el vestido hasta la cintura y hurgándole en los senos. Ella, sofocada, se aparta tomando nuevas fuerzas y tratando de gritar de nuevo, pero él la empuja la boca tan brutalmente, que la chiquilla no puede gritar. La mano derecha del Puma desciende rápida, levantándole la falda hasta la cintura. Ella, ante el empujón, pierde el equilibrio y rueda por el suelo, mientras él le rasga la ropa interior.

Un fuerte golpe en la puerta le hace volverse de pronto. Es Antonio, el guarda. Su cara está amoratada y sus ojos relucen como brasas. Trae una escopeta en la mano, con el cuerpo agitándosele todo de coraje.

– ¡Fuera de aquí¡ – grita, temblándole en las manos el arma – ¡Fuera¡.

El Puma se alza con lentitud y se arregla el pelo caído sobre la frente, echándolo atrás con un movimiento de cabeza. Sin mirar al guarda, sale de la casa.

La muchacha se levanta y con las manos trata de cubrirse. Mantiene la cabeza baja.

– Mírame a los ojos, Paquita – le dice su padre con voz ruda – ¿Qué ha pasado?.

Ella levanta la cabeza y las lágrimas contenidas empiezan a correr por su cara. Con un manotón nerviosos y colérico, se las seca.

– Nada, papá. Has llegado a tiempo… ¡Cochino¡. Estos señoritos no hacen más que porquerías… Sabía lo que iba a pasar, pero no me atrevía a decir nada antes de irte. Como dices que tengo así la cabeza… Pero ni quise salir de casa. El mismo me llamá.

Su padre la mira inquisitivo:

– ¿Es verdad que no ha pasado nada?.

Paquita se rebusca el escapulario entre la ropa desgarrada.

– Por esta cruz te lo juro.

Antonio asiente escueto con la cabeza, saliendo de la casa.

El Puma está en medio de la plazoleta, frente a la puerta, con los pulgares de cada mano metidos en el pantalón. Está muy pálido y sus ojos miran con cierta vaguedad. Antonio, con la escopeta aún en la mano, tiene ademanes tranquilos. Habla marcando mucho las palabras:

– Es usted un canalla completo, Don Gacho.

El Puma tuerce la boca, pero se calla.

– Y tiene usted una cabeza muy bonita ¿sabe usted? – el guarda escupe duramente las palabras entre la violencia contenida de sus dientes – y los cartuchos de esta escopeta están enamorados de su cabeza de usted ¿me entiende?.

Con gestos tensos abre el arma y saca la munición, apretándola entre sus nudosos dedos crispados. Lo mira con duros ojos rabiosos.

– Estos cartuchitos… me los voy a guardar ¿sabe?. Y si le da a usted por venir aquí otra vez, ya sabe que los tiene a su disposición. Se los entregaré de mil amores, pero a una velocidad que no le va a gustar nada ¿estamos? – su rostro, una mezcla de rojos ángulos en piedra, se contrae apretando su ardor contenido entre las cuencas movibles –

¡Aquí no se admiten cosas de chulos, por muy grandes de España que sean¡.

Señalando el camino con un brazo extendido:

– Por ahí se sale del coto… señorito. ¡Que no vuelva a ver su puerca jeta por aquí¡ Y… otra vez… búsquese mejores botas para cazar… perdices. ¡Aquí son demasiado indigestas para gentuza como usted¡

El Puma se muerde los labios, da media vuelta y se pierde en el bosquecillo.

– ¡Qué¡, ¿estás cansado?.

– No, señor – contesta el cabrero – estoy acostumbrado a estos trotes.

Rafael sonríe. Es un mozo de cutis cetrino, ojos muy azules que contrastan con los dientes muy blancos y el negrísimo cabello ondulado. Eduardo lo observa con atención. Lleva ya una hora de caza y el montón de piezas demuestra su buena puntería.

– ¡Allá van dos, señor¡ – grita el muchacho, señalando unos matorrales – no las desperdicie usted.

Pero Eduardo mira muy tranquilo, sin moverse, apoyando contra el suelo la culata del arma.

– Déjalas, ya tenemos bastante – dice, encogiéndose de hombros – de todos modos no vas a poder con ellas…

– Ya lo creo, sí señor. Y con cincuenta más.

Duarte lo mira con fijeza, acariciándose pensativamente la nuca.

– Ya, ya veo que eres fuerte.

El cabrero sonríe con jactancia, que procura disimular.

– Sí señor, bastante.

Se queda mirándolo y cambia su gesto sonriente ante los extraños ojos de Eduardo. Este desvía la vista mientras deja en el suelo la escopeta.

– ¡Uf¡ – saca un pañuelo y se lo pasa por la cabeza, levantando el sombrero – ¡qué calor¡, vamos a descansar un poco. He bebido mucho.

A la sombra de un árbol hay una piedra grande. Eduardo elige un sitio para sentarse.

– Ven, Rafael, aquí cabemos los dos.

Se acomodan juntos, Duarte con las piernas muy abiertas, Rafael muy juntas y con los codos encogidos.

– ¿Cuántos años tienes?.

– Dieciocho, señor – responde sin vacilar.

– Es decir, que pronto irás al servicio.

– Todavía me faltan tres años. Como hay que entrar con veintiuno cumplidos… Por lo menos eso me han dicho. A mí no me han mandado todavía ningún papel.

Eduardo lo mira con benevolencia.

– Ya, ya.. Y… ¿no te gustaría quizá hacerlo en algún cuerpo determinado, vamos… infantería, caballería?. Yo serví en infantería y lo pasé muy bien. Claro que iba bien recomendado. ¿No te gustaría a ti…?.

Rafael deniega con la cabeza.

– No, señor. Si hay que ir, iré, que no se diga. Pero como gustarme, no me gusta la mili.

El otro frunce las cejas, divertido.

– ¿Y eso…?.

El muchacho coge un palito del suelo y lo trocea mientras habla.

– Yo creo en lo que dice Antonio.

– ¿El guarda?.

– Sí, señor. Es un hombre que sabe lo suyo ¿sabe usted?. Hasta tiene libros en su casa. El dice que en la mili algo se aprende de la vida, pero que no compensa… Cuando se entra dice que hay que colgar… Bueno – hace un gesto vago, poniéndose muy rojo – usted ya me entiende… hay que colgarlos detrás de la puerta y recogerlos a la salida cuando se acaba.

Eduardo abre los ojos con asombros, descomponiéndosele de improviso la cara en una inmensa carcajada.

– ¡Jo, jo¡ – ríe con estrépito, con las pupilas parpadeando veloces dentro del ahuevado cristalino – pues sí, algo… algo hay de eso… jo, jo… – una menuda salivilla se escapa entre sus dientes, en medio del gorgotero chapoteante del cuello. Termina por toser hasta ponerse bárbaramente amoratado.

Rafael lo mira con una avergonzada sonrisa, procurando ocultar la repugnancia que le invade. Eduardo se extrae un pañuelo y lagrimeando aún, se seca la boca y los ojos.

– Perdona, muchacho – le da una fuerte palmada en la rodilla – pero me ha hecho tanta gracia… – se queda observándolo con atención – y sigue, sigue, no te dé reparos en seguir… ¿qué ibas diciendo?.

El cabrero se ha quedado mudo de repente, con la vista baja.

– Nada – le replica con voz tímida – si no era nada… nada de particular…

– Que sí, hombre, que sí – Eduardo, ya serio, le insiste con una palmada en el hombro – que tú ibas a decir algo más, ya lo creo… si lo ibas a decir, estoy seguro de ello…

– Si no era nada de particular… – Rafael levanta la cabeza, sonriendo ante la insistencia del otro – nada, en fin…

– Que sí, hombre, que sí, algo ibas a decir.

El muchacho no sabe sonde mirar. Termina por resignarse, empezando a trocear un nuevo palito que coge del suelo.

– Era sobre el Juancio, el de la señora Andrea. Lo que hizo en la mili… Si no tiene nada de particular… – ante la mirada atenta y seria de Eduardo, continúa más animado – bueno, pues… él hace poco que ha venido… dice que no se pasa del todo mal, que se conocen cosas… a él le tocó de enfermero del comandante.

Duarte lo mira con asombro.

– Vaya, pues no está mal… ¿Es que había estudiado?.

Los ojos de Rafael ríen ante la pregunta.

– ¡Qué va, señor¡, ¡no le falta todavía nada a ése para desasnarse¡

Eduardo suelta una carcajada.

– Como decías que estaba de enfermero del comandante… Es que estaba enfermo ¿no?.

– ¡Ca, no señor¡. Lo llamaban “El Enfermero” por guasa, porque lo que le tocaba todos los días era limpiarle la perrita. Se llevaba haciéndolo toda la mañana. Continuamente se desangraba por el trasero.

– ¡Caray, vaya fama¡.

– Pero él no estaba a disgusto, no crea usted. Como era en invierno, se llevaba toda la mañana con el trapo en la mano tomando el sol en el patinillo del cuartel.

– ¡Ah, vamos¡ Si le gustaba…

– Pero a mí no me gustaría hacer eso. Además, él sigue siendo muy bestia. Mismo, ha vuelto sin saber leer ni escribir. Y yo creo que a la mili se va para otra cosa, vamos, a mí me parece…

– Bueno – Eduardo hace un ademán indiferente – claro, a otra cosa…

El cabrero se anima ante su silencio, que interpreta como una aprobación.

– Yo no soy muy leído, la verdad, pero cuando estoy con las cabras leo un poco porque no me gusta ser atrasado… y servir a la patria, vamos, no es lo qua hacía el Juancio…

Duarte se echa a reír.

– Vamos, que tus libros no hablan de la perrita del comandante.+

– No, señor – replica Rafael, alzando vivamente la cabeza – Los libros no hablan de la perrita del comandante, esté usted seguro.. Los libros dicen cosas muy bonitas, eso sí… y yo hablé de ellas con el Juancio y no entendía ni papa… ni gorda… No sabía ni para qué había ido a la mili el muy bruto…

– Para el carro, muchacho… – dice Eduardo, deteniendo con la mano sus excitadas palabras – que no es para tanto, hombre…

– Pero sí había que oírlo, las tonterías que decía…

– Bueno, bueno… ya está bien, hombre… – Duarte lo mira de súbito con un nuevo interés – y dime, porque tengo curiosidad, ¿qué es lo que decían los libros esos…?.

– ¿Qué iban a decir?. Palabras, palabras, todo mentira… Que si la defensa de la nación, que si la hermandad de todos los españoles… qué sé yo… Cuando vino el Juancio yo fui a hablar con el y…

– Y te encontrarse con la perrita ¿no?.

– Sí, señor, con la perrita. Yo esperaba que el Juancio me contara tantas cosas… Y me salió con aquello… Como que no lo puedo ver desde entonces…

– Bueno, muchacho, no te apures por eso – Eduardo le palmea afectuosamente la rodilla, dejando la mano apoyada en ella – lo que tienes que ver es que el servicio militar lo tienes encima como quien dice…

– Tanto como encima… Aún me faltan tres años.

Duarte aprieta la rodilla del montaraz con gesto confianzudo. Su sonrisa se hace más amplia.

– ¿Y en estos tres años a ti te va a gustar quedarte en esto cerros cuidando cabras?.

– Sí, señor – Rafael habla con firmeza – la verdad, yo he estado en la ciudad bastantes veces y… y nada, no me tira… Mucha gente, muchos autos que lo marean a uno, muchos escaparates, pero no sé – agrega, mirando al suelo con obstinación – allí falta algo.

Eduardo alza los hombros.

– Bueno, bueno, eso son ideas tuyas… Allí hay cosas estupendas de las que tú podrías disfrutar.

El cabrero tuerce la boca. Le molesta un poco la mano del señor sobre su rodilla, pero no se atreve a moverse.

– Mira – dice Eduardo, retirando su mano y pasándola al hombro. Sus ojos se enturbian ligeramente – Para que veas que te quiero bien… Me has sido simpático, caramba. ¿Querrías venirte conmigo de chofer?. Tendrías uniforme, calzado, comida y un sueldo. No muy alto desde luego, pero vamos…

Su mano ha descendido con suavidad por la espalda. Rafael se pone en pie de un salto.

– ¡No, señor¡ – grita de pronto en un arrebato. Los ojos le relucen y las ventanillas de su nariz resoplan – ¡No quiero, no me interesa, no¡.

Eduardo se ha puesto encarnado. Sus orejas parecen a punto de reventar, mientras unas manchas moradas se extienden sobre su piel. Coge la escopeta y avanza unos pasos.

– Bueno, hombre, no te pongas así, caray… Al fin y al cabo, no es para tanto…

Rafael, con las mejillas contraídas, no le aparta los ojos.

– Para usted, puede que no. Para mí, sí.

Eduardo ensaya una sonrisa conciliadora.

– ¡Caray, qué genio tan fuerte¡, nada hombre, olvidemos lo pasado. Yo te he preguntado si te interesaba eso…

– “Eso” – el muchacho parece hinchar la palabra – no me interesa.

– Bueno, hombre, pues no hay más que hablar. Vamos a seguir cazando. Y toma…

Se saca veinte duros del bolsillo. Rafael retrocede un paso.

– No, gracias – dice, frunciendo los labios – no diré nada, pero ahora me voy a casa.

Se acerca al montón de perdices y carga con ellas, echando a andar por el caminejo. Eduardo escupe el suelo con fuerza.

– ¡Qué lástima¡ ¡Con lo dócil que parecía¡

Lo ve perderse tras un brusco recodo. Se encoge de hombros.

– Y tú, Pepe ¿tienes algo a la vista?.

Es el gobernador civil quien ha hablado. La abundante sotabarba de don Creso se esponja copiosa sobre los ojuelos grises salpicados de rojo y el inmenso cuello de pajarita. Su sólida humanidad se encaja regustosa en el sillón más amplio que existe en la casa de Román, expresamente construido para el caso.

El gran comedor ha estado a rebosar con sus doscientos y pico de comensales, pero el complicado servicio ha sido eficazmente desempeñado por diez camareros escogidos entre la flor y nata de la profesión. La sobremesa se realiza ahora en el salón de fumar, una de las estancias más grandes de la vivienda de la calle Lonja. La enorme mesa del centro, atestada de cajas de puros y cajetillas de cigarros, cobija también botellas de extraños formatos conteniendo licores de diversas marcas. Los fumadores han formado varios corrillos alrededor del nutrido muestrario, donde se discute y se charla con la pesadez característica que proporciona una buena digestión. Las señoras y los no fumadores han pasado directamente a la sala después de la comida.

El anfitrión hace los honores de la casa sentado a la izquierda de don Creso Chango, el gobernador civil venido ex profeso de la capital para hacer de padrino de boda de Carmencita. A la discreta pregunta de su invitado número uno, cuyo lazo interrogante aún vibra quedamente en el aire, se han entornado los ojos líquidos y maliciosos de Román. Encendiendo un Partagás que elige cuidadosamente de una caja próxima, se inclina confidencial hacia su amigo:

– Sí, algo a la vista hay, pero queda todavía que roer…

El gobernador le mira con fijeza, estableciendo automáticamente el contacto visual mutuo que desde siempre ha sido el obligado prólogo a sus conversaciones de negocios.

– Si se te puede echar una mano…

Román deniega amable con la cabeza.

– No, gracias, Creso, el pájaro es de esta jaula.

Chango deja caer sobre él una mirada escrutadora.

– ¿Está aquí?.

– Sí, a la izquierda – le contesta el joyero, moviendo apenas los labios – aquel viejo del pelo blanco y chaqueta del otro siglo.

El gobernador recorre con los ojos el círculo de invitados, fijando al fin su vista en un extremo del gran salón, cubierto por una niebla densa entre el run– run de las conversaciones.

– ¡Ajá¡ – murmura par sus adentros – lo conozco.

– Sabes quien es ¿no?.

Don Creso valora pensativamente la capacidad de Román para pescar una pieza de tal tamaño.

– Es un pez gordo, Pepe. ¿Y tienes tú tragaderas…?.

El joyero, recostándose mejor en su butaca, muestra dos hileras de dientes que no conmueven demasiado a Chango.

– Abriéndolas bien… – susurra.

– Ya. ¿El negocio?.

– Sí, lleva ochenta años. Familia sólida, de la aristocracia de tupé.

– Y con pesetas, claro.

– Digo. Pero el viejo no lo suelta ni a la de tres.

– ¡Ah¡ – don Creso levanta sus gruesas cejas con sorpresa – ¿pero lo que tú quieres es…?

Román hace un gesto, como mostrando algo de una cegadora evidencia.

– Comprarlo, hombre, comprarlo.

– ¡Ah, vamos…¡ – exclama el otro, mirándolo enseguida insinuante – hombre, si hubiera algún medio…

El joyero hace un rotundo ademán negativo.

– ¡Je¡ Ni hablar.

– Tú sabes que siempre hay combinaciones…

– Aquí no – Román aprieta expresivo el puño – está todo muy agarrado.

– A lo mejor el viejo tiene pecadillos…

– ¡Nones¡. Es un niño grande. Salvo, claro, la característica de la familia.

– ¡Ah, ah¡ ¿Es que es una familia con características?.

– Y característicos – ríe el joyero.

El gobernador entorna los ojos, sugiriendo:

– Quizá los hijos…

– Y el nieto. Es una alhajita el niño.

Chango se inclina hacia delante, asaltado de pronto por un recuerdo. Abre la boca y bajo su bigote blanco se agitan dos grandes incisivos.

– ¡Ah, sí¡ – exclama – juerguea un poquillo… ya, ya sé… hasta allí ha llegado.

– Sí, el niño es rana. Ahí está el punto.

– Pero antes estará el papá.

– Y los titos. El papá no puede ver la tienda, uno de los titos está loco con su campo y el otro… ¡Puf¡ Si le ponen un puesto de altramuces…

– Los vende – completa Chango con una carcajada.

Hay una pausa larga, que don Creso aprovecha para llenarse de coñac la copa y escoger un puro de la caja. El joyero, dejándose caer en el asiento, escruta los grupos de invitados con ojos inquisitivos. ¡Buena panza se están poniendo los badulaques estos¡. Ya, ya irán soltando el juguillo. Girando en su sillón, ve a su izquierda la conocida espalda de Andradón, el alcalde tan buen amigo, que conversa con don Tomás, el cura que ha bendecido la ceremonia.

– ¿Qué pasa, hombre? – le pregunta, dándole una vigorosa palmada en el hombro – ¿charlando de aventuras?.

Don Francisco Andradón pertenece a una de las mejores familias de Sanlúcar y padece frecuentes ataques de asma, contraída durante los sobresaltos que le proporcionaban sus guardias nocturnas en las épocas de guerra. Se cuenta en Laverna que el nombramiento le vino estando en su bufete despachando y que inmediatamente llamó a su esposa y a su hija para comunicarles la noticia:

– ¡Carmela, Carmela¡ – ¿Qué pasa, Paco? ¿Es el ataque?. Me has asustado – 'Alcalde, alcalde¡ ¡Mira, lee¡ – ¡Paco, Paco¡ ¿Pero estás loco? – lee, mujer – ¡Patro, hija, Patro¡ – ¿Qué pasa, mamás? ¿Le ha dado el ataque a papá? – ¡De alegría, hija, de alegría¡ ¡Lee, lee¡ ¡Alcalde, alcalde¡ – ¡Alcalde¡ ¡Huy, qué gusto¡ ¡Cómo van a rabiar aquí¡. Las de Lozoya que no hacen más que tirar chinitas, las de Bermúdez que dicen que no tienes talento… – ¡¡¿Cómo?¡¡ – nada, hombre. ¿Le vas a hacer caso a esta loca?. Reformaremos la casa, el portal hay que cambiarlo… – pero, mujer, ¿no te das cuenta…? – ¿Qué pasa, Paco?, me asustas… – ¡Que no es alcalde de aquí, sino de Laverna¡ – ¡Demonio, pues es verdad¡.

Aquí está claro. ¡Patro, Patro¡ – ¿Qué pasa, mamá? ¿Es ahora el ataque¿. ¡Que no le dé ahora, por Dios¡ – ¡No, mujer, de Laverna, de Laverna – ¿De Laverna, qué? – ¡Alcalde de Laverna¡ ¿Es que no te das cuenta? – ¡Vaya por Dios¡. Entonces las de Lozoya y las de Bermúdez… – ¡Qué importa, niña¡. Rabiarán desde aquí… – ¡Eso es, eso es¡. Y vendremos a verlas en el coche del Ayuntamiento… – pero… ¿es que no os dais cuenta de la responsabilidad…? – ¡Tú te callas, hombre¡ – te vamos a poner más guapo, papá… ¡Déjame que te dé dos besos¡. Y cuidadito con que te dé ahora el ataque ¿estamos?.

Una noticia circuló – quizá lanzada por las Bermúdez o las Lozoya – según la cual don Ramiro, el alcalde anterior, había intervenido demasiado oficiosamente en cierto negocio de aceite. Pero el escándalo se había podido contener gracias a la previsión del gobierno civil y don Ramiro pasó a la alcaldía de El Baladejo, en espera de vacante en población de mayor categoría.

Don Francisco se ha sobresaltado un tanto al sentir sobre sí la pesada mano de román. Dominando su primera impresión de fastidio, se vuelve a contestarle con una tímida sonrisa.

– Pues, sí, Pepe, algo hay de eso…

– Vamos, Paco, por favor…

El sacerdote tercia rápidamente, agitando la mano en señal de mucho.

– Don Francisco, ya, ya… Ya tiene que contar.

– ¡Vaya¡ – Román gira por completo, interesado por sus nuevos interlocutores – tormentillas de juventud, seguro.

Don Francisco sonríe algo adormilado, repitiendo con su fina vocecita:

– Algo, algo hay de eso…

Se va formando el corro en torno al gobernador. Román maniobra par formar el cuadrilátero.

– Sí, sí – anima con su autoridad de dueño de la casa – pónganse cómodos, señores, que están en su casa.

El alcalde parece despertar de pronto, al conjuro de la presencia activa de su superior jerárquico. Se inclina, hablando con suma gravedad:

– Don Tomás me hablaba de los lobos.

Los ojos del joyero se animan con un relámpago. El cura tuerce la boca contrariado, con una mirada de reconvención al indiscreto. Don Creso aguza el oído ante tan extraña frase, que despierta sin embargo en él ciertos ecos.

– ¡Ah¡ – exclama, dirigiéndose a don Tomás con interés – ¿Es que es usted aficionado a la caza, señor párroco?.

– No, que va – replica éste, tragando saliva con esfuerzo y tratando en vano de sonreír – se trata de la Organización. El Opus.

– ¿Es que piensas entrar, Paco? – pregunta Román, asaeteándolo con los ojos.

El alcalde lamenta de súbito haberse metido en semejante berenjenal par huir de la pejiguera del cura.

– ¡Hombre, yo…¡ – dice, medio ahogándose en su nerviosismo – la verdad… en fin, no comprendo muy bien eso, tendría que enterarme, no sé…

El cura le interrumpe con brusquedad, tratando de desviar en lo posible el escabroso tema:

– Don Francisco, en fin… Eso habría que hablarlo más despacio porque la verdad, no es esta la ocasión ni mucho menos. Aunque yo mismo la hay iniciado…

Chango alza de pronto un índice autoritario, mientras le brillan maliciosas las pupilas.

– Apúntelo usted, don Tomás. Yo conozco al señor y respondo de él. Ya le diré yo lo que tiene que hacer.

– Bueno… – El alcalde, acorralado por su superior, gira frenéticamente sus ojos ante las divertidas sonrisas de los otros – apúnteme usted, pero la verdad, no sé… no sé…

El comandante Recuera ha escuchado sus últimas palabras. Entre sus dedos enarbola triunfalmente un puro, extraído de una de las providenciales cajas abiertas sobre la mesa. Es un hombre de unos cuarenta años, de ojos negros y vivos. Las guías de su bigote, muy pronunciadas, son unos de los soportes donde en Laverna se han colgado muchas esperanzas de niñas casaderas, a pesar de la fama de solterón juerguista que goza el comandante.

– ¿De qué se trata, señores? – pregunta con amabilidad, mientras enciende golosamente el puro – ¿es que todavía duran las suscripciones para la peana de San Antonio?.

– ¡Je¡ – Román estalla en una brusca risotada – se trata de otra clase de enganche.

– Le hace a usted la competencia – advierte don Creso, regodeándose ante la perspectiva que vislumbra – está reclutando

El comandante se deja caer apoyando un codo sobre la esquina de la mesa, interesado ante lo que presiente divertido acertijo.

– A ver, a ver… ¿Quién me explica eso?.

– ¡Por favor, señores¡ – El cura se remueve nerviosamente en la silla, dirigiendo en torno temerosas ojeadas – que no se trata de un juego, vamos…

– ¿Quién le ha dicho a usted que no? – el gobernador se inclina mucho hacia delante, regocijado de ojos – ¡Venga, venga, don Tomás¡. Desembuche usted al amigo Recuera. Estamos en familia ¡qué caramba¡. Las ocasiones hay que cogerlas por los pelos.

El párroco tiene un brusco carraspeo, mientras se agita intranquilo en su silla. Empuja de ponto su cabeza al centro del círculo, hablando muy bajo:

– Se trata del Opus.

El cuerpo del militar se envara de súbito. Su boca, torcida en una brusca contracción, traga saliva con esfuerzo que trata de disimular.

– ¡Ah, ya¡ – exclama, ensayando una sonrisa – ¡qué interesante, vaya¡.

– ¡Qué¡ – los ojos felinamente alertas de Román estudian su cara – ¿no le apetece mejor ser lobo que cordero?.

– ¡Ya lo creo¡ – exclama Recuera calurosamente, irguiéndose en toda su estatura. La sonrisa brilla entre sus labios húmedos, pero los dientes blancos amenazan quebrar la boca del puro, mientras sus dedos giran inquietos en torno a la oscura superficie – me parece de perlas, ya digo… pero…ejem – carraspea con fuerza, acentuando más su sonrisa – vamos… en confianza, señores, también me gustan otras cosas… Todavía, la verdad…

– ¡Ah¡ – Don Creso suelta una risotada algo despectiva – usted no quiere cortarse la coleta ¡vaya¡.

El comandante enrojece un poco, mientras chupa del puro con su eterna sonrisa forzada.

– Con franqueza, señores… La verdad, es una Organización muy bonita, y…

El gobernador le interrumpe con brusquedad, riendo.

– Hecho, don Tomás. Ya tiene usted otro en el saco.

– Don Creso, que no se trata de un juego… – suplica el cura.

– Si ya lo sé, ya digo – apunta el otro con naturalidad – pero lo que yo digo, hay que echarse "palante". Si no… ¿Dónde hace usted el reclutamiento?.

– Bueno – tercia Recuera, sonriendo siempre aunque las quijadas empiezan a dolerle – lo dejaremos para otro día, ¿no, don Tomás?.

– Que la ocasión la pintan calva – arguye Román.

El comandante se echa a reír, soltando una bocanada mientras da un paso de retroceso.

– Bueno, señores, voy a ver si las señoras necesitan algo – explicada con embarazada calma – Porque ¡caramba¡ – agrega con una galante inclinación – está aquí la flor y nata… Con que dicho – da un segundo paso, dejando escapar un suspiro de alivio – hasta luego, señores.

– Adiós, Recuera.

El cura frunce los labios, decepcionado.

– Es el ejército – murmura – demasiada sangre…

El joyero le da una palmada en la espalda.

– De sesenta para arriba, sí. A ése le faltan veinte lo menos, todavía moja lo suyo. No se le piden peras al olmo.

Don Tomás se engresca de ponto como un gallo de pelea.

– Pues otros más jóvenes han entrado – dice con energía – militares, digo… ya lo creo que han entrado. Y de todas las profesiones.

– Ya, ya… – le corta Chango, molesto por la salida y sin hacerle mucho caso. Hay un momento de silencio que él aprovecha para seguir rumiando una idea fija – Pepe – se inclina hacia su amigo – ¿Por qué no llamas a don Pedro?. Tengo ganas de conocerlo. Nunca he hablado con él.

El joyero se queda mirándolo indecisamente unos momentos.

– Como quieras, Creso. Pero con éste – advierte levantando el índice – nada de Opus ¿entendido?.

Los demás asienten sin rechistar. Román se yergue en su sillón, despatarrado.

– ¡Don Pedro¡ – llama, reprochando con una ancha sonrisa – ¡pero qué lejos se me ha ido usted¡. ¿Es que no le apetece tomarse una copa con los amigos?.

Duarte levanta la cabeza, fijando sus ojos sobre el grupo con aire indefinible.

– ¿Por qué no, amigo Román? – le contesta sonriendo también, pero con la voz algo forzada. Susurra mientras se levanta – ven conmigo, Felipe. No me gusta nada ese grupito.

– Lo trae – dice en voz baja el joyero – no me gusta nada el otro.

– ¿Por…? – Chango interroga sin mover apenas los labios – ¿Qué tienes contra él?.

– Nada, no sé, no me gusta. El sexto sentido.

– El amigo Rozas también tomará una copa – explica don Pedro – estábamos hablando y…

– No faltaba más – dice Román con calor – ¿Y qué? Hablando de la tienda, seguro…

– Justo – El viejo lo mira con irónicos ojos abiertos. ¿Cómo lo ha adivinado?.

Román, prefiriendo pasar por alto la alusión, le responde con gravedad:

– Por nada, es tema. Voy a presentarles. Don Pedro Duarte, dueño de los Grandes Almacenes. Bueno, aquí ya lo sabe, el señor Gobernador… Aquí se le trata de usted… Y por otro lado, el señor Rozas, segundo de a bordo…

Los saludos concluyen con una ampliación de las sillas que forman el corro. Román ofrece copas a los nuevos contertulios.

– He oído hablar mucho de los Grandes Almacenes – dice cordial don Creso – son muy conocidos.

– Son ochenta años – dice sobriamente don Pedro, paladeando el coñac.

– Fundado por su…

– Mi padre. 1870. Yo lo cogí el 95.

– ¡Caramba¡ – el gobernador exhibe una amable sorpresa – casi sesenta años.

– Eso mismo. ¿Un cigarro?.

Don Pedro ofrece de su pitillera. Chango se dirige a Rozas con acogedora cortesía:

.Usted… también en la tienda… bueno… – se interrumpe, mirando a su alrededor en busca de un asentimiento – creo que por antonomasia la llaman así ¿no. Señores?.

– Sí – le contesta don pedro – Rozas es mi segundo, mi mejor hombre.

– José es inteligente – dice Román sin mirarlo, mientras masca su puro.

El viejo baja la cabeza con un cigarro entre los labios. Enciende con tranquilidad, pero el mechero tiembla un segundo en sus manos.

– Sí, el día de mañana puede seguir con ella – sus ojos se aprietan en un relámpago de reto – ¿Por qué no?.

– O quizá Eduardo – apunta suavemente el joyero – o Miguel ¿no?.

Rozas lo mira con fijeza, hablando con voz seca y tensa:

– Don Pedro está por ahora contento de llevarla.

– ¡Y por muchos años¡ – le contesta el otro, moviendo aprobador la cabeza – lo que hay que ver lo trabajada que se la tiene usted. ¡Hay que ver lo que usted ha sudado allí¡ ¿Eh, don Pedro?.

Este lo mira con profundos ojos serios.

– Ella se lo merece ¿no cree?.

– ¡Ya lo creo¡ – contesta Román con calor – tú la conoces ¿no, Creso?.

– Sí, he pasado unas cuantas veces por allí.

– ¡Es la mejor de Laverna¡ – interviene apasionadamente don Tomás – y que muchas de otras ciudades más importantes.

– Pues yo tengo la impresión de que don Pedro un día, quizá muy pronto, nos dará una sorpresa – comenta Chango. Su mirada ha revoloteado un segundo por la cara de Román, que se contrae ligeramente – son ya muchos años y hay que buscarse el merecido descanso… Toda la vida bregando con la tienda… ¡hay que ver lo que supone eso¡.

Duarte se repantiga despacio en su sillón, sintiéndose terriblemente incómodo.

– No, yo no dejaré la tienda mientras viva – dice con firmeza – y cuando muera quiero dejarla en buenas manos.

– ¿Sus hijos? – insinúa el gobernador.

Don Pedro suelta una bocanada de humo, mientras coge su copa con mano algo temblorosa.

– Es probable – dice muy bajo.

– No le gustaría venderla ¿verdad? – la voz de don Creso es de una suavidad de terciopelo.

El dueño de la tienda, más repuesto, bebe tranquilo un sorbo.

– No, la tienda es algo mío – dice, con una expresión que no admite réplica.

Chango asiente con una media sonrisa aprobatoria.

– La tienda es algo consustancial con don Pedro – interviene Rozas – sería inútil pretender separarlos – sus ojos se fijan en Román, reflejando una instantánea dureza, que se transforma enseguida en una finura amable – tan inútil como intentar separar dos buenos… amigos.

Su gesto indica con gentileza al gobernador y al joyero, pero su sonrisa está llena de significados. Román se ha echado bruscamente hacia atrás, sorprendido ante la inesperada arremetida. Don Creso estudia un largo momento la apacible cara de rozas, dejando caer sus párpados con un mudo asentimiento sobre sus ojos ahuevados y estriados de rojo.

– ¿Estuvo usted en la ofensiva del Ebro? – pregunta de pronto con aparente indiferencia.

El brusco cambio de tema crea una atmósfera tensa, que resuelve don Pedro con una rápida respuesta.

– No – dice con seguridad – Él estuvo aquí toda la guerra.

– Excepto un corto período en la zona republicana – dice el apoderado con sencillez – unos diez meses.

– ¡Caramba¡ – exclama Román – no tan corto. ¿Y… qué tal la zona… “republicana”?

– Bien.

– ¡Ajá¡ – el gobernador se mira las uñas, muy interesado – era simpático Manolo Azaña ¿no?.

– Mucho – replica Rozas tranquilo – los periódicos lo decían. Un buen conductor.

– Demasiado… avanzado – Román mueve crítico la cabeza – no sé qué habría pasado si no llegamos a tiempo.

Don Tomás interviene, súbitamente enérgico:

– La victoria nacional vino a acabar con muchas injusticias. Iglesias quemadas, muchos compañeros asesinados…

La frase, entrando en la conversación con un ímpetu nuevo, crea el vacío de un molesto silencio, que resuelve Rozas con su voz grave y segura:

– Usted lo ha dicho, señor párroco – replica, mirándolo muy fijo – muchos hombres asesinados. Y un gran fanatismo. La misión de amor de la Iglesia española tuvo su más alta ocasión para manifestarse ¿no está usted de acuerdo conmigo, señor cura?.

– El fanatismo lo hubo por ambas partes – tercia don Francisco. Todos habían olvidado su presencia y lo miran con asombro – se defendían los principios, pero hubo también muchos rencores que encontraron la ocasión de cebarse.

– Los comunistas y los anarquistas hicieron muchas barbaridades – dice don Tomás – la pureza de nuestra religión estuvo en peligro.

– Muchas más cosas lo estuvieron – contesta fríamente el apoderado – sobre la sangre se amontonó la sangre.

– ¿Era usted republicano, Rozas? – Don Creso habla con suavidad, pero un breve rictus le tuerce la boca – naturalmente, como comprenderá, es una pregunta que carece ahora de importancia. Todos en aquel entonces éramos un poco de todo. Yo mismo fui socialista durante unos meses. Pero ahora, afortunadamente, gracias a la vigorosa mano que nos gobierna, el orden está establecido – sus ojos escrutan inquisitivos los rostros que le escuchan – ¿verdad, señores? – agrega, recargando su voz expresiva.

Todos asienten sin decir palabra, menos Rozas que se yergue en su sillón, hablando con voz clara:

– Yo pertenecía a Izquierda Republicana.

– Pero por poco tiempo – tercia el dueño de la tienda – en la guerra enseguida te viniste para acá. Regresaste el 38, creo.

– Un poco más tarde, don Pedro. Mayo del 39.

– Fue una gloriosísima jornada – comenta don Tomás – comenzó una paz que hacía mucha falta en España.

– ¿Y usted, Rozas, no ha vuelto a ocuparse de política desde entonces?.

– No, don Creso. La política murió para mí el año 36.

– Querrá decir el 39.

– No, en la guerra no se hacía ya política, se hacía sangre.

– ¿Dónde estuvo usted?.

– Recorrí toda España.

– Algún batallón.

– Sí.

El gobernador se recuesta pesadamente en su sillón, entornando los ojos con aire fatigado.

– La guerra es una cosa interesante, a pesar de todo – susurra con una vaga nostalgia – ¡Preferible a tantas otras…¡. Algo en realidad lleno de vida, aunque terrible si se tiene mucha imaginación. Yo combatí mucho por aquel entonces, tenía vitalidad para rato – sus ojos flotan morosamente sobre las personas y los objetos del salón con una expresión de lejanía – luego lo meten a uno a gobernador y se acaba todo.

– ¡Je¡ – Tomás se inclina de pronto sobre él con una ancha sonrisa – Querrás decir que empieza.

Chango frunce mucho las cejas. El bigote blanco sobre los labios morados se agita, enseñando los dos dientes en un gesto ligeramente despectivo.

– ¡Oh, mon vieux¡. Tú nunca podrás comprender ciertas cosas – se queda pensativo, bajando la cabeza – sí, es verdad, detrás empieza una nueva época. Ya no se mata en la trinchera.

– Se hace justicia en los tribunales – dice con energía don Tomás.

El gobernador mira al cura con expresión indefinible, haciendo que éste se agite intranquilo en la silla. Hay una pausa densa, donde parecen levantarse recuerdos tumultuosos de viejas luchas y viejos rencores. Don Creso bebe su coñac de un solo trago, volviendo a mirar a don Tomás.

– Sí, señor cura – su rostro es inescrutable, pero una menuda salivilla va escupida entre sus palabras – se restablece en el lugar que le corresponde a la Iglesia de Cristo. Fue nuestro objetivo.

Se echa coñac de nuevo y vuelve a beber. Echa una ojeada a su alrededor y se incorpora de pronto, chasqueando la lengua.

– ¡Eh, oiga, García¡ Tómese una copa con nosotros. Y usted también, Ilustrísimo ¿no les apetece?.

El jefe de policía y el director del Banco General Español interrumpen su conversación, acercándose sonrientes.

– Gracias, don Creso.

– Bueno, creo que aquí todos se conocen – dice éste con desenvoltura – Yo soy en la reunión el único extraño. Todos los demás son de la casa ¿no?.

– ¡Claro¡ – ríe García – Todos los tengo fichados.

– ¿Es que hay algún indeseable?.

Todos celebran la salida de Chango, pero algunas caras se alargan enseguida.

– A propósito – interviene el gobernador – al veros juntos a los dos me he acordado de una película que ví… hace… Sí, hará más de veinte años. Estaba yo en París pasando unas vacaciones… Pero siéntense, hombre… ¿Qué hacen de pie como dos colegiales?.

El corro se abre y García y don Martel acercan sus sillas. Román le llena dos copas y les ofrece puros.

– ¡Oh, París en aquella época¡ – exclama don Pedro, con los ojos entrañados de recuerdos – yo hice un viaje antes de la guerra… ¡Algo inolvidable¡ ¡Qué rue de la Paix¡ ¡Qué establecimientos¡ Sedas de Lyon…

– ¡Y el Moulin Rouge¡ – le interrumpe don Creso – ¡Y Pigalle¡ ¿Dónde los deja usted?. Buen tiempo aquel, sí señor. Buenas mozas aquellas… Y amables, ya lo creo…

– ¡Hum¡ – don Tomás frunce mucho los labios – Sí, sí, Francia.. cultura… pero lo que es la moral…

El gobernador lo mira con asombro.

– ¡Pero don Tomás¡ Si allí vamos todos a perder la moral de aquí, aunque sólo sea por una semana…

– No me gusta Francia, don Creso.

Román no puede ocultar su extrañeza.

– ¡Ah¡ ¿Pero usted la conoce?.

– No, es decir… – el cura se aturrulla un poco – personalmente… no, pero he oído… corrupción, libelos… una libertad escandalosa… Mujeres descocadas por la calle…

– ¡Vaya, vaya, señor cura¡ – Rozas mantiene una ceja irónicamente levantada – usted tiene opiniones muy personales. ¿Qué le gusta entonces? ¿Inglaterra?.

Don Tomás mantiene su obstinado gesto, volviendo la cabeza.

– Tampoco – dice, hincando la palabra – para mí, Alemania, la "Kultur" alemana…

– Hegel, Kant… Bergson… – Rozas se detiene un momento añadiendo – Nietzsche era también alemán…

El sacerdote levanta escandalizado la cabeza.

– ¡Nietzsche, no¡ – barbota con irritación, con el rostro súbitamente congestionado – ¡Nietzsche, no¡ – barbota con irritación, con el rostro súbitamente congestionado – ¡Nietzsche, no¡ ¡De ninguna manera¡

– ¿Es que Nietzsche no tiene acaso su lugar en la "Kultur" alemana? – interroga Rozas con suavidad.

El otro lo mira con furiosos ojos.

– ¡No, Nietzsche, no¡ ¡Un descreído¡.

– ¿No cree usted – replica Rozas sin alterarse – que Nietzsche creía en Dios de una forma que usted nunca podría llegar a creer?.

El cura le echa una mirada feroz. Coge nerviosamente un puro de la mesa y lo enciende con mano temblorosa de coraje. Los otros miran divertidos como aspira una excesiva bocanada, que le produce un brutal acceso de tos.

– Bueno – replica al cabo de unos instantes, encontrándose algo más sosegado, aunque con el rostro cuajado aún de moretones – yo considero en la "Kultur" alemana todos los que usted dijo antes. Menos Nietzsche.

– Bergson era francés – arguye Rozas, manteniendo su mirada dura y su voz clara y cortante.

– Bueno, bueno… – el otro desvía la cabeza, confundido – en fin, cultura… lo que se dice cultura…

– ¿Hitler… quizá?.

El párroco encuentra una airosa escapada. Habla ya con voz segura, con los ojos muy brillantes.

– Un gran hombre. Enérgico.

– Ya. ¿Un predestinado de la historia?.

– Sí, eso es… le falló…

– ¿Qué?.

El sacerdote mira al apoderado, que lo vigila con ojos penetrantes. Se calla de pronto, encogiendo los hombros.

– Es historia.

– Bueno, don Creso. ¿Qué es lo que nos iba usted a decir sobre los dos?.

Don Martel aguarda interesado, después de su pregunta. García bebe, esperando también con curiosidad.

– Nada, señores – replica el gobernador, sin concederle importancia a la cosa – no creo que a estas alturas sea ya interesante. Y además no recuerdo bien. No me quedo nunca con los títulos de las películas ¡vaya¡.

– Pero – insiste García – usted se ha referido a un detalle concreto. ¿Es que había en la película dos personajes…?. En fin…

– No, no eran dos personajes – Chango se rasca delicadamente el cabello con el meñique – salía un chiflado, creo… Un anarquista que lo quería poner todo patas arriba. Decía muchas chaladuras, pero a veces soltaba cosas que se le quedaban a uno dentro. Y vosotros, al veros juntos, me lo ha hecho recordar…

– ¿Qué frase era? – pregunta don Martel – ¿Es que no la recuerda?.

– Pues sí – los ojos cargados del gobernador indican que el coñac de Román tiene buena graduación. Se lleva el puro a la boca y muy despacio deja salir una bocanada de humo. Todos le aguardan con disimulada impaciencia.

– Vamos, Creso… – le anima Román.

Chango mira a García y después a don Martel.

– Al fin y al cabo – dice, haciendo un ademán como quien le da lo mismo – la frase era: “Un antiguo jefe de policía hará siempre un buen director de banca”.

Suelta una nueva bocanada, que estalla súbitamente en el silencio absoluto que ha seguido a su respuesta. El primero en reír es el banquero, pero un ligero rojo que no es debido al licor se extiende por su cara, mientras fuma más aprisa. Los demás celebran regocijadamente la frase, mientras García se inclina.

– Debe entenderlo como un cumplido ¿no?.

Don Creso se levanta, aplastando el puro contra el cenicero.

– Tómelo como quiera, García – dice, dirigiéndose a la puerta – yo voy a hacer aguas.

– ¿Se marcha usted ya, don Creso?.

Don Eloy Calasanz ha detenido al gobernador cerca de la puerta. El director de "La Estafeta de Laverna" es un hombre bajo, de pelo planchado y ojos diminutos. Aparenta unos cuarenta y cinco años y su forma de enfocar los artículos de fondo complace sobremanera a las clases oficialmente cultas de la ciudad.

– No – le responde Chango – voy al water. ¿Quieres usted algo?.

– Del water precisamente, no

– ¡Ah, perdone¡ – exclama el otro, echándose a reír – ¿Alguna noticia?.

– Sí, pero muy personal. Me agradaría insertar mañana una nota sobre las alteraciones en el personal de la Diputación. Los jaleíllos esos que corren…

Don Creso hace un gesto de indiferencia.

– ¿Para qué hombre?. Ponga usted lo de siempre. Ya sabe usted la táctica a seguir.

– ¿Palo y tentetieso?.

El gobernador suelta una risotada brutal.

– No, ahora ha variado. Tentetieso y palo. Bueno… – avanza un paso con impaciencia – perdone, pero esto no aguanta.

– Hasta ahora, don Creso.

Cuando vuelve a la reunión, don Francisco, arrastrando mucho los pies, es el primero en levantarse.

– Bueno, mi señora y mi hija me estarán esperando.

– ¿Qué hora es? – pregunta Chango.

– Las ocho.

– ¡Caray¡ Y la boda fue a las cuatro. Dentro de media hora nos vamos a Cádiz. Mi chofer estará abajo ¿no?.

Todos se van despidiendo, dejando solos a don Creso con el dueño de la casa.

– Bueno ¿qué te han parecido?.

El gobernador hace una mueca.

– Que hay de todo. El cura es un chufla. Pero ese rozas… demasiado despabilado.. Hay que vigilar mucho aquí.

– García no es tonto. Y nadie dice esta boca es mía.

– ¡Hum¡ Donde menos se piensa… No me gusta nada ese Rozas. Demasiada personalidad.

– Pues no hay por donde pescarlo.

– Ya veremos… Eso de que no hay por donde pescarlo… ¡Imaginación, querido, un poco de imaginación¡ Con la imaginación se llega lejos.

– Y… ¡ El joyero hace ademán de zurrar.

– ¡Ajá¡ – aprueba expresivo Chango – con eso, también.

Se deja caer de nuevo en la butaca y apura complacidamente su copa, eligiendo un nuevo puro.

– Charlemos, hombre, charlemos… tengo ganas de que emprendamos algo juntos. Hace tiempo que no movemos un dedo.

– Los tiempos han variado, Creso.

– Y el temple.

Ya sabes que no es verdad.

El otro le pone una mano en el hombro.

– Era una broma, muchacho. Ya sé que sigues tan jabato como antes.

– Podríamos…

– ¡Pepe¡ – El Puma irrumpe de pronto en la sala, seguido de Cifuentes, que viene detrás de él con piernas rígidas que presienten ya las inevitables camballadas – ¿Has visto por aquí…? ¡Ah, perdona¡ – exclama, disculpándose – como vi tanta gente que salía, creí que te habías quedado solo – se vuelve de súbito a Chango, hablándole con tono de admiración – ¡Don Creso, qué bien nos ha presidido usted¡ Su brindis ha sido sensacional.

Paco se acerca a la mesa y levantando en alto una copa vacía, simula gravemente el brindis de Chango.

– Por la felicidad de los novios en el marco de la nueva España y porque le nazcan a Román unos nietos que sean fieles seguidores de su brillante carrera – se lleva de pronto las manos a la boca, tratando de contener las carcajadas que estremecen todo su cuerpo – ¡Formidable, don Creso, formidable¡ ¡Digo que formidable¡.

Chango y el Puma se echan también a reír, pero Román permanece con las cejas muy fruncidas.

– Mira, Paco – dice, con acento duro – haz el favor de ir a cachondearte de la estatua de Martínez Campos. Lo que es aquí menos broma.

– Pero ¿qué te pasa, Pepe? – Paco pone un gesto compungido – hoy que estás en el prólogo de la abuelancia, que toda la casa reluce como una patena, que has conseguido casar a tu hija con un majo de bombo y platillo… ¿Qué más quieres? ¡Alegría, alegría¡ – grita, dando saltos por la habitación, que milagrosamente no le hacen resbalar al suelo.

Todos corean su actuación con una carcajada.

– ¡Cállate, malasombra¡ – le reconviene el Puma – inaguantable ¿eh¿ – pero su rostro embobado lo desmiento.

Cifuentes, en el centro del salón, asume postura de actor, dando de vez en cuando una camballada sobre sus vacilantes pies.

– En la vida hace falta alegría, ¡alegría¡. Todo el mundo se aburre y encuentra ingrata la vida, Pepe. Y eres tú el que me pides que me ciña a la realidad, que es tan fea y tan tonta como las hijas de los ricos. Tú eres el que me pides eso – lo señala acusadoramente – tú nada menos, ilustre abuelo de nietos ilustrísimos que darán lustre a tu propia insigne. La dinastía de Román, y romana por lo tanto, se inicia con don Pepe I, sigue con Carmencita, y en breve la buena moza dará al sol brillante de Laverna unos vástagos llorones que de seguro se llamarán Román de primero y Rivera de segundo, para conservar la casta. Pero el padre le pone en la canastilla el título de conde de Villahoja y el abuelo revienta de gozo en la joyería de la calle Lonja.

– No hay que hacerle caso – Román se recuesta en su silla con resignación, apoyando su cabeza sobre el puño – está borracho perdido.

Paco se le acerca, extendiendo su acusador índice.

– Tú lo has dicho, majo, es cuando estoy en forma. Como que llevo la bodega de Río Viejo en la barriga – se da pronto una palmada en la frente – Oye, muchacho, otra cosa que se me olvidaba… Alguien me dijo algo para que te lo soplara con delicadeza al oído. Tú sabes que ése es mi oficio. Y me dio dinerito fresco. ¡Mira¡.

Saca del bolsillo dos arrugados billetes de quinientas pesetas y los agita delante de sus asombrados ojos.

– Este es el precio a mis honradas intenciones. Me dicen algo a la oreja, aflojan la mosca y yo suelto la bomba. Pero ahora no me acuerdo de lo que tengo que decir. Ya te lo diré otro día…

Se guarda los billetes, mirando de pronto a don Creso como si lo viera por primera vez. Se loe pone delante y lo señala repetidamente con el dedo sin decir nada. Los otros le miran con estupor y la sonrisa regocijada de don Creso se borra de su boca como por encanto.

– ¡Ah, señor gobernador¡. Vuecencia Ilustrísima es un hombre feliz. No tiene más que mandar y todo el mundo boca abajo. ¡Cuánta felicidad reparte Vuecencia por el mundo, ciudades y campiñas incluidas¡ ¿Qué a Fulanito le hace falta esto?. Pues lo otro. ¡Y cuánto gozo proporciona ser feliz¡. Bueno, he dicho una perogrullada, pero digo tantas… Usted me disculpa, señor gobernador, pero hoy es un gran día para mí, porque el amigo Román es muy feliz. Ha casado a su hija con un conde arruinado y eso vuelve tarumba a cualquiera. El conde repinta sus blasones y Román dora su parné… ¿A usted qué le parece, señor gobernador?… Todo el mundo es feliz aquí. Allí están todos como cubas y juegan al escondite. Figúrese usted lo que pasará… ¡Ja, ja¡. ¿No quiere usted jugar al escondite, señor gobernador?. Podría usted toparse con cada moza que está pimpando por lo que usted sabe… ¡Viva Laverna, cuna de la cultura y de los buenos modos¡

– Buena la has cogido, amigo – el Puma lo agarra del brazo y trata de arrastrarlo hasta el jardín – a ver si te despejas ahí fuera.

Cifuentes se deja llevar dando traspiés, pero al llegar a la puerta se agarra a ella con todas sus fuerzas, gritando:

– ¡Vayan ustedes, señores¡. ¡Verán lo que es bueno, ja, ja¡. Román y don Creso pasan al salón de donde ha desaparecido la mayor parte de los invitados. Repartidos por la estancia se encuentran doña Elisa, la dueña

de la casa, Torres, la condesa de Cerro– cristo, la Uriarte, la Guiraldez y la Ibarragómez, con cuatro o cinco personas más. La conversación se mantiene animada a base de chistes.

Doña Elisa sale a su encuentro. Es una señora gruesa, de papada abacial y movimientos que trata de hacer distinguidos. Es muy popular en los círculos religiosos de Laverna, pues su carnet de novenas se encuentra siempre su laborioso concurso.

– ¡Don Creso, qué lástima que su señora no haya podido venir¡ ¿Y es grave lo que tiene?

– No, señora – contesta imperturbable el gobernador – el periodo que no le ha salido bien.

– ¡Jesús, don Creso¡ – ella le pone una mano en el hombro, soltando una risita escandalizada – ¡qué cosas tiene usted¡.

– ¿Por qué, Elisa? – le interroga Román, procurando ponerse a todo – ¿es que a ti no te ha pasado?.

Ella lo mira con las cejas muy juntas soltando a continuación su risita.

– ¡Por Dios, Pepe¡ ¿tú también? ¡Jesús, estos hombres son el acabose¡

Ellos se miran. Doña Elisa marcha delante de ellos consciente de su importancia ante los demás invitados.

– Vengan por aquí. Los jóvenes están jugando.

– ¿Al escondite?

– Pregunta don Creso muy serio.

Ella se detiene, mirándolo con sorpresa.

– Justamente ¿lo sabía?. Es un juego muy divertido.

Juanjo atraviesa la pieza en aquel momento. Al pasar a la altura del grupo, da un ligero traspiés – ¿qué haces, Juanjo? – pregunta el joyero.

– Estoy jugando.

– ¿Al escondite también, eh?

– ¡Claro¡ – el joven lo agarra por el brazo atrayéndole a un lado, sin cuidarse para nada de los otros, que lo observan con curiosidad – oye, Pepe ¿me puedes dejar dos mil pesetas?.

El joyero vuelve la cabeza al sentir la bofetada de vino.

– Ya van muchas.

– ¿Qué importa?. Ya sabes que estamos forrados. ¿Cuándo te veo?.

Román piensa un momento – después, a las diez, en mi despacho.

– ¿Qué hora es ahora?.

– Las ocho y media.

– Bueno, yo creo que esto durará todavía. Con el cachondeo que hay…

– En el despacho te espero.

– En ti confío.

– Descuida.

El muchacho se aleja, atravesando el comedor y cruzando junto a la escalera que conduce al segundo.

– ¡Chist¡ ¡Juanjo¡

Detrás de una enorme pilistra, oculta tras un alto macetero en triángulo, la Cisniega le hace señas. El hueco de la escalera proyecta una favorecedora penumbra.

– ¿Adonde vas?

– A buscaros – contesta Juanjo, acercándose.

– ¡Vaya¡

– Pero me quedo aquí contigo – dice, intentando entrar de costado.

– ¡Pero si no hay apenas sitio…¡

– No, pero apretándose bien… Ya verás, ya verás…

– Bueno, pero nos van a ver.

– ¡Qué va, mujer¡ Lo que yo digo, apretándose…

– Pero no hagas ruido… Bueno, ¿pero te vas a estar quieto?.

– ¡Derecha¡ – grita el capataz – ¡Vamos, bien¡.

Se acerca a la delantera del Paso y repica una vez. Los costaleros se detienen. Repica de nuevo. Como un solo hombre, el Paso baja y queda apontocado en el suelo, delante de la Catedral.

La Semana Santa lleva ya tres días en Laverna. El cristo de la Vega, siguiendo la inmemorial tradición, entra a su casa en Martes Santo. El imponente edificio, pétrea masa de cuadrada arquitectura, tiene ya sus puertas abiertas ante la cruz de guía. La fila de penitentes negros se extiende desde la plazoleta superior y describe una curva por la derecha para tomar la escalera lateral y descender hasta la plaza. En la Plaza de las Damas la gente lo inunda todo, desde el rellano de arriba hasta la explanada de abajo, pasando por los chiquillos que montan la balaustrada de piedra. Para el paso de penitentes queda sólo un estrecho camino de culebra, que va cerrándose detrás de los guardias municipales que forman la escolta del Cristo. La noche está iluminada de cirios, de olor a incienso, de estrellas pálidas que parpadean en el cielo negro.

La plaza, abierta por todos lados, es amplia, generosa, difusa. Sólo un murallón de casa cierra por la parte derecha, donde balcones abarrotados de gente se apretujan de supersticiosas vivencias. El capataz da la orden y el Paso, lentamente, como un solemne estandarte que pregonara antiguas victorias de la fe, se pone en marcha torciendo a la izquierda y montando la cuesta que lleva al primer rellano. El rosario de penitentes ya ha iniciado la marcha. Entre la masa oscilante de gente, que se empuja para ver, se oye un denso murmullo.

– ¡Callarse, que va a cantar¡.

– ¡Es la Marlena¡.

– ¡Dicen que la pagan¡.

– ¡Mentira, es su Cristo¡–

Un río de ojos se lanza al cierro central del murallón. Una mujer, en el medio, abre de pronto la mano derecha y se pone a cantar. El capataz detiene el Paso en la plataforma.

– ¿Quién me presta una escalera…?

Andrés está justo delante del Paso. No ve la cara de la Marlena, pero atina sus gestos a través de la máscara. Un silencio súbito

bate sus alas en la plaza inmensa. La voz de la Marlena trenza el aire con un escalofrío tembloroso. La saeta, ha empezado.

Andrés se queda escuchando, con el cuerpo tenso. Bajo la negra tela que la cubre, su boca se abre, hambrienta de aquel sabor castizamente popular. Aquello es algo que está muy lejos de la cerrada atmósfera de sacristía beata que se respira en algunas iglesias de Laverna. Aquello es algo que le sabe más bien a expresión de una danza que a manifestación de una fe, a espíritu vibrante del pueblo que a excrecencia lírica de unos conceptos de moral a los que se siente totalmente extraño. El, por su parte, hace tiempo que no siente, o quizá no ha sentido nunca la fe. Ir a la Iglesia, escuchar lo que allí dicen, rezar, ir a misa, ¿qué significa en verdad todo eso?. Cuantas veces ha ido, ha hecho esfuerzos por sentir emoción y a veces lo ha conseguido. Pero él sabe perfectamente que la emoción religiosa sólo la ha sentido a través del calor humano, jamás de forma directa. Cuando ha ido a la iglesia par sentir algo por su propia vena, por su propia arteria, por su propio corazón, ha salido defraudado. Pero cuando ha hablado con algún sacerdote de verdad, no con don Tomás desde luego, pero sí con don Anselmo, o ha visto algún hombre canoso arrodillarse a implorar con las manos apretadas, alguna muchacha de ojos limpios caminar a la comunión o alguna campesina renegrida alzar hacia un altar la cabeza envuelta en un pañolón negro, entonces, entonces sí ha sentido, ha sentido de verdad. Ha sabido que allí había algo, no sabía qué. Ahora, la saeta, fuerza vibrando de la entraña de un pueblo, le produce lo mismo.

– ¿Y si todo fuera mentira?. ¿Y si una mentira se hiciera verdad si un pueblo durante siglos la ha fecundado con lágrimas, con creencias, con dolor?. ¿Es que una intensa fuerza espiritual no puede crear en la nada misma, no puede inventar un mundo extraño y futuro cuando no le satisface aquél en que vive?. ¿Y si el origen de todo fuera simplemente el Dolor, el irremediable Dolor del mundo reventando caudaloso entre sus valvas gigantes y buscando frenéticamente un consuelo en otra vida mejor?. Y por otra parte, ¿es que no tiene una auténtica grandeza el reconocimiento de que detrás de nosotros, detrás de nuestras huellas, vendrá sólo un poco de viento y ya no existirá nada, absolutamente nada de un hombre que se movió, que sintió, que creó, que vivió, que murió finalmente, nada de su carne, de su espíritu, de su

sangre?. Pero ahora es mejor no pensar, sino sentir lo que dice aquella mujer con su voz de estaño fundido. Ella habla de un hombre al que hace dos mil años mataron unos judíos. Y lo dice poniendo alma y sangre en la saeta, corazón y entraña viva. Y el pueblo, la gente que lo rodea, contesta con un ¡ole¡ sentido cuando ella termina.

El Paso reemprende la marcha, subiendo trabajosamente las dos cuestas que faltan. Cuando se detiene ante la gran boca de la puerta forrada de hierro, todo el mundo se estremece de júbilo pirotécnico. Es la entrada del Cristo de la Vega, la mejor entrada de todas las cofradías, se dice que mejor que la del Cachorro del Sevilla. Los grandes arcos superiores del edificio, central y laterales, se han llenado de luces, que bajan hasta las puertas correspondientes. Al otro lado de la calle, pegado al murallón, la torre del campanario está también cuajada de luminarias.

El primer cohete asciende veloz hasta el cielo y estalla iluminándolo con una luz violada. Luego viene el segundo, también solitario. Enseguida parten dos más, como dos caballeros que se disputaran una estrella. Pero uno de ellos se parte en el camino, con una luz débil y un ruido pobre. El otro asciende de magnífico y estalla rotundo, iluminando con su anaranjado fuego un vasto espacio. Luego es ya una serie ininterrumpida de bengalas que partiendo de los arcos y las torres del campanario atruenan la noche, cuajándola de colores.

Las campanas de la Catedral empiezan a voltear. Con una serie constante de traquidos empiezan a consumirse los propios arcos voltaicos, la propia geometría incandescente de la torre. Es la entrada del Cristo. Este resplandece entre nubes de humo y de luces. La plaza y el cielo se iluminan como si fuera de día. La masa negra de gente se deslía en colores, con los cohetes consumiéndose a un ritmo frenético. Las grandes puertas del templo cobijan al Cristo, escoltado por su guardia de municipales. Poco a poco, los arcos y la torres del campanario van entrando en la oscuridad, al consumirse las últimas bengalas. El gran aguafuerte religiosos ha terminado.

El Cruçisto es colocado en un rincón lateral de la nave derecha. Los cargadores salen de entre las cortinas de abajo, estirándose y resoplando con fatiga. La masa de hombres sudorosos es conducida a una destartalada pieza contigua. Cada uno lleva en su mano el cojín cabezal.

– ¡Bravillo¡ – exclama el Mojino, acercándose – ¿fuerte?.

El otro lo mira y se tienta el ancho pecho.

– Como un toro, ¿y tú?.

– Bien – le contesta el Mojino, buscando con la vista – ¿y el Seras?.

– Allá está.

– Vamos a comer.

Cada uno coge su piscolabis, que va entregando el sacristán de un enorme cesto que hay en el rincón. Los hombres se desparraman, sentándose en el suelo o sobre los dos escalones que parten la inmensa sala de dos trozos desiguales. En tiempos hubo allí un altar, ahora vacío.

– ¿Lo has visto? – pregunta el Seras, acomodándose al lado de los otros.

– Sí – el Bravillo, navaja en mano, corta su pan con tranquilidad – no se me escapa.

– Después, ya en la calle – dice el Mojino.

– ¡Callarse ya, coño¡.

Los tres hacen grupo en un rincón. Poco a poco van entrando penitentes que se juntan en la otra mitad de la sala. Se quitan los capirotes y los dejan caer sobre la pared junto con los cirios medio consumidos, que exhalan un olor penetrante. Andrés ve a Álvaro y se acerca a él, llevando el cap0uchón en la mano.

– ¡Fíjate¡ – dice éste.

– ¿Qué pasa?.

– Don Miguel, el Puma, don Pedro, don José…

– Sí, hombre ¿qué te extraña?. Esta cofradía es de esos.

Álvaro lo mira con asombro.

– ¿Gente gorda?. No lo sabía.

¿Ahora te desayunas?

– Sí… – Álvaro aúpa el capirote, sopesándolo – ¡Uf¡ Es molesto esto…

– Pues yo no cargo ahora con el capirote y la túnica.

– ¿Qué vas a hacer, entonces?.

– Subo luego a la celda que está arriba, en lo último. No hay nadie y otro día vengo a recogerlos.

– ¡Ah, bueno¡.

Todo el mundo fuma con ansia, llenando poco a poco la sala de humo y de conversaciones. Don Anselmo hace abrir los ventanales, que resultan sin embargo insuficientes dada la numerosa gente allí congregada. La pálida luz de las bombillas suspendidas de los costados da a todo un tinte amarillento, en contraste con las túnicas negras y los fajines de terciopelo morado. Las paredes, desnudas de muebles, son de cantos a líneas cuadradas de cal.

Román abre su boca en círculo y deja escapar un chorrito de humo. La amplia túnica no consigue disimular su vientre, que amenaza estallar bajo el apretado fajín.

– Te has portado, chacho – dice a Miguel, dándole una sonora palmada en la espalda – ¡Menudo jefe nos ha salido¡.

Este sonríe halagado y se despoja cuidadosamente de la capa de mayordomo, colgándola del bastón de mando, apoyado en la pared. Forman grupo en uno de los rincones con José, Eduardo, Juanjo y don Pedro.

– Es el rey de la cofradía –suelta Juanjo.

Miguel sonríe de nuevo, pleno de euforia.

– No se me da mal la vara, es verdad.

– ¿Qué le pasa a usted, don Pedro? – pregunta Román, acercándose al anciano.

El dueño de los Grandes Almacenes, muy pálido, se ha apoyado en la pared.

– No sé… – dice con fatiga – mucho humo aquí… Un poco de mareo…

– Será mejor que entres en la iglesia, papá – aconseja Eduardo.

– Sí – don Pedro echa a andar, sostenido por Juanjo y José.

– Hay que buscar un poco de agua.

– Sí – asiente Miguel, movilizándose rápido – yo voy a buscar a don Anselmo.

Se dirige de nuevo a la sala. El Bravillo, que estaba a la puerta, se mete dentro velozmente, sin que Miguel llegue a verlo. Todo sigue invadido de gente y de humo. El párroco preside el grupo más numeroso.

– Don Anselmo –Duarte lo llama – perdonen, señores… – lo atrae a un lado – a mi padre le acaba de dar unas fatigas… Un poco de agua le vendría bien…

– Sí, sí – asiente presuroso el cura – vamos arriba. ¡Pobre don Pedro¡. Son muchos años, desde luego…

Miguel lo retiene por el brazo.

– No, no se moleste. Siga usted con ellos… No creo que tenga importancia. Dígame sólo…

– No faltaba más, hombre – le interrumpe don Anselmo con vigor – que a su edad todo tiene importancia. Voy a verlo. No, mejor… – añade, deteniéndose de pronto al llegar a la puerta – Yo voy a buscar a Ferrer para que lo atienda… Lo he visto por aquí. Usted haga el favor de subir por la escalerilla del fondo a la izquierda del altar. En el primer rellano a la derecha hay una puerta grande. Usted la empuja. Es la cocina y allí está Reinalda. Le pide usted agua o… mejor, por señas, porque es algo sorda… Yo no subo porque a mis años me cuesta Dios y ayuda embaularme la escalerita dichosa… Tenga usted cuidao que aquello está oscuro. Esta mañana se fundió la bombilla.

– Bueno, bueno… Usted busque a Ferrer.

Miguel atraviesa la gran nave casi solitaria y dirigiéndose al lugar indicado, empuja la puerta tras la que se inicia la escalera, comenzando a subir. El Bravillo se desliza por detrás y sube a su vez procurando no hacer ruido, pero Duarte lo oye y se vuelve. La oscuridad deja apenas vislumbrar los objetos.

– ¿Es usted, don Anselmo?.

– Sí.

Continúan subiendo unos cuantos escalones. Miguel sube con dificultad a causa de la larga túnica.

– ¿Pero por qué ha venido usted?. No hacía falta…

– Era absolutamente necesario…

La voz del campesino ha resonado profunda en el eco. Duarte se vuelve con sobresalto, deteniéndose junto a la baranda.

Su mirada se esfuerza en taladrar la oscuridad.

– ¿Quién es? – pregunta con voz tensa.

– Siga subiendo.

Las paredes de piedra despiden las voces, que parecen enredarse en los dos hombres. Duarte se busca cerillas en los bolsillos y rascando una, produce una luz temblorosa, que traza vacilante sombras en la pared.

– He preguntado quién es.

– ¿Es que no me conoce usted? – El Bravillo, a dos escalones de distancia, lo mira con sus pequeños ojos entornados. El fósforo se apaga y Miguel enciende otro, que ilumina la cara del jornalero a su lado.

– ¿Qué hace usted aquí?.

El Bravillo se ríe silencioso, con los ojos relucientes de un irónico brillo. Se lleva las manos a la cintura y extrae algo que el hacendado, consumida la cerilla entre sus dedos, no acierta a descubrir. Pero oye un ruido que conoce bien. Ha quemado demasiadas jornadas en el campo para desconocer el ruido de una faca al abrirse. Miguel aprieta la boca con fuerza, sintiéndose de pronto inundado de un sudor frío.

– ¿Qué piensa usted hacer?

– Siga subiendo, por favor.

Miguel nota la punta de la navaja en la espalda, sobre la túnica. Muy despacio, siguen subiendo. Llegan al polvoriento rellano, vagamente iluminado por una línea que se filtra por la rendija de la puerta. El campesino lleva bajo el brazo izquierdo un cirio medio consumir, que aún despide un ligerísimo olor a quemado.

Es aquí – dice Duarte, tornándose a medias.

Volviendo a colocarse de espaldas, gira la cabeza muy despacio. De pronto, pega un salto y suelta una fuerte patada, pero el Bravillo salta también a un lado, esquivándola por poco. Duarte, a punto de perder el equilibrio, siente que la punta del cuchillo se le hunde en el pecho, al tiempo que una mano de hierro le aprieta el cuello sin piedad. La cara del jornalero está a pocos centímetros de la suya. La quijada le sobresale con dureza y su boca es una sola línea, con los ojos entrecerrados escrutándole malignos.

– Si vuelve usted a hacer un movimiento sin mi permiso, le hundo esto hasta el mango ¿estamos? – Miguel se asfixia, mientras siente que le chorrea por el pecho un hilo viscoso – Ahora va usted a agacharse muy despacio y a coger el cirio y encenderlo ¿oído? – le afloja algo la presión del cuello y el otro puede respirar con más libertad – vamos a seguir subiendo y hay que tener cuidado para que no se rompa la crisma

más que quien tenga que rompérsela ¿estamos?. El velón va a llevarlo usted, pero ¡cuidadito¡ – advierte, con ojos amenazadores – que no le dé a usted por tirármelo a la cara o por apagarlo, porque se encuentra usted con dos palmos de esto en un decir Jesús. Soy más fuerte y más

ágil que usted y además estoy armado. Conque ¡adelante¡.

La subida sigue de ese modo. La luz amarillenta del cirio ilumina la estrecha escalera, que se va retorciendo hasta llegar a la última plataforma. Una fría corriente de aire se cuela por la abierta puerta de la derecha.

– Proteja usted el cirio – ordena el Bravillo, sin perderlo un momento de vista – entre en el cuarto y cierre la ventana. No es cosa de coger una pulmonía a estas alturas.

Su tono es completamente serio. No abandona la espalda de Miguel, que continúa amenazada por la faca. La celda tiene un crucifijo en la pared, una silla de anea y una mesa larga y tosca, junto a la que hay una banqueta de iglesia. Al lado del colchón del fondo, hay un reclinatorio y a la derecha un estante con libros, mal colocados sobre los entrepaños. Todo está cubierto por una fina capa de polvo. El cirio deja resplandecer sobre la habitación una luz amarillenta e indecisa.

– Ponga usted el velón sobre la mesa, haga el favor. Si no se sostiene colóquelo entre la silla y la mesa.

Miguel lo apontoca con cuidado y consigue dejarlo en pie. Está muy pálido, pero sus movimientos son normales. El hilo rojo, corrido hasta la cintura, ha empezado a secarse, formando una delgada costra. El jornalero se apoya en la puerta sin perderlo de vista.

– Ahora va usted a sentarse en la cama y esperar, sin olvidarse de que yo manejo este cuchillito tanto de cerca como de lejos ¿estamos?.

Duarte se deja caer pesadamente sobre el colchón. El campesino se sienta en la silla delante de la puerta, conservándola algo entornada. Saca un cigarro y se acerca a encenderlo en el cirio, que ilumina un segundo su cara impenetrable.

– Si quiere fumar, fume.

Miguel deniega con la cabeza.

– No, gracias, ¿va usted a asesinarme?.

El Bravillo no responde. Suelta una bocanada de humos y mira a un rincón, yendo a sentarse. En su mano conserva la faca abierta, que

mueve a la luz del cirio, arrancando fuertes reflejos a la hoja manchada de sangre. La tienta, mirándola fascinado.

– Su sangre – dice en voz muy baja – la sangre de un caballero andaluz. ¡Es roja¡ – exclama, mientras sus ojos miran asombrados al terrateniente – tenía ganas de verla. Es roja. ¡Increíble¡.

Se oye un ruido de pasos sobre los escalones. El Bravillo se pone de pie y se acerca a la puerta, cerrándola hasta dejar una sola línea.

– ¿Quién?

– Nosotros.

El Seras y el Mojino entran despacio en el cuarto, echando una mirada grave a don Miguel.

– Di acuerdo, muchachos – dice su compañero – todo ha salido bien, mejor de lo que podíamos esperar. Me gusta mucho más esto – indica la estancia con un ademán preciso – aquí estaremos más tranquilos que en ningún lado. Y por casualidad están todos los elementos que nos hacen falta. Parece que Dios nos protege.

– Ya – los músculos de las caras bronceadas permanecen inmutables.

– ¿Quieres que me quede abajo vigilando? – Pregunta el Seras.

– No, no hace falta. Y si te ve cualquiera, se escamaría y le podría dar por subir hasta aquí. Además, esto va a ser más largo de lo que tú te imaginas. Cierra la puerta.

Se adelanta al centro de la habitación y deja el cuchillo sobre la mesa, mientras lo recorre todo con la vista.

– ¡Vaya¡ – exclama, dejando entrever una mueca satisfecha – Lo que yo decía. No falta nada.

Coge la banqueta y la pega a la pared, frente a la puerta.

– Mojino, coge por ese lado – le señala un extremo de la mesa – Tú, Seras, sostén el cirio mientras cambiamos. Vamos a ponerlo frente a la banqueta.

Sacando del estante unos cuantos libros, los coloca sobre la mesa. Descuelga el crucifijo de la pared y lo asienta de pie entre ellos, asegurando también con algunos volúmenes la estabilidad del cirio. Sitúa después la silla frente al tinglado, a unos tres pasos.

– Usted, don Miguel, aquí – se la señala – Tú, Seras, a la derecha de la banqueta, yo en el centro y tú, Mojino, a mi izquierda.

El terrateniente está muy pálido, pero se sienta cruzando las piernas con tranquilidad. Sobre la costra del pecho fluye de nuevo una línea sangrienta que le llega al fajín. El Bravillo, en el centro de la mesa, dice:

– Si quiere usted quitarse la túnica, puede hacerlo.

– No – dice secamente Miguel, intentando meterse las manos en los bolsillos. La túnica no los tiene y él se limita a cruzarse de brazos.

– Entonces, podemos empezar – dice el jornalero, dejando deslizar con ligera fluencia sus palabras – Don Miguel, usted ya ha visto que esto es un tribunal. Este crucifijo aquí delante es en atención a usted, porque sabemos es católico. De nosotros tres, ninguno es creyente. Siendo tres campesinos, esto va a llamarse por lo tanto, Tribunal del Pueblo. Teniendo el crucifijo, los representamos a todos, creyentes y no creyentes. Se trata de eso, de representarlos a todos.

Miguel se yergue en la silla, con el labio inferior avanzando muy pronunciado:

– Lo que yo me pregunto ¿con qué derecho se me trae aquí a punta de cuchillo ante un tribunal que se da a sí mismo ese nombre?.

El Bravillo cruza las manos sobre la mesa, concentrándose unos momentos. Levanta a continuación la cabeza y mirándolo muy fijo, empieza a hablar con voz tranquila:

– Con el que nos han dado en reunión general mil doscientos trabajadores de cinco pueblos andaluces de las provincias. Contamos además con la autoridad moral que nos da la muerte de Carlos González Fernández, Pedro Roger Rocamora, Sebastián López Álamo, Cayetano González Pedrosa y Rufino Reyes Conde, estos últimos conocidos por el Mochales y el Rufino. Todos son hombres que han muerto mitad de hambre y mitad de pulmonía este invierno pasado cuando trabajaban en “La Guindalilla” durante nueve horas diarias metidos en treinta centímetros de agua. Nos apoyan el hambre de sus viudas e hijos, así como el hambre atrasada de todos los hombres, mujeres y niños que durante diez años han dependido de “La Guindalilla” para vivir.

– No reconozco la validez de este tribunal – exclama Miguel con brusca energía.

El Bravillo se encoge de hombros.

– Discutir la validez de este tribunal, aunque sea cosa de fundamento, es algo que hemos discutido entre nosotros y a lo que se ha llegado a un acuerdo. Naturalmente, nunca podremos esperar que la gente como usted acepte un tribunal erigido por el Pueblo. Es siempre el Pueblo el que se erige a sí mismo en tribunal y juzga, sentencia y ejecuta. Los tribunales en general los nombra el conjunto de la gente del cual forma parte el reo. En este caso la gente es la que pertenece a "La Guindalilla", que fundada en el derecho natural nos ha elegido a nosotros para el juicio a que se le va a someter.

Duarte frunce de nuevo los labios, pero se calla. El Mojino y el Seras lo escrutan con fijeza, mientras su compañero continúa con voz firme:

– Nosotros seremos su juez, su fiscal y su verdugo, si hay que serlo. Usted será el reo y el defensor. Como yo tengo una facilidad de palabra de que ellos carecen, voy a contar los hechos con brevedad.

Se cruza de brazos, entornando levemente los ojos y levantando el mentón.

– Usted es el dueño de "La Guindalilla". Ocupa en la buena época, esto es, en la recolección, sesenta hombre. En la época floja, veinte.

Duarte se encrespa de pronto, dejando asomar a sus labios una leve espuma.

– ¿Qué culpa tengo yo de que no haya trabajo para todos? ¿Ni de que los sueldos no sean muy altos en las malas épocas?.

El campesino se queda mirándolo con dureza, bajando sus párpados a continuación. Enseguida hace un ademán apaciguador, tratando de aplacarlo.

– Déjeme ahora hablar a mí, por favor. Luego le tocará a usted. Las cosas hay que presentarlas por su orden. El invierno pasado empleó usted veintidós hombres en "El Pantanillo", que trabajaron durante tres semanas con treinta y treinta y cinco centímetros de agua. Se le hizo ver por estos hombre, yo personalmente, que en esas condiciones era imposible trabajar, ya que las pulmonías se nos llevaban al otro mundo en menos que canta un gallo. Primero cayó el Rufino, el Rocamora y el Álamo. Usted fue al entierro de los tres, pero no remedió nada. Había trabajo en "La Higuerilla", en "El Pedregoso" y en "La Machamala", donde por ser terreno alto estaba encharcado pero sin

nivel de agua. Sin embargo, usted nos mantuvo por disciplina en "El Pantanillo" hasta quince días después de la muerte del Mochales y el Carlos, dos más que cayeron. Usted también fue al entierro. Su tozudez criminal había matado a cinco hombres jóvenes que todos dejaban mujer e hijos. El mes pasado ocurrió lo mismo. Usted tenía trabajo en "La Higuerilla" y en "La Machamala" y sin embargo, nos volvió a ofrecer "El Pantanillo" o el hambre. Escogimos el hambre, muerte más lenta. Usted, desde entonces, hace un mes y para mantener la disciplina entre los jornaleros, reitera cada semana su ofrecimiento de trabajo en "El Pantanillo". El nivel de agua continúa el mismo. Eso este año. El año pasado murieron Doroteo Villas Jiménez, Servando Rodríguez Camuñas y Telesforo de la Bárcena Ruiz. Todos habían trabajado en "El Pantanillo" durante casi todo el invierno. Los tres murieron de pulmonía doble. Se ahogaron como si los hubieran metido en un barril de agua. El que una persona que trabaje para usted muera de pulmonía, no quiere decir que usted tenga la culpa. Si un hombre no es fuerte para resistir una enfermedad y se muere, nadie tiene la culpa si no existe un motivo primero y si después se toman todos los medios para salvarlo. Pero este caso es diferente, porque son ocho casos, que no sen más porque todavía no se pueden apreciar los daños totales producidos por esas condiciones de trabajo. Y además este año en marzo a la pulmonía le quitamos las oportunidades que hemos agregado al hambre. Por eso sólo han muerto cinco, que con los del tres del año pasado, suman ocho. Para que esos hombres hayan muerto, usted ha puesto "El Pantanillo" a su disposición y una falta total de asistencia cuando cayeron fulminantemente enfermos. Usted no ha cogido un cuchillo y ha matado a esos hombres, es verdad, pero usted ha creado las condiciones de trabajo y la indiferencia después para que esos hombres hayan caído, con la agravante de la situación que sigue usted proponiendo a sus braceros, todo por mantener su cruel disciplina. La alternativa es "El Pantanillo", muerte por pulmonía, o la inacción, muerte por hambre. Está usted ante nosotros por responsable directo de la muerte de ocho hombres y por su condena al hambre permanente a sesenta trabajadores y familias durante diez años. Puede usted decir lo que quiera.

El rostro de Miguel está lívido, bañado en una espesa película de sudor que lo anega hasta el cuello. Se esfuerza por hablar, pero un nudo de nervios congestionados le aprieta la garganta.

– ¡Mierda¡ – barbota al fin, escupiendo entre los labios correones de saliva – ¡Lo que yo diga no servirá para nada¡ ¡Mierda¡ – masculla de nuevo, mirándolos con ferocidad – ¡Se han convertido ustedes en un tribunal de asesinos¡.

El Mojino hace un movimiento brusco, pero el Bravillo le aprieta el brazo con fuerza, sin apartar los ojos de Miguel.

– ¡Quieto, Mojino¡ – le ordena con voz imperiosa. Inclinándose hacia delante con el rostro contraído, agrega – Estamos aguardando lo que tiene usted que decir.

El hacendado se seca el sudor con la manga, respirando con fuerza. Mira a su alrededor como un animal acorralado.

– Yo no tengo la culpa de que esos hombres hayan muerto – dice con voz débil, derrumbándose de pronto, agotado – Cuando me entere habían caído ya.

El jornalero lo escruta con su aire grave.

– Usted sabía que aquellos hombres habían salido de allí con pulmonía doble. Eso debiera haberle bastado para enterarse.

– No pude enterarme… – sigue Miguel, con voz ahogada – Y en cuanto a las condiciones de trabajo, pueden cambiarse enseguida. Creo que podrá hacerse mañana mismo.

– Eso depende de la decisión que se tome con usted – dice el Bravillo con frialdad – Podrá usted hacerlo o no.

Miguel siente de pronto un vuelco en su pecho. Agarrándose convulso a la silla, lo mira con ojos incrédulos.

– ¿Qué quiere usted decir? – balbucea, tragando apenas saliva – ¿Es que van ustedes a matarme?

– Se va a proceder enseguida al voto. Será inapelable. Sólo caben dos soluciones. Libertad o muerte. Como comprenderá, no hay soluciones intermedias.

– Usted me odia. Aquel día en la carretera usted me hubiera matado si hubiera podido.

– Quizá, don Miguel – le contesta el otro con serenidad – Pero yo sólo soy una pequeña parte de este gran problema. Yo soy uno de los

sesenta que hace diez años trabaja para usted y se muere de hambre por culpa de usted.

– Pero eso puede arreglarse.

– Se arreglará enseguida, don Miguel. La decisión para su muerte deberá ser unánime. Si no, quedará usted libre.

¡Libre¡ Una chispa de esperanza brilla en los ojos del hacendado, que ya no mira al Bravillo. Sabe que por ese lado no hay solución. Su mirada se fija con desesperada impotencia en el Seras, buscando en él una tabla a que agarrarse. El viejo lo mira tranquilo con sus ojos extrañamente azules, donde él no ve un trasfondo. Las mejillas flácida, la gran nariz nudosa destacándose agresiva en medio de la cara, la boca consumida, la frente plagada de bronceadas arrugas, no dejan retratar ninguna emoción. Los ojos le miran inmóviles como si detrás de las cuencas no latiera ni un pensamiento ni una sensación.

Miguel vuelve sus ojos al Mojino. Este tiene una cara madura de color tierra, donde ojos negros y lucientes reflejan todavía juventud que contradice los hachazos que el tiempo ha impreso en los dobleces del cuello. La cabeza maciza se asienta en un grueso alvéolo. La chispa burlona de la mirada parece consustancial con él.

Por último, sus ojos vuelven al Bravillo. Un hombre rechoncho y firme que le habló muchas veces en la hacienda y una vez en la carretera, bajo la lluvia. Lo recuerda ahora con la boina entre las manos, el pelo mojado sobre la frente y el agua cayéndole lenta sobre la cara, como un llanto. De seguro, es un hombre que no ha llorado nunca y que si ha llorado, lo ha hecho hace mucho tiempo. Le dijo que tenía mujer e hijos y que tenía que trabajar todos los días para darles de comer. Se expresaba con torpeza y le habló de pulmonías, de muertes, de las mismas cosas que ha hablado ahora. Es un trabajador del campo, pero sabe hablar. Una vez oyó algo de él. Sí, que se hubiera podido ir a la ciudad si hubiera querido, pero que habría tenido que dejar en el campo la mujer y los hijos. Y no quiso. Debe ser uno de esos tipos que se empapan de doctrinas políticas a fuerza de leer libros a la luz de una vela en la gañanía. Y que después toman el camino del anarquismo o del comunismo. Hombres que en otro país habrían muerto ya en una barricada, o se habrían convertido en líderes revolucionarios. Son esta clase de hombres enormemente peligrosos para la estabilidad de

un régimen social. Emplean siempre la bomba, el asesinato político, la huelga armada o el frente de la batalla. Ahora preside lo que él llama un Tribunal del Pueblo. Y, realmente, ése es su puesto. Los ojillos parecen haberle aumentado y habérsele hecho profundos, serenos, muy serenos, con una serenidad que a Miguel se le cuela como un estilete en el corazón. No, de este hombre no es razonable esperar piedad.

La pausa ha sido densa, interminable, como un lago de miel híbrido de sangre. Miguel está desplomado en su silla y le parece que la atmósfera de la celda es ya un lago sangriento y dulce, donde se oye respirar el glu– glu de su propia sangre, saliendo en borbotones tenues de un agujero que algún mal hombre le ha hecho en mitad del corazón. Recuerda como una vez, cuando tenía ocho años, rodó por las escaleras de su casa y se hizo una brecha en la frente y la sangre salía incontenible y se le derramaba por las cejas, la nariz y la boca, donde tenía un gusto salado y a la vez dulce. Su madre bajó enseguida: ¡Hijo, que no te puedes estar quieto¡ ¡Hay que ver, Dios mío, la sangre que suelta esta criatura¡ ¡Llama a don Alejo, Felisa¡ Felisa tenía entonces dieciocho años y le gustaba mucho hablar por teléfono. Sí, y ahora él tiene cuarenta y tres y Felisa ya ha perdido el gusto de hablar por teléfono. Se ha transformado en una cincuentona que no sabe más que mandar. Pero entonces vino don Alejo y le curó enseguida la sangre. ¡Qué simpático estuvo¡ Acababa de salir de la Universidad y estaba algo pagado de sí mismo, pero… ¡qué hábil fue¡ Le cortó la sangre en un decir Jesús. Ahora don Alejo tiene sesenta años, mira a la gente muy serio y ya no está poseído de sí mismo, aunque sigue cortando la sangre con la misma facilidad que entonces. No parece sino como si la sangre le tuviera miedo a don Alejo y en cuanto le oyera venir se hiciera un ovillito dentro de la carne y se le perdieran las ganas de salir. Si él pudiera llamar a don Alejo ¡qué feliz sería¡. Don Alejo vendría y la sangre de Miguel se le quedaría toda dentro, sin miedo a que una nueva brecha la hiciera salir.

Pero…

– Bien, don Miguel – dice el Bravillo – vamos a votar.

Duarte levanta la cabeza. Tiene que haberse desvanecido un poco. La túnica está manchada de sangre fresca. ¡Ah¡ Es la brecha de los ocho años que vuelve a salir. ¡qué tenaz es la sangre, Dios mío¡ Pero no.

Esta sangre le viene de la brecha del pecho. Se la hizo el Bravillo en espera de hacérsela mayor. ¡Pero qué malo es el Bravillo¡ Quiere comer todos los días ¿Y por qué? Es un hombre como todos los hombres… ¿Y por qué querrán todos los hombres comer? ¡Ah¡ El Mojino se ha levantado y se acerca a él y dice algo que él no acierta a entender. ¡Pero qué lejos habla¡. Se le mueven los labios y dice algo, pero él no oye nada. ¿Será posible que se haya quedado sordo?. Luego es el Seras el que viene y dice algo. Pero él tampoco lo oye. ¿Qué dirá el Seras?. Claro, es un hombre que está tan delgado que la voz tiene que quedarse enormemente lejos de quien la escucha. Tiene ganas de decirle que hable más alto, que no lo oye. Y después viene el bravillo, que es el demonio, el que tenía el cuchillo en la mano y quiso matarlo, pinchándole en el pecho y haciéndole salir sangre… sangre… sangre… ese líquido tan bello, tan fragante, tan genial, que los hombres han inventado para vivir sin morirse. ¡Y qué bella es la vida¡ ¡Y que gusto andar por la calle y sentir el sol en la cara o en el cogote si se va en dirección opuesta¡ ¡Y los árboles de abril cuando la primavera empieza¡ Mañana hará en "La Guindalilla" un hermoso día y él saldrá a la besana y dirá a los jornaleros que es la hora de bailar… ¡Ah¡ Pero allí estará el Bravillo con su faca hablando con don Alejo y diciéndole que le va a hacer sangre a él, a Miguel, para que no tenga necesidad de rodar por las escaleras. Y Felisa le llamaría enseguida por teléfono porque el señorito Miguel se ha hecho daño con el cuchillo del bravillo. Y entonces vendrá don Alejo muy poseído de sí mismo… Un golpe en la puerta… Sí, es don Alejo que viene a asustar a la sangre de Miguel para que no salga…

El Bravillo da un salto hacia la puerta.

– ¿Quién?

– ¿Quién hay aquí?

– Silencio – susurra, volviéndose a los otros, pero sin dejar de apoyar sus manos en el cerrojo – Es un hombre joven – señalando imperiosamente a Duarte – Apartadlo, al rincón.

Entre los dos levantan con esfuerzo la silla donde está Miguel semidesvanecido, transportándolo al sitio indicado. El campesino entreabre la puerta, escrutando la penumbra del exterior.

– ¿Qué hay?

– ¡Qué oscuro está esto¡ – se queja Andrés, mostrando abrazados contra su pecho el capirote y la túnica – Por favor, creí que no había nadie… Venía a dejar esto aquí, era para recogerlo otro día – lo mira muy fijo, procurando distinguir su rostro en la vaga claridad – Pero… no le conozco a usted.

Estira de pronto el cuello, tratando de ver por encima de su hombro.

– Pero no tiene usted apenas luz – dice sorprendido, mirándole con una súbita sospecha – ¿Quién es usted?.

El campesino le detalla de arriba abajo.

– ¿Y usted?

Andrés vacila un momento.

– Yo venía a dejar esto.

El otro alarga la mano.

– Démelo, entonces…

El joven echa el cuerpo hacia atrás, frunciendo las cejas.

– No, a usted no… – lo mira muy fijo – ¿No ha venido aquí Reinalda?.

– Ese… Ha salido – El jornalero extiende el brazo de nuevo – Démelo, si para el caso es lo mismo…

El muchacho deniega enérgicamente con la cabeza.

– No, qué va a ser… – se queda observándolo. De repente, apoyando el puño sobre la otra hoja de la puerta, la abre del todo. Aparece la mesa con el cirio, el crucifijo y la faca. El campesino se cruza de brazos, mirándolo con cara fosca.

– ¿Qué pasa? ¿Es que no se puede rezar aquí con tranquilidad sin que vengan a molestarle a uno?.

– Sí, claro… – los ojos de Andrés lo registran todo.

De pronto se detienen sobre un charquito de sangre en el sitio que ocupaba Miguel. El Bravillo sigue la dirección de su mirada. Lo agarra del brazo y lo empuja dentro del cuarto.

– Vamos – dice con rudeza – Si tiene tanta curiosidad, entre de una vez.

Andrés, paralizado, no opone resistencia. El grupo de Duarte derrumbado en la silla con los dos campesinos a su lado, acapara toda su atención.

– Bueno – dice el jornalero, sarcástico – ¿No es eso lo que andaba buscando?. Ahí tiene lo que hay.

– ¡Don Miguel¡

El Bravillo se acerca hasta casi rozarlo.

– Justo, don Miguel Duarte ¿Qué pasa?.

– Está herido – Andrés se le aproxima con los ojos muy abiertos. Los campesinos le observan en silencio.

– Sin importancia – replica el Bravillo, rebuscándose un cigarro en los bolsillos y encendiéndolo en el cirio – ¿Y usted quién es?.

Andrés lo mira con fijeza sin hacer caso de su pregunta.

– ¿Quién lo ha herido?

– Yo ¿Qué hay con eso? – contesta el otro con brusquedad – Había que sangrarlo un poco – añade al cabo de un momento, yéndose a la puerta y cerrándola con cuidado. El muchacho lo observa con el ceño fruncido.

– ¿Quiénes son ustedes? ¿costaleros?.

– Le he preguntado a usted quién es – dice el Bravillo, muy tranquilo.

El joven traga saliva antes de contestar.

– Soy un empleado de los Grandes Almacenes.

– ¡Vaya¡ – El bracero alza una ceja, chasqueando la lengua – empleado de los Grandes Almacenes… ya, ya… Pero siéntese, amigo, siéntese… – su tono es de pronto más amable, mientras le señala la cama.

El joven vacila un momento, pero obedece sin decir palabra. El jornalero, muy despacio, se coloca frente a él, apoyándose de espaldas en el reclinatorio y observándole durante la larga pausa.

Andrés se remueve inquieto, apretando entre sus dedos la túnica. Aquella extraña escena le paraliza, impidiéndole siquiera pensar y produciéndole una vaga sensación de asfixia que se le localiza principalmente en el tenso ardor de la garganta. Sin embargo, las manos, inmóviles sobre sus rodillas, se le agarrotan heladas como nieve. Una gota de sudor, como un inmenso ejército de átomos vivientes, va creciendo con lentitud al borde de sus cabellos. Sus oídos captan de pronto el silencio, como hecho de un muro sólido que emitiera vibraciones sucesivas de estaño. Sus ojos fascinados contemplan el

cigarro del Bravillo, una larga serpiente azul girando perezosamente en torno al bronceado rostro, como queriendo aprisionarlo con su cabeza gaseosa. La sangre sobre el suelo es como un latigazo rojo que hiciera vibrar furiosamente las fibras más secretas de su sangre. La estancia, volcada sobre sí misma, da un latido profundo, como el hálito gigantesco de miles de pechos que respiraran a la vez.

– ¿Qué edad tiene usted?

La voz es como un puñal rajando de golpe una pared de carne.

Las manos de Andrés se inmovilizan. Sus puños, cerrados sobre la tela negra, se abren con lentitud. La lágrima de sudor, detenida de súbito sobre la sien, empieza a resbalar atraída por el abismo de la boca. El muchacho se la seca con la manga, mientras respira con fuerza. En sus ojos nace una lucecita de reto.

– La mitad que usted.

El Bravillo lo mira muy serio.

– No le pregunto en broma.

– Ni yo le hablo – replica Andrés con naturalidad – veintidós años. ¿Para qué quiere usted saberlo?.

– Ya se lo diré – le contesta con calma – Quizá le diga muchas cosas… ¿Qué tiempo hace que está en los Almacenes esos?.

– En los Grandes Almacenes, cuatro años.

– ¡Ya¡ – El Bravillo, pensativo, se pasa una mano por la frente, paseando por la habitación. Se detiene de pronto, mirándolo de costado.

– ¿No tiene usted frío?

Andrés lo mira con asombro.

– No sé… – se frota las manos en un gesto inconsciente. Luego se saca el aplastado capirote de debajo del brazo y haciendo un paquete con la túnica, lo deja sobre la cama. Se inclina hacia delante, mostrando unos ojos curiosos.

– ¿Por qué me pregunta usted todo eso?.

El otro sigue paseando, sin darle una respuesta. Se detiene frente a Duarte y lo contempla durante un largo rato. Sus compañeros, imantados, siguen con la vista cada uno de sus movimientos. El vuelve al reclinatorio, de donde toma el cigarro, ya un minúsculo cuadrado blanco.

– Dígame – le pregunta al fin decidirme – ¿Qué piensa usted de la revolución social?.

Andrés lo mira extrañado, frotándose las manos vacilante.

– Pues…

– ¿Qué sueldo tiene usted?

El muchacho alza de pronto la barbilla, con el cuerpo envarado.

– ¿Y usted quién es para preguntármelo?

El campesino aplasta la colilla contra el suelo, encogiéndose de hombros.

– Usted lo dijo antes. Un costalero – se detiene un momento, añadiendo con voz repentinamente endurecida – hace mucho tiempo que cargo sobre mis espaldas. Los otros también.

De eso no se vive.

Los ojos del Bravillo tienen un relámpago.

– Tiene usted razón. Eso no es vivir.

– Gano seiscientas cincuenta pesetas.

– Es usted soltero, claro.

– Sí… – dice con trabajo – ¡Qué remedio¡

– ¿Qué piensa usted hacer para ganar más dinero? ¿Tiene novia?.

– Sí, hace dos años.

– Bien ¿y qué?

Andrés sonríe de pronto.

– ¿Qué se puede hacer?

El Bravillo continúa con los brazos cruzados. Se pasa la mano por su barba erizada y lo escruta con atención. Da unos pasos y vuelve a observarlo, caviloso. Andrés no tiene miedo. Siente que una extraña tranquilidad lo posee, aunque está preocupado por el hijo del jefe. No sabiendo como preguntar, mira por detrás del campesino.

– ¿Qué tiene don Miguel?.

– Cristales – La voz carece de matices.

El joven lo mira grave. Algo ha oído decir. El jornalero vuelve a apoyarse en el mueble, manteniéndose frente a él muy erguido.

– ¿Qué lee usted?

– De todo.

– ¡Ya¡ De todo… lo que aquí se permite ¿no? ¿Autores?

El joven recapacita un poco. ¿Qué sabrá este tipo de autores?.

– Zweig, Maurois, Ludwig…
– Biografías.
– Mann, Dostoiewswki, Balzac, dickens…
– Viejos. Y todo literature. ¿Y Voltaire, Marx, Lenin, Bakunin…?
Andrés deniega con la cabeza.
– Nada, no los hay aquí… Y además, no encajo mucho.
– ¿Por…?.
– Soy aficionado
– ¡Vaya¡ – El bravillo lo mira con sorpresa – escribe.
Andrés sonríe, volviendo la cabeza.
– Pinitos.
– Ya, ya… Por ahí se empieza ¿Qué escribe?.
– ¡Psht¡ – le contesta, frunciendo la boca – todavía influencias. Relatos cortos.
– ¿Publica?
– No. ¿Dónde?.
El campesino se acaricia la mandíbula, pensativo.
– De la cosa social ¿Qué piensa usted?.
– Muchas cosas – dice Andrés con ligera vacilación – pero … la verdad, no sé… Tengo que mascar mucho todavía…
– Ya va siendo hora de empezar.
– Pienso que en lo social hay cosas buenas y cosas malas, como en todo. Cosas que arreglar, vamos…ç – Su sueldo, por ejemplo… su boda…
El joven lo mira escrutador. Ve que habla en serio.
– Sí ¿Por qué no?
– ¿Qué ha pensado para arreglarlo?
– Por ahora, leer.
– Buena respuesta – los ojos del campesino brillan apreciativos – pero insuficiente. No tiene usted libros.
– Los conseguiré.
– No es fácil.
Los conseguiré.
– Bien, bien… – refuerza el bravillo con una vaga sonrisa – si usted quiere, yo puedo proporcionárselos.
A Andrés le brillan los ojos.

– No tengo mucho dinero.

– Prestados.

– De acuerdo.

– El joven espera, no sabe qué. La atmósfera irreal de la estancia no le causa asombro ni miedo. Y aquel hombre le interesa. Un hombre de carne y hueso, como pocos se ven. ¿Quién será?. ¿Será un anarquista de los que salen en algunas novelas prohibidas de Blasco Ibáñez?. Se acuerda de Salvoechea. No, este hombre no tiene pinta de iluminado. Aunque ¡quién sabe¡. Los tiempos cambian.

– ¿Ha asistido alguna vez a un juicio?.

Andrés levanta la cabeza con sorpresa.

– Sí, una vez. Y otras compuse tribunal.

– ¿Componente de un tribunal?. Es usted muy joven.

– Fue en los Grandes Almacenes. Un recadero se insolentó con un jefe.

– Claro, lo echaron.

El joven lo mira con firmeza.

– No, perdió cinco días de vacaciones. El jefe tenía razón.

– ¿Usted presenció la… "insolencia"?

– Se escucharon a las dos partes.

– ¡Claro… claro¡ Y después el recadero tenía que seguir bajo el mando del jefe.

– Bueno… natural.

Hay una pausa larga.

– ¿Quiere usted formar parte de un tribunal otra vez? Puedo someterle un caso.

Andrés lo mira con ojos contraídos.

– ¿Por qué no?

– Escuche, entonces. Estamos en el campo. Usted que tiene sensibilidad, puede adornarlo si quiere con las galas de la poesía.

– No. Prefiero el campo.

– Bien – El Bravillo se reconcentra unos momentos, prosiguiendo a continuación – El campo es muy grande, inmensamente grande, puede usted tardar en recorrerlo dos horas en coche. Hay terreno alto y terreno bajo, montecillos y marismas, y todo pertenece a un solo hombre, que es dueño y señor. Dentro de la hacienda, en cabañas y

casas, viven sesenta hombres con sus familias. En la época del arado, la siembra y la recolección, trabajan para el amo. En los buenos años todo dura alrededor de ciento cincuenta días, en los malos alcanza a noventa. Durante esas épocas los trabajadores y sus familias comen. Después se acaba el trabajo y la comida. Se come tagarnina o lo que se encuentra.

– Bueno, pero… ¿y lo que se saca en la buena época?.

– Los sueldos son bajos. Los jornaleros son muchos y el amo puede elegir. Él fija el salario y el que quiere, acepta. El que no, se come los codos en familia. Y como ésta pide, el hombre trabaja por lo que sea. Está claro que el ahorro es imposible.

– Pero sobre los beneficios de las cosechas…

– Usted habla en banca, amigo. En el campo las ganancias son todas para el amo. El campesino percibe un salario. No le quiero generalizar, ahora quiero concretarle un caso. En el mes de marzo la cosecha está floja todavía, pero hay trabajo que hacer. Malezas que arrancar, arbustos que talar… Se pueden emplear hasta veinte hombres, un treinta por ciento de los disponibles. Pero ha llovido mucho y los terrenos bajos tienen treinta y treinta y cinco centímetros de agua.

– Pero habrá otros…

– Justo, hay otros – prosigue el Bravillo con su tono fríamente informativo – Terrenos más altos que sólo están encharcados. En ellos también hay trabajo, pero el amo ha dado ya la orden y hay que trabajar. El que quiera, en los terrenos bajos.

– Pero se le puede hablar, se le puede decir… Es algo que está de cajón.

No está de cajón. El amo no se vuelve nunca atrás. Quizá si llega a informarse antes de las condiciones del terreno, manda a trabajar en los altos. Pero como no se ha preocupado porque no es época de siembra ni de recolección, allá va. Trabajo en las marismas, el que quiera. El que no, a su casa a comer tagarninas, si las encuentra. Los hijos y la mujer piden de comer y los hombres van a trabajar, aunque sea al infierno. Aquello es el infierno, aunque no de fuego, sino de agua. Se pescan pulmonías y un año caen tres hombres para no levantarse más. Dejan mujer e hijos. ¿De qué sigue viviendo esta gente? ¡Misterio¡. Habiendo hombres de sobra, no se emplean mujeres ni niños en el trabajo. El amo va al entierro y les da unas pesetas para que se alivien. Y a otra cosa.

– pero nadie se muere de una pulmonía en estos tiempos. Hay remedios…

– Eso es lo que usted cree. Se llama al médico y éste viene cuando le parece. Hay pocos con conciencia. Son del seguro, figúrese… Viven lejos y están muy ocupados, dicen. Llegan la más de las veces a certificar la defunción.

– Pero se puede plantear una denuncia. Ante un caso determinado…

– ¿Quién va a hacerla?. Los interesados no saben expresarse, la mayoría son analfabetos. Desde pequeños han tenido que ayudar y se han retirado pronto de la escuela, si es que han ido. Y los que podrían hacer la denuncia en su nombre, no quieren comprometerse. Son los intereses creados, junto con las cobardías colectivas creadas.

Andrés le mira de pronto con la mandíbula tensa, los ojos duros y brillantes.

– Pero usted quiere comprometerse, usted sabe expresarse, usted tiene cultura.

– Sí, yo he azacaneado mucho por ahí. He leído todo lo que ha podido y tengo mis puntos de vista. Yo he planteado en dos años seis denuncias. Me han recibido con caras largas, encareciéndome la responsabilidad que contraía y sus posibles consecuencias por hache o por be se han quedado llenas de polvo en los juzgados. Allí son maestros en parar lo que les conviene. He ido una docena de veces y he recibido toda suerte de consejos y razones, si hay que llamarlo de algún modo. ¡No te comprometas¡ ¡A ti que más te da…¡ ¡Ande tú caliente…¡ He insistido hasta que han llegado a la amenaza velada, desvelándola después. Se comprende todo. La investigación que se iniciaría pondría en claro las condiciones de trabajo de los jornaleros y eso no le interesa más que a éstos…

– Pero todo eso está podrido…

– Sí, salvo escasas excepciones, ése el es clima general. Para que vea, le contaré un caso. Es al margen de esto, pero interesante por lo revelador. Se lo voy a refrescar, porque aunque pasó en Laverna, de seguro sabe usted de esto mucho menos que yo. La camarilla está tan bien organizada que sólo deja salir a la luz pequeñas olas, reflejo de la tempestad que ahoga. Un niño de seis años, de familia campesina muy

bien situada, cayó enfermo. El médico le recetó unos antibióticos y el practicante, Pazón se llamaba, iba todos los días a ponerle la inyección. Pero el pequeño, cosa rara, no mejoraba. Esto escamó algo a la nodriza, la única que se preocupaba allí realmente de él. El padre era un bruto y la madre había muerto. Un día la nodriza entró bruscamente en el cuarto contigo al dormitorio, donde Pazón preparaba las inyecciones y lo sorprendió sustituyendo la ampolla de la caja por una que traía en los bolsillos. Diariamente inyectaba al niño unos polvos inofensivos en lugar de la penicilina. Se armó un escándalo a cencerros tapados, la prensa no dijo oste ni moste y el practicante pasó cinco días en la cárcel, para salir el sexto a seguir poniendo inyecciones. El niño murió y la familia lo enterró.

– ¿Y la nodriza?.

– La mandaron al campo a que repusiera de la muerte del pequeño. Dijeron que con la cabeza a pájaros que tenía los dedos se le volvían huéspedes y que veía practiacantes malvados por todas partes.

Andrés, agachando la cabeza, siente pesar de pronto sobre él toda la abrumadora irrealidad de las cosas que escucha. Se siente sumergido de súbito en un mundo extraño, un mundo en el que se hubieran extraviado de repente todas las normas de vida conocidas, un mundo extraño, un mundo en el que se hubieran extraviado de repente todas las normas de vida conocidas, un mundo en el que se alzaran normas de vida conocidas, un mundo en el que se alzaran victoriosas como leyes todas las estúpidas manías de los viejos emperadores sanguinarios. Le parece vivir una pesadilla de locos que gritaran en su cerebro cosas horrendas, como decretos que se impusieran sádicamente a los demás, valiéndose de una fuerza bruta heredada de los feroces tiempos cavernícolas. Él sabía solamente que un niño había muerto, que una nodriza loca acusaba de haberlo matado a un practicante intachable, una persona honorabilísima. Se tomó la medida preventiva de encerrarlo en la cárcel para iniciar las investigaciones. El practicante había salido al cabo de unos días con la cabeza muy alta a seguir poniendo inyecciones. Una persona honorabilísima, así decían.

– A lo que íbamos – continúa el Bravillo – estos tres hombres han muerto y aquí no ha pasado nada. El invierno siguiente pasa lo mismo. Hay trabajo en terrenos altos y terrenos bajos, pero el amo

manda trabajar en los bajos y no rectifica. Al capataz le dice que hay que mantener la disciplina. Los hombres agachan la cabeza, trabajan y caen cinco. Los demás entonces se retiran y viven del aire. Llega marzo de este año. La misma canción, pero los hombres prefieren el hambre. Ni uno solo trabaja. El amo se encoge de hombros. El trabajo no es urgente hasta la recolección. Y en la recolección hay fuego en el cielo y en la tierra. Nada está encharcado y no hay problema. Pero este año no hay que esperar a que venga el fuego de la recolección. Ha llegado en el mes de abril. El fuego está ya en la sangre de los hombres que tienen hambre de días, de meses, de siglos…

Los ojos del Bravillo brillan con ardor contenido. Su boca está cerrada como una roca. Andrés lo mira grave, contraído hasta la entraña.

– Y los hombres han cogido al amo y se han convertido en su tribunal. Han juzgado al amo y lo han condenado.

Andrés levanta la cabeza con fuerza.

– ¿A qué?

– A muerte – la voz del jornalero es muy baja. Sus ojos tienen el brillo del basalto.

– Es él – el muchacho, muy pálido, señala el rincón con un movimiento de cabeza.

– Sí – dice muy lento el campesino – es don Miguel Duarte. Ocho hombres muertos en estos últimos dos años. Antes, en los ocho anteriores, más… más… Y diez años de hambre a sesenta, hijos y mujeres.

El joven siente durante un segundo la impresión irreal del momento que vive. Se pasa lentamente una mano por los cabellos, preguntando:

– ¿Qué piensa usted hacer?

El campesino lo mira muy sereno.

– El tribunal ha dicho ya su última palabra. Allá nos hemos reunido hombres de cinco pueblos, otorgando naturalmente preferencia a la gente de “La Guindalilla”. Nosotros hemos sido elegidos para formar el tribunal. Y hemos juzgado y condenado ya.

Andrés está sereno, clarividente como nunca lo estuvo.

– La vida de un hombre es siempre sagrada. No se le puede matar.

En la mirada del Bravillo se enciende un fuego sombrío. Se acerca mucho a Andrés.

– ¿Y las nuestras? – grita de pronto, restallándola la voz como un latigazo – ¿Es que no son vidas humanas?.

– Sí, pero… – el muchacho se echa hacia atrás, experimentando un inmenso vacío que lo deja laxo hasta la médula. Siente como si todo su cuerpo fuera líquido, como si quisiera escaparse de sí mismo, dejándole sólo la débil cobertura de su carne. Los dos hombres que custodian al derribado Miguel lo han escuchado todo, pero permanecen a su lado como dos estatuas de piedra. Él se refuerza por verlo, pero lo tapa el Seras con su menudo cuerpo de viejo campesino. Tras el Seras, un hombre que ha sentido contraídas toda su vida las entrañas por el hambre, se oculta el cuerpo todavía vivo y caliente de Miguel. ¡Miguel Duarte¡ j¡Don Miguel Duarte, el hijo de don Pedro Duarte, el dueño de los Grandes Almacenes de Laverna, la ciudad más estúpidamente vacía de la Andalucía occidental, petrificada en el rincón más maravillosamente bello de España¡ ¡Don Miguel Duarte, un hombre entre los millones de hombres que desde los comienzos de la vida se ha tragado la muerte¡ ¡Don Miguel Duarte, un hombre entre los millones de hombres que desde los comienzos de la vida se ha tragado la muerte¡ ¡Don Miguel Duarte, rama de un viejo tronco monárquico y aristocrático, cuyos ascendientes brillaron con nobleza en las antiguas cortes palaciegas¡. ¡Don Miguel Duarte, simplemente un hombre injusto y malo al que van a matar unos campesinos¡ ¿Por qué?. Salir del recinto sagrado de la vida por el camino que inevitablemente conduce a la muerte, es algo encadenado al hombre de una manera férrea desde la cuna. Pero ir a su encuentro, empujar a un hombre a su último encuentro, es algo que se escapa a la conciencia viva de la mente humana. La vida, ese hálito milagrosamente natural que se expande rumoroso en la carne del hombre, no puede ser roto por la voluntad de ese mismo hombre en cuyas arterias palpita la misteriosa sensación inexplicable. La vida lleva ya en sí su lirismo pequeño y su inmensa tragedia. El hálito madre es ya algo sensorial y diminuto y a la vez algo alto, magnífico y trágico. Y hay tantas, tan innumerables cosas que contienen la vida… La vida está maravillosamente derramada por el mundo en un inmenso cántico donde se mezclan la carne y la sangre,

el odio y el amor, la belleza y la muerte… El inmenso abanico del mundo está pleno, resplandeciente de vida, abriéndose y cerrándose continuamente en el universal anhelo… en la fabulosa riqueza de sus varillas innumerables viven los peces de los mares, las aves de los cielos, las multitudes que gritan, los hombre que luchan en la guerra, las parejas de amantes que duermen juntos, los campesinos que miran al cielo, los hijos que piden pan, don Miguel cuando anda por la calle, don Miguel cuando dice que no, don Miguel cuando mira a los campos, don Miguel cuando está sentado vestido con una túnica negra entre dos hombres que lo van a matar… ¡Todo eso es la vida¡. Una vida que el Bravillo quiere destruir para que otras criaturas, para que el sol acaricie unos vientres menos vacíos, para que unos hombres famélicos de cara bronceada puedan sonreír alguna vez, para que unos niños puedan comer pan y sentir como el aceite le chorrea por los labios, mientras unas mujeres de caras chupadas se sonreirán al verlos…

– ¡No¡ – gritando de pronto su horror, Andrés se planta de un salto en medio de la celda, apretando los puños hasta hacer blanquear los nudillos. Sus ojos cargados de sangre están furiosamente dilatados y su boca escupe rabiosamente las palabras a la cara del Bravillo – ¡No¡ – grita hasta enloquecer – ¡Ustedes no pueden hacer eso¡ ¡Ustedes no pueden matar¡. ¡La sangre de un hombre no se puede romper como un trozo de papel¡. ¡La vida es siempre sagrada¡. ¡Matar, matar, matar¡. ¡No se puede matar para dar la vida¡.

Se lanza de pronto sobre él, atenazándole por la camisa con fuerzas que duplica su rabiosa exaltación. El Mojino salta a su vez, agarrándolo por los hombros.

– ¡Quieto, Mojino¡ – ordena imperioso el Bravillo, dando un salto hacia atrás y arrastrando consigo a Andrés, mientras pone sus manos sobre las suyas agarrotadas – ¡Yo solo me basto¡.

– ¡Y ustedes quieren que yo diga que sí, que eso es justo y admirable¡ – continúa gritando, mientras le sacude convulsivamente por el cuello – ¡Que hay que matar a un hombre para que los otros vivan, que sólo así se puede instalar la justicia en la tierra, matando hombres¡ ¡no¡ – vuelve a gritar con más fuerza – ¡Yo no puedo consentir esos¡ ¡Yo no puedo creer eso¡.

Sus gritos acaban de pronto en un ronco estertor. Sus manos se abren lentamente, soltando la camisa del campesino y deslizándose a lo largo de su cuerpo, mientras él cae de rodillas, presa de una crisis nerviosa que convulsiona su cuerpo en sollozos. Permanece a currucas en el suelo, totalmente derrumbado.

El Bravillo lo mira con una infinita piedad. Se agacha y lo agarra por los brazos, levantándolo. La cara de Andrés está llena de lágrimas, que él se seca con rabia. Su cuerpo todavía se estremece en convulsiones mientras vuelve la cara, evitando la mirada del otro. El jornalero lo conduce hasta la cama, haciéndole sentarse en ella.

– ¡Pobre pequeño¡ – su mano callosa, conmovida, le acaricia torpemente un hombro – ¡Cuánto tienes todavía que ver¡.

Su boca tiene un pliegue infinitamente amargo, mientras observa al muchacho, que se va calmando poco a poco.

– Escúchame – se inclina sobre él, halándole con la mayor dulzura posible – ¿cómo te llamas?.

– Andrés.

– Pues bien, Andrés, tranquilízate – lo golpea suavemente en la espalda – Ya sé que es muy rudo para ti… Pero vamos, tranquilízate…

Andrés sigue con la cabeza baja, apretando un pañuelo entre sus manos.

– No – murmura con obstinación – eso no…

– Bueno… Pero… ¿te encuentras ya más tranquilo?.

El muchacho asiente con la cabeza.

– Sí…

– Va a ser algo largo.

– No importa – dice, mirándole con firmeza – dígame lo que sea.

– Bien, entonces, escúchame – el Bravillo se levanta, sentándose en el reclinatorio y quedando con su cabeza a la altura de la de Andrés – voy a hablarte con una sinceridad como pocas veces la he tenido en mi vida, una sinceridad total. Tú consideras que la vida es sagrada porque eres un hombre puro, Andrés, pero nosotros, los que hemos nacido y vivido siempre en el campo, no entendemos nada de eso. Pero hay algo que nos da la medida de lo que la vida vale, de lo que para un campesino que sólo tiene sus brazos, significa vivir. Todo nuestro concepto de la vida está condicionado por el impacto brutal que recibimos al tomar

conciencia de que la vida existe. Ya desde pequeños sentimos el calor del sol sobre nuestros cuerpos desnudos, el cielo azul sobre nuestras cabezas, el fuego de las eras cuando seguimos en su faena a nuestros padres, el temblor que tiene el cuerpo de nuestra madre cuando nos aprieta contra su pecho para darnos calor en las noches de invierno… Y a pesar de todo sentimos que la vida es hermosa, que hay un gozo de vivir en todo lo que existe. Pero luego vamos creciendo y dándonos cuenta… Yo no fui siquiera a la escuela. A los ocho años iba detrás de mi padre recogiendo rastrojos. Cuando tuve doce, cayó un libro en mis manos. Un libro que hablaba de un caballero loco que se fue por el mundo a deshacer entuertos. Yo no sabía leer, pero con aquel libro, aprendí. Me divertía aquella historia de los molinos y los discursos del tipo. A los quince años ya empezaba a ver claro. Sentía que por todo el cuerpo me roían gusanos cuando veía cosas. Mi padre era un pobre hombre que cuando venía del trabajo, ya oscurecido, se ponía a mirar la tierra y el cielo con ojos estúpidos. Pero a veces decía cosas que se me quedaban grabadas. No olvidaré nunca una tarde que vino con una capacha de tagarninas en la mano. Se sentó en el suelo, cogió una y durante mucho rato, la mantuvo a la altura de sus ojos. Me miró y la puso contra el sol poniente, extendiendo el brazo: “Mira, Juan… Esto hará… La Revolución Universal”. Ahora pienso que podría quizá haber sido una gran hombre si hubiera tenido ocasión. ¡Quién sabe¡. A veces tenía un destello de inteligencia en los ojos, que se le apagaba enseguida. Se le atrofió el cerebro, no cabe duda. Un día me fui con dos más a trabajar a unas eras a veinte kilómetros y cuando volví a la semana, estaba muerto. Su expresión de miedo continuo había desaparecido, con la cara tranquila como nunca la había visto. Sus palabras de entonces se me antojaron una profecía.

Se queda callado unos momentos, con la mirada poblada de recuerdos.

– Yo no tenía nada que hacer allí. Mi madre había muerto hacía tiempo. Enterré a mi padre y cogiendo unas alforjas con alguna comida, el libro y la tagarnina que era toda su herencia, me eché a rodar por España, Andalucía, Extremadura, Castilla, León, ésas fueron mis principales rutas. Pero tenía curiosidad por todas. Viví temporadas en todos los rincones y pasé hambres de todos los colores. Así me fui

haciendo. Era buen jornalero y rendía en todas partes. Y fue reuniendo inquietudes en todos los campos. Los hombres nacían, vivían y morían y muchos no se daban cuenta de por qué, de por qué vivían en la miseria, de por qué comían pan abundante unos días y otros tenían que apretarse la barriga y apretárselas a sus hijos. Pero se iniciaba un despertar. Había hombres que hablaban ya, que gritaban como animales triturados, que sentían que la vida podía llegar un día a ser hermosa y que no se resignaban a morir sin conocer su belleza. Hombres a los que se hablaba de fundar una cooperativa y se quedaban fríos, pero que tendían sus manos ardientes si se les ofrecía una bomba. <y yo sabía que aquello había que cambiarlo, que la bomba sirve a veces, pero que la mayoría de los casos sólo hace saltar. No consigue más. Me hice buhonero de libros y empecé a venderlos como pan. Aquello era su pan, yo estaba seguro. Aunque luego vi tantas cosas… Los hombres no tenían dinero, pero a mí tampoco me hacía falta. Teniendo un fuego donde calentarme, un pedazo de pan que comer y un poco de paja para dormir, estaba contento. Se enteraron de los libros que vendía y me metieron en la cárcel. Estuve seis meses. Cuando salí continué vendiendo con más preocupaciones. Tardaron esta vez un año en volver a pescarme, porque cambiaba continuamente de ruta y bordeaba las poblaciones. Estuve preso dos años, pero no importaba. Esos mismos libros que vendía, los encontré en la cárcel, a escondidas, claro. Allí puede leerlos con más detención. Y empecé a pensar con todas mis fuerzas y el libro del loco caballero se llenó para mí entonces de sentido. Detrás de los molinos, de los cabreros burlones, de los galeotes desagradecidos, yo ya veía otras cosas. Mundos, mundos, mundos. Mundos enormes, significados terribles a cosas que me habían parecido siempre triviales. Mi cultura aumentaba. Mientras más sabía, más quería saber. Cuando salí de rejas, me advirtieron seriamente. Yo dije que no había necesidad, que allí había aprendido mucho y que no volvería a vender libros. Me felicitaron por mis buenas disposiciones y aun me ofrecieron una colocación de ropavejero en la ciudad. Yo dije que no, que había heredado unos cuartos en mi pueblo y que pensaba poner un tabernucho. Lo primero era verdad. Había aprendido bastante y no pensaba volver a vender libros. Podía haberme quedado en la ciudad. Con lo que ya sabía, podía haber encontrado allí cualquier

cosa. Pero el campo me atraía de una manera invencible. Yo quería a los campesinos, sentía su dolor como mío, yo mismo era un jornalero como ellos. Yo los quería con todas sus cerrilidades, sus egoísmos y sus triquiñuelas, yo amaba su voz y sus manos calientes que imploran y su piel, la más llagada de todas las pieles… Yo amaba su miedo continuo al bordel del hambre, del fuego del cielo y del agua desbordante, porque quería con todas mis fuerzas desterrarlo para siempre y verlos quitarse su máscara, su máscara triste y estúpida de siglos. Y que sonrieran a la vida y que sintieran en cada uno de sus poros calientes que la vida valía la pena de vivirse.

– Fui anarquista y actuaba de enlace en la Confederación. Hacía faenas de todas clases, chapuzas, menesteres pequeños que me permitían vivir. El 35 me casé. Era un chaval todavía y me establecía en "La Guindalilla" con don Enrique Valle, el propietario anterior. Las condiciones eran malas, pero yo esperaba mejorarían pronto. Vino la guerra y combatí en una unidad de mi Organización, la anarcosindicalista. Recorrí de nuevo toda España y llegué a comandante. El 39 tuvimos que meternos en Francia, donde vivimos como pudimos. Los franceses en general se portaron inmejorable. Cuando llegó la guerra mundial, me metí de nuevo en España y como pude, andando con cien ojos, porque había patrullas por todas partes, llegué a Andalucía. Aquí seguía ella. No le había pasado nada, pero el chiquitín había muerto. Yo había esperado hacer algo grande de él. Todo estaba vigilado, muchos compañeros habían muerto en la guerra, otros habían sido fusilados, otros estaban presos, no existían Federaciones. Empecé la reorganización a la vez que trabajaba de día en el cortijo. Estaba fichado, pero había hecho promesa formal de consagrarme exclusivamente a mi trabajo, sin meterme para nada en política. Por un milagro me dejaron tranquilo. Yo cumplí lo ofrecido, mi trabajo era reorganizar las federaciones de la Organización, tarea social, no política. Así hemos ido baqueteando durante todos estos años. Hemos sufrido persecuciones, encarcelamientos, muchos compañeros fusilados, yo he pasado muchas temporadas en la cárcel, pero todo estaba previsto y no han podido probarme nunca nada. Y con el nuevo amo, estos últimos diez años en "La Guindalilla" han sido de prueba. En todas las regiones campesinas, no hablemos ya de las ciudades,

desde el fin de la guerra se han producido hechos que claman al cielo. En Andalucía, injusticias a montones. El caso nuestro es sólo una pequeñísima parte de miles de hechos que se producen continuamente en todos los sitios donde las propiedades son tan inmensas. Unas veces son directo los amos, otras los capataces o los encargados que sólo ven por los ojos de los que los pagan. Y en "La Guindalilla" todo ha venido a fulminar el mes pasado. Hambre o muerte, esa es la solución que se nos ha ofrecido. Y, aunque no en la forma que él creía, hemos escogido muerte. Reunidos mil doscientos compañeros, trabajadores de cinco pueblos, se ha elegido el tribunal popular que integramos los tres. El Seras, el Mojino y yo. Esos es todo. Si no hay nadie, absolutamente nadie en el mundo que nos haga justicia, es preciso que nos la hagamos nosotros mismos.

– No se puede decir que esos ocho hombres hayan sido matados por él.

Andrés se ha levantado y mira fijamente al Bravillo. Este se alza a su vez.

– ¿Qué es preciso entones? – barbota, brotando de sus ojos una llamarada – ¿Es que solamente se mata con un cuchillo?. ¿Es que la muerte por hambre no es una muerte tan segura como la de un cuchillo?. ¿Es que no se ha matado a esos hombres como si los hubieran metido en agua hasta ahogarlos?.

Sin poder resistir aquellos ojos que lo queman como brasas, Andrés vuelve la cabeza.

– No sé… – murmura.

Cuando deliberadamente se crean las condiciones para que la muerte de un hombre se produzca y se mantienen contra otros hombres esas condiciones a sabiendas de sus consecuencias y pudiendo fácilmente remediarlas, el hombre que mantiene esas condiciones, es un asesino.

– ¡Matar¡ – la voz de Andrés es muy baja. Sus ojos permanecen fijos en la cruz que preside la mesa. La señala – aquel lo prohibió. Murió por todos.

– Los ojos del Bravillo relumbran. Extiende el brazo:

– Si hace falta mi vida para que mañana todos los que están en el campo conmigo puedan vivir, que me claven en un madero como a ése.

Andrés siente que algo se le agarrota muy adentro, como una tenaza de hierro súbitamente introducida en su carne. El silencio parece llenarse de pronto de latidos terribles. La luz amarillenta del cirio, trazando sombras chinescas en las paredes, refleja el cuerpo del Seras, que se adelanta con las manos extendidas.

– No hay necesidad de discutir ya.

Todos le miran, sorprendidos. El Bravillo pega un salto, agarrándolo fuertemente por el brazo. Ve a Miguel

– ¿Qué has hechos? – grita.

La luz mortecina y cambiante del velón alumbra la cara impasible del viejo.

– Lo acabo de matar.

– ¿Qué has hecho, Seras? – el campesino, furioso, lo sacude con fuerza por el cuello, sin que el otro se mueva siquiera.

– Te habías olvidado de una cosa – dice muy bajo.

– ¿Qué?.

– Que el Rufino era mi hijo. Ibas a perdonarlo ¿no?.

El Bravillo vuelve la cabeza evitando su mirada y soltándolo.

– No sé… – murmura.

Andrés contempla la escena con los ojos atónitos. Miguel yace en la silla en una postura grotesca, con las ciegas cuencas muy abiertas. Un canalillo de sangre va saliendo con lentitud de su costado izquierdo y va empapando la túnica, la silla, el suelo, donde forma un charco.

– ¡Asesino¡ ¡Asesino¡.

Ante el asombro de todos, el muchacho sacude convulsivamente al Seras, que no se defiende. Le da un terrible empujón, tirándolo contra la pared. Luego de un salto sale de la estancia, precipitándose escaleras abajo.

Doña María Luisa, luto riguroso, alarga el libro a su marido:

– ¿Lo has encontrado con facilidad?

– Si, donde tú me habías dicho.

Metido dentro del gran lecho matrimonial, coge el volumen con fatiga entre sus manos huesudas. La muerte de Miguel ha hecho que Don Pedro cayera en cama como fulminado. Su mujer lo mira con preocupación a través de sus enrojecidos ojos.

– Tráeme la pluma y las gafas.

Ella va a buscarlas a la chaqueta, alargándoselas.

– Arréglame los almohadones.

Él se incorpora para facilitarle el arreglo, empezando a escribir.

– No te canses mucho, Pedro.

– Hay que registrar las últimas cosas que han pasado – le contesta él monótonamente, sin mirarla.

Es un atardecer triste, que deja filtrar una luz cenizosa por la entreabierta ventana. Ha estado lloviendo todo el día y eso ha contribuido a despejar la atmósfera cargada de días atrás. Sin embargo, espesas nubes entoldan el cielo.

– ¿Quién es? – pregunta él de ponto.

Su mujer lo mira con sorpresa. Con la enfermedad no se le escapa el menor ruido de la casa.

– Voy a ver – dice, saliendo de la habitación.

Vuelve a entrar al cabo de un momento. Detrás de ella se perfila borrosamente una silueta. La luz del flexor que el enfermo ha encendido no alcanza a definirla.

– Es don Alejo, Pedro.

– ¡Ah, vamos¡.

– Buenas tardes – saluda el médico, sentándose en una silla a la cabecera – ¿Cómo se anda hoy, don Pedro? – Se inclina sobre la cama y la luz se hunde entre sus espesos cabellos grises, chupándole más aún la cara seca y magra.

El enfermo se vuelve, con la pluma sobre el libros abierto.

– Peor, don Alejo – dice, moviendo desesperanzadoramente la cabeza – son ya demasiadas cosas.

– Vamos, don Pedro – le anima el otro – no hay que ser pesimista. Que hoy no tiene usted mal aspecto.

El dueño de la tienda hace un gesto indiferente.

– Porque usted no quiere… Yo me veo.

– ¡Vamos, vamos¡. El ánimo ¿cómo le va?

Don Pedro le mira con tal expresión que le hace desviar los ojos.

– ¿Cómo me puede ir, don Alejo? – dice, con una fatiga inmensa.

Doña María Luisa, sentada al pie de la cama, cierra un momento los ojos, crispando sus manos sobre la colcha gris. ¡Oh, Dios¡. El dolor de verlo impotente la está destrozando. Es como si a una le patearan de continuo el corazón.

La puerta de la habitación se entreabre con un breve ruido.

– El señor Rozas – anuncia Felisa.

– Dile que pase.

Entra el apoderado con la desenvoltura de quien conoce bien el terreno.

– Buenas tardes.

– Hola, Felipe – el anciano sonríe trabajosamente – aquí está don Alejo dándome la lata. Se cree que voy a pedirle permiso para morirme.

– ¿Quién habla de morirse? – Tercia el doctor, volviéndose a Rozas con un ademán ambiguo – Todavía…

Don Pedro levanta la cabeza mirándolo con amargura.

– Todavía, ¿qué?. ¿Todavía más?.

Todos callan en un penoso silencio. Rozas se acomoda en una silla a los pies de la cama. Don Alejo se lleva una mano a la boca, pensativo. Doña María Luisa suspira muy bajo. Un coche pasa por la calle y la luz de sus faros gira en la pared para apagarse enseguida en un gigantesco parpadeo.

– Perdonen, pero tengo que seguir escribiendo – anuncia don Pedro, prosiguiendo su tarea.

El médico se levanta, despidiéndose de ambos con un ligero apretón de manos. Doña María Luisa lo acompaña ala salida, dejando solos a los dos hombres.

– ¿Quiere que me marche, don Pedro?.

Este continúa escribiendo durante unos momentos. Sin alzar la cabeza, dice:

– No, Felipe, quédate. Tenemos que hablar.

Ella vuelve, echando una ojeada al cuarto para ver si todo está en orden.

– ¿Quieres dejarnos solos, María Luisa? – dice él, dejando el libro a un lado – Felipe y yo tenemos que hablar.

Ella lo mira indecisa.

– Procura no cansarte mucho.

– ¡Psht¡ – el tiene unos ojos ausente – si no lo hago ahora, no tendré ya tiempo.

Su mujer, ahogando un suspira entre sus labios prietos, vuelve a arreglarle la cabecera, saliendo a seguido del cuarto. El se recuesta sobre los almohadones, hablando con fatiga:

– Estoy anotando los últimos acontecimientos… – sus ojos miran al frente, vacíos – la muerte de Miguel.

– Todo está empantanado – dice Rozas – y hoy hace ocho días…

– Sí – le replica don Pedro con cansancio – ese García y sus policías son todos unos imbéciles.

– Por lo que él dice, se mueve mucho.

– ¡Bah¡ ¿Qué es lo que dice siempre la policía? – exclama el viejo, dando de lado la cuestión con un gesto brusco – bueno, dejemos eso… Al pobre Miguel no se le puede hacer nada con hablar. Lo que yo quiero es castigar a su asesino.

Deja el libro abierto sobre la mesa, quitándose pensativamente las gafas.

– Con Miguel no hay que contar – susurra muy bajo – quedan los tres peores. Eduardo, José y el niño… – se pasa la lengua por los labios resecos, mirando expectante a rozas – Felipe, nunca te he hecho la pregunta, pero… ¿Qué piensas tú de los tres?.

El apoderado se mueve intranquilo, considerando con atención al hombre que tiene delante. Ha dicho don Alejo que no vuelve a levantarse, pues lo del hijo ha sido para él el golpe de gracia. Los ojos se le mueven cansados y escépticos y sus gestos han perdido la elasticidad que tenían hace dos semanas.

– José es un elemento que vale, lo sabe usted.

– Sí – le replica el viejo con ligera impaciencia – y Eduardo y Juanjo que no valen, pero no es eso lo que te pregunto… Si tú estuvieras en mi lugar, ¿qué harías?.

Rozas deja transcurrir una pausa.

– Pensaría… que tengo una hija.

El enfermo se yergue con brusquedad, apretando enérgicamente la boca.

– Descartado – dice en tono cortante – no hay nada que hacer. Otra cosa.

El apoderado se inclina sobre la cama.

– Mire usted, don Pedro. Si José quisiera, no habría problema. Física y mentalmente está capacitado para dirigir la tienda, pero usted ya conoce su manera de pensar.

A don Pedro le asalta de pronto la horrible idea, que articula mirando con aprensión a Rozas.

– ¿Tú crees que cuando yo muera él tratará de venderla?, porque los otros no serán difíciles de convencer. Con tal de no trabajar…

– Está su señora.

El anciano se revuelve incómodo entre las sábanas.

– Mujeres… – ,murmura con despecho – mujeres por todas partes… mi mujer, mi hija… no – deniega al fin con un gesto rotundo.

– La tienda puede quedar bajo doña María Luisa. ¿Por qué no?. Y ellos continuar como hasta ahora.

– Y tú dirigiéndola.

– ¿Qué solución, si no?. Si no admite a su hija…

Don Pedro rehúsa vigorosamente con la cabeza.

– Ni la nombres siguiera. Descartada, descartada de una vez por todas.

Se pone a tabalear con los dedos sobre el libro abierto y echándose hacia atrás, entorna los ojos.

– ¡Vaya, vaya¡ – susurra – Miguel, a pesar de todo, podía haber servido… José… con el dinero que me ha costado… Porque Eduardo, nada… El niño, menos…

El apoderado se muerde los labios, guardando silencio. La obstinación del anciano le pone ligeramente nerviosos. Don Pedro no

quiere convencerse, por lo visto, de que no hay nada que hacer. Si pudiera…

Unos pasos se oyen de pronto en la antesala. La puerta gira empujada por José, que permanece en el centro del umbral, observando.

– Buenas tardes – saluda, mientras avanza muy despacio hasta los pies de la cama. El pañuelo blanco del bolsillo alto de la chaqueta armoniza con su rostro de yeso, destacados ambos contra el traje negro.

– Hola, José – le contesta rozas.

El viejo, saliendo de su penosa abstracción, se limita a gestear con la cabeza.

– ¿Cómo te encuentras, papá?.

– Igual, hijo – dice con fatiga – Ya sabes que de ésta

– Nada, papá – José se frota las manos con fuerza, pero desvía la vista de los inexpresivos ojos de su padre – dentro de nada, como nuevo.

– ¡Je¡ – Don Pedro frunce sarcástico los labios – cada uno sabe su hora.

Hay una larga pausa. José se inclina, apoyándose de codos sobre el espaldar inferior del lecho. Don Pedro cierra el libros y lo guarda en la mesilla de noche.

– ¿El libro de la familia?.

– Sí – su padre lo mira muy fijo – acabo de anotar la muerte de tu hermano.

José levanta las cejas.

– Todavía no se sabe nada.

– Nada.

Otra laguna de silencio en la enrarecida atmósfera del cuarto. José se mete las manos en los bolsillos con aire preocupado, dirigiéndose a la ventana a escrutar la calle.

– Mal tiempo – comenta – y estamos en abril.

Rozas asiente sin decir palabra, observándolo con interés. José se retira de la ventana y vuelve a su sitio de antes. Juguetea nerviosamente con los borlones de la colcha, cruzando unos con otros y tratando de anudarlos. Los deja caer de pronto y se pasa una mano por los cabellos.

– Papá – la voz le sale floja, apenas audible.

Su padre lo mira expectante, afilado de ojos. José se pasa una lengua torpe por sus labios resecos.

– Como Felipe es de confianza – dice con timidez – verás… Es que he hecho últimamente unos gastillos… y tengo otros a la vista que…

El rostro de don Pedro se desencaja de pronto.

– ¡La feria¡ ¿eh? – barbota sarcástico, con pupilas irritadas por la cólera – ¿Qué vas a celebrar? ¡Una doble muerte¡ ¿no?. La de tu hermanos y la mía, claro.

José suda copiosamente, con labios temblorosos que no encuentran palabras. A su cara ha subido de repente un vapor de sangre.

– ¡Papá, por Dios…¡ – extiende las manos, sin saber como continuar.

Don Pedro alarga un brazo con furia:

– ¡Ya ves, Felipe¡. El señorito lo que piensa es en banquetearse, ahora que sabe que el papá va a morirse. No puede esperar a que yo cierre los ojos.

José no acierta a responder, agachando confundido la cabeza.

– para banquetitos ¡claro¡.

El ruido de pasos en la antesala se detiene ante la puerta, que se abre con preocupación.

– Hola, papá.

– Hola, abuelo.

– Hola, Rozas.

Eduardo y Juanjo, enfundados en negro, entran en la estancia. El viejo los mira con las cejas muy fruncidas, poseído aún de su arrebato. Rozas habla con rapidez, dirigiéndose a Eduardo:

– ¿Qué tal, liquidaste las facturas de la Lizarazu?.

Este carraspea un poco antes de responder.

– No, había algo raro, no sé qué de tantos por ciento. Las he dejado para mañana.

Su padre lo mira con furia, incorporándose violentamente en la cama.

– ¡Todo se deja aquí para mañana¡ – le vocifera en la cara – Cuando te llegue la negra, también vas a dejarlo para mañana ¿no?.

Eduardo retrocede un paso, sin saber donde meterse.

– Pero, papá… – balbuceo con torpeza, quedándose con la boca medio abierta.

El viejo abarca el grupo en una ojeada, estudiando sus caras con encono. La degeneración que ve en los rostros de Eduardo y Juanjo le hace apretar las manos hasta clavarse las uñas.

– Ya estamos aquí reunidos todos los Duarte – dice con amargo sarcasmo – ¡Los ilustres Duarte¡ ¡Vaya familia¡ ¿De donde habéis salido todos? ¿De mí? ¡Pero será posible¡

José aparta a Eduardo de un brusco manotazo, adelantándose con la mandíbula tensa y los ojos afiebrados y malignos. Su cara está lívida, como golpeada, y sus labios se le agitan incontenibles. Engarfiando rabiosamente sus manos sobre el espaldar, trata de conducir sus palabras, que le restallan silbantes entre los dientes apretados.

– ¡Hemos salido de donde nos han hecho, papá¡ – barbota, escupiendo sobre le lecho menudas partículas de saliva – según nos hacen, así respondemos. Todos, Eduardo, yo, Juanjo, el mismo Miguel. Ninguno ¿te enteras?. Ninguno hemos salido de la nada. ¿Crees que tenemos toda la culpa de ser como somos?. ¡No¡ – restalla rabiosos – los hombres salen de los ambientes en que viven, como los sapos de las charcas. Nosotros, este hombre y este otro – señala a Eduardo y a Juanjo – y yo mismo, hemos brotado de esa cosa podrida, muerta y repelente que es la cuna de muchos en esta ciudad vieja, estúpida y ñona. Aquí se estudia a los hombres y cuando se los ha catalogado, se les empuja en la dirección contraria a la suya, a la que ellos hubieran tomado. Se les detiene cuando habría que empujarlos, se les empuja cuando habría que detenerlos. Es los único que da de sí esta sociedad retrógrada y mezquina. ¿Es que tú crees que podrías haber hecho de mí un mandamás de la tienda?. ¿O de Eduardo o de Juanjo?. El que mejor te entendió fue Miguel, con ése no te valieron chinitas. Ni con tu hija, los dos mejores. Ellos sabían lo que querían y lucharon por ello. El ha muerto, ella como si hubiera muerto para ti. ¡Esa es tu familia, la que tú has creado con tu cerril egoísmo¡.

– ¡Cállate¡ – le grita su padre, con la cara desencajada.

– ¡No quiero¡ – grita José más alto – ¡la tienda es todo para ti¡. Acumular, acumular, acumular. Y nosotros ¿qué?, si hubieras podido, nos habrías amarrado a las mesas con cadenas. Todo lo has sacrificado

por ella, tus hijos, tu mujer, tú mismo… – Baja de pronto la voz, hablando amargo – ¿crees que valía la pena, papá?. Y ahora, ¿qué encuentras? ¡Nada¡ Que no hay quien de los tuyos quiera la tienda…

– Pero hay otros que se harán cargo de ella – dice el viejo masticando con fuerza las palabras – y vosotros no tendréis un céntimo, ¿estamos?.

– Papá – interviene Eduardo adelantándose – nosotros hacemos lo que podemos…

– ¡No¡ – le grita su padre, apretando los puños – menos, mucho menos de lo que podéis. ¿Qué hace el otro? ¡Hablar de toros y de fútbol¡ ¿Qué hace el inteligente José? ¡Pajaritas¡. Aquí los únicos que hemos mantenido el negocio, Rozas y yo. Sin nosotros, todo se habría venido abajo hace tiempo. Pero cuando yo muera, todo estará arreglado para que la tienda siga como hasta aquí.

José se encoge de hombros.

– Haz lo que quieras, papá – dice, saliendo con rapidez de la habitación.

– Nosotros hacemos lo que podemos – repite Eduardo.

Su padre lo mira furioso.

– Eso es lo único que sabes decir. ¡Dilo otra vez, hombre¡.

Eduardo baja la cabeza, confuso.

– Y el otro, a tu lado, como un poste. No sabe ni abrir la boca ¿es que estás borracho?.

– ¿Yo qué quieres que te diga, abuelo? – Juanjo no levanta la vista de la alfombra – yo trabajo también en la tienda.

– ¿Y será cínico? – don Pedro se deja caer sobre la almohada con una risa amarga – ¡dice que trabaja¡ – extendiendo de pronto el brazo hacia la puerta – ¡Marchaos, marchaos¡.

A paso lento, cabeza gacha, abandonan los dos el cuarto. Eduardo echa aún desde la puerta una mirada de perro apaleado. Don Pedro se vuelve hacia Rozas.

– ¿Qué te parece, Felipe, los hijos que me han tocado?.

Insultándome encima…

– José desde luego es una lástima…

– Sí – el enfermo humilla la cabeza, respirando con violencia – él es el único que tiene nervio, pero con los nervios desquiciados, con

la cabeza llena de ideas absurdas. No abandona por nada del mundo su obsesión aquella de la milicia. ¡Como si allí fuera a encontrar las facilidades que aquí…¡.

Rozas menea la cabeza, dubitativo.

– No es cuestión de facilidades, don Pedro, lo sabe usted.

El anciano se deja caer sobre la cama, respirando con fatiga.

– Ya, ya se ha hablado de eso – dice , apartando el tema con un ademán brusco – esta escena me ha dejado casi agotado – mirándolo con ligero aire de disculpa – ha sido bien desagradable, lo reconozco, pero créeme, Felipe, no había más remedio. He aguardado hasta última hora la reacción de José a la muerte de su hermano, a ver si por fin se decidía… Pero nada, lo único que se le ha ocurrido es pedir más dinero.

– Usted le lleva ya dado mucho.

– Sí, con la idiota esperanza de ver si quería, si les daba la gana de preocuparse de lo que al fin y al cabo, es suyo. Pero nada, no hay nada que hacer.

– ¿Qué piensa hacer usted, entonces?.

– Seguir tu consejo. Tú seguirás al frente de la tienda, hay que seguir defendiéndola. Ya sabes que tenemos un lobo a la puerta que quiere comérsela.

– Román.

– Sí, el granuja ése – Don Pedro se anima hablando. Un poco de color le nace en las mejillas y sus movimientos son más precisos – ya escuchaste a los dos compadres en la boda de la niña. Fue el otro el primero que lanzó la andanada, para despistar. Luego ha sido Román el que ha lanzado unos pildorazos. Tendiendo las redes a ver si queríamos pescar. Pero se va a llevar chasco ese lagarto.

– El quiere consolidarse como persona honorable.

– ¡Y, ya¡ Como tantos otros de aquí. ¡Valiente honorabilidad tiene algunos¡. Como para carcajearse… Y éste, como si no le bastara la joyería…

– Es que querrá entrar por la puerta grande, por lo visto.

– Mira, Rozas – explica decididamente don Pedro – la puerta grande nuestra admite a mucha gente que a veces no debiera. Pero en este caso al señor Román le va a resultar estrecha para su barriga. Yo ya le he dado a entender que naranjas de la China. Yo antes de

venderle la tienda a él, soy capaz de quemarla. Ha servido durante muchos años para un negocio limpio y no tengo ganas de que venga el primer bodoque a llenármela de basura. Mientras yo viva, no hay miedo. El sabe que yo soy inatacable. Pero ha cometido la imprudencia de levantar la caza antes de tiempo. Confiando en que el fracaso con mis hijos y que además soy ya viejo le facilitaría el camino, ha descubierto las baterías. Todavía no me ha hecho ninguna propuesta seria, pero desde la boda de la niña lo estoy viendo venir. Si hubiera aguardado a que yo me saliera de escena, habría tenido más probabilidades, pero ahora las cosas van a quedar amarradas con ancla – varía de tono, moviendo la cabeza con sarcasmo – son los lobos, Felipe, los lobos que tienen hambre y no quieren esperar… Pero en esta ocasión al amigo Román va a mascar en hueso, a pesar de lo retorcidos que tiene los colmillos. Mi testamento no va a dejar un hilo de donde él pueda tirar – se queda pensativo un momento, agregando a continuación – yo voy a seguir lo que tú me has dicho, ya que no veo otro remedio. Por lo pronto, yo confío en tu inteligencia y en tu habilidad para defender la tienda. Pero ten en cuenta que con estos lobos hace falta también mucha picardía y un rato de mala leche. Como ellos la tienen.

– Descuide usted, don Pedro. Usted dejando bien atados tos los cabos, no hay nada que temer. Yo ya me conozco bien a esta clase de gente.

– Mi mujer lo tendrá todo – sigue el anciano, reflejando una nueva vivacidad en sus ojos – eso reza el contrato de matrimonio. Ella será la dueña de todo, pero bajo tu completa administración. “La Guindalilla” es un buen negocio y si encuentras a alguien capacitado para dirigirla, podemos continuar con ella. Si no encontramos a nadie que merezca confianza, se vende. A lo mejor le interesa a Román. Eso no tendría inconveniente en vendérsela, naturalmente si la paga bien. Si no, no faltarán compradores. He estudiado aquello y hay buena extensión en que enterrando unos miles de duros, se puede transformar fácilmente en regadío. En fin, eso ya lo estudiaremos. Miguel había hecho unos proyectos que deben estar en el cortijo. A mí me parecieron muy buenos cuando me los expuso. Allí está ahora el capataz, Rodríguez. Tú puedes ir a verlo y que te dé todos los papeles del despacho. Aquí los estudiaremos y veremos lo que puede hacerse. Si se pudiera poner

al frente del cortijo algún buen técnico, miel sobre hojuelas. O algún campesino experimentado. Confío más en éstos, porque tienen amor de verdad a la tierra. En fin, todo depende de las reformas que haya que hacer en "La Guindalilla"… De todas formas, lo que primero hay que encontrar es un hábil hombre de confianza que no robe mucho o un técnico que aunque robe más, haga producir el cortijo. Eso te descargaría a ti de trabajo y responsabilidades de detalles. Tú lo revisarías todo y serías el administrador, naturalmente.

– Ya, ya… – asiente Rozas, mirando con asombro el cambio que se ha operado en don Pedro. Sus movimientos son más firmes y sus ojos relucen con un brillo que no es el enfermizo de días atrás.

– Bueno, por ahora eso es todo – remacha el anciano, dejándose caer pesadamente sobre los almohadones – yo voy a hacer que avisen a Olavide para el testamente y para darte poderes totales. Ahora estoy muy cansado y lo recibiré mañana. Haz el favor de decirle a mi mujer cuando salgas que me traiga ya la medicina. Creo que la necesito.

– Bien, don Pedro – Rozas se pone decididamente en pie, mirándolo con curiosidad – está usted transformado ¡caramba¡. Después de la escena…

El viejo sonríe con tristeza.

– El canto del cisne, Felipe. Yo no vuelvo a levantarme, como si lo estuviera viendo… Pero ahora todavía necesito fuerzas para defender mi obra. Eso es lo que me revive como un milagro. El imbécil de mi hijo cree que todo es el dinero, pero es algo más. Si hubiera sido eso, no tenía por qué haberle dado un céntimo – lo mira con expresión pensativa – todos los hombres somos algo canallas, Felipe, pero también tenemos todos algo intocable… yo he sido un egoísta toda mi vida, pero no para todas las cosas. Y con él no me he portado bien en una ocasión cegado por la tienda, por lo demás no tiene de qué quejarse – se queda callado unos momentos, tendiéndole la mano a continuación – bueno, basta de tabarra. Hasta mañana, Felipe. Ven a la hora de almorzar.

Rozas lo mira consideradamente un largo momento. Le estrecha la mano en silencio.

– Hasta mañana, don Pedro.

Baja la escalera, pensativo. Son ya las nueve y el levante que soplaba por la tarde ha despojado el firmamento de nubes, dando lugar a una noche templada. En el cielo marino guiñan algunas estrellas. El apoderado echa a andar hacia la Plaza Sarmiento.

De la bocacalle de San Francisco se acerca alguien que se detiene a su lado.

– Señor Rozas.

– ¿Eres tú, Andrés? – su jefe lo mira con curiosidad – ¿qué hay?.

– Quería hablarle.

– Bueno… dime lo que quieras.

– No aquí.

El apoderado lo mira con extrañeza.

– Pues… si quieres, podemos ir a un café ¿hace?.

El muchacho se pasa la lengua por los labios, sin abandonar su aire tenso.

– Señor rozas, un café… Preferiría otro sitio, la verdad.

– Vamos a mi casa, entonces.

Echan a andar hacia la calle Honda.

– Y… poco más o menos – pregunta Rozas con interés, observándolo atentamente – ¿de qué se trata.

El muchacho menea la cabeza sin responder.

– Asunto personal – dice al fin – es una consulta, un consejo que necesito.

– Ya.

En casa del apoderado sólo está una de las criadas.

– Doña Mercedes salió hace un cuarto de hora con la señorita. Dijeron que si usted venía, señor, que iban al Villavisión con los señores de Guiraldez.

– Entonces es que van a la tercera. Nosotros vamos al saloncito. Que no se nos moleste para nada.

– Ven aquí, Andrés – el dueño de la casa lo conduce por el brazo – en el saloncito estaremos más tranquilos. Siéntate ahí enfrente y si quieres una copa, ahí tienes una botella y servicio. Yo no bebo. Y cuando tú quieras.

– Gracias, señor Rozas – el joven se sirve – pero lo necesito.

Sus mejillas enflaquecidas tienen ya un poco de color.

Sus ojos aparecen cargados y su boca dibuja una mueca de cansancio. Su jefe lo observa con atención.

– Señor Rozas – el joven empieza a hablar muy despacio, con las mejillas tirantes, – es usted la única persona en quien encuentro la suficiente fuerza y comprensión para ayudarme… Esta última semana ha sido dura para mí, he tenido fiebres continuas y mis noches han sido de pesadilla. Lo que yo le quiero hablar no se relaciona nada con la tienda. Se trata – sus ojos buscan con avidez la reacción de rozas – de don Miguel Duarte.

El apoderado se echa hacia atrás con un movimiento brusco, pero se calla. El muchacho se pasa la lengua por los labios sedientos.

– Yo conozco cómo, quién y por qué mataron a don Miguel.

La mirada de Rozas escruta hasta el fondo su trastornada cara. Muy despacio, va desarrollando Andrés sus recuerdos del Martes Santo, su subida a la celda, su conversación con el Bravillo, su ataque, la historia del campesino, el brusco arrebato y la huída. El globo de cristal esparce una luz dulce sobre ambos, extendiéndose sobre la mesilla que los separa y los muebles de la estancia, que aparecen suavemente iluminados en sus contornos. La botella y las copas recogen la miríada de luces que brotan de la lámpara y la absorben en el vidrio negro, despidiéndolas en el cristal incoloro y brillante. El apoderado, echado hacia atrás, mantiene sus codos sobre los brazos del butacón rojo, a la vez que apoya la boca sobre sus manos unidas. Andrés está inclinado hacia delante con los codos en las rodillas y las manos inmóviles y cruzadas.

– Esoj es todo – dice cuando termina, recostándose con un suspiro de alivio.

Hay un silencio que se oye. Un coche pasa por la calle y el ruido entra por la ventana, extendiéndose en mil por la estancia. Las voces de la casa resuenan lejanas, como si hasta ahora no hubieran existido.

– Tú no sabes que hacer.

Andrés lo mira sombríamente.

– Sí, a don Miguel lo han matado y yo sé quién.

Rozas lo observa muy fijo y articula con lentitud:

– Un tribunal.

=Un tribunal?.

– Sí – dice el dueño de la casa con firmeza – aquello… era un tribunal.

– Lo mató el Seras.

– Alguien tiene que ejecutar. El verdugo.

– Yo no sé si lo que aquel hombre me dijo era verdad.

Rozas coge una de las copas entre sus manos, acunando su redondez entre ellas. La mira con atención y luego estudia sus reflejos a la luz de la lámpara. No mira al muchacho.

Lo era, Andrés. Todo lo que aquel hombre dijo iba a misa.

– ¿Usted cómo lo sabe?.

El apoderado deja la copa sobre la mesilla y lo mira con gravedad.

– Sabemos todo lo que pasa en el cortijo.

Andrés lo mira con asombro.

– ¿Por don Miguel?.

– No, por él. Y cuando digo “sabemos”, no me refiero a los de la tienda.

– ¿A quién entonces?.

Rozas vuelve a acunar la copa entre sus dedos.

– Aquel hombre era anarcosindicalista. Las cuestiones sociales ya no quedan encerradas en los límites de un cortijo.

Como el Bravillo sabía, hace años se inició un despertar. Ahora… se ha iniciado otro y hay corrientes de información que nos enteran de todas las cosas que pasan. Y entre esas cosas, la mayoría malas, claro, las de “La Guindalilla” es una de ellas.

Andrés lo escruta con ansiedad.

– Entonces… ¿Usted cree justo lo que ha pasado?–

Rozas se remueve inquieto, dejando la copa sobre la mesa.

– Por un lado, lo creo inevitable – dice con lentitud – por otro, no me parece injusto. Si a ti te llevan a un campo y te ponen en su lugar ¿obrarías de un modo muy distinto?. Mira a esos hombres. De un lado, muchas probabilidades de morirse. Del otro, también. Sueldos de hambre, siempre. Hace muy poco, según cifras recogidas por el Arzobispo de Valencia, el jornal medio para los trabajadores de la industria y del campo no llega ni a la mitad del mínimo indispensable para su subsistencia. ¿Qué te parece a ti? – Coge la botella y va echando líquido muy lentamente en la copa de Andrés – hay ciertos elementos

que quieren poner troncos para contener torrentes. Si los troncos son muy grandes y muy duros, el agua podrá ser contenida durante cierto tiempo, pero después, llega un día en que los troncos son destrozados sin remedio y el agua se desborda inundándolo todo, las buenas y las malas tierras.

Andrés frunce mucho las cejas.

– No le entiendo.

– No es difícil – el apoderado lo mira con gravedad, tendiéndole la copa – sustituye los troncos por hombres, el agua por hombres también y la que luego se desborda, por sangre. Aquel hombre te preguntó cuánto ganabas y si te pensabas casar pronto… Ahora tienes sólo veintidós años y has pensado vagamente en ello. Pero dentro de cuatro tendrás veintiséis y llevarás seis años de relaciones. ¿Podrás casarte ya?. La mayoría de los que están en la tienda se casan alrededor de los veintiocho o los treinta y eso después de estar reuniendo céntimo a céntimo durante cuatro o cinco años, si no más. Hay otros hombres que ni siquiera trabajan y que pueden casarse cuando les da la gana, a los dieciséis, a los veinte, a los cuarenta, porque tienen medios sobrados para ello. Esos hombres, muchas veces, son troncos. Y hay muchos como tú, que son agua. Y fíjate bien lo que te digo – añade, mirándolo con más seriedad que nunca – llegará un día, quizá muy próximo, en que tu novia se abrazará a ti como sólo saben abrazarse las mujeres al hombre que quieren, y entonces tú sentirás hasta lo más hondo que eso no puede seguir así. Y entonces – su voz vibra de pronto con mayor fuerza – tú serás una gota del torrente. De ese torrente que ha aplastado a don Miguel.

Andrés contempla a Rozas como si lo viera por primera vez. La mirada del apoderado tiene una serenidad inflexible, si boca, un gesto duro y austero.

– ¿Y eso no tiene solución?

– Por ahora…ésa.

El muchacho lo mira perplejo.

– Entonces… ¿Usted cree que lo mejor es que me calle?.

– Mira, Andrés, yo en tu lugar no diría nada. Y no tendría ni pesadillas ni escrúpulos de conciencia. Si hablaras, entonces posiblemente se extremarían las cosas. Y llegando al fondo de la

cuestión, no sabemos hasta qué punto los tribunales de una ciudad son más competentes que ése de que me acabas de hablar. Esto no quiere decir que yo apruebe lo que esos hombre han hecho, a eso habría que darle todavía unas cuantas vueltas, pero si a esos campesinos los coge la justicia, ésta no hace distingos. Corta. Y al fin y al cabo, lo que ellos han hechos es un a modo de justicia. Justicia bruta, no lo niego, pero con cierta respetable dosis de derecho. Si tú hablaras, las cosas se complicarían y entonces sí que habría injusticias de verdad.

Andrés se queda contemplándolo durante un largo rato. De su cara ha desaparecido la expresión inquieta que lo torturaba. Poniéndose en pie, saca un cigarro del bolsillo, encendiéndolo mientras observa al apoderado.

– No sé si te he convencido – dice éste, señalándole el asiento que ocupaba – pero ¿quieres volver a sentarte?.

El muchacho le obedece, con los ojos fijos en la alfombra.

– Me he quedado más tranquilo – dice – pero tengo que darle vueltas todavía a muchas cosas.

– Es natural – Rozas sonríe ligeramente – esa experiencia que has tenido no se da todos los días. Trastorna demasiado, pero a fin de cuentas es posible que eso sea fecundo para ti.

Andrés lo mira con incredulidad.

– Sí, sí… – sigue rozas, acentuando su vaga sonrisa – no me mires así… a veces un buen choque conviene. No tan duro como el que tú has recibido, claro… Pero luego queda un sedimento que templa el carácter – le señala la mesa –pero tómate otra copa, te sentará bien. Y ponte cómodo, haz el favor… porque tengo curiosidad, cuéntame… ¿qué es lo que escribes?.

El joven sonríe con algo de burla.

– ¡Bah¡. Eso no tiene importancia.

– ¿Quién ha dicho que no?.

– Al lado de esto…

– Todas las cosas tienen importancia. Lo que hay que saber es colocarlas en su sitio. Cuando pase algún tiempo, esto de ahora tendrá menos importancia y es posible que tus pinitos tengan mucha más.

Andrés se encoge de hombros, quedando pensativo.

– Es posible – dice – pero ahora no puedo hablar de eso.

– ¿Por qué no?. Cuando tienes algo entre ceja y ceja, no hay nada como meter otra cosa para desalojarla. ¿Qué es lo que escribes?.

– Ya sabe usted – le contesta, medio convencido – cuentos, impresiones…

– ¿De quién te notas influencias?.

– ¡Uf¡. Son tantos…

– ¡Magnífico¡. Eso es como decir ninguna.

Andrés sonríe. Su rostro está cambiado.

– Querría leer algo tuyo.

– No vale la pena.

– Bien, bien, me gusta tu modestia, pero no tanta. Un poquillo de orgullo es a veces como la sal en el puchero. Con que, quedamos en que me vas a dar a leer algo tuyo ¿no?.

– Si usted se empeña…

– ¡Ya lo creo que me empeño, hombre¡. En mis tiempos yo tuve también mi sarampión literario. Bueno, no totalmente, porque yo le echaba mucha pimienta política.

Andrés abre mucho los ojos.

– No lo sabía.

– Ya… ya…

– Me lo enseñará usted.

– Otro día, habrá ocasiones. Y… ¿qué proyectos tienes?.

– Por ahora leer, estudiar técnicas.

– Observa la vida, Andrés, mira lo que pasa a tu alrededor. Esa es tu materia prima, por mala que te parezca. El oficio viene luego sin querer. Abre los ojos y observa, deduce…

– Eso hago.

– Los libros sirven de mucho, claro. Te abren horizontes, pero no conviene atiborrarse de ellos. De vez en cuando hay que sentarse al balcón a ver pasar a la gente.

El joven se echa a reír.

– Ya veo que usted lo ha hecho.

Rozas ríe francamente también.

– ¡Ya lo creo¡. Y he aprendido mucho. En mis tiempos me ponía en la esquina de una calle y catalogaba tipos de toda hechuras. Es un deporte interesante. Y barato.

– No olvidaré eso.

– Y lo otro sepúltalo en tu cabeza. Que se quede en el fondo.

– No podré olvidarlo en toda mi vida.

– Sí… – asiente el apoderado – lo creo. Pero vendrán otras cosas y se amontonarán encima. Puede que un día ni te acuerdes. O mejor, que te acuerdes de tal manera que sepas colocarlo a su distancia exacta de ti.

– Creo que siempre estará muy encima.

– El tiempo lo dirá – dice Rozas, acompañándolo a la salida – el tiempo tiene una boca muy grande y se lo traga casi todo. Si la memoria no fuera olvidando poco a poco, no habría quien viviera.

– Adiós, señor Rozas sonríe Andrés, agradecido – y muchas gracias por todo.

– Llévame algo de lo tuyo a la tienda.

– Si usted se empeña…

Rozas le da una afectuosa palmada en la espalda.

– ¡Y vuelta, muchacho¡ ¿No te he dicho que me empeño?.

– Si, señor, se lo llevaré.

– Hasta mañana, pues.

– Hasta mañana. Buenas noches.

– ¡Dale, niña¡.

– Calla, malaje¡

En el centro de la caseta, bajo los cruces de cadenetas y farolillos, la gitana y el bailaor trenzan unas sevillanas. Las palmas acompasados se mezclan al castañeteo de los palillos. La guitarra está tirante de alambres y quejas.

– ¡Juy¡.

– ¡Viva tu mare¡.

– ¡Jalea, niño¡.

El corro, muchedumbre de manos que aplauden y pies que taconean, saluda con una ovación cada número. Un mocetón moreno, traje corto y sombrero de ala ancha, sigue las evoluciones de la pareja, jaleando. La caseta es un mosaico viviente de colores. Trajes cortos de caballista, campánulas de gitanas, murmullos de corrillos, con gente sentada y de pie. Mesas al fondo con copas y botellas, platos con aceitunas sevillanas, salchichón, pescado frito, sardinas, chanquetes de Málaga, bocas de la Isla. Cigarros, puros, licores, peinetas, ajorcas, labios pintados, ojos negros, piropos, requiebros, sal, jadeos, bailes, teces morenas, dientes blancos, humo, flores, canciones, vino, humor, deseo… Todo cabe en el estrecho recinto de una caseta de feria.

– ¡Manué¡ ¡tómate una copa¡.

El Puma fuma junto al corro. Le acompañan Juanjo, Torres y Urrutia. El hombrín maduro, de ojos vivarachos y cutis de cobre, se vuelve con parsimonia. Tare una copa en la mano.

– ¡A su salú, don Gacho¡ ¡Y a la suya, señores¡.

– Gracias. Pero cántanos algo, Manué – pide Urrutia.

– Todavía es pronto – el gitano se ajusta la chaquetilla – tengo que ponerme a tono. Además – indica el corro – con este jaleo, cualquierilla…

– Los echamos – dice Juanjo.

– ¡Juy, juy, don Juanito¡ ¡No ha dicho usté ná¡. Echar al trío del Briba… ¡Hasta que ellos quieran¡.

– La caseta es de nosotros – tercia el Puma.

– Ya pué sé del Papa. Cuando el trío se calienta, échele usté guindas al pavo.

– ¡Vaya, hombre' – El Puma se ladea muy flamencamente el sombrero – ¡Habrá que joderse¡.

El hombrín guiña un ojo y saca una enorme lengua, relamiéndose.

– Y además, yo necesito todavía un tentempié. Con su permiso, señores.

Se va a la mesa y echándose otra copa, empieza a picar en todos los platos que encuentra a su alcance. Vuelve al grupo, confidencial.

– Si de veras quieren ustedes que el trío se dé andana, yo pueo… – vuelve a guiñar mientras sacude el aire con la derecha. El Puma se acerca al corro y Manué le sigue.

– Déjalos por ahora. No se portan mal.

La pareja continua incansable trenzando baile tras baile.

La gente a su alrededor la jalea sin parar.

– ¡Venga, Briba¡ ¡Eres el más grande¡

– ¡Arse, niña¡ ¡Que te quedas atrás¡

– ¡Y tú, esaborío¡ ¿Te has cansao?

– ¡Cállate, deslenguá¡ ¿No ves que ahora no toca?.

El Puma se vuelve al grupo.

– No lo hacen mal. Pero están sobrando.

– ¿Les digo algo, don Gacho? – dice el gitano – que como se lo diga usté, va a costar Dios y ayuda…

El otro se muerde el bigote. Sus ojos relucen de pronto.

– ¡Cállate, Manué¡ ¡Van a salir de estampía¡.

– ¡Juy, juy, don Gacho¡ ¿Qué se le ha ocurrío a usté?. ¡Que usté es de peligro¡.

– Nada, hombre – replica tranquilo el Puma – una broma inocente. Nada de particular.

Entra en la trastienda y sale al momento arrastrando un pedazo de lona. Lo lleva a un rincón de la caseta y envuelve con él una silla, colocándola detrás de un enorme testero de cajas con botellas vacías.

– Está muy cerca – dice.

– ¿De qué, Puma? – pregunta Juanjo, acercándose.

– Ayudarme. De este testero vamos a hacer dos.

Sin comprender, van desmochando la cabeza de la montaña, colocando cajas a su lado hasta formar un nuevo promontorio. El Puma coloca detrás del nuevo testero la silla enfundada.

Crítico, mira su obra.

– Ya no está tan cerca de la pared. No es peligroso.

– ¿Qué vas a hacer?.

– Ya veréis. Ponerse delante. Taparme.

Saca su mechero y prende fuego a la loneta. Una leve columna de humo empieza a elevarse tras las cajas de botellas. Los otros se vuelven como el rayo.

– ¿Qué has hecho, Puma?.

– ¡Callarse, que no pasa nada¡ – dice imperioso, mientras avanza al centro de la caseta – ¡Gritad conmigo¡ ¡Y enseguida pirarse por la trastienda¡.

– ¡Fuego¡

– ¡Fuego¡

– ¡Fuego¡

– ¡Jesús¡

– ¡Fuego¡

– ¡Que nos quemamos tós¡

Al cabo de un cuarto de hora.

– ¿Qué os decía?.

El gitano pisotea la lona. Un humillo denso lo invade todo. Las puertas de la trastienda están abiertas de par en par.

– ¡Uf¡ ¡Vaya broma, don Gacho¡ ¡No estarán cabreaos¡

– ¡Qué va, hombre¡ Les ha hecho gracia.

– A pique de quemarlo tó, don Gacho. Esta ha sido inocente, menos mal… Porque se gasta usté unas que… ya, ya…

– Nada, hombre, esto es tapa entre dos copas… Bueno, Juanito, o tú, Paco… Porque tú te quedas aquí ¿no, Juanjo?

– Sí, hombre, no conviene que me vean.

– ¡Vaya por Dios¡. Con lo contento que estará allá Miguel de que tú te diviertas aquí.

– La gente, que es así.

– Ya. Iletrada y murmuradora – El Puma se dirige a Urrutia y a Torres – Bueno, ¿quién de los dos va por el bureo?. ¿Por qué no vais los dos?. Así lo traéis más pronto. Ya sabéis el sitio.

Torres se encoge de hombros.

– Por mí, conforme. ¿Vamos, Paco?.

– Tu, tu… – chasca el Puma, deteniéndolos – no salgáis por ahí. Por atrás. Todavía hay gente.

– ¿Los acompaño yo? – dice el gitano.

– No, hombre, tú te quedas aquí. ¿Qué vamos a hacer entretanto si no?.

– volvemos enseguida.

– Que estamos deseandito.

– Bueno, vamos a calentar un poco la tripa – se sientan los tres alrededor de una mesa y el Puma va sirviendo – Cántanos algo, Manué.

Este bebe, se levanta y coge la guitarra.

– Sin eso – ordena el Puma – Jondo. A seco.

– Como quiera, don Gacho, pero hay que estar más a tono.

– Bebe, como, ahí tienes.

– No es eso, pero allá va.

El gitano se marca una seguiriya:

Pensamiento mío
¿Adónde te vas?
No vayas a casa de quién tú solías
que no pués entrar.

El Puma se levanta, impaciente.

– No está mal, Manué. Pero te faltan grados.

– Otras veces te sale – dice Juanjo – empujas.

– ¡Juy¡ – exclama Manué – ¡No hace falta ná pa eso¡ Aquí estamos en la Siberia.

– Ahí tienes de todo – replica Juanjo, señalando la mesa – y Feria.

– ¡Juy, don Juanjo¡ ¡No hace falta ná¡ Noche, acompañamiento, ambiente… Y el corazón en su punto. ¡El embrujo¡.

– Descuida, hombre, que ahora lo tendrás.

– Aquí estamos – Torres aparece en la puerta – ahí vienen todos.

El Puma se adelanta.

– ¿Quién?.

– ¡Lo principá del cante¡ – una moza morena, gitana joven, salta al centro de la caseta – ¡Y del baile¡.

– Hola, Maruja.

– ¡Hola, don Gacho y compaña¡ ¿Qué me cuentas, Manué?

– ¡Penas¡

– ¡Vaya, hombre¡ Que te da por lo trágico.

– ¿Quién viene contigo? – pregunta Juanjo, mirándola goloso. Ella lo mira con picardía, echándose a reír.

– ¿Quién va a venir, don Juanjo? El de siempre.

– Ah, vamos. Paco.

– Mi novio, sí señó. Y el otro, el Antonio.

– Bueno, a ver si se lucen ustedes – Los ojos del Puma se animan – que hoy es la última Feria.

– Molíos que estamos, don Gacho, pero se echa el alma.

– ¿Una copa? – Torres reparte vino a los tres. Se forma el corro.

– ¿Qué va a sé? – pregunta el Antonio, templando la guitarra. Es un cincuentón tranquilo, de cabellos canos que asoman por la delantera del sombrero típico.

– Primero, teclea – dice la Maruja, batiendo palmas – Y tú, Manué, espabila que estamos en Feria.

– ¡Venga, niña¡ ¡Al arranque¡

Se inicia la sevillana. Paco y Maruja bordan el cante de Manué.

La pareja evoluciona con gracia, haciendo ritmo y rima del cantar. Los cuatro espectadores baten palmas cada uno a su estilo.

– ¡Don Juanjo, don Juanjo¡ – exclama el gitano en un intervalo – ¡que me clava usté las palmas¡

Juanjo se pone colorado y deja de tocarlas. Toman una copa. El ambiente se va caldeando. Un golpe suena en la puerta. El Puma va a abrir.

– ¿Quién?

– ¡Nosotros¡

– ¿Eres tú, Paco?

– ¡Dame un abrazo, Gacho¡ ¿Quién va a ser si no? ¡Y Pepe el de la bisutería, y Antonio, el yerno– conde, y tres tipas para montarlas¡ Y…¡asómbrate¡ ¡La Soledad¡

– pasad – invita el otro – acabamos de empezar. Pero ahora vamos a armarla en grande. ¿Vienen ustedes borrachos? ¿Qué tal, Soledad?.

Cifuentes y los otros entran en la caseta.

– ¿Es que hay que preguntarlo? – tercia Rivera. El yerno de Román es un hombre mediano de estatura, ojos claros y barbilla sacada – ¡Ya decía yo¡ Teníais que estar aquí.

¡Y venimos a armarla¡.

Se echan copas, se fuma y se toman tapas, se charla y vuelve a hacerse el corro. Román habla con la Soledad. La Soledad es mujer de cuarenta años y la mejor cantaora de la provincia.

– Está esto calentito – comenta el joyero.

– Ni la mitá, don José.

– Bueno – don Gacho hace una reverencia – pues de ti depende, Soledad.

– Cuando quieras – dice ésta al Antonio.

Todos se callan, serios. Saben lo que va a venir. El Antonio se toma una copa y empieza a rasguear. Sus ojillos están animados. Es la Soledad, la está acompañando en el cante grande.

La guitarra se conjura de misterio al embrujo de la debla. Sus sonidos nacen preñados de luces violentas. El aire denso de la caseta se espesa como una niebla química. La Soledad apura una copa y levanta la cabeza. Empieza a cantar.

La debla se desarrolla en sus escalones clásicos, se levanta, juega en el aire con llenos temblores. La Soledad juega con su voz, la hace fácil diablura del cante, la arranca viejos ecos de dormidas melodías, la hace acostarse, durmiendo cien sueños juntos.

– ¡Olé¡

– ¡Bien¡

– ¡Bravo¡

– ¡Viva tu mare, Soledad¡

Esta sonríe y se pasa una lengua por los labios.

– ¡Así se canta en Pigalle¡

Es el hombrín gitano, Manué. La Soledad se vuelve como si la hubiera mordido una serpiente. Sus ojos relumbran, sus manos se crispan un segundo, pero Manué la mira con frialdad. La mujer se va a la mesa y de un trago apura una copa de cazalla. Los ojos del Antonio relucen. ¡Ahora va a cantar la Soledad¡

Empieza a pulsar. La guitarra se agarra a la debla, se tritura en la búsqueda última de su esencia, se ahoga en clamor para respirar su

último grito. La garganta de la mujer desgarrada no es ya melodía viva, es el llanto y el himno de la libertad conseguida a través de la muerte de la forma. La debla no tiene ahora escalones clásicos, no se levanta ni juega en el aire ni hace diabluras ni trae resonancias melódicas de viejos ecos. Se ha empobrecido de formas para levantarse en un solo y único alarido, yéndose a buscar en la profundidad vieja de los siglos el misterio de la sangre, la pasión agónica y la corriente viva de donde fluye sin cesar el dolor de la raza, allí donde en ritmos mágicos brotan las esencias madres al conjuro milagroso del duende. El duende, manantial de la armonía sin reglas ni medidas, ha prendido en la Soledad, la ha vaciado de músicas externas y ha hecho brotar de su fondo el grito último, el grito de pasión y de sinceridad que pone en contacto con el tuétano del Amor vivo, el crisol donde – en vértices ganados al tiempo y al espacio – se funden los misteriosos universos del uno y el Todo.

La Soledad ha terminado. Alguien bebe una copa, alguien suspira, alguien ahoga un lamento. La debla está todavía viva en el corazón y en el aire. Todos parecen despertar de ese ensueño que durante unos minutos ha entretejido su vida en un ritmo más alto, más ardiente, pleno de esencias.

– Ahora sí, Soledad.

Es Manué, el gitano, Levanta una copa. Bebe como si quisiera echar adentro algo que se le ha quedado en la garganta.

– ¡Sensacional¡ – exclama Juanjo – Hay algo…

– ¡Todo¡ – El Puma aprueba con la cabeza.

– Ahora, una zambra – pide Román – que la parejita se despeine.

Se inicia la zambra. Después unas alegrías, más sevillanas. Todo va cobrando un humor espeso de cháchara y requiebro, de sensualidad y ritmo. Entran más amigos, la Soledad vuelve a cantar, la caseta se va llenando. Un velillo serpenteante se cierne sobre los grupos de cabezas, jugando entre las cadenetas, enroscándose a las caras difuminadas, girando en torno a las luces gelatinosas y amarillas. Juanjo, en un rincón, juguetea con la Corales. El Puma, recostado en una silla, bebe copa tras copa, sin perder la compostura. A su lado le babosea la Irene entre arrumacos. Román, con el sombrero ancho del hombrín dentro de su gruesa mano, lo hace girar como un tío– vivo, mientras se ríe a mares al ver la cara suplicante del gitano.

En otro grupo Juanito Torres baila por lo fino con una mozuela. Más allá, Paco Urrutia soba con disimulo a la Niña del Espejo. El Puma se levanta con los ojos turbios. La Irene se le cuelga del brazo.

– ¡Déjame, mujer¡

– ¡No seas malo, gachó¡

– ¡Te he dicho que sueltes¡ – le da un ligero empujón.

– Bueno, don gacho, no hay que ponerse así, hombre.

La Irene se acerca a Román, le quita el sombrero que éste se había colocado en la rodilla y se lo pone en la cabeza.

– Dame el sombrero, monada – ruega el gitano – no me gustan esas bromas.

– Y con el señor sí ¿eh, arrastrao? – contesta ella, encajándoselo mejor al joyero. Este la ciñe por la cintura y ella se le sienta en las rodillas.

– Hola, don Pepe – le rodea el cuello con los brazos.

– Hola, vida – Román la besa en un brazo. La Irene le corresponde en la frente.

– Déjame que te bese, salao.

– Lo que quieras, prenda.

Ella lo vuelve a besar. El joyero se ríe.

– Tómate una copa, niña.

– Y ciento, majo.

La moza se la bebe de un trago. Se le queda mirando.

– Pero… ¡Qué cabeza tienes, don Pepe¡ ¡Si te queda el sombrero en el aire¡ ¡El millón de ideas que tú guardas ahí dentro¡’

– Un poco menos, resalá.

– No me digas – contesta distraída, mirándolo a continuación insinuante – ¿Tienes ganas de… folklore?

– ¡Qué pregunta, mujer¡ Contigo en los brazos, no quiero otra.

– Si no te digo con otra ¡esaborío¡ – le empuja el pecho, confianzuda.

– Después. Ahora cuéntame cosas.

– ¿Qué quieres que te cuente? – se pone el sombrero en la cabeza – ¡Ja, ja¡ ¡Pero sí para mí misma es un granito de arena¡ ¡toma, Manué, que aquí sólo metes tu huesecito de aceituna¡

El gitano coge por fin su sombrero y se aleja más que de prisa. La Irene se queda mirando al joyero.

– Cuéntame un chiste – le pide éste.

Ella lo mira de través.

– ¿Cuál, el de mi vida?

– Sí, ¿por qué no?

– Mi vida es un chiste – ella tuerce la boca, con los ojos empequeñecidos – ¿tú crees…?

Román hace una mueca con los labios.

– Puede…

– Todas tenemos una tragedia aquí dentro – se toca el pecho, con ademán dramático.

– ¡Puf¡ Camelo.

– Tú no sabes, don Pepe… Ni la mitá de la mitá.

– ¡Huy' Que me ha salido sabia la niña. ¿Vas a contarme un folletín?

– Calla, malaje. Dame una copa.

El joyero se la alarga. Ella la apura sin respirar.

– ¿Te molesto? – le toca la rodilla – ¿Peso mucho?

– Si te pones al lado, será mejor. Como dos buenos amigos ¿hace?

– Los amigos – hay un asomo de sarcasmo en la voz de la Irene – ¿dónde están?

– ¿Nunca los has tenido?

La fulana se encoge de hombros, sentándose a su lado.

– Cuando una tiene de aquí – se toca el cuerpo – todos son amigos. Para esto – se inca el sexo – después…¡Psst¡

– ¡Vaya, mujer, que te ha dado por lo triste¡ ¿Tanto te ha pinchado la vida?

– ¡Juy, la vía¡ ¡Cuchillitos que tiene…¡

– ¡Vamos, mujer¡ – El Puma se le acerca y agarrándola del brazo, se la quiere llevar – ¡Vamos a calentar esto¡

– ¡La vía, don Pepe¡ – La Irene se vuelve a mirarlo, forzando una risa, con un gesto de quien le da todo igual – ya ve usté…

Román mueve la cabeza con indiferencia.

– ¡Ponte ahí enfrente, niña¡ – El Puma tiene los ojos enrojecidos y el sombrero sobre la coronilla – vamos a dar una lección a esta gente. ¡Venga¡

La pareja empieza a bailar unas sevillanas. A su alrededor se juntan algunos, coreándolos. Juanjo tiene abrazada en un rincón a la Corales, que vuelve ligeramente la cabeza para escapar al fuerte vaho de alcohol. Sobre una silla está medio derribada la Niña del Espejo, con Urrutia que la pellizca y acaricia tumbado a sus pies. Ella se baja a besarlo de vez en cuando, mientras le dice, acariciándole el pelo_ – Vamos, niño, que te has bebío una bodega. Aunque yo también… – se pasa la mano por la frente sudorosa y lucha por despejar los ojos. Torres, dando vueltas alrededor de la Irene y el Puma, palmotea al ritmo de la música. Equilibra para no caer, dando feroces camballadas.

– ¡Venga, venga¡ – grita hasta enronquecer – ¡El circo, el circo, benga, venga¡

– ¡Déjame, Juanito¡ – Cifuentes lo empuja a un lado, mientras se agacha siguiendo con los ojos los pies de la pareja. Aplaude frenético – ¡Eso, eso es, eso es¡ ¡Bravo, viva tu mare¡ ¡Vaya estilo¡ ¡Venga, venga¡

Sigue palmoteando. Está rojo y ronco. Torres continúa dando vueltas a su alrededor. El pasodoble se hace de pronto estridente a fuerza de violencia. Los sonidos estallan, rompiéndose en miles de fragmentos, que giran frenéticos en torno a los cristales de las lámparas. El Puma de repente grita, atrayendo a la Irene y mordiéndola en su abrazo. Ella no se queja, pero cierra los ojos. El la vuelve a besar. Luego grita de nuevo en medio de la caseta:

– ¡Venga, negra¡ ¡Vamos adentro¡ – su rostro está congestionado y sus ojos brillan con unas estrías sanguinolentas. La agarra del brazo y la lleva para la trastienda. Ella fuerza una risa estridente – ¡Y tú, Juanjo¡ ¡Vamos adentro¡ ¡Paco, tu, vengo¡ – se vuelve antes de entrar – ¡Y todos¡ ¡Pepe, espabila¡ ¡ Y tú, Antoñito¡ ¿Qué te pasa, hombre? ¡Venga, adentro todo el mundo, que hay para todos¡

Antoñito Rivera vomita en un rincón. Su suegro pasa por delante y lo mira con ligero asco. Ya va quedando poca gente. La Soledad y los bailaores hace mucho que se han ido.

El hombrín duerme pacífico sobre una mesa, con la cabeza sepultada entre los brazos. Rivera se mete en la trastienda, dando traspiés.

A las nueve de la mañana, unos golpes tremendos sacuden la caseta. El Puma sale maldiciendo, con la cara abotagada.

– ¿Quién hay aquí?

Rafaelito Güiraldez, con el sombrero muy caído sobre la cara, se tambalea al gritar:

– ¿Estás tú solo, Gacho?

– ¡No, hombre¡ – responde éste, a gritos también – ¡Estamos aquí toda la pandilla¡ ¡Aaaa… chist¡

El otro pega de pronto un salto, agarrándolo del brazo.

– ¡Venga, hombre, te vas a poner a estornudar ahora¡ ¡Que la tenemos organizada en la Venta de Maurito¡ ¡Que están el Maletas y el Niño del Oro¡ ¡Y la Palmera y todo el mundo…¡ ¡Venga, vamos¡

Se mete en la caseta, gritando. Al cabo de unos minutos van saliendo todos, ojos violáceos, despeinados, bostezando mientras se tambalean.

– ¡Venga¡ – grita el Puma, arengando con los brazos – ¡Que hay que terminar bien la feria¡ ¡Venga¡ ¡A la Venta de Maurito¡ ¡Que Rafaelillo ha traído el choche¡ ¡Yo lo llevo¡ ¡Aaaa… chíst¡

– ¿Pero tú estás bueno para llevarlo? – pregunta Juanjo, encasquetándose la chaqueta como puede.

El otro lo mira airado.

– ¡Pero hombre, qué pregunta¡ ¡ Tú estás todavía ajumao¡ ¡No sabes que soy el rey, el rey del volante, el rey¡ ¡Aaaa…chíst¡

Un airecillo frío se cuela por la puerta de la caseta. El Puma, todavía gritando y estornudando, la abre de par en par. Es una mañana entoldada y tristona sobre el Real de la Feria, completamente vacío. Un guardia solitario pasea al fina de la avenida. Van saliendo todos y montando en el coche, donde se apretujan entre exclamaciones. El coche arranca con un breve balanceo.

– ¡Para, Puma, para¡ – grita Juanjo de pronto – ¡Que me estoy meando¡

– ¡Venga, hombre, que ocurrencia¡ – grita éste también – ¡Y yo que carajo¡ ¡Aguántate, ya mearás luego¡

– ¡Que no puedo, hombre¡

– Bueno, hombre… ¡Ah¡ – los ojos de don Gacho relucen en un relámpago – ¡Vamos todos a mear, muchachos¡ ¿De acuerdo?

– Sí, sí… ¡ corean todos a carcajadas.

– Pero no sabéis donde… ¡Ya veréis¡ Si está hecho para eso, hombre… ¡Caray, otra vez¡ ¡Aaaa… chíst¡ ¡He pescado una buena¡ Pero ya veréis ahora…

Enfila el coche por la gran avenida del Real. El municipal mira calmosamente el atestado Cadillac.

– ¡Guardia¡ – El Puma detiene el coche. El otro se acerca y don Gacho habla bajo: Juanfo, y tú, Paco, y tú, Joselito, tenéis ganas de mear ¿no? Vamos a mear todos. ¡Salid conmigo¡ ¡Y preparados¡

Deja abierta la portezuela, adelantándose a los otros.

– Señor guardia.

El municipal frunce el ceño.

– Ustedes dirán, señores.

– Tenemos ganas de mear.

El guardia lo mira con frialdad – allí tienen – extiende el brazo en una dirección.

– Está muy lejos – contesta el Puma, con los ojos brillantes. Hace un gesto a sus compañeros – ¡Venga, muchachos¡ ¡Sujetármelo¡

El guardia da un salto hacia atrás y agarra la porra, pero no le da tiempo a sacarla. Juanjo, Torres y Urrutia lo han sujetado con fuerza. Se debate corajudo, lanzando maldiciones.

El Puma le retira la varilla negra de la mandíbula y con delicadeza le saca el casco blanco

El coche rebota de carcajadas vinosas.

– Hola, Pepe.

– Pasa, Juanjo – invita Román, echándose a un lado en la puerta de la trastienda – has tardado mucho.

El joven entra con lentitud, dejándose caer desmayadamente sobre un butacón.

– No he podido venir antes. El viejo está muy grave.

– De eso precisamente quería hablarte.

El joyero cierra las cortinas y enciende la luz, que se extiende sobre los escasos muebles del cuarto, destilándose con morosidad por la gran mesa del fondo, resplandeciente de joyas. Se deja caer en un butacón, frente a él.

– Es lástima – dice, hablando como de pasada – no le queda mucho tiempo al pobre… – alarga la mano hacia la mesa del despacho, acercando la tabaquera – ¿Un cigarro? ¿Un puro, mejor?

Ambos los descabezan y Román extrae de su bolsillo un encendedor.

– Es la vida – tiende la llama a Juanjo y encendiendo a su vez, fija la vista en el muchacho – Y para lo que venga hay que estar prevenidos ¿no crees?

Juanjo agacha la cabeza sin contestar y con el dedo empuja la ceniza al suelo.

– Ahí tienes un cenicero

¡Ah, perdona¡ Como otras veces…

– Deja eso y vamos al grano – le replica el otro, escrutándolo con ojos decididos y entrando bruscamente en materia – yo tengo de ti un pagaré de tres mil quinientas pesetas y cinco más de dos mil cada uno, que hacen un total de trece mil quinientas. Todos sin fecha, sin vencimiento, a mi favor y firmados por ti ¿Estamos?

Juanjo asiente sin contestar, con la mirada fija en la alfombra.

– Ha llegado la hora de cobrar esos pagarés.

El muchacho levanta la cabeza, mirándolo de hito en hito.

– Yo ahora no puedo, Pepe… – empieza a decir con voz suplicante – todavía, en este momento… tú sabes…

Román, satisfecho de su reacción, extiende su gran mano, apaciguador.

– Yo sé muchas, pero muchas cosas, muchacho… Que Tu tienes dieciocho años, que eres por lo tanto menor de edad, que sería una tontería poner ahora fecha y vencimientos a los pagarés… Todo eso está previsto desde el principio, no hay ningún hilo suelto…

– ¿Entonces…? – Juanjo se inclina hacia delante, con una lucecita de temor en sus pupilas negras.

El joyero fuma con tranquilidad, aquietándolo con un gesto de benevolencia.

– Amiguito – insinúa con suavidad – a veces las deudas no se pagan con dinero. Hay otros materiales con los que se puede saldar – haciendo de pronto más íntimo su tono – Escúchame, Juanjo, te voy a hablar con entera franqueza… Es desde luego una confianza extraordinaria que te hago porque soy buen amigo tuyo y veo que aunque joven, no eres tonto ni mucho menos y tienes tu experiencia de la vida – se queda pensativo unos momentos, sacando una gran bocanada de su cigarro – Verás, Juanjo… Mi posición en Laverna está bastante firme, tú lo sabes, pero yo… paraaaa… continuar planes futuros que ahora no hacen al caso, tengo que conseguir lo que en terreno militar se llama una punta clave… algo sobre que apoyarme para seguir las operaciones, una posición intocable, en una palabra… para conseguirla, una posición intocable, en una palabra… Para conseguirla, yo ya he hecho la mitad del programa que tengo pensado. Por mi hija, casada con Rivera, he entroncado con una de las mejores familias de aquí. Bueno – deja aflorar a sus labios una sonrisa vagamente burlona – digo mejores en el sentido que le da la gente, porque sobre eso habría mucho que hablar… Pero no es ésta la ocasión… En fin, – Remacha con un ademán concluyente – la primera parte de mi programa está realizado, pero queda la más difícil…

Se detiene un momento, con los ojos entornados. La mirada de Juanjo está obstinadamente fija en la mesa del fondo. La miríada de reflejos que despiden las joyas ejercen sobre él una maravillada fascinación.

– Se trata de la … tienda.

El joven se crispa sobre la butaca, pero sus ojos no se apartan del magnético resplandor que vibra como una animal vivo al fondo de la estancia.

– ¿La tienda? – dice con voz apagada.

– Sí – Román habla muy despacio – Los Grandes Almacenes.

Juanjo siente un repentino estremecimiento, pero su mirada no se aparta de los paneles, que reverberan de luces cambiantes. Haciendo un esfuerzo por superarse, fija sobre el joyero sus ojos sombríos.

– El abuelo no la venderá.

– ¿Crees que no lo sé, pollo? – Román se frota expansivamente las manos – No lo he abordado en directo, pero se lo he insinuado en una para de ocasiones y sé que no hay nada que hacer… por ese lado. El no se desprende de la tienda por nada del mundo. Pero… – su lengua arrastra las palabras con suavidad cuidadosa – él está malo, pero que muy malo… – mirándolo con fijeza y remachando las palabras – no le queda ni una semana de vida.

Juanjo procura disimular su brusco sobresalto.

– ¿Quién te ha dicho eso?

– ¡Je¡ – Román sonríe malicioso – yo tengo mis confidentes, hermano, que me traen noticias frescas. Esta es de ayer. Pero… – añade, recobrando su gesto serio – a lo que íbamos… Tu abuelo, el pobre, ha trabajado en su vida muchísimo y está muy gastado. La angina de pecho es una enfermedad tremenda y a su edad, figúrate…

Juanjo levanta la cabeza.

– Pero don Alejo puede equivocarse. Fíjate, casi todas las tarde sube allí Rozas y se llevan lo menos una hora hablando de negocios.

Román deniega con firmeza.

– Eso no quiere decir que el viejo tenga mucha cuerda, sino simplemente que se ocupa de la tienda… ¿qué va a hacer si no? Y además, lo que él tiene… Las anginas son como hachazaos, ataques que tiran robles que han aguantado siglos. Y tu abuelo ha sufrido ya dos muy graves… En fin, de eso no vamos a hablar ahora – fija en él sus ojos decididos – lo que yo quiero es poner aquí en claro tu modo de pagarme los pagarés.

– Ya te he dicho que por ahora…

– Por ahora nada, muchacho, ya lo sé. Pero muy pronto podrás hacerlo. Yo te daré una estupenda oportunidad para rescatarlos. Te será mucho más fácil que soltar dinero.

Juanjo lo mira con preocupación.

– Desde luego hay que estar prevenidos – sigue el joyero – la tienda gira siempre alrededor de tu abuelo, pero desgraciadamente a él le queda ya poco tiempo de vida y entonces el soporte principal se habrá desplazado. Entonces la dirección la llevará el Rozas ese que tenéis allí…

– Lleva en la tienda muchos años.

– Sí, demasiados… – Román tuerce la boca – Es un hombre que hay que reconocerlo, vale, y que va a hacer todo lo posible por conservar la tienda bajo la propiedad, ¡entérate bien¡ de tu abuela. Lo que quiere decir que podréis tener algún dinero a la muerte del viejo, pero que no mandareis en el negocio más de lo que mandáis ahora. Seréis, como siempre, unos ayudantes mejor o peor pagados, pero nada más. ¿Está claro?

El joven lo mira con suspicacia.

– ¿Y tú cómo sabes todo eso? Ni yo mismo…

– Tengo, ya te lo he dicho, mis medios de información.

– Que te callarás, claro…

– Exacto – replica tajante el joyero – y todo lo que te digo, que es a lo que vamos, va a misa. Muerto el viejo, vosotros continuaréis como hasta ahora, trabajando allí sin atribuciones de ninguna clase. ¿A ti te convence eso?

Juanjo se acaricia el cuello, pensativo.

– Hombre, yo… la verdad… Por ahora no me va del todo mal y…

Román lo interrumpe, vivamente molesto.

– Haz el favor, Juanjo – le reconviene con voz enérgica – estamos hablando muy en serio y planteando una situación que puede venir de un momento a otro.

– ¡Bueno, una situación en mi familia¡ – masculla el otro entre dientes ¿Y qué quieres tú que yo haga?

– ¡Qué gracioso¡ – exclama Román con aireado sarcasmo, poniéndose en pie y paseando a furiosos trancos por el cuarto – ¡En tu familia¡ – se le para delante, apoyándose en la mesa y mirándolo con inquisidores ojos –Mira, muchacho, yo cuento con que pongas de tu parte para que la tienda se pueda vender ¿Estamos? Y confío en que Eduardo y José sean también mis aliados.

Juanjo lo mira con asombro.

– ¿Aliados? ¿Contra quién?

Su incomprensión pone frenético al joyero.

– ¡Contra quien va a ser¡ – barbota, inclinando sobre él su rostro repentinamente congestionado. Se repone con un esfuerzo, dejándose caer en la butaca – te creía un poco más listo, vaya. ¿O es que quieres hacerte ahora el tonto? Mucho cuidadito con eso – agrega con acento amenazador – Yo sé que tú no eres tonto ni mucho menos y que cuando te da la gana comprendes lo que te conviene. ¡Vamos a ver¡ ¿Qué pensarías tú si esos pagarés se los llevara yo a tu abuelo? ¿Te imaginas el escandalito que te iba a armar?

¿Crees que ibas luego a tocar un céntimo de él? Tu madre tiene dinero, pero es una chirigota comparado con lo que tiene el viejo ¿no?

El joven, derrumbado sobre la silla, traga saliva con ansia.

– Tiene un poco, no mucho. Pero mi abuela no va a querer vender.

– Ni tu abuela ni Rozas van a querer vender – replica Román con energía – por eso, para… "convencerlos", necesito aliados "diplomáticos". Tú, Eduardo y José podréis serlo. A Eduardo la tienda le importa un pepino, José no la puede ni ver y tú… Bueno, tú… Tú puedes coger un buen pellizco de la venta con el que darte buena vida el resto de tus días…

Juanjo permanece callado. Román lo observa con inquietud.

– Bueno ¿qué pasa, qué piensas?

– ¿Tú qué quieres, que hablemos con Rozas?

– Y con tu abuela, pero en el momento oportuno y con mucha diplomacia. Cuando el viejo desaparezca no habrá uno que reúna lo que él tiene. El entiende el negocio y es el dueño. Mientras que después la dueña será tu abuela y el que entienda el negocio será el otro. Los dos unidos son invencibles.

El joven lo mira arrugando la frente.

– ¿Qué piensas hacer, Pepe?

– Es muy sencillo, amiguito – el joyero le da una palmada en la rodilla, sonriendo – Tu abuelo desaparecido – es la vida – la dueña es tu abuela. Aunque se hubiera dispuesto en el testamento que la tienda a ningún precio se venda, si después ella quiere, la tienda se vende.

Pero falta que ella quiera. Medios. Que se le haga ver que Rozas no le interesa como administrador.

– ¿De qué manera? Él tiene hasta ahora la confianza de mis abuelos.

Román menea la cabeza con escepticismo.

– ¡Pero es tan fácil perder la confianza en un hombre¡

El muchacho se muerde nerviosamente una uña.

– ¿Qué quieres hacer, Pepe?

– Ya lo sabrás a su debido tiempo – le contesta, quedándose pensativo mientras lo observa – o quizá sea mejor que lo sepas ahora – se retrepa en la butaca dedicándole un súbito interés – vamos a ver, Juanjo. ¿Qué tiempo hace que conoces a Rozas?

– Pues… de toda la vida.

– No, no me has entendido, no me refiero a eso. Supongo, claro, que lo habrás visto de siempre en la tienda. Pero a lo que yo me refiero es a conocimiento vivo, directo, de hombre a hombre, diremos. ¿Qué tiempo hace que tú trabajas allí?.

– Año y medio.

– Año y medio. ¿Tú hablas con él?

– Muy poco. Yo estoy en otro despacho.

– ¿Tiene algún vicio? ¿Le gustan las cartas, las mujeres, el vino…?

– Pues… no sé, nunca he escuchado nada. Me parece que le gustará, pero como a todo quisque…

– ¡Qué lástima, hombre¡ – exclama el joyero, dejándose caer muy despacio en el asiento – Yo tengo un medio – susurra, como hablando para sí – pero no quiero emplearlo, me costaría demasiado caro. Aunque resulta infalible, desde luego. Lo esencial aquí es separar a los dos.

– Yo no veo medio, la verdad…

– ¡Tú cállate, Juanjo¡ – le corta con brusca dureza, entornando a seguido los ojos y estudiándolo con detenimiento – te veo muy tibio, amiguito. Ten cuidado con la herencia del abuelo, que peligra.

– Pero… – replica Juanjo, parpadeante – ¿Qué puedo hacer yo?

El joyero extiende las manos.

– Déjame pensar.

Afuera ha oscurecido totalmente. Las luces de la calle y de la joyería compiten en arrancar destellos a las joyas que ocupan el trozo de mostrador frente a la trastienda, con le poderoso resplandor que se filtra a través de las rendijas de la mal corrida cortina. Juanjo, guiñando con los ojos, se entretiene en arrancar centelleos a las joyas del fondo, sin atreverse a interrumpir la meditación de Román. De pronto, éste hace un brusco movimiento. Mira al joven, estudiando sus rasgos uno por uno: la frente abombada, los ojos de continua expresión ausente, el rojo color de la piel, los labios sensuales y sin voluntad. Mueve la cabeza con aire de duda.

– Deja eso, Juanjo – dice, llamando su atención con un vigoroso agitar de su mano – hay un medio de que tú liquides tus pagarés.

– Tú dirás, Pepe – su gruesa lengua asoma con timidez entre los labios.

– Escucha, Juanjo – Román adopta una postura vagamente profesoral. Su mano abierta se va cerrando a medida que habla, como un puño de presa – cuando se trata de dominar a un hombre y éste por desgracia no tiene vicios, se le inventan los vicios. Si no le gusta el vino, un día lo pueden encontrar borracho en cualquier sitio sin que él mismo sepa donde ha empezado… Si no le gustan las cartas, hay partidas que no se pueden rehusar. Si no es mujeriego… se le inventan las faldas.

– ¿Llevándolo a una casa?

– No, ese pecadillo no es aquí ni en ninguna parte pecadillo. Se trataría de otra cosa… – se queda pensando un momento – por ejemplo, Juanjo, a tu abuela no le gustaría con los principios que tiene, que su administrador frecuentara esas casas, pero al fin y al cabo, eso es normal en un hombre. Pero… imagínate… imagínate… tienes que hacer un pequeño esfuerzo ya que se trata de pura imaginación, que a doña María Luisa no le agradara que a alguno, por ejemplo al señor Rozas, le gustara una determinada mujer. Una admiración, aunque sea platónica, puede ser quizá más peligrosa que cualquier asunto de faldas.

Juanjo lo mira con el ceño fruncido.

– No sé adonde quieres ir a parar.

– Muy sencillo, hijo mío – el joyero hace aún más persuasiva su voz – imagínate – pura imaginación, ya digo – que tu abuela tiene

una mujer en su familia, hija, nieta, lo que sea, a la que el señor Rozas, hombre casado, muestra cierta admiración… respetuosa.

Juanjo se pone en pie de un salto. En su cara pálida se destacan pequeños rosetones.

– ¿Qué quieres decir, Pepe? – pregunta, con la voz alterada y sin mirarlo.

– No te sulfures, muchacho… ¿Por qué? ¿Es que el amigo Rozas no es muy dueño de admirar a quien le dé la gana?

Juanjo traga saliva.

– Eso… depende.

– Siéntate, hombre – el joyero le indica el asiento – y no me seas impaciente. Tú tienes una sangre muy viva y estas cosas hay que verlas con mucha calma. ¡Siéntate, te digo¡

Vencido por su ademán imperiosos Juanjo se sienta, acunando su cabeza entre las manos. Román le pone una mano en el hombro, apretándoselo un momento.

– Mira, Juanjo, en la vida se juega para ganar. El que diga otra cosa es un tonto o un falso. Si hay que conseguir algo, se va por el camino que lleva al fin. De la manera más rápida y mejor. Eso es sencillamente táctica de ganador. Es la que yo he practicado siempre y casi siempre me ha salido bien. Bueno… – sigue, sin perder de vista uno solo de sus gestos – pues, a lo que íbamos… Vosotros en la familia, salvo por la causa de la tienda, cosa bastante importante, lo reconozco, os lleváis bien. Tu abuela es una mujer que aunque mayor, sabe llevar la casa como nadie. La unidad en la familia es una cosa básica, créeme. Ella es tradicional, diremos, y gobierna según sus principios religiosos, ésos un poco antiguos que no permiten que en la cocina se junten el tenedor y la cuchara. Ella sabe la vida que lleváis fuera, pero sois todos ya bastante crecidos y ella no puede hacer nada por impedirlo. Ahora bien, dentro de la casa la cosa varía. Allí andáis todos bien derechos. Claro que no pasáis mucho tiempo en ella, salvo tu abuelo, claro, sobre todo ahora que está malo. Pero cuando alguno de la familia llega mareado, procura que la abuela no se entere, porque no sé si la queréis mucho o lo que hay es un canguelo bastante regular.

– ¿Cómo sabes tú todo eso?

El joyero hace un ademán displicente.

– Eso no importa, el caso es que lo sé. Déjame seguir. Como te digo, tu casa es un santuario. Fuera de ella, vosotros seréis lo que queráis, Barrabás incluso. Dentro, unos corderitos, paraíso terrena. Tu abuelo, tu tío, tus padres, tú, todos bajo la maternal tutela de doña María Luisa. Perfecto. Ella lleva el timón del hogar y… – se calla de pronto, haciendo una larga pausa y hablando después con palabras tensas – Juanjo, suponte tú que alguien quiere turbar esa armonía de tu casa. Tu abuela será la primera que saldrá a defenderla ¿no?

Juanjo asiente manteniendo muy cerrada la boca.

– Bueno, verás – Román habla muy despacio, pasándose de vez en cuando la lengua por los labios y observando atento el efecto de sus palabras – lo que te voy a decir es para una persona inteligente y que sepa ver las cosas bajo un prisma realista. Aquí se trata de la eficacia, no se trata de otra cosa. El medio puede parecer no muy católico, pero cuando se tiene enfrente un enemigo tan sólido como parece ser ese Rozas, no hay que andarse por las ramas. Voy, por lo tanto, a hablarte con entera franqueza. Rozas, en este momento ya, a causa de la enfermedad de tu abuelo, va entrando en ese sagrado círculo familiar que tu abuela ha creado. Esta lo ve con satisfacción, pues lo conoce hace muchos años y tiene absoluta confianza en él. Cuando tu abuelo muera – por desgracia el pobre está ya muy gastado y ha trabajado mucho en su vida – , entonces Rozas entrará todavía en la casa con mayor intimidad. Podrá llegar a cualquier hora del día y será siempre bien recibido. Prácticamente será el amo de la tienda y vosotros seréis sus dependientes. La cosa, encajada desde ese ángulo, va sobre ruedas. En el ambiente familiar ha entrado un buen amigo, joven aún, simpático y que lleva todo el peso de la tienda, es decir, un hombre al que hay que hacerle caso. Pero de pronto ¿qué vemos? Este hombre viene cada vez con más frecuencia a la casa y es por negocios siempre, claro. Tiene al corriente a su dueña de las incidencias más importantes en la marcha de la tienda. Pero un buen día doña María Luisa, prevenida, ve una cosa rara, una mirada, una seña, se da cuenta de que en la casa existe además otra mujer y de que el señor Rozas es un hombre.

Juanjo se levanta con brusquedad, presa de violenta agitación. Su cara está lívida y sus labios se mueven con torpeza. Vuelve a dejarse caer pesadamente en la butaca, ocultando el rostro entre las manos.

– ¡Es mi madre, Pepe, es mi madre¡

El joyero se inclina sobre él y lo agarra del brazo, hablándole casi con cariño:

– ¡Cállate, imbécil¡ Claro que es tu madre. Pero ella misma ¡entérate¡ ella misma no va a saber nada. Tú imagínate que alguien, completamente de la familia, es decir, de absoluta confianza, le dice a tu abuela que le parece que el señor Rozas… ¿Comprendes, Juanjillo? Nada más que eso. Divide y vencerás, dice el proverbio. No va a pasar nada, porque tu madre no sabrá nada en absoluto. Es adorada en secreto y ella no se entera. Pero tu abuela lo sabe y basta. Sorprende una mirada y eso le basta. Y como ella sabe que Rozas es hombre de temperamento, puede temer que el platonismo se convierta en otra cosa… ¡Escúchame, Juanjo¡ – continúa, apretándole efusivamente el brazo – ¡Compréndeme y no hagas escrúpulos de beata¡ Todo eso son meras suposiciones, nada más que meras suposiciones. Tu madre ni se entera, el señor Rozas tampoco, pero tu abuela empieza a rodar la bola en su cabeza y ¿qué es lo que no piensa una mujer cuando se pone a pensar? Ella pensará que de qué se ha enamorado Rozas, que si tu madre no tiene ya dieciocho años, que si pito, que si flauta. Pero encontrará una explicación ella sola. Empezará a verle a tu madre, al dado de sus virtudes existentes, otras que en realidad no tiene. O un cutis bonito, o unas manos muy finas o una gran calidad en la sonrisa, cualquier cosa. Ellas siempre están dispuestas a creer en el amor, por viejas que sean. Y además, ella tiene mucha experiencia y sabrá que los hombres se enamoran de cualquier cosa y por los motivos más estúpidos o insignificantes… Repito que esto pasará solamente en la cabeza de tu abuela, pero eso bastará a distanciarlo del señor administrador, al que empezará a considerar peligroso para la paz familiar. No se atreverá a enfrentarle el problema porque hay una barrera de prejuicios muy difícil de saltar y porque ella carecerá naturalmente de una prueba tangible, a más de tratarse de una materia muy delicada. Todos serán pequeños detalles inocentes, pero que ella interpretará y verá agigantados por lo que cree saber. Poco a poco, ella estimará prudente alejar al señor Rozas del ambiente familiar, pretextando excusas más o menos viables. Una vez emprendido el camino de la desconfianza, no se para. De ahí a encontrar un pequeño fallo en el negocio, no hay más

que un paso. De eso a estimar que al fin y al cabo el negocio no es una cosa tan importante como parecía y que sí da muchos quebraderos de cabeza, hay otro paso, ya mayor. De ahí a considerar que la tienda puede venderse, está el paso definitivo. ¿Comprendes, Juanjo?

Este asiente con la cabeza baja.

– Tú me entiendes. Rozas se opondrá, naturalmente, pero eso no hará sino aumentar la desconfianza de ella. Y entonces, ya están divididos. El mandato de tu abuelo en el testamento de no vender la tienda, será ya papel mojado. Ella pensará que habiendo variado las circunstancias y que siendo necesario conservar a todo trance la paz en la familia, el mismo don Pedro aprobaría la venta de la tienda. No hay nada más fácil que encontrar razones cuando se quiere hacer una cosa. De esa manera tu abuela se libra de una vez de todas su preocupaciones. Las del negocio y las que le salgan por el presunto enamoramiento del señor Rozas. Y si ella piensa que él puede quedar en la calle, no hay ningún inconveniente en que su antiguo administrador siga trabajando par el nuevo propietario ¿por qué no? Un hombre capacitado que conoce el negocio al dedillo y que no acostumbra a ensuciarse las manos ¡adelante¡ ¿Qué el señor Rozas no ve eso con buenos ojos y doña María Luisa no quiere ponerlo en la disyuntiva de irse a la calle o servir a disgusto al nuevo dueño? Se le ofrece un puesto en "La Guindalilla" a veinte kilómetros de Laverna, con ruego de supervisión personal porque se desconfía de tal o de cual. Y negocio terminado. La cuestión está zanjada.

Juanjo mantiene en la boca una mueca de disgusto.

– Es mi madre, Pepe, es mi madre.

– Y vuelta, hombre… ¡Sí¡ – afirma el otro con calor – ¿Pero no te digo que todo va a pasar en el cerebro de tu abuela? Sólo y exclusivamente. Un detalle, una mirad, un fruncir de cejas, lo más insignificante y que realmente lo es, será interpretado por ella, engordado y aplicado a su idea. Y tu madre y el Rozas sin enterarse, en la higuera, porque tu abuela cuidará de disimular, ¿comprendes? Si está clarísimo… – hace una corta pausa, variando el tono – ahora bien, en la familia hace falta alguien , alguien de quien no pueda dudar tu abuela, que sea quien levante la caza, es decir, quien le insinúe el asuntillo. Tu padre no puede ser, es el marido de tu madre. Tu tío Eduardo… tu tío

Eduardo… sería ideal para el caso… Pero estás tú, Juanjo, un muchacho tímido que no se atreve a confiar sus sospechas a nadie, menos a un hombre, que no encuentra más refugio que el de su abuela, alguien a quien poder decir, sacándose a la fuerza las palabras del cuerpo y con la vista baja, las cosas que le ha parecido entrever, un pequeño detalle, algo visto entre dos cortinas, algo desde luego absolutamente limpio por parte de su madre, pero que indica que el administrador ha fijado sus ojos en alguien que no debiera y se porta de una manera algo peligrosa para la futura armonía del hogar.

– Pero Eduardo – dice Juanjo con avidez – sería ideal para eso. Tú mismo lo has dicho.

Román fija en él unos ojos taladrantes, pero se echa a reír de pronto, palmeándose las rodillas en su excitación.

– Es verdad… Y si pudiéramos… – dice, dominándose y exhibiendo un repentino pesar – pero es imposible, no puede ser… El inconveniente para ti es que las personas como tu abuela conceden más crédito a la “sana madurez” de tu tío… Pero ¡qué caramba¡ – exclama, recobrando su anterior animación – todo no se puede tener… Es una buena regla conformarse con lo que se puede adquirir.

– ¿Cómo? No te entiendo.

– Está claro, muchacho. Entre Eduardo y yo no existe la confianza que hay entre nosotros dos ¿comprendes? – hace un guiño significativo – Tú y yo tenemos ciertos lazos que es menester no desaprovechar, ¿estamos?

El joven se muerde los labios con despecho.

– Bueno… Entonces, estamos de acuerdo ¿no

Juanjo sigue sin decir palabra.

– Quien calla otorga, dice el refrán. Y además, ¿qué te parecería ver junto a unos pagarés que tú conoces un cheque firmado por Pepe Román? Un hermoso cheque, pongamos… por la misma cantidad del total de los pagarés. Como si los pagarés te los debiera yo a ti ¿qué te parece? ¡Tendría gracia, caramba¡

Se frota las manos y levantándose, le da una fuerte palmada en la espalda.

– ¿Y cuándo convendría iniciar eso? – pregunta Juanjo – cuando el viejo… – cierra los ojos, expresivo.

– No, no – deniega el joyero con viveza – enseguida… Ya lo tengo pensado. En cuanto se vea que Rozas puede dar esos de sí. La actitud de tu abuela hacia él puede incluso cambiar o limitar en el testamento las atribuciones del administrador. Ella no le hablará de eso a su marido para no crearle preocupaciones, ahora que está con un pie en la sepultura. Que muera tranquilo pensando que ella y Rozas formarán un sólido bloque. Pero tu abuela puede insinuar cosas, sugerir cambios, en una palabra, establecer una disimulada resistencia pasiva contra Rozas a fin de que el viejo no le dé muchos vuelos ¿entendido?

– Sí – replica Juanjo, atento – pero habrá que pensar lo que le tengo que decir.

– Eso no te lo puedo yo decir ahora desde aquí – le contesta Román, satisfecho del rumbo que lleva el asunto – es preciso que tú te apliques a observar las entradas y salidas de Rozas en la casa y las visitas al viejo en las que este presente tu madre. O cualquier conversación trivial de ellos en el recibidor, cualquier visita en la que también haya estado presente tu abuela, en fin, unas observaciones indispensables sobre las cuales elaborar el plan a seguir. Tú vienes aquí dentro de un par de días, por ejemplo… O mejor, nos podemos ver en “La España” como cosa casual. A esta misma hora. No conviene que te vean mucho por aquí.

– ¿No será demasiado pronto¿ Pasado mañana…

– Sí, es muy pronto, pero hay que aprovechar el tiempo. A tu abuelo le queda poco de vida y por lo tanto, los días son preciosos. Tú ven pasado mañana con lo que hayas podido recoger y con esas observaciones veremos lo que se le puede sugerir a tu abuela. ¿De acuerdo¿

– De acuerdo, Pepe.

– Adiós, general.

La presidencia del duelo, enfundada en negro y tonos oscuros, con algunos verdes de uniformes militares y compuesta de parientes y mandamases, se forma contra una de las grandes casa de la Correduría, mientras el coche fúnebre, rodeado de coronas, se sitúa algo más avanzado.

El hormiguero de gente va desfilando ante la presidencia y estrechando manos o diciendo algunas rápidas palabras. Luego, los coches que forman una larga ristra detrás del mortuorio, se van llenando de acompañantes. Hay una señal invisible y la comitiva se pone en marcha.

– ¡Pobre Gacho¡ – Cifuentes ocupa uno de los coches, al lado de Juanjo. En la delantera del Austin conduce José, con Eduardo a su derecha.

– ¡Quién lo iba a decir¡ – comenta Juanjo, pesaroso – ¡Con lo bien que lo pasamos aquella noche¡

– Fue al salir – dice Paco – salió despechugado y desde aquel mismo momento empezó a estornudar. Nada, pensé yo, un resfriado de nariz.

– Pero luego tomó la cuesta abajo – Eduardo vuelve la cabeza – cuando yo estuve en su casa, ya no había quien lo salvara… Don Alejo había perdido toda esperanza…

– Tuvo que ser doble – arguye José, deteniendo el coche mientras vigila un cruce de calles – además, no me lo explico… Nadie se muere hoy de una pulmonía, por doble que sea…

– En medio de todo está explicado – sigue Cifuentes – primero, la caseta, luego, el coche, luego en la venta se desnudó haciendo el gallito… – se dirige de pronto al joven – ¡Oye, ahor que me acuerdo, Juanjo¡ ¿Te llamaron a juicio por lo del guardia?

Metido en fila, el coche reanuda de pronto su marcha, desembocando en la última calle antes de salir a las afueras. La brusca curva hace tambalearse a Juanjo, retardando su respuesta:

– Sí, hombre, pero nada de importancia… – contesta al fin, con una mueca satisfecha – una multa de poca monta. Román nos ayudó mucho, con las influencias que tiene… la multa, y que no lo volviéramos a hacer…

– ¡Chico, pues con una multita…¡

– Eso es lo que yo digo – corrobora el joven, riendo – que no vale la pena…

– Pues fue primero lo de la caseta – repita Paco, reanudando el hilo – después el coche con todas las ventanillas abiertas, porque decían todos que ardían, y después el otro folklore. Yo le dije: Mira, Puma, déjate de bulerías y veta a tu casa. El, ni puñetero caso que me hizo.

– ¡Qué lástima¡ – comenta Eduardo compasivamente, agarrándose en un brusco viraje del vehículo – porque era un buen elemento. Para una juerga, el primero… – volviéndose con curiosidad hacia los otros – ¿Y cuántos años tenía?

– No sé… – Cifuentes está pensativo – pero y iba más que corrido, tenía que andar por lo cuarenta y ocho o cincuenta. En la flor de la edad, ya digo… – se agacha de súbito, rebuscando debajo de los asientos – Bueno, yo voy a seguir mi rito…

– ¡Déjate, Paco¡ – José vuelve vivamente la cabeza – ¡Que es el Puma¡

El otro, sacando de debajo del transportín una botella, se alza mirando a José con asombro.

– ¿Y qué? Razón de más. Yo cuando se muere uno de mis amigos, me tomo un par de botellas en el entierro y luego digo unas palabras siguiendo la inspiración del momento. Yo sé que eso les alegra el corazón en el otro barrio, estén en las calderas de Perico o peleándose para que San Pedro les dé las llaves. Y con los amigos del alma – sus ojos relucen irónicos, mientras su boca se tuerce en una mueca súbitamente cruel – con los amigos del alma como don Gacho, razón de más. Bueno… – agrega dando un ligero empujón a Juanjo para situarse detrás – taparme un poco, tú, muchacho.

– Nadie te ve, hombre – ríe Eduardo, mirándolo con benevolencia – estamos nosotros…

– Por si las moscas… – Paco se deja resbalar al fondo del coche y empina la botella, bebiendo un largo trago sin respirar apenas, a pesar de los vaivenes del coche. El líquido le gorgotea ruidoso al pasar, mientras el contenido de la botella baja con rapidez, hasta quedar mediada.

– ¡Vaya tragaderas, caramba¡ – Juanjo lo mira admirado – ¿quién te ha enseñado a beber?

– Aquí es el biberón, compadre – le contesta el otro, incorporándose con trabajo – ¿quieres?

El joven deniega con la cabeza.

– Gracias, es pronto.

Paco lo mira con ojos ya enturbiados.

– ¡Psht¡ – chista con displicencia – como quieras, más hay. ¿Por donde vamos ya?

– Llevamos hecho un par de kilómetros – dice José.

– Bueno, todavía faltan tres… ¿No queréis echar un trago, tú, vosotros?

Los dos rehusan. El se encoge de hombros, recostándose pacíficamente en el interior del vehículo.

– Ustedes se lo pierden.

– Hace un día estupendo.

– De primavera – Paco suelta una intempestiva risotada – a la gente que se muere en primavera, maldita la gracia que le hará – mira de ponto por la ventanilla – ¡Caramba, pues es verdad¡ ¡Vaya día¡

Una brisa suave entra por la ventanilla. El día está tibio, casi caluroso. La estación ha entrado este año con fuerza, tiñendo los campos de colores. Los cinco kilómetros hasta el cementerio de la Trinidad están inundados de caseríos blancos que nacen del paisaje como castillos de confitería. La tierra está verde y los árboles tienen ya brotes tiernos, crecidos con las últimas lluvias.

– ¡Qué lástima, hombre¡ – exclama Eduardo – Es un día como aquél en que fuimos de caza por última vez.

Cifuentes, retrepándose, se dedica a apurar la botella, sujetándola con ambas manos ante los bruscos saltos del Austin. Incorporándose, suelta de improviso una carcajada. Los otros le miran con asombro. Su cara ha enrojecido y sus ojos miran a su alrededor, resbalando alegremente sobre todas las cosas.

– Sí, muchachos – dice, riéndose más aún – ¿Qué me miráis? Me río. En los entierros es donde más me divierto. Pienso entonces que la vida es hermosa y digna de vivirla.

– Y de beberla – completa Juanjo con una sonrisa.

El otro le da un abrazo, palmeándole generosamente la espalda.

– Chócala, hermano, tú eres el mejor de tu casta. ¿Quieres un trago?

– No – ríe Juanjo, tratando de desprenderse – es muy temprano.

– ¡Qué va, hombre¡ Las once de la mañana. Tenía el estómago sin probar ni gloria, pero lo estoy poniendo a modo… Bueno, tú haz lo que quieras, ya me pedirás después y no habrá. Ahora estoy algo alegrillo… Con un poco más me pongo en mi punto.

Se asoma a la ventanilla, dejando colgar su cabeza del exterior.

– ¡Coño, ya llegamos¡ – se retira apresuradamente, sacando otra botella de debajo del asiento y echando un largo trago con los ojos cerrados. Se alza de nuevo, dando con el codo un empujón al muchacho.

– ¡Venga, sal¡ – el coche se detiene en la plazoleta del cementerio, detrás de los otros – Ya estamos en el baile. Que es la hora de la diversión.

– ¡Caramba¡ – José se baja, mirándolo con atención divertida – ¡Qué pronto te ha hecho efecto¡ Estás como un pavo de colorado.

– ¡Color hermoso, mon vieux¡ – le grita Paco, empujándolo con decisión – ¡Vamos¡

– ¿Y las botellas? – pregunta Eduardo, deteniéndose – ¿las has guardado debajo?

– ¡Qué va, hombre¡ – Paco sigue andando con paso poco firme – ¿Para qué? Una se ha quedado en el coche, vacía, claro… La otra… – se entreabre la chaqueta con triunfante gesto y la muestra metida en un bolsillo enorme – Especial para el caso.

El cementerio de la Trinidad tiene delante una plazuela redonda con unos árboles escuchumizados en el centro. Forma un gran arco de ladrillos finos rectangulares guarnecidos de rejas, entre otros dos más pequeños. La capilla está a la derecha del tercer arco. De ella sale un cura y dos monaguillos que siguen el coche fúnebre, precediendo al cortejo de acompañantes. El coche mortuorio penetra en el inmenso patio de tapias blancas, inundado de tumbas, cruces y mausoleos, deteniéndose al llegar a las primeras. El sacerdote se descubre ante el féretro y masculla unos latines con indiferencia, dando a continuación varios brochazos con el hisopo.

– ¿Vais alguno de vosotros a cargar? – pregunta Paco, que va agarrado al brazo de José.

– Lo dejaremos para los familiares – le contesta éste, mirándolo con ironía – ¿o quieres tú?

Cifuentes deja caer sobre él un relampagueo extraño, echándose bruscamente a reír.

– No, amigo, yo tengo que rezar el responso.

– ¿Cómo? – Eduardo se estremece ante la enigmática expresión de los ojos cargado de Paco.

– Ya veréis, hermanos.

Sacan la caja entre cuatro. Román es uno de los que cargan. En las otras esquinas van Recuera el comandante, Güiraldez y un primo hermano del muerto, pariente el más próximo. La comitiva se pone en marcha, atraviesa el primer patio y entra en el segundo. El panteón de los Romé está al fondo, pero el acompañamiento, dirigido por un sepulturero, se desvía a la izquierda antes de llegar.

– ¿Qué pasa? – pregunta Juanjo a Cifuentes – ¿Cómo no lo llevan al panteón?

– ¡Huy, verás¡ – Paco apuña los dedos – El panteón está así de atestado. Queda sitio para un fiambre y nada más. Y la madre del Gacho quiere el día de mañana, cuando estire la pata, ocuparlo junto a su marido. El puma estará en una sepultura corriente, muy buena desde luego, hasta que se agrande el panteón o se haga otro.

El cortejo se ha detenido ante la abierta boca de la fosa. Los sudorosos cargadores entregan el ataúd a los sepultureros, que lo meten entre cuerdas. Los que llevan sombreros se descubren, agrupándose todos junto a la sepultura para contemplar la operación. Hay una gran calma en el vasto recinto, donde las cruces, lápidas y túmulos parecen cobrar repentinamente una viva presencia. Los enterradores bajan la caja con precauciones, dejando deslizar las gruesas cuerdas entre sus manos callosas. Enseguida las retiran, sacándolas por los lados del féretro, ya sepulto. La primera paletada de tierra cae.

El sol, cayendo sobre el grupo, lo envuelve todo en una atmósfera ardiente y neta, que recorta duramente los objetos y las personas. Román, Recuera, Güiraldez, y el primo hermano del difunto son los más próximos a la fosa. Detrás están Andradón, Rozas, Juanjo, Eduardo,

José, don Alejo, Rivera, Urrutia, don Martesl el director de banca, Torres, García, un representante del gobernador civil y treinta y tantas personas más. Cifuentes, algo apartado, aprieta la botella contra su chaqueta. Está sudando, con el sol de plano sobre su rostro rojo. La segunda paletada de tierra ha caído sobre el ataúd con un ruido extraño, casi metálico. Es el crucifijo.

Paco se adelanta unos pasos hasta el borde de la fosa. Su mirada se fija en el grupo, turbio de colores en luz, estudiando cada cara que lo mira expectante. Empieza a hablar.

– Señores, en honor de nuestro amigo Puma, muerto dolorosamente en la batalla de la feria, digo de la vida, yo voy a recitar un poema fúnebre. Es el "Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido", original de un amigo mío. Un gran tipo. Compuesto para la presente ocasión.

José se adelanta con la cara demudada, agarrándolo del brazo con fuerza. Hay murmullos de sorpresa en el grupo. Román intenta avanzar también, pero se queda, tras vacilar unos segundos. Sonrisas burlonas circulan por algunos rostros. Los sepultureros se han detenido, aguardando a que se cumpla el obligado ritual de los discursos.

– ¿Qué vas a hacer, Paco? – le apremia José en voz baja.

El otro forcejea unos momentos, consiguiendo desprenderse a medias.

– Tú déjame, muchacho.

– Estás borracho, Paco.

– No lo niego. Un poco achispao nada más.

Se le retira dos pasos y sacando la botella, la esgrime con la mano derecha. José lo contempla petrificado. Cifuentes empieza a recitar:

Buen don Guido, ya eres ido
y para siempre jamás…
¡Buen don Guido, y equipaje,
buen viaje¡…
¡Oh, flor de una aristocracia¡

Intenta decir algo más, se rebusca en la memoria y suelta una interjección. José lo agarra nuevamente del brazo junto con Román, pero él se desprende con violencia y avanza tambaleando hasta

la fosa. De pronto, su expresión varía y sus ojos brillan, inspirados. Recita alzando la botella como una bandera:

Metido en tosco sayal
las yertas manos en cruz
¡tan formal¡
el caballero andaluz

Con una especie de rabia histérica, estrella la botella contra el féretro.

Doña María Luisa avanza por el pasillo presurosa, abriendo con violencia la puerta de la habitación.

– ¡Pedro¡

– ¡María Luisa, ayúdame¡ – Su marido está caído sobre la mesilla de noche, a punto de resbalar al suelo. Ha intentado levantarse, pero el ataque lo ha sorprendido antes de poder avanzar más. Se aferra con todas su fuerzas al borde de la cama y su mujer lo levanta, ayudándole a meterse dentro. El suelo junto al lecho está empapado de sangre.

– María Luisa, María Luisa… – Murmura el anciano, casi insensible sobre la revuelta cama – ¡No te vayas, no te vayas¡

– Señora, señora – la doncella entra precipitadamente en la habitación – ¿Qué pasa?

– ¡Corre, Felisa¡ – le suplica ella con voz angustiada – ¡Llama a don Alejo, corre¡ ¡Dile que ha tenido un ataque¡ ¡Y si no está él, que venga otro, pero aprisa, corriendo¡

La doncella sale disparada y doña María Luisa se inclina sobre la cama, escrutando con ansiedad el rostro del enfermo. Un débil estertor sale de su pecho. Le toma el pulso y lo siente latir muy débil y espaciado. Mira la sangre del suelo y se pone muy pálida, llevándose las manos al pecho y apretando fuertemente los puños: ¡Dios mío, Dios mío, dame fuerzas¡ ¿Qué hay que hacer, qué hay que hacer? ¡Pedro, Pedro¡

– María Luisa, no te vayas, no te vayas – suplica él entre ahogos. Se agarra a la falda, apretándola con sus manos crispadas y mirándola como un niño indefenso. Ella se sienta a su lado, inclinándose sobre su rostro y tratando de tranquilizarlo.

– Descuida, Pedro, estoy aquí a tu lado. Siempre.

– ¡Mis hijos¡

Ella le pasa una mano por la frente.

– Ahora vendrán, Pedro, enseguida vienen. Estate quieto, tranquilo… tranquilo…

El la mira con ojos implorantes.

– Voy a morirme… – balbucea.

– No, Pedro – ella sonríe con un esfuerzo terrible – ¿Quién te ha dicho eso? Te repondrás y…

– ¿Tú crees? – el anciano la mira incrédulo, con un brillito de esperanza en los ojos – he tenido un ataque, mucha sangre…

Ella le arregla el embozo de la cama.

– ¡Qué va, muy poca¡ – dice tratando de ocultarle su apenado rostro – además, ya sabes que el médico ha dicho que eso es bueno…

El asiente con toda la escasa energía que le queda.

– Sí, es verdad. Después puedo respirar mejor… Entonces… ¿tú crees…?

– Claro, Pedro, claro – le anima ella – te pondrás bien y saldremos a la calle y tú irás cogido de mi brazo como tantas veces… ¿Es que no te acuerdas ya?

El, sepultado en la cama, habla con voz muy baja, como enajenado:

– ¡La calle¡ ¡Qué bonita es la calle¡ ¿Verdad, María Luisa?

Ella se muerde los labios para no estallar en sollozos.

Haciéndose de tripas el corazón, trata de levantarle el ánimo.

– Sí, Pedro, y ahora es primavera.

– ¡Qué bonita es la primavera¡ – murmura él débilmente

– ¿Verdad, María Luisa? La primavera en la calle ¡qué bonita es¡

Se detiene cerrando los ojos. Ella le escruta con ansiedad.

– ¡Pedro, Pedro, por favor¡ – le toma el pulso de nuevo.

– ¿Qué quieres? – él abre los ojos sin mirarla – es que no tengo más ganas de hablar. Pero ahora me siento mucho mejor. Tengo que guardar fuerzas para salir pronto a la calle, a la bonita calle…

– Bueno, sí, cállate entonces…

Se queda silenciosa y él cierra nuevamente los ojos, con sus manos apretando todavía la falda negra. La puerta se abre y entra don Alejo con sus pasos zanquilargos. La doncella le sigue.

– ¿Qué pasa? – pregunta con precipitado interés – ¡Oh¡ – se detiene delante del charco de sangre, que desprende un ligerísimo olor. Arruga profundamente las cejas, acercándose a la cama.

– Por favor – ruega, indicándole con un gesto que se aparte del enfermo. Inclinándose sobre él lo ausculta, torciendo la boca mientras le toma el pulso – ni la mitad, es increíble. Y, con lo que ha soltado…

– ¡Don Alejo¡ – la expresión suplicante de ella hace volver la cabeza al médico. Son ya demasiados años de conocerse, de frecuentar

la casa durante todas las enfermedades de los hijos. Cogiéndola suavemente por el brazo, la conduce a un rincón.

– Ha perdido demasiada sangre – le susurra con gravedad – el ataque lo ha librado de ahogarse, pero… lo ha debilitado.

Ella lo mira con una tremenda aprensión.

– ¿Qué esperanzas hay?

El desvía la vista sin responder.

– ¡Don Alejo, por Dios¡

El médico abre los brazos en un ademán de impotencia.

– ¿Qué quiere usted, doña María Luisa? Cuando las hay aunque sean remotas, lo digo siempre. Cuando un enfermo está en la situación de su marido, es un milagro que viva todavía…

– ¿Es que no puede usted ponerle unas inyecciones? Lo que sea, don Alejo… Algo para levantarlo…

El la mira con aire grave.

– ¿Ha dicho si quería confesar?

Ella baja la cabeza con desaliento, conteniendo las lágrimas.

– Sí, voy a llamar enseguida a don Anselmo, el de siempre.

Hay una pausa de doloroso silencio. Don Alejo le pone una mano en el hombro, moviendo desesperanzadoramente la cabeza.

– En ese caso – agrega, sobreponiéndose con un esfuerzo – voy a ponerle una inyección fuerte para reanimarlo y que pueda confesar. El efecto le durará unas tres horas… Después…

Felisa recoge las huellas del acceso. El médico se saca del bolsillo una caja de ampollas e inyecta una a don Pedro.

La puerta de la habitación se abre, dando paso a Rozas, y José, que preceden a Juanjo y Eduardo.

– ¿Qué hay? – pregunta el primero a la dueña de la casa.

– Un ataque terrible – le contesta ella muy bajo. Se acerca a su marido para secarle con cuidado la frente empapada en sudor.

Don Alejo hace una ligera seña a los tres, conduciéndolos hasta el rincón. Juanjo permanece junto al lecho.

– Es definitivo– El médico se dirige principalmente a Rozas – No llega a esta noche.

– ¡Esta noche! –Exclama José.

– Sí, el ataque lo ha matado. Si no lo llega a tener, se habría asfixiado ya. Teniéndolo se ha despejado. La muerte será algo más tranquila.

– ¿Y no se les puede hacer nada?– Pregunta Eduardo.

– Yo le acabo de inyectar. Es algo muy fuerte. Ahora se reanimará y estará casi normal. Con eso podrá hacer confesión, después ...– El médico hace un expresivo gesto – El efecto es de unas tres horas... Ahora es la una – añade, mirando el reloj– a eso de las cuatro, quizá antes ...

Don Alejo se despide, después de observar atentamente al enfermo y auscultarlo. Los demás rodean la cama, esperando la reacción del anciano. Un poco de color ha nacido en las mejillas de do Pedro, que sigue3 con los ojos cerrados. De vez en cuando sus dedos palpan nerviosamente la falda de su mujer, que continua sentada a su lado.

– José – dice ella en voz baja – hay que avisar a don Anselmo.

Al cabo de media hora se presenta el sacerdote. Se sienta a la cabecera de la cama, se informa del ataque y ruega que despejen el cuarto. Todos se retiran a la habitación contigua.

– Usted quédese – Dice a la dueña de la casa – Pero retírese un poco, por favor.

– Sí, pero él no sabe que está usted aquí. ¡Pedro!

El anciano abre los ojos, parpadeando unos segundos.

– ¿Qué? – Contesta con voz casi normal.

– Ha venido a verte un amigo, don Anselmo.

Don Pedro vuelve la cabeza, quedándose mirando muy fijo. Dice con sencillez:

– Es que voy a morirme ¿no?

Ella va a responder, pero el cura le ataja con un ademán.

– Nadie sabe el momento exacto en que va a rendir cuentas, pero conviene estar preparados, don Pedro. ¿Quiere usted confesarse?

El enfermo recapacita unos momentos.

– Sí, aun tengo fuerzas – Dios, tratando de incorporarse sin conseguirlo –Ayúdame, María Luisa.

Ella lo hace, poniéndole detrás lo almohadones. Va a retirarse al otro cuarto, pero él la retiene.

– No, quédate aquí –Su tono es ya normal y sus ojos brillan lúcidos – Ponte al otro lado. Me siento muy bien ahora, es extraordinario…

Doña María Luisa se retira a un extremo de la habitación. Don Anselmo se recoge sobre sí mismo, reconcentrando sus pensamientos.

– ¿Qué tiempo hace que no se confiesa, don Pedro?

– Tráteme de tú, padre…– Se queda unos momentos pensativo, tratando de recordar –No me acuerdo –Dice al fin, volviéndose hacia su mujer y alzando ligeramente la voz –¿Cuándo me confesé por última vez, María Luisa? ¿Tú te acuerdas?

– Sí –Ella se acerca un instante a la cama –Desde el bautizo de Juanjo. Dieciocho años.

– Ya… – El cura lo estudia durante unos segundos –Vamos a ver, empecemos por los Mandamientos.

Don Pedro tarde en responder, tras un embarazoso silencio.

– Casi no se acuerdo, Padre.

– Vamos a ver, hijo … ¿No recuerdas el primero ¿Amar a Dios sobre todas las cosas. ¿Qué has hecho tú de ese Mandamiento?

– El anciano reflexiona antes de contestar. Una arruga profunda le cruza la frente.

– No he amado a Dios, padre, no me he acordado de él siquiera.

– ¡Vaya! –Don Anselmo traga saliva –El segundo: No jurar su Santo Nombre en vano. El tercero, santificar fiestas. El cuarto, honrar padre y madre. A ver esos.

– Pues …no he jurado, he ido a misa todos los domingos y precepto y respeté a mis padres cuando los tenía.

– No matar, no fornicar.

– No he matado, padre. Y no he fornicado desde hace mucho tiempo, como usted comprendera. Lo último que hice ya salió cuando el bautizo del niño.

– La voz de don Anselmo vibra con ligera fuerza al anunciar el séptimo:

– No robar.

Don Pedro se remueve inquieto, pasándose una mano por la cara y diciendo al fin:

– Bueno, padre, usted sabe lo que son los negocios…

El sacerdote lo mira muy serio, con la boca recogida:

– No, hijo mío, eso lo sabrás tú, yo sólo sé confesar.

El anciano se pasa una lengua difícil por lo labios.

– Bueno, padre, robar …lo que se dice robar… no.

– ¡Hum! –Don Anselmo lo mira con suspicacia – No te entiendo …¿Qué quiere decir eso? – Sus ojos lo escudriñan con más seriedad que nunca – ¿Negocios…"inteligentes"?

El dueño de la tienda lanza un suspiro de alivio.

– Eso es, padre, usted lo ha dicho.

El cura tuerce el gesto y se abrocha un botón de la sotana.

– Hijo mío … –Dice muy despacio, moviendo la cabeza con desaprobación –Me temo que ahí no estemos de acuerdo. Las gentes de negocios califican de "inteligentes" negocios francamente sucios.

Don Pedro enrojece de pronto.

– No, padre –Dios con la voz alterada –eso no.

– Pero vamos a ver –Don Anselmo hace un leve ademán de impaciencia– ¿Has robado o no?

El enfermo, nervioso, no parece encontrar una fácil respuesta.

– Bueno, padre… Robar , ya le dijo, lo que se dice robar, no…

El sacerdote lo escruta con atención, poco convencido.

– ¡Hum! No sé …Tus vacilaciones indican que no tienes la conciencia tranquila. Luego volveremos sobre esto.

Don Pedro parece encontrar al fin las palabras necesarias.

– No, padre, no he robado. He tenido muchas ganancias, eso es cierto, pero he pagado siempre mis impuestos y he satisfecho religiosamente sus sueldos a los empleados…– Vacila un momento, añadiendo – unos sueldos no muy altos desde luego, porque para los tiempos que corren, padre de tiempos, hijo mío –Refuta el cura con firme serenidad– Si has tenido buenas ganancias, eso indica que los tiempos han sido buenos para ti. Y con respecto a pagar los impuestos y satisfacer religiosamente los sueldos, eso es ya un recurso muy gastado, una válvula que algunos cogen para querer demostrar que han sido equitativos y justos. Yo no digo que pagar los impuestos esté mal, aunque a veces sean un poco altos y estén mal repartidos. Pero pagar religiosamente a los empleados para mí significa pagarlos de acuerdo con la religión, es decir, unos sueldos que permitan vivir con decencia y un relativo desahogo. ¿Has hecho tú eso?

Don Pedro no sabe como evadirse de aquel callejón sin salida.

– Bueno, padre, yo no conozco las interioridades de cada uno…

El sacerdote se revuelve, algo molesto por la escurridiza respuesta.

– Ni hace falta, hijo mío – dice con tono enérgico – ni hace falta, eso se ve a la legua – se inclina de pronto sobre él, mirándolo con fijeza – vamos a ver ¿te piden anticipos con frecuencia?

El enfermo vacila antes de responder.

– Pues sí, padre… Pero si no se saben administrar ¿qué quiere usted?

– Yo no quiero nada – le replica don Anselmo severamente – sólo ayudarte a sacar tus cuentas con el más allá. Y ni allí ni ahora vale engañarse. De la administración doméstica de tus empleados sabemos un rato tú y yo, porque a mi confesionario da la casualidad que viene a parar muchas, pero muchísimas cosas…

El viejo cierra la boca de pronto, encerrándose en sí mismo.

– Yo les pago de acuerdo a la ley.

La voz del sacerdote no pierde nada de su serena firmeza.

– Tú sabes que en la ley hay un espíritu y una letra. Y que seguir la segunda sin respetar el primero, no vale ante el Divino Tribunal. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

Don Pedro baja la cabeza, confundido.

– Sí, padre.

– Pasemos al octavo. No levantar falso testimonio ni mentir.

– Bueno, padre… – el enfermo, mal repuesto aún, vacila eligiendo con cuidado las palabras – en cuanto a la primera, estoy tranquilo… Lo otro, vamos, lo otro… Mentir, bueno… ¿Quién no miento? En fin, padre…

– Los negocios ¿no, hijo mío?

Don Pedro trata vanamente de sonreir.

– Bueno, padre, usted sabe… los negocios son así…

– No, hijo mío – reconviene con tranquila energía don Anselmo – los negocios no son "así". Los negociantes desleales y trapisondistas son los que hacen los negocios "así", como tú dices. Los negociantes honrados hacen los negocios como Dios manda. ¡Vamos a hablar con claridad¡ ¿Cuántas veces según tú hace falta engañar en los negocios cada día?

– ¡Jesús, padre¡– el anciano parpadea sorprendido, forzando una sonrisa que se hiela ante la expresión seria del sacerdote – pues no sé… Pone usted unas preguntas… ¿Qué sé yo…?

– ¿Cuatro, cinco, seis…? Vamos.

– Pues no sé, la verdad… Ponga usted seis o siete.

– La última vez que te confesaste fue hace dieciocho años. Siete mentiras diarias durante dieciocho años de negocio.

Don Anselmo establece sus cálculos. Don Pedro lo observa en silencio, con el ceño fruncido.

– Alrededor de cuarenta mil. Buen saco de pecados has llevado colgados durante tantos años – mueve la cabeza con pesar – y lo triste es que haya tantos católicos como tú, que no son católicos ni son nada… – procurando dejar de lado la cuestión, lo observa muy fijo – Bueno, vamos a ver… ¿Han sido esas mentiras gordas? ¿Han sido como para causar perjuicios serios?

– Que yo sepa no, padre… No ha muerto nadie ni…

– Ni ha sido nadie perjudicado en sus bienes.

Don Pedro no sabe como ponerse.

– Bueno, padre, usted sabe que los negocios operan sobre los bienes ajenos, vamos…

– No – deniega con firmeza don Anselmo – yo no sé nada de eso, yo me acuesto a las ocho. Contesta con la sinceridad que hace media hora te estoy pidiendo. ¿Has causado perjuicios serios con esas mentiras?

– Estoy tranquilo, padre… Si ellos arriesgaban su dinero, yo también el mío. Unas veces he sido yo el engañado y otras ellos. No por mentiras francas, porque ésas cuestan muy caras en los negocios sino por semiverdades o cosas que se pasan o se ocultan. Estoy tranquilo porque no he causado ningún gran perjuicio, que yo sepa.

– Bien, hijo, mejor… Vamos ahora, noveno. No desearás la mujer de tu prójimo y décimo, no codiciarás los bienes ajenos.

– Nada, padre. El primero lo tengo ya confesado hace ya mucho tiempo y el otro, he codiciado el beneficio legítimo de la tienda.

– Si ha sido así, pase – don Anselmo se suena suavemente, mientras lo observa con atención – registra ahora tu memoria ¿Tienes algo de qué acusarte? ¿Enemigos, odios, ofensas…?

– No, padre, mis hijos me han hecho sufrir mucho por como se han portado conmigo, pero a pesar de todo, son mis hijos…

– La niña…

Don Pedro siente demudársele la cara.

– Eso es harina de otro costal, padre. La niña…

En los ojos tranquilos del confesor hay una llamarada de energía.

– La niña ¿qué? Toda la harina es ahora del mismo costas de pecados.

– La niña ha sido muy rebelde, don Anselmo. No ha obedecido a su padre, que lo que quería era únicamente su bien. Ha sido una hija muy descastada que no me ha respetado. Se casó con quien le dio la gana.

– ¿Qué tienes contra el yerno?

El enfermo desvía los ojos.

– El yerno, padre, el yerno… – dice, marcando mucho las palabras – Es un hombre sin educación, un militarote que la engatusó con la tontería del uniforme, buscaba el dinero…

El cura lo escudriña con intensidad, haciéndole desviar nuevamente la vista.

– Ella no es feliz, por lo tanto.

Don Pedro tarda en contestar.

– Bueno, no sé – dice con voz forzada – no he oído decir nada.

– Usted ha preguntado por ella.

El viejo vuelve la cabeza, irritado.

– No, no he querido que me hablen de esa hija descastada… nunca.

La mirada severa del sacerdote lo atosiga, haciéndole removerse inquieto.

– Creo que sí – dice muy bajo – que han congeniado…

– Y entonces – replica don Anselmo, dando un pleno sentido a cada una de sus palabras – ¿cómo se explica usted que ella, una muchacha tan educada, supongo yo, vamos, haya podido congeniar con un hombre sin educación, un militarote que lo único que tenía era el uniforme, un hombre que cuando se enteró de que usted la desheredaba apresuró su boda con ella?

– Bueno, padre, eso son cosas de familia…

– Nada, hijo mío – reconviene el sacerdote, muy sereno sin embargo – eso son cosas de Dios, pecados de soberbia. La verdadera, la auténtica iglesia católica que milita en la misericordia de Cristo, no admite esas cosas de familia, como tú las llamas. Dios, con su justicia y perdón, penetra en todos los rincones y habrá que rendir muy estrecha cuenta cuando se fue soberbio, cuando se antepuso el egoísmo personal a la justicia y a la verdadera caridad cristiana.

– Ella desobedeció, padre, ella pecó.

Don Anselmo sigue hablando con voz clara y firme. Doña María Luisa, oyendo algunas palabras sueltas, intuye el sentido total de sus frases.

– No, hijo mío, ella no pecó. Cuando para defender una felicidad legítima ella se puso enfrente de ti lo hizo sin rencor, con dignidad, te dijo que quería a un hombre digno y que quería casarse con él. Y tú lo negaste, tú lo despreciaste, tú no toleraste que aquel hombre honrado, pero pobre y de humilde familia, hiciera feliz a tu hija. El no llevaba lo que tú querías, o un apellido muy largo aunque estuviera cubierto de cieno, o una fortuna muy grande aunque también estuviera manchada. Eso es lo que se desprendía de los candidatos que le ofreciste tú. Ella hizo bien manteniéndose firme. Un Mandamiento de la ley de Dios dice: Honra a tu padre y a tu madre, pero los dos primeros pecados capitales de esa ley, óyelo bien, los dos primeros son la soberbia y la avaricia.

Al rostro de don Pedro sube un flujo de sangre.

– Por favor, padre…

– Escúchame, hijo – el sacerdote se inclina más sobre él – hay unas palabras muy hermosas en ese Padrenuestro que quizá hayas olvidado. Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Aquí no hay deuda por parte de tu hija, porque ella está limpia de ofensa. Ella ha venido a verte varias veces desde que estás malo y tú nunca has querido recibirla.

Don Pedro aprieta la boca, mirando recto frente a sí.

– Fue desobediente, padre.

– ¡Y dale¡ – exclama el sacerdote con vigor – lo fue con razón. Yo habría hecho lo mismo que ella y no me habría remordido la conciencia.

– La absolución, padre.

Don Anselmo deniega con la cabeza. Habla con acento tranquilo:

– No, hijo mío, imposible. Sigues en pecado mortal.

– Yo quería todo el bien para ella.

– Puede ser, pero después has visto que ella es feliz.

¿Y que más le puedes pedir a un yerno, dime?

– Podía haberlo sido mucho más – replica tercamente don Pedro – si me hubiera hecho caso…

El cura se echa atrás con impaciencia.

– Te obstinas, hijo, en el pecado de la soberbia y así no podemos llegar a la absolución.

– Yo no puedo perdonarla, padre – Don Pedro sigue derecho sobre los almohadones, mirando a su frente muy fijo – fui intransigente porque era mi deber.

– Yo tampoco puedo perdonarte. Seré intransigente porque es el mío.

– ¡Padre¡ – El anciano se vuelve de pronto, con una súplica en los ojos. Don Anselmo lo mira sereno, pero su pie bajo la cama no deja de moverse.

– ¿Perdonas a tu hija? Mejor dicho ¿Te reconcilias con ella?

– Por favor, padre, me queda poco de vida…

– Razón de más. ¿Cómo vas a presentarte así ante El? Tienes que perdonar a tu hija, es decir a quien no te ha ofendido y te quiere, a pesar de tu conducta para con ella.

– Ella no me quiere, padre, me detesta.

– Estás equivocado. ¿Quieres que la llamemos?

Don Pedro desvía la vista.

– No.

– No puedes morir con ese odio en el corazón, hijo – dice el sacerdote con forzada calma – tu testamento, si lo has hecho, tienes que cambiarlo también.

– Todo es para mi mujer.

– Bien – el cura vuelve a sonarse despaciosamente – no entiendo mucho, pero en ese caso ella dispondrá lo mejor.

Se queda mirándolo, aguardando una respuesta. Los ojos de don Pedro permanecen fijos, mientras una leve sombra los empaña. Su mujer se le acerca, hablándole con ardor:

– ¡Pedro¡

El se vuelve con vivacidad.

– ¿Qué?

– Haz las paces con ella.

El la mira con reproche.

– ¡Tú también¡

– ¡Ella te quiere, tú lo sabes, yo te lo he dicho más de una vez, aunque tú nunca has querido escucharlo¡ Ella aguarda a que tú nunca has querido escucharlo¡ Ella aguarda a que tú la llames. ¡Hazlo¡

El sigue siempre con su ceño hosco.

– No, ella tiene el justo castigo que se buscó con su terquedad.

– Ella espera en la sala, Pedro. Hace dos horas que llegó, porque yo mandé llamarla.

Su marido la mira con irritación:

– ¡Tú has hecho eso¡

– ¡Sí, porque es tu hija¡ ¡Y tú, Pedro, tienes que reconciliarte con ella antes de morir¡

– ¡Antes de morir¡ – Don Pedro se ha puesto lívido – ¡Voy a morir¡

Hay un silencio denso en la habitación, un silencio tremendo que se palpa, que se agita, que se agarra a los muebles y los pone en danza, un silencio mascado de tinieblas, un silencio donde la eternidad parece abrirse para don Pedro. ¡La eternidad, la eternidad, la eternidad¡ ¿Qué es la eternidad, Dios mío? Una palabra, una sola y única palabra que se abre como una boca inmensa que no se acaba nunca. Algo enigmático e interminable. Eso es, interminable, esa feroz cualidad que no se puede comparar con nada absolutamente de este mundo. Arcángeles y hombre que danzan al mismo compás, triturándose delante de un ser misteriosos que los mira con un ojo inmenso, un ojo inmenso como el tiempo. Y sentir que sólo falta dar dos pasos, quizá uno solo para entrar en esa danza loca y eterna. ¡Eterna¡ ¡Qué palabra tan terrible¡ Don Pedro siente que algo lo llama, que desde una esquina del tiempo algo parece llamarlo para que se decida y dé ese paso tan pequeño que le falta

por dar. Y después él empezará a danzar con unas fuerzas redivivas y quizá con un aspecto nuevo. Y su mujer lo mirará con tristeza, porque él no danzará bien. Algún peso terrible se le colgará de los hombros, quizá sea el peso de una hija agarrado al corazón, algo en suma, que no le permitirá hacer el rigodón de la eternidad. ¿Será como dice don Anselmo, la soberbia? La soberbia no puede pesar tanto como para impedir una buena danza. El ha bailado algunas veces, no muchas desde luego, desde que rompió con su hija y siempre lo ha hecho bien. ¡Ah¡ Pero es que este baile con el ángel es distinto. Aquí no sirven de nada las lecciones de la tierra. Aquí hay que danzar con el espíritu, con el corazón ligero, con las piernas muy ágiles. Si no, se cansa uno y se cae, se empieza a caer en un agujero, un agujero muy hondo, profundísimo, un agujero que no se acaba nunca, un agujero eterno…

Doña María Luisa y don Anselmo observan como abre los ojos.

– Llama a mi hija.

Ella se lanza hacia la puerta y desde el umbral hace una seña. María Luisa Duarte se levanta, entrando en la habitación. Su madre la agarra del brazo y la conduce hasta la cama, manteniéndola sujeta por los hombros y mirando intensamente a su marido.

– Hola, papá – saluda la muchacha en voz muy baja, mirándolo con aire sereno y grave.

Su padre la mira como si la viera por primera vez, con unos ojos curiosamente observadores que quieren llegar a su más íntimo fondo. Hay una pausa tensa, cargada de significados y recuerdos, donde parecen querer desarrollarse apretadamente todos esos largos años que han vivido separados. Como si los sentimientos, petrificados hasta ahora en una helada atmósfera irreal, se transformaran de súbito en seres vivos que buscaran impetuosos su cauce normal hasta la sangre. Los dos permanecen inmóviles, como fascinados por el descubrimiento insólito de su sola presencia. Luego, el anciano se lleva la mano al pecho y cierra los ojos un momento, dejándose caer hacia atrás.

– Hola, hija – dice con fatiga.

Ella aprieta los labios en un gesto irreprimible. ¡Ha cambiado su padre tanto desde la última vez que lo vio¡

– Papá ¿tu como estás?

El viejo respira hondo.

– Bien, hija, bien. Pero… siéntate…

Ella lo hace al borde de la cama.

– ¿Has venido sola?

La muchacha asiente con la cabeza, mientras se esfuerza en eliminar algo que se le ha agarrado a la garganta.

– No conozco a mi nieta… ni a mi yerno.

María Luisa lucha por hablar sin traicionarse.

– La niña está en el colegio, papá, y él está en el cuartes. Yo vine en cuanto me avisaron. Pero voy a ir por ella – añade, levantándose.

El la retiene con un gesto, haciendo que se siente otra vez.

– No, manda por ella. Y que lo avisen también a él. Tú no te retires. Tú, María Luisa – dice, dirigiéndose a su mujer – avisa para que vengan los dos.

– Sí, Pedro – contesta ella, saliendo presurosa del cuarto.

El habla con voz ahogada:

– ¡Qué de tiempo sin vernos¡ ¿verdad?

– Sí, papá – le contesta ella, ya más serena – yo he querido verte…

El anciano la ataja con suavidad.

– Ya lo sé, hija.

– ¿Tú cómo te encuentras, papá?

El hace un ademán de resignación.

– ¿No lo ves, María Luisa? Me queda poco.

– ¡No digas eso, papá¡ – exclama impulsivamente ella.

– Es verdad – dice él con tristeza – no sirve de nada decirlo. Pero… – su expresión cambia hasta esforzar una sonrisa – Me alegro de verte. Hacía mucho tiempo, es verdad. Yo he sido muy duro contigo, pero ahora… va a terminarse todo.

La muchacha oprime los labios, conteniendo un sollozo. Su padre, el animoso don Pedro, ya no es ni sombra de lo que era. Ha desmejorado mucho desde la última vez que lo vio. Fue en la iglesia. Ella estaba arrodillada a un extremo de la nave y lo vio entrar con paso todavía firme. Se puso en su sitio de siempre, a la izquierda del altar. Y una claridad aromada de finísimo polvo entraba por la alta vidriera, iluminando su figura, todavía erguida. Y de esto hace sólo tres meses. Ahora es un viejo decrépito de movimientos torpes y una débil y lenta luz en las pupilas.

Y don Pedro ve a su hija crecida, porque no consigue situarla cuando la vio por última vez hace siete años, cuando él la recibió en el salón viejo y ella le anunció con firmeza que iba a casarse con un capitán de infantería hijo de un simple farmacéutico, de quien estaba enamorada. Que sabía su oposición, pero que ventilaba su felicidad y por eso la defendía por encima de todo. El se puso violento y la amenazó con desheredarla, pero ella se encogió de hombros y él, a los pocos días, se enteró por los periódicos de que se había casado. La imagen de ella le resulta ahora borrosa, tenía entonces veintitrés años y era muy parecida a la muchacha que tiene ahora delante. Pero del fondo de su memoria emerge triunfante otra imagen más antigua, pero más fresca, de perfiles más netos. Una niña de catorce años, sonriente, que corre con unas pernas enfundadas en medias negras y lleva un sombrerito azul con una pluma blanca. La cartera la lleva bajo el brazo y los guantes, blancos también, contrastan con el abrigo azul que encubre el uniforme del mismo color. La niña llega a su despacho y lo besa, sentándose en sus rodillas y soplándole al oído que necesita cinco duros para comprarse un libro de texto. Enseguida se levanta y le rebusca en el interior de la chaqueta sacándole la cartera y tendiéndosela. El se ríe y sacando un billete se lo da a cambio de un beso, que ella le duplica. Luego, su figura ágil se pierde en el pasillo, porque va a llegar tarde al colegio. Esta imagen juguetea en su mente y ¡es tan distinta de los cálidos ojos que le miran ahora con pena¡ Pero los ojos, precisamente los ojos, son idénticos, aunque ya han vivido una vida desde entonces. Sí, un hombre vive en ella y de esa unión ha brotado una chiquilla que dentro de poco será como era su madre en la forma que él la recuerda ahora… Es la vida ¡La vida¡ Y él es ya la muerte…

Doña María Luisa ha vuelto silenciosa, sentándose a los pies de la cama. Don Anselmo contempla pensativo la escena. La soberbia de don Pedro. ¡La soberbia¡ Algo que como una piedra arrastra y lleva hasta el fondo… Aquí es como la raíz del carácter, del mal carácter de muchos que él conoce y que no se doblegan aunque los maten.

– Hija.

– Dime, papá.

– Yo no tenía que haberme opuesto a tu boda – dice con fatiga – yo lo hice queriéndole buscar una felicidad más grande.

– Ya lo sé, papá, pero la felicidad ya la tengo. Mi marido me quiere, yo a él, y tenemos la niña. ¿Qué más podemos desear?

– Sí, hija, es verdad, pero el dinero nunca sobra. Ya tu madre se encargará de darte lo que te corresponde. ¿Quieres besarme, hija? Que esto termine como debió haber empezado. Ahora me queda poco y necesito la absolución.

Ella se retira al fondo del cuarto después de besarlo en ambas mejillas. El sacerdote absuelve al enfermo y empieza a rezar en voz baja las preces de los agonizantes, secundado por doña María Luisa. Van entrando los hijos y Rozas. Don Pedro habla ya con voz muy débil, aunque sin interrupciones. Las fuerzas se le van agotando rápidamente.

– Acercaos todos. Me queda poco, lo noto, pero aun puedo hablar – sus pupilas tienen cierta firmeza vacilante – poneos alrededor mío.

Todos le obedecen, desplegándose. El anciano, recostado en los almohadones, empieza a hablar con una fatiga inmensa, fijando los ojos en cada uno de ellos.

– A ti, Rozas, los recomiendo. Haz lo que puedas por ellos. Y vosotros, hijos, quedad con Dios. Ha habido errores de comprensión entre nosotros, ahora lo veo con más claridad que nunca… Yo he hecho mucho mal a José, lo sé y por eso le pido que me perdone. Por la tienda, por ella lo he sacrificado. Ese es mi dolor real de esta hora. Pero también he tenido culpas de indiferencia para con vosotros. No me he ocupado sino cuando me habéis hecho falta. Y claro, ha pasado lo que tenía que pasar. Habéis respondido lógicamente a lo que yo he sido para con vosotros, mejor dicho, a lo que por mi falta no he llegado a ser. Pero todo quede en esta hora enterrado. Las culpas cuando se reconocen de frente hacen menos daño. Nosotros durante mucho tiempo parece que hemos estado equivocándonos al querer entendernos. Y yo deseo que ahora todo quede claro. Si he tenido culpas para con vosotros, que las he tenido, perdonadme, y que esto sirva para que el día de mañana no tengáis que hacerlo con vuestros hijos. Tú, José, no te has preocupado en absoluto de tu hijo, preocúpate en adelante. Tú, hija no te tengo que decir nada, ya te lo he dicho todo. Tú, Eduardo, funda una familia, puede ser el árbol que te dé fuerza y tú, Juanjo, varía. Variad todos. ¡Hay tantas cosas que variar…¡ ¡Y tú, María Luisa, vela lo que puedas por ellos, les hace tanta falta… –se detiene

un momento, respirando con angustia – decidle de mi parte adiós a Mariana. Quizá su madre haya muerto también a estas horas.

Una luz cada vez más apagada brilla en sus ojos.

– Siento que no podré ver ya a mi nieta… Es lástima, María Luisa… Debe parecerse tanto a ti… Pero… ahora… veré… a Miguel…

Un estremecimiento recorre todo su cuerpo. Hace un esfuerzo por continuar, pero sin conseguirlo, se desploma sobre la cabecera con los ojos muy abiertos. Un nuevo escalofrío lo recorre antes de quedar inmóvil.

José se detiene en la puerta de la calle y mira hacia arriba. Es un amanecer frío, de tintas rosadas en el rectángulo que proyectan las casas hacia el final de Riveros, mezcladas a los blancuzcos colores que con una leve iniciación azulada giran por encima de su cabeza. No circula todavía casi nadie, un coche de una panificadora, otro de una vaquería. Un airecillo fresco se cuela por los pulmones, haciendo encogerse el vientre con un leve escalofrío.

José baja el escalón y echa a andar hacia el final de la calle, con las manos hundidas en los bolsillos. La noche de vela se le nota en los párpados enrojecidos y en la fina película de barba. Aprieta los puños para calentarse, mientras atraviesa la Plaza Sarmiento, solitaria con sus palmeras arañando el cielo lívido. Un golfillo con un mazo de periódicos bajo el brazo pasa a su lado presuroso, restregándose las manos con gestos frioleros. José dobla la esquina de la derecha y entre en la Corredería.

La larga avenida está casi desierta, con el lento amanecer disolviéndose sobre las blancas crestas de los edificios. Pero bajo los naranjos que cuadriculan la acera se divisa alguien que viene en dirección opuesta, aunque el sombrero caído no permite adivinar su identidad. El incógnito da un puntapié a una mondadura de naranja y se queda contemplándola mientras ésta describe un círculo.

Duarte se detiene al llegar a su altura.

– Paco.

Este levanta la cabeza.

– Hola, José – dice monótono, dando una nueva patada a la cáscara – ¿Adónde vas por aquí? ¿Vienes de juerga?

– No, Paco, de velar a mi padre.

Cifuentes lo mira con enorme sorpresa, levantándose de un papirotazo el sombrero hasta colocárselo derecho.

– ¡Caracoles¡ Pero… ¿ha muerto?

– Esta tarde, a las tres y pico – dice sobriamente José .

– ¡Vaya, hombre¡ – Paco lo agarra del brazo, no repuesto aún de su asombro – Lo siento… Que no somos nadie – Agrega, con ademán resignado. Se queda un momento pensativo, escrutándolo después con atención – ¿Y tú adónde vas ahora?.

José no contesta, entreteniéndose en ojear con vaguedad el horizonte de paredes blancas que parece carecer de límites al fondo de la calle.

– No sé… – dice al fin con indiferencia – Hay allí unos cuantos… Estaba aquello irrespirable y he salido a tomar un poco de fresco… ¿Y tú de dónde vienes?

Paco agacha la cabeza, se echa la mano al bolsillo y saca un revolver. Expulsa la última cápsula, vacía.

– Yo vengo del hipódromo de matar a mi yegua – dice con voz ronca.

– ¿A “Barceloneta? – El asombro de Duarte es enorme.

– ¡Sí, es la vida, coño¡ – exclama Paco, guardándose rabiosamente el arma – Mañana tenía que correr en Cádiz, estaba todo preparado, pero… Ayer, un perro gracioso le dio por rabiar y morder a “Barceloneta”. El mozo no sintió nada o no le dio la gana de oír a la yegua, que estaba loca en el establo, seguro… Ella tenía un instinto para eso formidable, ya quisieras tú haber visto… Bueno, pues, – agrega, reanudando furiosamente el relato – cuando se dieron cuenta los cretinos, ya tenía la rabia en la sangre. Me llamaron enseguida, ya estaba allí el veterinario, pero ¡que si quieres¡ El muy grullo empezó a darme explicaciones de que si no podía ser la rabia, que si la rabia no se declara hasta los cuarenta días, que si patatín, que si patatán, que si había complicaciones, las idioteces que dicen todos cuando no hay nada que hacer… Desde luego no había más que ver al animalito, rabioso perdido… El cretino del veterinario estaba hecho un taco, sin saber por donde salir… Total – continúa con un colérico fruncimiento de boca – que naranjas de la China, que había que acabar con el bicho – Se saca de nuevo la pistola, accionando con ella – Yo mismo le reventé la cabeza… ¡Me miraba con unos ojos¡ ¡Como una persona¡ Pero no había más remedio, ¡coño¡ Me metí dentro como un loco y empecé a pegarle tiros. El primero la tumbó y ya parecía que se le había quitado la rabia, pero yo no podía ver las boqueadas aquellas tan tremendas que daba… La liquidé, le vacié el cargador en la cabeza… – se detiene de pronto, respirando con fatiga y guardándose el arma – ¡Loco estaba¡

– ¿Y el perro?

– ¡El perro, je¡ – prosigue Paco con violento sarcasmo – El perro se lo había cargado ella nada más lo vio entrar en la cuadra, aunque no pudo evitar el primer mordisco. De una coz lo reventó contra la pared. Allí estaba hecho unos zorros – se detiene, moviendo apenadamente la cabeza – ¡Era más lista¡ No se resentía ya nada de la faenita que le hicieron en la pata. Ya querría yo haber cogido al cabrón…

A José se le muda de subió el color. Contempla la cabeza baja del otro y un temblor se le inicia en los pulsos, pero sobreponiéndose con un esfuerzo, le pone una mano en el hombro, mientras dice con lentitud:

– Yo fui ese cabrón, Paco.

– ¡Tú¡ – Cifuentes se desprende de un salto, mirándolo con enorme estupor – ¿Tú fuiste el que sangraste a "Barceloneta" en la pierna? ¡Tú estás loco¡

José deniega firmemente con la cabeza.

– No, Paco, yo fui.

– ¡Tú fuiste¡ – La brusca conciencia del hecho hace brotar una llamarada violenta en sus ojos. Con un rabioso ademán agarra a José por el cuello, apretándoselo en un brutal zarandeo. Este se deja manejar como un pelele.

– ¡Tú fuiste, canalla¡ – Estalla de pronto, dándole una bofetada – ¡Tú fuiste quien rajaste a mi yegua¡ ¿Por qué? – grita con más fuerza aún – ¡Habla, dime¡ ¿Por qué?.

La cara de José está amoratada. La férrea mano amenaza ahogarlo, pero él no hace lo más mínimo para desprenderse. Paco lo mira con dureza durante un largo momento y afloja algo la presión.

– ¡Habla¡

Duarte traga aire con esfuerzo, haciendo que su rostro recobre algo del color normal. Sus palabras le salen sin embargo claras.

– Yo te odiaba, Paco.

Este lo sacude con fuerza.

– ¿Por qué? – le barbota a la cara – ¿Por qué me odiabas? ¡habla, hijo de puta¡ ¿Qué daño te he hecho yo a ti?

José se muerde los labios, conteniéndose ante el insulto. Tarda en contestar.

– A mí solo, no. A todos.

En su sorpresa, Cifuentes lo suelta dando un paso atrás.

– ¿Quiénes son todos?

José se arregla el cuello, respirando hondo varias veces.

– Eso no es fácil de decir. Vamos a cualquier sitio.

El otro, furioso aún, está a punto de sacudirlo de nuevo, pero vencido por su ademán resuelto, lo sigue tras ligera vacilación. Uno en pos de otro bajan por el patio de San Francisco y entran en "La Vega". La sala del café es grande y está llena de mesas, pero a esta hora sólo hay un camarero limpiando el mostrador y dos chóferes de los camiones de pescado, que matan el gusanillo con las correspondientes copas de anís.

– Vamos al fondo – Dice José, entrando como en terreno conocido.

Cifuentes está a punto de decir algo, pero se calla. Se sientan a una mesa junto al estrado donde los domingos y festivos ponen orquesta y animadora. Piden café por una seña.

– Bien – Paco se cruza de brazos, mirándolo con dureza

– Estoy esperando que te expliques.

Duarte mueve su café con mucha calma. El ruido de la cucharilla dentro del vaso iirita los nervios del otro.

– ¡Deja ya de mover¡

– Ya está movido – contesta José, impasible.

Paco se cruza nuevamente de brazos sin tocar su servicio, esforzándose en hablar con naturalidad:

– Estoy esperando que te expliques.

– Mira, Paco – Duarte bebe muy tranquilo su café y nada parece poder alterarle – Te voy a hablar con mucha franqueza… Con el corazón en la mano ¿no se dice así? – sus ojos brillan irónicos, pero recobrando instantáneamente la seriedad, se reconcentra durante unos momentos antes de seguir – Tú ya sabes que yo soy un tipo descentrado, pero con cierta inteligencia y que me doy cuenta de algunas cosas que a otros se les pasa por alto – se queda observándolo durante la breve pausa – Por ejemplo, de tu manera de ser y de actuar… De todos nosotros, ya sabes a los que me refiero, tú te destacas ¿cómo diría yo? Como un burlón, como el Gran Burlón diría yo… Me parece que ese el es calificativo que mejor te cuadra… – se recuesta de nuevo en la butaca, estudiándolo con ojos entrecerrados – Pero

de vez en cuando tienes un gesto dramático del que todo el mundo se alegra en su más profundo interior, siempre que no le toque a él, claro… Y en el entierro del Puma tú tuviste ese gesto… Armaste un escándalo, te portaste como un anarquista entre un coro de beatas, que eso éramos casi todos allí… Entre bromas y veras, Paco, cuando tú te emborrachas, tú que nos perteneces, que eres como todos nosotros, cuando te emborrachas, digo, o te haces el borracho, te separas del conjunto y entonces somos tus enemigos. Yo ahora estoy en una situación de ánimo, no sé si por la muerte de mi padre o simplemente porque no he dormido esta noche, en que no me importa nada decirte que como fracasado soy un resentido y que a veces no puedo tolerar el que te pongas frente a nosotros como un enemigo que dice…

Se detiene, estudiando el efecto de sus palabras. Paco lo mira con gravedad sin hacer el menor signo de impaciencia.

– …verdades dolorosas – concluye José con voz tensa – En ti, tú lo sabes mejor que nadie, aunque quizá no hayas llegado a definírtelo tú mismo, hay dos Paco Cifuentes. Uno, sereno, un aristócrata inútil como tantos, que va de juerga con todos y que no se diferencia en nada de ellos. El otro, un hombre amargado que no tiene fuerzas para evadirse del medio en que vive y al que odia, castigándolo con su desplantes burlones y posturas tragicómicas. Apoyándose en el vino, ese hombre empieza a soltar lo que guarda dentro y entonces se transforma en…

Paco escucha sombrío, con los ojos entornado. José se ha detenido un momento, eligiendo sus palabras con plena conciencia de cada una de ellas.

– … en algo que llega demasiado hondo a la acorchada piel de los que somos un poco concientes del papel que hacemos. Te transformas en… una conciencia.

Cifuentes siente un repentino estremecimiento. Inclinando la cabeza sin responder, guarda un penoso silencio.

– ¿Una conciencia? – dice con mucha lentitud al cabo de un larguísimo momento. Su rostro parece de pronto lleno de arrugas, que ensombrecen infinitamente su pálida cara –. Sí, es verdad, José… Pero no en una conciencia, sino… – levanta la cabeza, mirándolo con ojos vacíos – en mi propia conciencia…

Duarte le pone una mano en el brazo.

– Es igual, Paco, tu conciencia se transforma en la nuestra, porque todos somos iguales – su tono se hace de pronto muy rápido, como deseoso de quitarse un gran peso de encima – y a lo que iba a explicarte… Yo te vi un día. Estabas en las carreras con Juana y yo te odiaba, porque nosotros los resentidos somos los que mas huimos de nuestra conciencia, porque cuando ésta se dirige a nosotros, nos encuentra siempre en carne viva. Estabas con Juana y no tenías el aspecto de siempre y no porque estuvieses con ella, ella al fin y al cabo es para ti como uno de nosotros. Era algo más sencillo. Estabas con algo menos que una persona, pero que para ti representaba algo más. Una yegua. Y estabas loco, saltabas como si tuvieras doce años. Tu yegua había ganado y tú la besabas, la acariciabas como si fuera una muchacha. Y yo que te odiaba, sentí alegría, una alegría llena de mala uva, muy distinta de la que tú tenías. He aquí Paco Cifuentes, pensé yo, el hombre que se burla de todo, besando a una animal porque ha corrido más que otros… Y surgió la idea, Paco. ¿Recuerdas que un día estabas en mi casa y yo llegué sin tú esperarme, porque me creías en Sevilla?. Entre bromas y veras, porque ya nos éramos mutuamente antipáticos, nos tratamos de Cifuentes y Duarte en lugar de Paco y José como acostumbrábamos. Y por conservar esa especie de reto burlón, pero que guardaba un fondo de verdad, nos dimos cita el domingo a las siete en el hipódromo, como si fuéramos allí a rompernos las narices… El domingo en el hipódromo, maldito si tú te acordabas de la cita. Corría tu “Barceloneta”… Pero mi memoria era mejor. Yo estaba allí a las siete, la hora en que empezaba la carrera, pero tú no podías verme, rodeado de gente como estabas, y además yo estaba cerca de ti, pero oculto. Y tu cara, aquella tarde, no estuvo para besar ni acariciar a tu cabello. ¿Te acuerdas? – añade con una repentina contracción en la cara – , tu yegua estaba herida y había sido yo, que desde aquel día en que e vi por primera vez con ella vencedora, no podía soportar tu alegría… Yo había herido a tu caballo para que tú no pudieras recibirlo con aquella alegría que yo odiaba…

Paco aprieta la boca, con los ojos duros.

– ¿Tú mismo fuiste el que la rajaste?

– No – deniega muy despacio José, respondiendo forzado a la pregunta – yo no tengo práctica ninguna en caballos y no quería hacerle más que perder la carrera. Tenía que ser alguien que los conociera y además yo no tenía ocasión de meterme en las cuadras.

– ¿Quién fue entonces?

José apura el resto de su vaso.

– ¿Qué importa eso ya? – replica con desgana – “Barceloneta” ha muerto y además, aunque estuviera viva, yo no te lo diría.

Paco se le queda mirando.

– ¡Eres un cerdo, José¡ – las palabras le han borbotado restallantes en medio de la forzada calma que le atiranta las mejillas.

Duarte enciende una cigarro con tranquilidad, pero la llama de la cerilla ha temblado un segundo en su mano. Por su cara se extiende un tono rosa ante la mirada rencorosamente despreciativa del otro.

– Sí, tienes razón, Paco – dice con una mueca, mientras apaga el fósforo – . Yo soy un cerdo que reconoce que lo es, lo que ya es un mérito. Ahora ya no te odio ni podría volver a odiarte. No sé en verdad qué ha sido… Desde aquel domingo en que vi tu expresión de rabia y de disgusto, tenía un vago deseo de contártelo todo, porque pensaba que así encontraría la satisfacción que no encontré entonces. Pero… – agrega con un gesto terriblemente cansado – ha llegado hoy, mi padre se ha muerto y hasta me ha pedido perdón por mi cobardía cuando decidí entrar en la tienda en vez de ser militar… Te he encontrado después en la calle y me has contado que has matado a tu yegua… Entonces… me he sentido como desfondado. Parece como si esas dos muertes me hubieran dejado vacío. Como si yo sólo hubiera vivido para esos dos odios, el de mi padre y el tuyo. Y ahora… – se queda mirándolo con inexpresivos ojos ¿Qué hacer?

Cifuentes aprieta los labios con la cabeza baja, derrumbado en la silla. Mueve la mano hacia el otro, pero sin llegar a tocarla, la deja caer lacia sobre su propia rodilla.

José lo mira con unos ojos horriblemente contraídos. Sus rasgos aparecen blandos y cansados, como una máscara que se hubiera usado demasiado tiempo.

– Yo tampoco lo sé… – dice en voz muy baja.

Cifuentes lo escruta vago e impersonal, con los bordes de la boca curvados cansadamente hacia abajo.

– Ya no existe nada entre nosotros – dice al fin, mirando a José como si fuera un objeto que hace tiempo hubiera dejado de interesarle. El odio, al fin y al cabo, es un sentimiento de gente fuerte. A nosotros sólo nos queda el aborrecimiento, el hastío…

José se levanta, moviendo todas sus articulaciones con una inmensa fatiga que amenaza llegar a la náusea.

– ¿Pagas?

– Sí.

Las puertas del café se cierran sobre las dos siluetas.

Román, empotrado en el butacón de la trastienda, descuelga el auricular con un ágil movimiento.

– ¿Quién?

Su rostro se anima de súbito.

– ¿Cómo? ¿Eres tú, Creso? – pregunta con afanosa sonrisa – ¿qué pasa?.

– ¿Cómo? – replica, descomponiéndose de pronto en el colmo de la extrañeza – ¿Qué vaya enseguida? ¿Y con el talonario de cheques?… Pero…

– ¿Y los pagarés de Juan José Duarte? Pero…

– Bueno, bueno, Creso, no hay que ponerse así, hombre… Si es de tanta importancia…¡Que son cincuenta kilómetros¡ Enseguida voy.

Cuelga el teléfono y se queda mirándolo con aire preocupado. Con un fruncimiento de cejas se palpa la chaqueta para asegurarse de que lleva encima el libro de cheques. Dirigiéndose a la caja empotrada en la pared rebusca en un montón de papeles, sacando de entre ellos un sobre que lleva escrito en la cubierta GRANDES ALMACENES DUARTE. Extrae de él los pagarés, echándoselos al bolsillo. Vuelve a cerrar la caja, saliendo con paso vivo de la trastienda.

– ¡Rogelio¡ – el dependiente, de espaldas y muy atareado limpiando una vitrina, se vuelve con rapidez – voy a la capital. Algo importante.

– Sí, señor – le contesta monótonamente el otro.

– Si viene alguien preguntando por mí y tú lo conoces – le hace un guiño significativo – que vuelva a las cuatro. ¿Estamos'.

El empleado exhibe una sonrisa automática.

– Sí, señor, entendido.

– ¡Qué soso es¡ – murmura el joyero para sí, mientras sale de la tienda – Pero… – Echa una precavida ojeada al escaparate – son millones…

Mientras dirige sus grandes zancadas hacia el estacionamiento del Chevrolet, no deja de dar vueltas en su cabeza a la reciente conversación telefónica. ¿Qué le tendrá que decir Creso con tanta urgencia? Antiguamente, cuando algo bueno se presentaba, estuviera

donde estuviera, ésa era su manera de establecer contacto. Pero ahora, al cabo de tanto tiempo en que a pesar de la amistad sus intereses están desligados por completo, no acierta a ver la conexión. En fin, ¡quién sabe¡ los mejores negocios son los repentinos, aquellos en que cuando menos se piensa salta la liebre. Desde luego, por algo le habrá dicho que se lleve el talonario. Pero… ¿Y los pagarés de Juanjo, cómo se habrá enterado el muy zorro de Creso? ¿Y si hubiera forma de arreglar fácilmente lo de la tienda?

Pone en marcha el coche en dirección a la capital. Cogiendo una media de setenta, en tres cuartos de hora estará allí. Y de todas formas, más vale no calentarse la cabeza. Lo que sea, sonará.

En su despacho del Gobierno Civil, antigua Biblioteca Popular de la provincia, don Creso fuma su cotidiano puro mientras le indica un asiento frente al suyo. Su cara aparece tan inescrutable como de costumbre, pero sus párpados amoratados a diminutas venillas rojas no consiguen disimular el brillo especial de sus ojuelos. Manteniéndose muy erguido en su butacón, se frota blandamente la barbilla mientras pregunta en tono muy suave:

– ¿Has traído el talonario? ¿Y los pagarés?

Román, con la cara muy seria, se los alarga con aparente indiferencia. Su largo conocimiento de Creso le ha enseñado a conocer sus reacciones como si fueran las propias y la recepción que le ha dispensado lo ha puesto sobre ascuas, a pesar de su dominio de nervios. Su amigo echa una breve ojeada sobre los documentos y los deja caer con un seco golpe sobre el tablero. Entorna los ojos mirándolo con una desagradable fijeza, mientras sus labios redondean parsimoniosamente un chorrito de humo.

– Te la han jugado de puño, Pepe – le anuncia con acento cortante –, el tiro por la culata.

Román traga saliva con esfuerzo, a pesar de estar ya prevenido. Sus pupilas resplandecen diminutas entre las valvas arranadas de los párpados.

– ¿Cómo? – deja caer con la garganta seca.

– Escucha, Pepe – Don Creso habla con la concisión de un despacho telegráfico – no hay que andarse por las ramas… Esto – añade, extendiendo sobre la carpeta una hoja de papel – es un oficio

con membrete del Ministerio de Justicia, que dice así: "*El Ministerio de Justicia declara haber recibido de don José Román Vallanzo, domiciliado en calle Lonja número 74 de la ciudad de Laverna y de profesión joyero, la suma de trescientas mil pesetas para los fondos del presupuesto nacional del año en curso, en concepto de ayuda extraordinaria. Por Dios, por España y su Revolución Nacional Sindicalista. Madrid, a tantos del tanto del tanto. Firmado, el propio Ministro*".

Levantando la hoja hasta cierta altura, la deja revolotear blandamente sobre la mesa. El papel gira un momento en el aire para aplomarse enseguida sobre la madera con un balanceo juguetón. Román, respirando entrecortadamente, lo contempla con fascinados ojos. De pronto, trasmudando la cara con un esfuerzo considerable, se echa a reír a carcajadas. El gobernador permanece callado analizándolo con divertido interés.

– Te hace gracia – comenta, frunciendo la boca con malicia.

Román recobra de súbito la seriedad, limpiándose las lágrimas que a su pesar le enturbian regocijadamente la vista.

– Es una broma – dice al fin con aire convencido – ¿Quién firma eso, vamos a ver?

– Armagán.

– Es amigo mío – replica el joyero con una amplísima sonrisa – es una broma.

Don Creso, chupando con delicadeza de su puro, lo estudia con el aire distante y curioso de quien contempla las diabluras de un chiquillo cuyos manejos sabe exactamente adonde van a ir a parar. Su mirada se endurece de pronto, fatigada de aquel juego demasiado visto.

– Peor, si es amigo tuyo – dice, adoptando la postura fríamente austera de sus grandes ocasiones – Ya te he dicho que te ha salido el tiro por la culata.

El otro se le queda mirando intrigado, con una vaga sospecha que le salta irremediablemente a los ojos.

– No te entiendo – dice con voz algo trémula.

Chango se acomoda en su butacón, preguntando con conciso interés:

– ¿Qué tiempo hace que murió el viejo Duarte?

Román no abandona su mueca de extrañeza.

– ¿Qué tiene eso que ver…? – ante la mirada implacable del otro, contesta presuroso – unas tres semanas, poco más o menos.

– ¡Ajá¡ – Los dos dientes delanteros de la autoridad se apoyan incisivamente en el labio inferior, acusando un estremecimiento – Han andado listos, muy listos…

– Si no me explicas nada – exclama Román algo irritado – me quedo en ayunas…

Su amigo extiende la mano con frialdad.

– Enseguida, muchacho – le contesta con un ligero sarcasmo, alargando deliberadamente la pausa a pesar de la manifiesta impaciencia del otro – Esta vez te has cogido los dedos como el niño que quiere cerrar una gaveta. Con esto – Indica el oficio con el índice – vienen dos cuartillas con el origen de todo.

Román lo mira con ansiedad.

– Déjame verlas.

Chango se encoge de hombros, aplastando la colilla contra el cenicero.

– Es inútil – replica – en dos palabras te lo cuento – se repantiga en su butacón, cruzando las piernas – A ti te interesaba la tienda del viejo ¿no?

– Sí, tú lo sabías…

– ¿Qué has hecho para obtenerla? ¿Alguna proposición directa?

Román parece encontrar de pronto el hilo del ovillo. Una vez centradas las cuestiones es mucho más fácil resolverlas.

– No – contesta con precisión – eso hubiera sido pinchar en hueso. Ya te enteraste en mi casa de cómo pensaba el viejo.

– Me refiero a los herederos.

– No, el testamento prohibía expresamente la venta de la tienda. Tenía que seguir propiedad de la mujer y bajo la dirección de rozas, el apoderado – Se queda un momento indeciso, aguardando vanamente una respuesta – Ya la conociste allí, en la boda de mi hija…

Don Creso enarca una ceja ante las regocijantes palabras de Román.

– ¡Je¡ – exclama con un regusto irónico – ¡Y tanto que le conocí¡ ¡Y ahora mucho, pero que muchísimo mejor¡

Sus labios se crispan sarcásticos bajo el cuidado bigote blanco, mientras recobra trabajosamente la seriedad:

– Bueno, entonces… ¿Qué has hecho para obtenerla?

El joyero vacila antes de dar a conocer su entrevista con Juanjo. Don Creso golpea la mesa, impaciente ante aquella tozudez estúpida.

– Es inútil, Pepe – le reconviene, moviendo desdeñosamente la cabeza – Ya no hay nada que hacer.

Román, resignado, cuenta su conversación con Juanjo. El otro, que lo ha escuchado muy atento, deja flotar sobre él una mirada un tanto despectiva.

– ¿Y en ese niño confiabas para que pusiera a la abuela en ascuas con el cuento ése?

– No – El joyero enrojece ligeramente – Eso es lo que él creía… Yo contaba también con la Ibarragómez y… en fin, el niño sería sólo el punto de partida, luego habría otras cosillas que desencadenarían el asunto. Por mi parte nunca confié en el niño solo … vamos.

Chango lo mira de través mientras elige un nuevo Corona de su tabaquera.

– Peoncillos, Pepe, peoncillos – Contesta con burlona ligereza, mientras enciende el puro con tranquilidad – El temple, Pepe, el temple – Prosigue con aire de irónica superioridad que fastidia enormemente al otro – ¿Qué has hecho del viejo temple? ¿Y la vieja astucia, vamos a ver? ¿Qué has hecho de ellos?

Al joyero aquello le hiere hasta lo más hondo. Enrojece como un pavo, parpadeando mientras pregunta con voz ahogada:

– ¿Qué ha pasado, Creso?

Este se queda mirándolo con una lucecita astuta en los ojos. Su mueca de fastidio no consigue sin embargo disimular una embozada satisfacción que se desprende de la estudiada superioridad de sus ademanes.

– Lo que tenía que pasar, Pepe – dice, lanzando una golosa bocanada – Que tu plan, muy bonito en teoría, lo reconozco, te lo han mojado hasta el culo. Tú no has tenido la elemental precaución de medir la gente con que te enfrentabas y – señala el oficio – ahí tocas las consecuencias… – se inclina de súbito sobre él con los ojos endurecidos, hablando con voz tirante – Escúchame, Pepe, por si

todavía no has entendido. Tú has hecho un plan para gentecilla de poco más o menos y esta gente tiene de aquí – Se toca la frente con ademán expresivo – pero mucho, muchísimo más de lo que tú crees, muchacho. Es gente de altura – Hace una breve pausa, siguiendo a continuación con su voz seca y clara – Entérate ahora de lo que ha pasado. Doña María Luisa, la viuda, se calló la boca mientras su marido estuvo vivo, escuchó lo que el nene le decía y se quedó como si tal cosa. Enseguida empezó a observar de verdad y al los cuatro días como quien dice de la muerte del viejo, cogió al niño y me lo volvió del revés. Por lo que me han dicho – Añade, agitando la mano en señal de cantidad – buena es la tal señora para andarse con tiquis miquis cuando le tocan a la familia. El niño cantó mejor que la Tebaldi y a seguido se convocó a reunión general al Rozas, al niño mismo y a la intrigantuela esa del nombre tan largo, la Ibarranosequé, que no sé por donde diablos se habrán enterado de sus manejitos. La tal Ibarra se desfondó como un regional ante un primera división y a las primeras de cambio cantó las cuarenta también, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida, vaya. Enseguida los despidieron a los dos, supongo que casi a patadas y entre la señora y el Rozas determinaron vengar el honor de la familia. Ella pensaba ir a verte a la tienda nada menos, y ella sola, con la mayor dignidad y señorío a pesar de sus sesenta y tantos años, sacarte a relucir los trapos sucios y ponerte la cara bien colorada… Ni Isabel la Católica, vaya. Pero el señor es Fernando de Aragón, por si no lo sabes… la hizo cambiar de opinión, aunque no fácilmente. Urdieron un nuevo plan, lo urdió él, mejor dicho, y los dos, ni cortos ni perezosos, en un avión a Madrid. Removieron influencias en menos que canta un gallo, y se fueron después al Ministerio. Armagán, ya prevenido, los recibió como si hubieran sido los reyes de España. Estuvieron diez minutos con él y – agita expresivamente le despacho – Aquí tienes el resultado – Se queda estudiándolo durante un largo momento, añadiendo – Ellos han manejado influencias de que ya te harás idea…

– ¡Pero eso es un disparate¡ – Balbucea Román con los nervios alterados – Pero vamos… a ver – Acierta a decir por fin – ¿Qué es eso, un oficio?

Su amigo alza la hoja entre dos dedos, hablando con sequedad:

– Un oficio completamente fuera de serie, con membrete y firma del Ministro, sin sumario, sin causa, sin nada… Una simple cuartilla y dos más con instrucciones.

Román, sin querer hacer caso de su clara actitud, cierra la boca hasta hacer de ella una sola línea.

– Luego yo no tengo que pagar eso.

El gobernador frunce las cejas, con un inmenso asombro que se destila líquidamente de sus dilatados ojos. Suelta de pronto en sus barbas una carcajada estridente y ofensiva, que tiene la virtud de desconcertar por completo a su interlocutor, que no sabe qué actitud escoger. Chango se repone con trabajo de su forzada hilaridad, cruzando las velludas manos sobre la mesa y escrutándolo con atención.

– Veo que no comprendes, Pepe – Dice con aparente sentimiento, donde se deja percibir no obstante un ligero matiz irónico – Ni jota, querido… Pues pasa nada más y nada menos que esa gente a la que tú has soñado escamotear la tienda, querido Pepe, te ha ganado por la mano, te ha engañado como a un chino. Se te han adelantado – Sigue diciendo con regodeada voz – te han cogido tu pequeña batería, la han soplado hasta hacerla grande y la han disparado contra ti con muy buena puntería. Como que te han dado el cañonazo donde más te podía doler a ti, en el talonario de cheques. Como si tú hubieras sido el ratoncillo y ellos el león. Te han echado la zarpa y aquí no hay tu tía. Ella se fue directamente al niño – sigue explicando con paciencia de autorizado profesor – y le sacó hasta la primera papilla. Enseguida se fue a la Ibarra esa y esta cantó de plano, como ya he tenido el gusto y el honor de informarte. Que si tú la pagabas por espiar en la casa o que si era por decirle tonterías a ella, ¿qué más da ahora? Luego le dio por consultar a ese señor Rozas y contarle lo que pensaba hacer. Irse a tu tienda y muy dignamente ponerte las orejas bien coloradas. Esa habría sido una magnífica solución para ti, porque habría preservado tu talonario. Amor propio hecho cisco, pero nada más… Sin perjuicio material de momento. Una solución digna de una gran señora del siglo XIX, en pocas palabras. No creo que hubiera ido a pegarte dos tiros, aunque ahora que lo pienso no estoy seguro de nada – Hace una pausa, mientras chupa de su cigarro con fuerza – Pero ahora entra en acción el señor Rozas, una cabeza del siglo XX, un andaluz fino, de ésos que

tiran muy largo. Ese te caló como nadie el día de la boda de tu hija, yo lo vi. Y se le ocurrió la idea. Al señor Rozas lo que más le duelen no son los cachetes del amor propio, sino las pesetas de la cartera. Ni cortos ni perezosos, ya te he dicho, movilizaron en Madrid todas las aldabas de que disponían, se fueron al Ministro muy recomendados y éste seguramente los escuchó cinco minutos y me mandó este oficio. Eso es todo.

Román se mantiene muy tieso en la butaca.

– Completamente ilegal.

Don Creso hace una mueca de indiferencia.

– Según la letra de la ley, tú lo has dicho, completamente ilegal. Y además absolutamente irreal, inverosímil y todo lo que tú quieras llamarlo. Pero ¿qué quieres? – Hace un gesto de resignación filosófica – Quien manda manda y cartuchera en el cañón. Yo ya te previne para que trajeras el libro de cheques y los pagarés. Esto tienes que pagarlo.

Román deniega con la cabeza, muy seguro de sí mismo.

– Armagán es amigo mío y hoy mismo voy a verlo.

Chango se queda observándolo con ojos duros que traicionan un principio de cólera. Cierra los puños sobre la mes, pero deja transcurrir una larga pausa que consigue mitigar algo su áspero tono:

– Mira, Pepe – Dice con resolución – Por lo visto no me quieres entender. O yo te hablo en chino o tú tienes algodones en los oídos. Quiero decir esto: – lo mira muy serio, hablándole con cortante energía – Tú has cometido la enorme estupidez de poner en marcha en contra tuya una montaña que solo puedes parar firmando un cheque de trescientas mil pesetas ¿Estamos? Ese el es precio de tu intriga ¿Te enteras? – Exclama, dando un tremendo puñetazo sobre la mesa que hace bailar todos los papeles – Tú has urdido una intriga en contra de una montaña y la montaña se ha puesto en movimiento y te dice: ¡Trescientas mil pesetas o te aplasto¡ ¿Entendido? ¡Eso es todo¡ ¿Crees que no conozco cien mil veces mejor que tú a Armagán? Cuando él ha firmado eso es que no ha tenido otro camino. Y tú pagas esto o se te mete en la cárcel, no hay tu tía. Tú has puesto un par de peoncillos para hacer jaque a una reina y a un rey y éstos te ha dado mate y tú sin querer enterarte todavía. Son gentes de muchas aldabas en Madrid a las que nosotros no podemos llegar. No creo que haya

sido por parte de Rozas, porque su historial de republicano activo no le para ello, pero los Duarte pertenecen a la más antigua aristocracia de Laverna, emparentados con lo más linajudo de Madrid, gente que ha sido toda su vida furiosamente monárquica y apegada a la Iglesia y con miembros en el más alto cogollo del ejército. Los Duarte no se han mezclado hace mucho tiempo en política, pero los lazos de sangre y de conocimiento existen. Y de los Galiano de Torre, la familia de la señora, no digamos. Tres cuartos de lo propio. Y tú has ido a tocar con tu intriguita precisamente lo que los ha unido como lobos rabiosos, a pesar de las diferencias políticas o de cualquier clase que pudiera haber entre ellos. El honor de uno de los suyos puesto en juego por un Román cualquiera, que hace años apaleaba basura. Me he resistido a decirte esto, pero ante tu terquedad, son palabras textuales de la carta que me han mandado el mismo Armagán ¿Comprendes? Eso de haber apaleado basura puede haber sido muy digno y lo sería para otro cualquiera que hubiera llegado después a conquistar una posición por medios distintos de los que tú has empleado. Hay medios y medios, unos en los que se ensucia uno las manos, pero en los que se arriesga el cuello y eso impone al menos cierto respeto, y otros, como éste que tú has empleado, que no tienen ninguna defensa, porque no son hábiles ni arriesgan nada. Yo he empleado también mis medios para subir, no lo niego, pero siempre he seguido una línea de riesgo prudente y óyelo bien, de éxito. En rigor, lo que aquí pagas tú es tu torpeza, al costado de toda ética. Esta gente se ha puesto desde el primer momento en un plano de altura y aquí no quedan más bragas que agachar el morro y aguantar carretas y carretones. Y yo en este caso estoy dispuesto a seguir las directrices que se me han dado, porque conozco el paño. Tú pagas ahora mismo la multa que te han impuesto o sales de aquí para la comisaría. ¿Entendido? Es el puesto lo que me juego y no estoy dispuesto a hacer tonterías.

Suelta una bocanada de humo y se recuesta en el sillón, esperando. Román está lívido y le tiemblan ligeramente los labios. Se mete la mano en el bolsillo y sacando un talonario de cheques, extiende uno con mano torpe, tendiéndoselo a continuación. Chango lo ojea escrupulosamente y le extiende a su vez un recibo, entregándole también el Oficio del Ministerio.

– Ahí va. ¿Tienes los pagarés?

– Sí – Se los entrega.

Don Creso une ambas cosas, las mete en un sobre y escribe la dirección, cerrándolo con cuidado. Llama a su secretario y se lo tiende:

– Por valores declarados y urgente.

– Sí, señor – El empleado se retira.

– Eso es todo. Pepe.

Román traga saliva con esfuerzo. La humillación sufrida le mantiene aún rojas las mejillas.

– Adiós, Creso.

Cuando se queda solo, una sonrisa curva los labios del gobernador, agudizándose progresivamente hasta convertirse en una franca carcajada.

Luego sus ojos se empequeñecen pensativos, prendidos en la delgada columna de humo de su puro.

Carmen y Andrés pedalean hacia la Cartuja. El mes de mayo ha traído una de esas tardes suaves, con un brisa ligera que se bate con gracia con el cielo de cobalto y los árboles vestidos de verde.

– ¡Te alcanzo enseguida!

– ¡Claro…un hombre!

Ella sonríe. El le pone la mano en el hombro y así corren juntos unos minutos. La bicicleta de Andrés es más alta y la domina. Ante ellos se extiende la breve cuesta final que lleva al puente, una vez rebasado el edificio de los monjes. Al frente se perfila la carretera sobre el Guadalete y a la izquierda la Venta de San Juan.

– ¿Qué hacemos? –Pregunta ella, sofocada por el tirón último y deteniéndose junto al barandal de piedra. El se baja también.

– ¡Fíjate! – Andrés extiende el brazo.

Desde Laverna la carretera va ascendiendo con altibajos hasta alcanzar el pináculo del Monasterio y el río. La gran meseta se pierde en el horizonte llevando a la ciudad en el centro, como un inmenso barco.

– Laverna – El muchacho se apoya sobre el pretil del puente. Ella da un ágil salto y se acomoda a su lado –Veintidós años de mi vida.

– Y veinte míos – Susurra ella mirándolo con tristeza– Y mañana te vas.

– Sí , mañana Andrés va a dejar el desierto –dice él sonriendo – Y quizá entrará en la selva.

– ¿Cómo te imaginas Madrid? – Ella lo mira con curiosidad. El sol, muy fuerte aún, entrecierra los ojos del muchacho. Ella piensa que sueña.

– No sé, Carmen, casi no me lo he imaginado. Para mí es algo así como un balón de oxígeno, algo que necesito para respirar.

Ella inclina la cabeza.

– ¿Cuándo podrás volver?

– No sé …– Dice él muy despacio – En las próximas vacaciones. Por ahora quiero quedarme allí, aunque me gustaría recorrer toda España –Agrega con inesperado ardor –conocer a mucha gente, saber lo que sienten y piensan todos…En fin, eso ahora es una tontería… pero algún día creo podré hacerlo.

– El señor Rozas de que hablas siempre te ayuda mucho ¿no?

El aprieta los labios en un gesto apreciativo.

– Es único. Me está ayudando a salir del cascarón.

– Tienes ya veintidós años– Sonríe ella.

– ¿Qué importa eso? Aquí hay gente de setenta que conserva todavía el pío del pollo. No se han espabilado, viven el otro siglo…

Carmen lo mira sin comprender.

– Sí, sí, no me mires así, tú también. Vosotras, por viejas que seáis, tenéis siempre quince años.

– ¡Vaya con el piropo!

– Si lo tomas así –El le coge la mano y se la acaricia distraídamente –Todos vivimos aquí como en un frutero. En un frutero no madura la fruta, pero un día la abrimos y ya está vieja, no tiene ni olor ni sabor. Son muy pocos los que se libran, sobre todo los que tenemos esta edad. Y uno de los tipos más conscientes, de los mejores, para mí el mejor, es Rozas.

– Te ha enseñado mucho ¿no?

– Mucho, muchísimo, no te puedes hacer idea. Sobre todo me ha enseñado a mirar. Y me ha contado muchas cosas.

– ¿Sobre qué?

– Sobre todo –Replica él con entusiasmo –Me ha contado su vida. ¡Algo magnífico!¡Hace veinte años todo era estupendo! Las calles estaban siempre animadas, había lucha política y socia, la gente se interesaba en el gobierno, se discutía, se vivía. Había exaltados, tipos capaces de poner una bomba en la Alcaldía, la gente se lanzaba a la calle y aguantaba cargas de la Guardia Civil porque habían subido cinco céntimos el pan. En fin una época interesante, movida. Había partidos políticos y todos, a pesar de sus rencillas interiores y de las rivalidades con los otros partidos, sostenían un ideal, soñaban una España ideal. ¡Vaya unos románticos!

– Hay que ser así, Andrés. ¡Romántico!

– El se ríe.

– ¡Tú lo has dicho, chiquillo! Dame un beso.

Ella mira a su alrededor, y acercándose lo besa rápida.

– ¡Eso no vale!

– ¿Cómo que no? ¿Qué más quiere el señor?

El toma una actitud declamatoria:

– ¡Yo anhelo los besos de las estrellas y de las musas, las caricias de las mujeres que saben reir y gozar, yo adoro los besos de la luna y de las cortesanas célebres, yo adoro lo besos –Le besa rápidamente, pero con fuerza– de mi Carmencilla del alma.

– ¡Tuno, más que tuno, me has cogido descuidada! –Le da un cachete.

El le coge la mano y la mordisquea con suavidad:

– Te como.

– ¡Tragón!

El la mira con los ojos muy abiertos.

– Pues es verdad, chiquilla, tengo hambre. Vamos a comprar algo de comer. Merendaremos junto al río.

– ¿Y las bicicletas?

– Las dejaremos en la venta. Son simàticos.

– ¿Cómo? ¿has estado aquí…?

– Sí, con una chica, tonta. Pero hace mucho tiempo…

– ¡Hum! –ella lo mira con aire de sospecha.

Él se ríe. En la venta dejan las bicicletas y compran dos botellas de cerveza, una lata de sardinas, otra de anchoas, pan y frutas. Pasan al otro lado de la carretera y descienden hasta el río. Las orillas están llenas de grandes piedras sobre las que hay que ir saltando.

– ¡Venga! ¿Qué pasa?

– Nada, hombre, detrás de ti voy.

– ¡Venga, vamos!

Pasan bajo uno de los arcos del puente, lindante con el central, que lleva el río entre sus muros. El escuálido Guadalete se extiende a la derecha y un bosquecillo de eucaliptos al frente, con grandes claros en la orilla. El terreno es muy desigual, aunque ya no hay piedras. Unos chicuelos renegridos chapotean junto al agua, lanzándose pelotas de arena. Un pescador emboinado aguarda paciente con su caña sentado en un poyetón de piedra.

– ¿Por dónde? – Pregunta ella

– Por aquí –El avanza entre los eucaliptos –Tú sígueme.

Hay un pequeño claro. Andrés arranca dos ramas de un árbol y las extiende al pie, como una alfombra.

– Mira, ideal.

Ella se acomoda y pone las frutas y el pan en el centro. El coloca el resto a su lado.

– ¡Qué delicia, caray! Y con el fresquito que corre. Vamos a comer.

Abren la lata de sardinas y empiezan a merendar. Ella de pronto, deja el pan a su lado y se le queda mirando.

– Nada –Carmen sonríe, pero sus ojos están húmedos.

El agacha la cabeza, extendiendo una mano hasta apretar la suya. La brisa susurra entre las ojas del bosquecillo.

– Me has llenado de aceite –Se queja ella con suavidad, limpiándose con unas hojas que arranca de las ramas extendidas en el suelo.

– Sí– El suelta el pan y se le acerca. Sin tocarla con las manos la abraza, besándola.

– Yo ya no tengo las manos llenas –Dice ella, estrechándolo contra sí. Le acaricia el pelo y con la punta de los dedos, toca incrédula sus mejillas. Sus ojos estudian los rasgos masculinos uno por uno. Sus manos ascienden hasta los cabellos y van bajando: – ¡Oh, Andrés! ¡Tu pelo, tu frente, tus cejas, tus ojos, tu nariz, tu boca, tu barba! ¡Cuánto me gustan, cuánto los amo! –Lo abraza con fuerza, cerrando los ojos –¡Oh, Andrés, bésame, bésame contra ti! ¡Apriétame fuerte, para que yo sepa tú eres mío y yo tuya!

Su voz está próxima al llanto. Andrés, de pronto, la abraza, besándola hasta tocar los dientes con los dientes, en un arrebato de amor y desesperación. Un sollozo entrecortado sacude los dos cuerpos unidos. El la besa en el cuello y ella levanta la cabeza, buscándole los labios con ardor.

– Andrés ¡te quiero!

– ¡Carmen, chiquilla!

Ella le mira ya más serena, poniéndose en pie. Una lágrima resbala por sus mejillas y el va a buscarla en sus labios, bebiéndose su sabor salado.

– Mañana te vas.

– Sí –el la coge por la barbilla y la hace volver la cabeza, juntándola con su cara –Mira ¿ves? –A través del ojo central del puente, lejana hasta confundirse con los límites del río, flota Laverna –Aquello es el invierno. ¡Y nadie puede vivir en el infierno! Yo tengo algo aquí –Se

toca la frente– y si sigo allá, esto acabará quemándose. ¿Comprendes? –Se vuelve hacia ella –Yo te quiero, Carmen, te quiero como a nada en el mundo. ¡Pero necesito vivir! ¡Vivir! ¿Qué menos se le puede pedir a la vida que vivir? Y allí no nos dejan. Allí el sufrimiento es tan vacío, tan amargo, que hasta se pierde la capacidad de sentir. Y no hay nada pero que sufrir sin sentido. Y por lo que sé ahora, tampoco donde voy me dejarán vivir. Pero hay más margen y sobre todo esta basura. ¿Tú me entiendes?

La mira con fijeza. Ella esconde la cara en su pecho.

– Sí, Andrés, me has hablado ya de eso –Dice en voz muy baja – Y yo te comprendo…¡Pero tengo miedo!

El la abraza de nuevo, apretándola contra sí y hablando con cierta irónica amargura:

– ¡Miedo! ¿Quién no tiene miedo, si siempre nos han enseñado a tenerlo? Todos tenemos un poco de miedo…¡Pero ahí está! –Sus ojos relucen y su boca tiene un gesto duro –Saber lo que se puede ganar y lo que se puede perder. Y en esta ocasión vale la pena, ¡créeme! Es luchar por una vida mejor, una vida más alta , de mayores quilates que esta pobre vida que vivimos. Y si hay que ponerlo todo a una carta se pondrá. En estos dos meses últimos he vivido más que en veinte años. Gracias a Rozas, al Bravillo y a esa experiencia terrible que tuve. ¡ Me he dado cuenta de tantas cosas! Yo despotricaba un poco sin ton ni son, pero sentía que mi sangre era horchata, como la de tantos que hay aquí, que no se dan cuenta de que la sangre es sangre, una cosa que corre veloz por las venas y que puede calentar al mundo…¡Y hay tantos pobres allá que no les dejan siquiera llevarse un pedazo de beso a la boca! ¡Tantos pisoteados por esa bota inmensa que no tiene piedad!

A todo eso hay que darle unas cuantas vueltas, Carmen. Tú vas comprendiendo a medida que yo ¿no es cierto? Y tienes que sentir que esto es necesario. Que hay que marcharse de aquí a luchar, para conseguir que un día este infierno pueda convertirse en el cielo que tantos soñamos. Yo te dejo aquí pero vendré cuando pueda, y me casaré contigo, no sé cuando pero tú debes tener fuerzas para esperar, ¡es imprescindibles! Yo no puedo renunciar , tampoco puedo renunciar a ti. Estarás conmigo en cada paso que de en esa gran ciudad extraña, me acompañarás en las noches solitarias cuando yo vuelque mis sueños

sobre una cuartilla en el cuarto frío de una pensión, te llevaré junto a mí cuando un editor me diga que lo siente, que soy un desconocido y que le ha gustado mucho lo que he escrito, pero que su presupuesto para desconocido está agotado hace mucho tiempo y compartiremos el desengaño juntos y aquella noche nos acostaremos uno al lado del otro y tú pondrás la cabeza en mi hombro y yo sentiré que esa negativa era quizá necesaria. Que lo que yo había escrito no valía nada porque no estaba adobado con sangre, no lo había masticado con mis venas ni lo había sentido en lo más hondo de mi entraña. Y al día siguiente empezaré de nuevo a escribir y quizá hable de la sonrisa amable que tiene los editores para los desconocidos. Un tema vivido, naturalmente, que es posible tenga éxito la próxima vez ¿Por qué no?

La mira a los ojos.

– Y tú estarás siempre conmigo, yo estaré siempre punzante de recuerdos, de caricias y de besos tuyos…

La besa, primero suave, luego con fuerza. Ella se cuelga de su cuello y cierra los ojos. Sin abrirlos, trae la cabeza de él entre sus manos y lo besa en el cuello, en la frente, entre los ojos, en la nariz y en la boca, mordiéndole con suavidad la barba. Se queda mirándolo:

– Una vez sabía un poema, un poema de ausencia. Parecía escrito para nosotros…

– Dímelo.

– Dicen que te vas mañana.

– Vete con Dios, amor mío.

– Anda y no bebas agua

– De la fuente del olvido.

– ¡La fuente del olvido! –Susurra él.

– Sí, es una fuente de la que beben muchos.

La mira muy fijo.

– Yo no tendré que acordarme de ti, Carmen. Porque tú estarás siempre conmigo.

– Yo estaré siempre contigo – Ella le abraza uniéndose a él con fuerza –Sí, mi amor, es preciso. Mi cuerpo estará aquí, pero yo estaré siempre contigo vigilándote, queriéndote, velando tu sueño, dándote mi calor de mujer y

¿por qué no? –Agrega con una sonrisa –de pequeña madre.

El sonríe también, acariciándole el cabello.
– Sí, juntos…
– Siempre….siempre…
Ella se desprende. El le señala el vestido.
– Pero…¿qué tienes?
Ella se mira, alzando ligeramente la casaquilla.
– Me has llenado toda de aceite.
El se mira las manos.
– Pero si no tengo…
Ella se echa a reír
– ¡Claro, me lo has dejado todo encima!
– ¡Vaya!
– No importa, es fácil quitarlas.
– ¿Tienes hambre?
– No . ¿Y tú?
– Yo tampoco – Dice él– Tengo hambre de amor.
La abraza, pero ella se deshace con suavidad.
– Yo también, mi vida. Pero hay que marcharse.
– Si, es verdad, pero todavía hay tiempo.
– ¿Tienes algo preparado?
– Nada. Lo prepararé luego. O mañana.
– Yo te ayudaré.
Andrés echa una ojeada a su alrededor
– Bueno nos vamos, ¿no?
– Sí, el sol está muy bajo ya.

En casa de Andrés, al día siguiente a las cuatro de la tarde, un domingo salpicado de ansiedades y suspiros. Doña Adela va metiendo las últimas cosas en la maleta, abierta sobre la cama. Su marido contempla cada uno de sus movimientos con cara arrugada de preocupación. Ella aprieta la boca, mientras suspira de vez en cuando. La pareja joven está en el otro cuarto, el balcón.

– ¿A qué hora sale el tren?– Pregunta don Antonio.

– A las siete y diez

– Todavía faltan tres horas

– Pasarán pronto

– ¿Qué libros se lleva?

– El paquete del lavabo –Ella lo señala– Se lleva también la biografía de Stendhal que le regalaste.

– ¿Cómo?

– Sí, a última hora no quiso cambiarla. Está aquí.

Se la tiende, sin perder de vista su expresión. Don Antonio la hojea distraído, haciendo crujir las primeras páginas entre sus dedos. De pronto sus ojos brillan bruscamente interesados. Lee en la parte superior del comienzo: "De mi padre. Conservado por su maravillosa esperanza de un nuevo 14 de abril. Mayo de 1954. Andrés".

– ¿El ha escrito esto? –Don Antonio mira incrédulo a su mujer.

– Ha crecido mucho, Antonio –Replica ella, quitándole suavemente el libro y guardándolo en la maleta –se nos ha hecho hombre entre las manos.

– Sí, hombre….– Repite él con un esfuerzo –Pero…Se vuelve hacia el otro cuarto.

– ¡Déjalo! –Dice ella, reteniéndole –No tiene mucho tiempo y tú ya lo sabes.

– Sí musita su marido pensativo – Un nuevo 14 de abril …¿Quién lo traerá?

– El

Don Antonio baja la cabeza, asaltado de repente por tantos recuerdos …

– Sí, Adela…"La Niña Bonita" amaba la juventud.

– Sí, Antonio, pero…esta juventud –Ella se toca el lado izquierdo –Tú y yo la tenemos todavía. El tiene las dos, la del cuerpo y la del espíritu. Y esperanza, mucha esperanza …

– ¿No tienes miedo por él?

– Sí, mucho miedo –Replica ella, mirándolo a través de los cristales –pero ni se le puede ni se le debe retener.

– Es verdad, yo también tengo miedo…No sabemos lo que puede pasar. Pero…– Levanta enérgicamente la cabeza– "La Niña bonita" tiene que volver a nosotros, la necesitamos, Adela. Es nuestro aire y ella sólo se rendirá a quien sepa conquistarla… Una juventud verdadera… – Susurra nostálgico – ¡La niña bonita!

Don Antonio entorna los ojos. Se oye el timbre de la puerta. Doña Adela va a abrir.

– Es Álvaro

– ¿Está él?

– Sí, está con Carmen.

– ¡Ah! Entonces es mejor dejarlos – Dice el joven, entrando directamente en el cuarto.

– Muy buenas, don Antonio.

– Hola, muchacho –Replica éste amable – ¿Qué traes?

– A ver cómo va esto.

– Ya está casi todo guardado –dice ella.

– ¡Álvaro¡ – Andrés entreabre el balcón – ¿Qué hay?

– A las seis vuelvo por ti.

– ¿Cómo?

– El señor Rozas… – Comienza Álvaro a decir.

– Sí, pensaba ir a verlo ahora.

– No, me lo he encontrado en "La España". Me ha dicho que no podría estar en su casa a y media. Pero que vaya a recogerlo a las seis menos cuarto. Vendremos por ti en su coche.

– ¡Caramba¡ – Exclama el padre – ¡Qué amable ese señor¡

– Ya os lo he dicho –Dice Andrés – ¡Es extraordinario¡

– ¿Tú crees que será bueno que vayamos nosotros también?

– No… – Contesta el muchacho, mirando a su madre – Mamá, yo creo que es mucha gente…

– Sí, hijo – Afirma ella – Basta con ese señor, Carmen y Álvaro.

– bueno, entonces… – Dice éste, haciendo ademán de retirarse – Está todo listo. A las seis vengo a recogerte. Hasta luego.

Andrés vuelve al balcón con Carmen. Su amigo, al salir, los saluda, perdiéndose calle abajo.

– Álvaro – Susurra el chico – Uno de los pocos amigos.

– Y él ¿qué piensa hacer?

– No sé, ha luchado algo… – Explica Andrés, dubitativo – A pesar de todo, muy diluido todavía…

– ¿Qué edad tiene?

– Veintiocho, pero… Más inteligente que muchos, sensible el chico, a veces con coraje, pero… No sé… algo le falta. Es como tantos que conozco. En un ambiente favorable, sería extraordinario quizá… Aquí, navega con la corriente. Aunque se da cuenta, es la tragedia… Ha dejado pasar demasiado tiempo…

– El quería haber sido médico ¿no?

– Sí, pero le faltaba el dinero. El padre paga una miseria, es empleado de un Banco y le costeó bachiller. Luego… son varios años. Y es lástima, porque él vale. Habría sido un estupendo médico –Andrés se queda pensativo un momento, prosiguiendo después con vaga amargura – El cuando se le habla dice que es igual y que es la vida… Ya está resignado al fracaso, pero a veces tiene explosiones, yo lo conozco. Ha variado mucho últimamente, se consume por dentro…

– ¿Se irá también?

– No sé, depende… ya hemos hablado y si le puedo ayudar, lo haré.

– ¿Dónde está la máquina de escribir? – Pregunta doña Adela a su marido

– En el cuarto interior. Esta mañana escribí una carta.

– El se la lleva, le hará falta.

El asiente y levantándose, va por ella. La coloca junto a la maleta, ya cerrada.

A las seis se presenta de nuevo Álvaro. Andrés ya está preparado para la marcha.

– ¿Llevas el billete? – Le pregunta su madre, comprimiendo valerosamente los labios – ¡La cartera, el pañuelo, la pluma, la carta de presentación para la oficina…?

– Todo, mamá – la voz del muchacho es algo más ronca que de disimular – E… e… Bueno… Hasta pronto.

Su madre lo abraza y lo besa dos veces, una en cada mejilla. Su padre lo besa también, abrazándolo y dándole una palmada en la espalda. El los besa a los dos.

– Bueno, hijo… – Dice con Antonio con la voz algo cambiada – Ya está todo dicho…¡Suerte¡

– Gracias, papá – Andrés lo mira muy fijo, poniéndole una mano en el hombro – Ya sabes que… te he comprendido.

Don Antonio asiente sin decir palabra, mientras traga con dificultad.

– Mamá, deséame suerte.

– Sí, hijo, la necesitarás – Dice ella, poniéndole una mano en el brazo – Lucha, sé limpio, todo lo limpio que puedas… No te dejes arrollar, pero tampoco seas vengativo. Y trabaja, sobre todo trabaja. No te dejes distraer, ve a lo tuyo… Trázate un plan y síguelo con constancia, sólo así alcanzarás una meta… Y tú –Se dirige a Carmen – espéralo, se lo merece.

Bajan los tres la escalera. Andrés lleva la maleta y Álvaro la máquina portátil. El matrimonio los ve descender desde arriba.

– ¿Qué crees tú, Adela?

Ella lo mira y le aprieta el brazo.

– Tengo confianza.

– ¿Todo listo? – Pregunta Rozas desde el interior del coche.

– Todo, señor Rozas – Contesta Andrés, colocando la maleta sobre la baca e inclinándose a continuación – usted No conoce a Carmen ¿verdad?

– Pues ya la conozco – Replica jovial el apoderado, estrechando la mano que ella le tiende con una sonrisa. Álvaro se sienta junto a él, en la parte delantera. Detrás entran Andrés y Carmen. El Citröen se pone en marcha.

– ¿Seria? – Pregunta él.

– ¿Tú, no? – Sonríe ella, oprimiéndole las manos – Triste.

– Yo estoy triste y alegre – Contesta él, mirando por la ventanilla – Al fin y al cabo, esto se agarra… Son veintidós años aquí. Pero no hay pesar.

Dejan atrás la Plaza de las Angustiadas y la calle Trinitarias, desembocando en la de Cartuja y siguiendo por la de Medina Real, que por su cuesta lleva a la estación. El reloj del gran edificio en tríptico marca las seis y media. Rozas detiene el coche frente a la escalerilla.

Entran en el andén.

– El tren viene de Cádiz – Dice Rozas – ¿Qué vía es el expreso a Madrid? – Pregunta a un mozo.

– La tercera, señor.

– Todavía falta más de media hora. Vamos a la cantina.

– ¡Madrid¡ – Susurra el joven – ¡Qué palabra¡ ¡Cómo resuena en el oído¡

– Sí – Replica el apoderado, marchando a su nivel – Es enorme. En mí levanta muchas cosas, ya sabes. Pero ahora vamos a lo práctico.

El bar tiene poca gente, cuatro o cinco personas desparramadas por la sala. Ellos se acomodan en un rincón y un camarero les sirve con rapidez. El apoderado y Álvaro están frente a la pareja. Hay un largo momento de silencio, que Rozas emplea en reconcentrar sus pensamientos.

– Cuando llegues – Dice, dirigiéndose a Andrés – toma un taxi y ve a la dirección que te he apuntado. Es un amigo mío que te ayudará a encontrar un buen alojamiento. Su casa es demasiado pequeña, él ya tiene un familión. Pero puedes confiar en él para lo que te pueda hacer falta, incluso dinero. Pero tú, con lo que vas a ganar en la oficina, podrás vivir. Muy modestamente, eso sí, pero tendrás cubiertas tus necesidades. Distribuye tu tiempo en cuanto estés instalado y organízate para tu trabajo personal. Mi amigo te presentará gente muy interesante. Cultívalas, pero no pierdas el tiempo. La vida no te será fácil, porque tu trabajo en la oficina se te llevará muchas energías, pero no hay otro remedio. El cultivo de las letras no es pan de rosas, sobre todo en España y más como está ahora.

– Se cambiará, señor Rozas – Replica Andrés con los ojos brillantes – Se cambiará.

El apoderado sonríe, poniéndole una mano en el hombro.

– En eso confío. Pero no hay que ser cándido, no es cuestión de días ni mucho menos, es cuestión de días ni mucho menos, es cuestión todavía de años. Pero hay que prepararse y estar preparados para cuando

llegue la hora. Esa es por el momento tu tarea, Andrés – Sigue diciendo, con ojos advertidos – Prepararte, pero en tu camino. Cultiva a cuatro amigos interesantes, pero no te metas en políticas ni en politiquillas. Tú, por ahora a lo tuyo. Escribe y lee todo lo que puedas, púlete, trabaja. Esa es por ahora tu manera de hacer política. De otra forma perderás el tiempo miserablemente. Después, ya veremos. La cosa en general, a pesar de síntomas que algunos toman por escandalosos pero que sólo dañan la corteza social, está aun muy verde. Y tú te comprometerías sin necesidad y gastarías inútilmente unas fuerzas que te hacen mucha falta para formarte. Tú dedícate a lo tuyo, madura tus sensaciones y tu estilo, abre bien los ojos por donde vayas, eso es todo. Tú tienes madera para escribir. Yo no sé ni he sabido nunca, pero sí tengo el olfato para intuir los valores. A ti todavía te falta mucho, pero muchísimo, pero tienes años por delante. Eres muy joven. Ya sé que eso de que aun chorrea la leche por los labios se dice mucho y la mayoría de las veces bien estúpidamente, pero hay que aceptar los tópicos cuando responden a una realidad. De hecho, la juventud en literatura es la fase de construir aprendiendo.

– Lo sé, señor Rozas – Replica Andrés, serio – No me he hecho ilusiones.

– Hay que hacérselas, muchacho, pero no tontamente. Tú puedes llegar o no, eso depende de ti y de muchas cosas, pero en muy buena parte de ti. Una voluntad continuada de trabajo será tu base, sin ella todo será pólvora en salvas. Aplicándote a lo tuyo, es como algún día podrás llegar a ser más útil que todos nosotros. Todo el mundo hace política sin querer por la manera de divertirse, de trabajar, hasta de andar por la calle, pero cada uno tiene su radio, más o menos grande. El tuyo puede ser de los mejores, pero sin desviarte un milímetro de tu camino ¿comprendes? El ojo del buen escritor es una conciencia, algo así como el portavoz disimulado de las conciencias que le rodean, están amordazadas o están dormidas. Puede llegar un día en que lo que tú hagas sea algo que pese en la lucha, ¿Por qué no? Eso no se puede saber ahora, ni por ti ni por lo que se está viendo. Todavía está muy cerrado el horizonte, aunque ya se ven algunas lucecitas que empiezan a crecer…

– Y lo invadirán todo , señor Rozas. Y que quemarán todo lo viejo…

– No lo dudo, Andrés, pero entonces habrá que andar con siete ojos. No habrá que dejarse llevar ni de crueldades ni de romanticismos. El romanticismo para los novios –Sonríe, dirigiéndose a ella– ¿No cree usted, Carmen?

Ella enrojece un poco, asintiendo con una sonrisa tímida. Álvaro no pierde palabra.

– Tutee a Carmen, por favor –ruega Andrés– Aquí estamos todos un poco en familia. Álvaro es también de los nuestros ¿verdad, Álvaro?

– Naturalmente ¿puedes dudarlo? –Contesta éste con calor –yo también quiero entrar en la lucha. Sé adonde queréis ir a parar.

– Entrarán – Afirma Rozas con energía –Tú también. Entraremos todos, tú, Andrés, la misma Carmen…y yo, claro. Cada uno en su puesto

– Cambiaremos la Laverna de arriba abajo, señor Rozas –Dice Andrés.

– Sí, le barreremos toda la basura. Pero la lucha no será fácil, porque tiene que ser un trabajo de mucha paciencia, casi de encaje de bolillo. Una especie de romanticismo científico hará falta. Porque Laverna será sólo una pequeña parte de la reconstrucción que habrá que iniciar casi desde los cimientos. Pero todavía hay que esperar para la lucha de base.

– Pero venceremos, señor Rozas, venceremos – Exclama Andrés con ardor – Todos unidos venceremos ¿verdad? ¿Verdad, Álvaro? Acabaremos con las luchas sociales.

Los dos sonríen, asintiendo.

– ¡Oh, incurable romanticismo¡ – El apoderado mueve nostálgicamente la cabeza – Pero ¡qué necesario es¡ Sí, no cabe duda – Dice con convencido acento – Un poco antes, un poco después, venceremos.

– Es el torrente – Replica Andrés con vivacidad –El torrente de que usted me hablaba. Los troncos no nos pueden detener mucho tiempo. El torrente acaba arrollándolos.

– Lo que es menester, no desbordarse – Dice Rozas, pensativo – Pero la victoria es algo biológico, fatal… Bueno – Mira el reloj – Faltan tres minutos para que llegue el tren. Para sólo diez aquí. Hay que irse para allá. Salen todos de la cantina. La pareja va detrás.

– Escribe enseguida, Andrés.

El la mira, agarrándola del brazo y apretándoselo con fuerza.

– Claro, chiquilla, en el mismo tren.

Descienden por el subterráneo. Sobre la bóveda suena un fuerte pitido, que se extiende en círculos sonoros.

– Es el tren – Avisa Álvaro, indicándoles que se den prisa.

– Vamos – Dice Andrés – Pero todavía faltan diez minutos – Se para y suelta la maleta en el suelo – ¡Carmen¡ – La coge entre sus brazos, besándola con fuerza. Ella le echa los brazos al cuello, apretándolo contra sí – ¡Andrés, te quiero¡

Permanecen abrazados. Algunos pasan por su lado, mirando con curiosidad. Andrés hace un gesto burlón y coge la maleta.

– Vamos – La agarra del brazo y suben presurosos la escalera.

El tren extiende su larga ristra de coches. La mayoría de los viajeros está ya colocada.

– Es aquí – Andrés sube y se coloca en la plataforma de uno de los vagones. Recibe la máquina de Álvaro y la coloca en un rincón, junto a la maleta, bajando enseguida.

– Faltan cinco minutos – Avisa Álvaro.

– Cinco siglos – Sonríe con fuerza el joven.

– No te he dicho algo, Andrés – Dice Rozas – Con esto puedes rizar una experiencia que tuviste. Don Pedro quería poner en “La Guindalilla” para dirigirla un buen técnico o un campesino experimentado.

– ¿Y usted a quién ha puesto?

– A un conocido tuyo.

– ¿Quién?

– Lo apodan el Bravillo.

– ¿Cómo? – La cara de estupor del muchacho se cambia de súbito en una franca carcajada – ¡Vaya golpe¡

– Sí, será un buen elemento en la lucha. ¡Hala, que se va eso¡

Los ojos de Andrés están brillantes, al compás de la línea apreciativa de su boca. Estrecha con fuerza la mano del apoderado y la de amigo, besando rápido a Carmen.

Un pitido del tren. El muchacho sube y abarca a los tres de una ojeada. Agarrado con la izquierda a la barra metálica de la portezuela, saluda con la otra:

– ¡La gran batalla, amigos¡ – Grita con los ojos ardientes – ¡Ahora empieza¡ ¡Y venceremos, amigos, venceremos¡

El convoy parte con gran ruido de hierros.